



REFORMAS EN MI

Corazón

LAURA BARCALI
SERGIO PLAZA VALLEJO

*Escucha gratis, en Spotify, las preciosas piezas
musicales que acompañan a esta novela.*



Reformas en mi corazón

Laura Barcali

Sergio Plaza Vallejo

Este libro contiene algunas escenas sexualmente muy explícitas y lenguaje adulto que podría ser considerado ofensivo para algunos lectores y no es recomendable para menores de edad.

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes, los nombres, personajes, y situaciones son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia y fruto de la imaginación de los autores

©2024, Reformas en mi corazón / 03-05-2024

©2024, Sergio Plaza Vallejo / Laura Isabel Bartolomé Carpena

©2024, diseño de cubiertas, ilustraciones y maquetación, Laura Barcali

©2024, diseño de eBook, Sergio Plaza Vallejo

Otras imágenes: Pixabay

sergioplazavallejo@gmail.com / laurabarcaliart@gmail.com

www.laurabarcaliart.es

www.instagram.com/laura_barcali_art

www.instagram.com/splazavallejo

Agradecimientos especiales a Lola por su lectura 0:

IG: [siempreleyendoydesconectando](#)

Autopublicación. No se han cedido derechos a editoriales ni a terceros.

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso de los titulares de los derechos

Para Isabel. Lee esta novela allá donde estés, mamá...
(Laura)

Para quienes ya no están, pero que jamás se irán del todo...
(Sergio)



La ruta por la interestatal 90 hacia Rochester estaba siendo más agradable de lo esperado pese a las más de 10 horas de viaje. El tráfico fluía tranquilo por aquella zona, sin embotellamientos y permitiéndole a Henry disfrutar del trayecto igual que si se dejara llevar por la corriente de un río manso. Hubiera sido aún mejor si su madre no siguiera insistiendo en que volviera.

—Henry, por favor... —la voz de esta se escurrió más allá de los altavoces del coche, con un toque suplicante, pero sin perder esa dulzura que la caracterizaba—. Lo que estás haciendo es una locura. Aún es pronto para tomar decisiones tan radicales así sin pensarlas bien, no estás viendo las cosas con perspectiva.

—Mamá, lo he pensado mucho. De verdad, no te preocupes tanto. Kat quería esto.

Llevaba mucho tiempo sopesando el torrente de consecuencias y peros que aquella decisión le causaría. Incluso había mantenido durante meses el testamento de su mujer en la mesilla, al lado de una cama que le resultaba vacía sin ella, para poder oírla en esas noches en las que el insomnio era demasiado fuerte para ser sometido.

—Lo de las cenizas lo entiendo, pero lo de la casa en Bloomfield... —insistió la mujer con un tono de preocupación.

Antes de morir, Kat había querido que hiciera ese viaje al condado de Monroe, en el vecino estado de Nueva York, y esparciera sus cenizas en el lugar más recóndito y bonito que pudiera encontrar. Lo había hecho en el Bosque Nacional de Alleghedy, durante el camino.

Él sabía que en realidad aquella petición solo había sido para distraerle, para que cambiara de aires y viera que la vida seguía siendo increíble aun sin ella a su lado. Kat era así, siempre lo anteponía a sí misma. Hasta el final fue una mujer esplendida, la mejor que había conocido nunca.

—Nuestro plan siempre fue mudarnos allí tarde o temprano. Era su sueño y quiero cumplirlo por ella. Es mi manera de despedirme —respondió con un deje de culpabilidad, una que solo él entendía.

En ocasiones, al pensar en ella, se veía capaz de volver a sonreír y olvidaba por un instante cómo habían sido sus últimas semanas en el hospital. También le había ayudado que, tras el entierro, el dolor hubiera ahogado sus confusos y contradictorios sentimientos. Resultaba irónico, pero el duelo lo había salvado de muchas maneras.

—¿Y hacía falta tirar por la borda una vida entera de sacrificio dejando el trabajo? ¡Te costó mucho esfuerzo conseguirlo! En serio, Henry, ha pasado poco tiempo desde el entierro, no estás listo y tomas decisiones de las que te vas a arrepentir.

¿Quién podía definir cuánto era suficiente para superar la pérdida de tu alma gemela? ¿Existía una cantidad exacta y mínima para que los demás le permitieran a uno recuperar su propia autonomía? Para Henry habían pasado seis meses como si tan solo fueran dos semanas. Concentrarse ahora en cumplir el sueño de toda una vida era lo que le daba un propósito, un camino entre tanta oscuridad.

Quería decirle a su madre que le dejara hacer aquello, que lo necesitaba para curarse, pero en su lugar respondió:

—No he dejado el trabajo, solo estoy de excedencia.

—Sin sueldo.

—Es lo que tienen las excedencias, mamá —suspiró un poco cansado de aquella conversación—. Confía en mí y déjame hacer esto. Ya he pasado suficiente tiempo aletargado. Necesito superarlo y sé que esta es la manera.

Puede que sacrificar el salario de su puesto como subdirector en el departamento de ingeniería ambiental de Haverson Technics fuera una locura, pero tenía el dinero suficiente como para mantenerse algún tiempo a flote sin ingresos.

Se escuchó un lamento contenido. Después, como si le hubiera costado decir aquellas palabras, su madre claudicó:

—Está bien, hijo —y añadió—: Pero a cambio me llamarás todos los días.

—Por supuesto, mamá. —Con una risa divertida, aceptó.

—Dilo.

—Todos los días.

Tras terminar la conversación con su madre, Henry continuó conduciendo por la autopista, dejando que los pensamientos sobre su nuevo destino inundaran su mente.

Si bien era cierto que a él nunca le había hecho ilusión mudarse a Bloomfield, no podía negar que la idea de trasladarse a la vieja casa que Kat había heredado de sus padres le resultaba interesante. Ella solía decirle que era enorme, que tenía un generoso jardín y que algún día envejecerían allí juntos. Además, la población contaba con toda clase de servicios, siendo un punto de referencia turística en épocas estivales ya que estaba al lado de la bahía del mismo nombre.

Tal vez ya no pudiera convertirse en aquel hogar soñado, pues sentía que jamás pasaría página si se quedaba allí, pero sí podía reformarlo como a ella le hubiera gustado y encontrar a personas que pudieran llenarlo de recuerdos felices. No se le ocurría mejor manera de honrarla... y también de pedirle perdón. Por el momento, Henry se contentaba con eso. Y ya era bastante dadas las circunstancias.

oOo

Llegar hasta la casa fue tan sencillo como había esperado gracias al GPS. La urbanización estaba separada del resto de Bloomfield, al este de la bahía y pasando sobre ella por el puente. Se ocultaba más allá de un camino de tierra que atravesaba el bosque cercándola a pocas millas del lago Ontario. Tras cruzar la rústica vía, llegó a su destino quedando maravillado por la gran altura de sus árboles y el sonido de los pájaros canturreando entre las frondosas ramas.

A Henry le pareció que era como un oasis de naturaleza. Kat le había hablado muy ilusionada de aquello, pero jamás imaginó que fuera a ser tan hermoso. Ojalá no hubieran estado tan ocupados con sus trabajos.

Aminoró la velocidad al vislumbrar las primeras casas y empezó a fijarse en los buzones y carteles que colgaban de los vallados en busca del número 8 de la calle Rochester, con ansiosa curiosidad. Aún se sentía raro al pensar en la misteriosa casa, que no creía merecer, como su nuevo hogar.

Un desagradable nerviosismo comenzó a crecer al tiempo que las manos empezaron a temblarle sobre el volante igual que las ruedas de su monovolumen lo hacían sobre el áspero terreno. Frenó de sopetón en cuando identificó el número 8 sobre la agrietada y descolorida valla de madera. Al detenerse del todo elevó la mirada sobre ella y...

—Joder.

La casa era enorme: tres pisos le aguardaban en la distancia, con una estructura anticuada, aunque conservando el envidiable acabado arquitectónico que imitaba los diseños típicos de las mansiones de inicios del siglo XX. Aun así, resultaba evidente que necesitaba mucho trabajo. Cualquiera podía darse cuenta de un vistazo que el generoso jardín que rodeaba la mansión se encontraba en lamentables condiciones. Confiaba que con desbrozar las malas hierbas y elegir una decoración adecuada a base de flores, este mejoraría sustancialmente.

Se bajó del coche, frenético, para abrir el rudimentario portón que daba acceso a la parcela, que crujió lastimero en cuanto lo empujó. A simple vista, el edificio no parecía que necesitara grandes reformas. Puede que reemplazar tablones podridos de la fachada, revisar el tejado, ventanas, rematar alguna estancia y darle una buena mano de pintura. La casa llevaba cerrada quince años, pero por lo que veía desde allí afuera no podía estar tan mal...

«Puede que al final no sea necesario que me quede en Bloomfield tanto tiempo como tenía pensado».

Ascendió en el turismo por la pequeña rampa de tierra y aparcó frente a la entrada. El jardín estaba muy desigual, con pedruscos ocultos entre la hierba alta.

Al bajar del coche se sintió algo cohibido ante la construcción, como si estuviera mirando a los ojos de un gigante. Ese era el legado de Kat. ¿De verdad sería capaz de hacerle justicia? Puede que imaginara lo que le hacía falta, pero se alegró de haber contactado semanas antes con un constructor local experimentado en reformas de aquel tipo. No era ningún experto. No sabía cómo arreglar una ventana, ni mucho menos cambiar un tablón o adecentar un jardín. A pesar de su creciente optimismo, empezó a darse cuenta de que sin un profesional no habría sabido por dónde empezar. ¿Tal vez su familia tenía razón y aquello era una locura?

Miró alrededor, perdiéndose en el horizonte de troncos y hojas.

«No le demos la razón a mi madre tan pronto», pensó para luego subir, con cosquillas en el estómago, los escalones principales.

La puerta de la entrada, de un blanco amarilleado por el sol, contaba con un óvalo acristalado que estaba roto.

Introdujo la llave en la cerradura, que exigió de cierta mañana para que girase y desbloqueara el pestillo sin partirla. Otra cosa más que sumar a la lista: cerradura nueva.

—Mejor incluir también una puerta —masculló, en cuanto, nada más entrar, uno de los goznes de la misma se descolgó. Estaba arrancado del marco y si Henry no iba con cuidado corría el riesgo de partir el otro y hacer que la hoja entera le cayera encima.

Soltó la puerta dejando que una de las esquinas inferiores se apoyara sobre el suelo sucio y observó los desperfectos que se apreciaban por todas partes. El recibidor tenía un buen tamaño, con una escalera central que iba hasta el segundo piso, y que se alargaba hacia los lados con sendas balaustradas. Por desgracia, la madera de las molduras de los techos estaba carcomida, las paredes llenas de manchas que Henry rezó para que no fueran de moho y, en ciertas partes, incluso grietas. Puede que hubiera pecado de optimista después de todo.

Al menos la lámpara central aparentaba estar bien. Una verdadera joya de lágrimas de cristal, aunque también atestada de telarañas y densas capas de polvo.

Se acercó, hipnotizado por ella, y sin perderla de vista se colocó debajo para admirarla mejor.

De repente sonó un «crac». Las tablas bajo sus pies se partieron como los restos de un viejo fósil y Henry se vio engullido a través de ellas.

Alargó los brazos en medio de la sorpresa y se descubrió, sin saber muy bien cómo, colgando de varios tablones a medio romper. Después, seguro de que aguantaría solo unos segundos antes

de caerse, empezó a gritar mientras movía los pies intentando apoyarlos en algo, pero no había nada. Lo que aguardaba debajo era profundo y amplio; seguramente el sótano. Así que intentó subir, pero cada vez que doblaba los codos y hacia fuerza, más parecían combarse los restos que lo mantenían a salvo.

—¡Socorro! —gritó durante lo que le pareció una eternidad, a pesar de ser consciente de que nadie le oiría.

Sin embargo, de algún modo, aun así... ¡Funcionó!

Un hombre apareció junto al hueco. Se tiró al suelo a toda velocidad y asomó el torso para agarrarle de los antebrazos.

—¡Aguenta! ¡Ya te tengo! —aseguró el desconocido al tirar de él con más dificultades de las que podría parecer dada su envidiable constitución. Comenzó a acercar a Henry hacia sí, mientras este se esforzaba en aferrarse a él.

—N-no sé si voy a poder... —resolló agotado.

—¡Claro que puedes! —lo animó tironeando de Henry, que apenas veía algo más a parte de la melena castaña de su salvador—. No me fastidies la oportunidad de presumir de haberte salvado la vida. Tú solo respira, no pienses en lo que hay abajo.

—¡Ahora solo puedo pensar en eso!

—¡Pues céntrate en lo mal que me dejarías si te soltaras ahora! —Y, haciendo fuerza para ayudarlo, le gritó—: ¡Venga! ¡No seas maleducado y sube!

Lo consiguieron. Fundidos en un fatigoso abrazo, Henry y el hombre escaparon de la caída y recuperaron fuerzas a un lado, sobre las tablas que no estaban podridas por la humedad.

—Oh, Dios. —A Henry le quemaban tanto los pulmones que le dolían.

—¿Estás bien? —le preguntó su salvador, aún pegado a él.

Sus ojos verdes, la mirada segura, confiable, y la calidez de su cuerpo fornido, hicieron que Henry rodara con cuidado a un lado al percatarse de la proximidad.

—Gracias. Si no hubieras estado aquí... —jadeó mientras se daba cuenta de que ambos tenían sus camisetas echas un desastre. La suya se había rajado por culpa del borde de la abertura y la de aquel hombre estaba desgarrada por cómo se había aferrado a ella para subir.

Pese a lo que acababa de suceder, le impresionaron los trabajados pectorales del desconocido asomando entre los girones, pero consiguió centrarse.

—Desde luego no hubiera sido la mejor forma de empezar el día, ¿eh? —rio su salvador con aire nervioso.

—Supongo que eres uno de los vecinos. —Estiró la mano, aún tumbado en el suelo—. Soy Henry Banks, encantado.

—Qué va, no vivo por aquí. —Le estrechó la mano, también tirado de lado sobre el suelo sucio—. Pero de todos modos el gusto es mío. Soy Nick.

Henry levantó una ceja al escuchar su nombre.

—¿Si no eres mi vecino, entonces quién...?

—Pues verás... —Hincó un codo sobre las tablas apoyando la mano sobre la cabeza, como si estuviera tumbado sobre una toalla en medio de la playa, con medio torso al descubierto—. Normalmente voy por ahí salvándole la vida a la gente. Pero, en mis ratos libres... —Rebuscó en los bolsillos de su pantalón vaquero y sacó una tarjeta—. También reformo casas.



Estaba peor de lo que creía. Todo. La casa no era más que una carcasa de sueños que no se había caído en mil pedazos tan solo porque la estructura era robusta. O al menos eso le había dicho el contratista, Nick, tras echarle un vistazo rápido a la planta baja.

Una vez se presentaron de forma más apropiada, y después de que Henry consiguiera recuperar la compostura, salieron fuera y cada uno se dirigió a su respectivo vehículo en busca de muda limpia.

El 4x4 del contratista estaba aparcado junto a su coche. El vehículo era de gama alta, negro y brillante. Estaba en bastante buen estado para lo que cualquiera hubiera esperado dada su profesión.

Henry, mientras rebuscaba en una de sus maletas, miró de reojo cómo Nick se quitaba la camiseta destrozada y cogía una muda que tenía dentro del maletero. Al haberle rasgado la prenda, tenía los duros pectorales al aire y eso le turbó, por lo que apartó la mirada.

Él, en cambio, se consideraba un treintañero del montón.

—Te pido disculpas por lo de la camiseta.

—¡No te preocupes! Siempre tengo ropa de repuesto cuando salgo a trabajar —le comentó sin que la sonrisa se le borrara del rostro—. Ni te imaginas lo que uno se ensucia en este negocio, no le doy tregua a la pobre lavadora.

—Tu mujer debe de estar encantada —dijo Henry cogiendo un polo sencillo mientras sonreía.

—¿Mi...? —Nick se rio tanto que la mandíbula le empezó a doler—. ¿Yo casado? Solo de imaginarlo me entran escalofríos. Prefiero tirarme de cabeza a tu foso.

Henry, con la nueva ropa puesta, se dio la vuelta y vio que Nick aún seguía con el torso desnudo como si tal cosa. La camiseta colgaba de sus grandes manos. Los brazos, torneados a raíz del trabajo duro, eran bastante musculosos. El pecho, bien esculpido, apenas tenía vello y este crecía en su ombligo y se perdía bajo la cinturilla de sus vaqueros.

Aquel ser perfecto llevaba una cuidada barba castaña, como su llamativo cabello liso que, suelto, caía hasta rozar sus hombros con naturalidad.

A Henry le dio un vuelco el corazón. Estaba sucediendo de nuevo. Aquella reminiscencia dormida y dolorosa.

Inspiró hondo intentando alejarla como si la tentación fuera una jauría de lobos hambrientos. Luego, más calmado, pero aún concentrado en el ritmo de sus pulmones, miró a otro lado y dijo lo primero que se le ocurrió con tal de distraerse:

—Entonces... ¿Está muy mal?

—¿La casa? Bueno. —Suspiró—. Te ha tragado el suelo del salón... Yo no diría que eso es una buena señal. —Su semblante seguía alegre, pero se había vuelto más formal, más serio—. Por suerte, tanto la fachada como las paredes interiores han aguantado bien el paso de los años. Aunque las humedades son un problema. Han causado el desgaste de la tarima y quién sabe de qué más. Necesito realizar un análisis más exhaustivo para concretar qué reformas necesita.

—Entiendo... —Henry bajó la cabeza y sus oscuros cabellos ondulados se deslizaron sobre la frente.

—No pretendo inmiscuirme ni ofenderte, pero... —comentó mientras se enfundaba en la camiseta.

—¿Sí? —Levantó sus ojos grises hacia él.

—¿Compraste esta casa sin conocer su estado?

—N-no... La he heredado —aclaró Henry mirándole de nuevo.

—Oh, vale. Mis condolencias. —Abrió mucho los ojos y balbuceó incómodo—. Quiero decir por... No por heredar la casa, sino por... Ya sabes. Heredar algo significa que antes alguien a... Bueno... O a lo mejor no es eso... —intentó arreglarlo por si había metido más la pata.

—Te he entendido, no te preocupes.

—Vale... —Se formó un silencio que Nick atajó rápidamente—. Te aseguro que soy mucho mejor reformando que socializando.

—Entonces debes de ser un genio en tu trabajo —bromeó un poco.

El hombre abrió la boca sorprendido, y antes de que Henry se pudiera disculpar, se echó a reír otra vez. Desde luego tenía una viveza envidiable, y también contagiosa.

—¿Te parece que volvamos dentro y veamos qué más peligros nos aguardan en esa mazmorra que llamas casa?

Henry no se dio cuenta, pero sonrió. Sonrió por primera vez, de corazón, en mucho tiempo.

—Por supuesto, estoy impaciente.

oOo

El sótano estaba en penumbra debido al enorme haz de luz que se colaba por el agujero del techo. Con las tablas podridas y deformadas asomando a los dominios de la estancia, Henry fue consciente del trompazo que había estado a punto de darse. Los tres metros de caída no se los habría quitado nadie y, si bien no creía que fuera posible que le hubieran matado, estaba seguro que como mínimo se habría roto un par de huesos, o la crisma en el peor de los casos.

—Vaya... —Nick silbó y se detuvo en seco justo al lado de Henry, que era un poco más bajo que él—. Aquí va a hacer falta un montonazo de trabajo. —Apuntó con su linterna al techo, que no era otra cosa que una masa de madera ennegrecida conquistada por el moho y las humedades—. Hay que sanear. Vas a tener que cambiarlo por completo, aunque antes sugeriría encontrar la fuga. De alguna parte habrá tenido que venir todo esto. No es época de lluvias precisamente.

Se puso bajo los rayos del sol y a Henry le pareció como si el mismísimo Jesucristo hubiera bajado a la Tierra.

—Esplendido... —murmuró Henry, debatiéndose en sus adentros por la maravilla de hombre que tenía delante y que no podía ignorar por mucho que quisiera.

—Lo lamento, en este tipo de casas cerradas, nunca sabes qué te vas a encontrar. —Ni siquiera habían escarbado bajo la superficie. Nick no dudó que el lugar aguardaba toda clase de «secretillos» enterrados por ahí—. No va a ser barato, pero te prometo que ajustaré el presupuesto lo máximo posible para que sea una reforma razonable con materiales de calidad. Tengo una reputación que mantener, por lo que cero chapuzas.

Se sacó unas gafas del bolsillo del pantalón y empezó a apuntar cosas en un bloc de notas que llevaba consigo. El conjunto le hizo más atractivo.

—La idea es realizar una reforma general desde el principio. Por el presupuesto no te preocupes —le hizo saber Henry, aturdido aún por aquella visión.

—Permíteme un consejo. —Lo miró muy serio a los ojos, bajándose las gafas hasta la punta de la nariz. Su semblante se volvió impertérrito—. Nunca le digas a un contratista que el dinero no es un problema. —Y se echó a reír—. Me encantaría cancelar mis préstamos, pero no me des

razones para hacerlo a tu costa.

En otro tiempo, aquel hombre le hubiera resultado cargante a Henry. No le gustaba la gente alegre y bromista. Sin embargo, por alguna razón, la voz de Nick le hacía bien de algún modo que no sabía explicar. Tal vez fuera porque le había salvado la vida. A lo mejor porque era de las primeras personas que le trataba con normalidad y sin condescendencia en mucho tiempo. Puede que simplemente su risa fuera revitalizadora. O, quizá, y solo quizá, hubiera otro motivo. En cualquier caso, poco importaba; Henry estaba cómodo, y eso era suficiente.

—Necesitaré volver mañana para ver el resto de la casa. Esperaba acabar hoy, pero tras esta maravillosa sorpresa en forma de agujero negro, creo que lo mejor sería hacer un análisis más a fondo antes de hablar de números. A primera hora, ¿te parece bien?

—Sin problema.

—Entonces te voy a sugerir que hoy aproveches para echar un vistazo al sótano y saques lo que creas que puedes salvar. Te adelanto que tendremos que empezar por aquí sí o sí. ¿Tienes una linterna?

—No.

Nick alargó el brazo entregándole la suya:

—Quédatela por hoy. No me gustaría que te cayeras por otro agujero en mi ausencia. —Se carcajeó.

—Gracias. —Henry fue incapaz de no sonreír mientras observaba el entorno. Había unas cuantas cajas apiladas en los extremos. No dudó que la mayoría guardaban recuerdos de la niñez de su esposa, como fotografías. Eso le hizo sentir ansiedad. Desde su muerte no había querido ver su rostro. El simple hecho de que pudiera ocurrir le provocaba un desasosiego incontrolable que lo agotaba de inmediato—. Y-ya echaré un vistazo luego. Te acompaño a la salida.

Y así fue. Regresaron a la planta de arriba, y se detuvieron en el pasillo que daba al salón. La cocina se vislumbraba al fondo.

—No hay luz —comentó distraído aún por la ansiedad—. Tengo planeado vivir aquí durante la reforma. Sé que el sótano es urgente, pero ¿crees que podrías priorizar el cableado? Aunque sea para habilitar la zona de la cocina. Ni siquiera puedo usar un microondas para calentar algo.

—Sí, no te preocupes. Ve adelantado el papeleo con la compañía eléctrica —le dijo mientras se dirigían hacia la entrada—. Mañana le echo un vistazo general. Si veo que tiene fácil solución ni siquiera te lo cobraré. Considéralo un regalo de bienvenida. —Y al ver la cara de circunstancia de Henry, le quitó hierro al asunto con un sencillito—: seguramente tienes algún diferencial jodido. Eso cuesta muy poco, no te preocupes. —Una vez junto a la puerta a medio caer, añadió que aquello también debería ser prioritario.

—Me temo que muchas cosas lo son, parece —comentó alicaído.

—Así son las reformas, pero ninguna tan prioritaria como comer algo. Te sugiero que te acerques al pueblo. En Hanover con Williams Red tienes un restaurante fenomenal: El Pavo Desplumado. Si dices que vas de mi parte te atenderán estupendamente. —De pronto parpadeó y, azorado, añadió—: A ver... No estoy diciendo que no suelan hacerlo, siempre atienden estupendamente. O sea... Son buena gente... Lo que quiero decir es que allí trabaja mi hermana. Así que si me nombras te hará un descuento.

Henry sonrió de nuevo. Le hacía mucha gracia como un hombre tan fuerte y guapo se enredaba consigo mismo al aclarar posibles malentendidos que, evidentemente, no eran tal.

—Por supuesto, eso pienso hacer. Gracias.

—De nada. —Le ofreció su mano y, tras estrechársela, se alejó—. Hasta mañana, Henry

Banks.

No sabría decir muy bien por qué, pero Henry esperó a que Nick se subiera a su todoterreno y saliera del recinto; casi como si quisiera asegurarse de saborear ese tiempo con él lo máximo posible.

Y cuando desapareció por el camino, otro hombre de aspecto enjuto rodeó la valla desgastada y subió la ligera colina en dirección hacia él.

«Ese sí que debe ser un vecino».

—¡Buenas tardes! —saludó Henry, aunque más bien debería haber dicho noches, pues el atardecer ya había vuelto el cielo de cobre.

El extraño llevaba ropa austera: un sencillito pantalón de pinza y un jersey gris oscuro, casi tanto como sus ojos y sus cabellos lacios. Estos miraron a Henry con cierto recelo. Con una profundidad extraña, casi hostil.

—Soy Jerome Harrison. ¿Y usted es...?

—Henry Banks. Voy a pasar una temporada en esta casa. —Alargó la mano, pero el hombre no la aceptó.

En su lugar se cruzó de brazos, con el rostro fruncido y mirando a Henry con desaprobación:

—¿Es amigo o familiar del tipo que acaba de marcharse? —inquirió.

—N-no. Bueno, le he contratado para unas reformas. —Al momento de responder, se dio cuenta de que no tenía por qué dar explicaciones. Sin embargo, de algún modo, su hostilidad le había pillado con la guardia baja.

El extraño se relajó de pronto, aunque mantuvo cierto toque urgente y preocupado en el tono de su voz.

—¡Gracias al cielo! Disculpe mis modales, pero nunca se sabe. —Luego mostró una sonrisa desigual que, aunque rozó la afabilidad, ralló con rapidez la malicia—. Debería saber que ese hombre no es de fiar. Yo que usted no dejaría que volviera a pisar su propiedad.

—¿Qué? ¿Por qué?

Así que le había tocado un vecino metomentodo.

—Se dicen cosas de él —susurró en confidencia—. Cosas que un hombre de bien nunca haría. —Henry parpadeó sin entenderle—. Es un depravado sexual.

—¡¿Un depravado sexual?!

El vecino asintió con la confianza de alguien que está seguro de tener la razón del universo mismo sobre sus hombros.

—Un homosexual. —Las palabras las pronunció a menor volumen, como con miedo de que hacerlo más alto pudiera envenenarle los labios de algún modo. Aun así, el veneno venía de serie: en sus ojillos foscos, en el tono con el que expulsaba las palabras, tan oscuras como sus prejuicios.

Henry no supo qué decir. Se quedó pasmado, con la boca medio abierta. ¿A qué demonios venía todo aquello?

—Bueno, ya lo sabe. Avisado queda. —Y cambió el tono como si no hubieran estado hablando hasta ese preciso instante—. Permítame darle la bienvenida en nombre de toda Bloomfield. ¿Es usted creyente, Henry? A la congregación le agradecería contar con un nuevo feligrés entre sus filas.

—La verdad es que... Ya no mucho...

—Pues nunca es tarde para volver al redil, señor mío. Y más ahora que rondan tantos desviados a sus anchas como si tal cosa. Así que no lo dude, si escucha la llamada de Dios, vivo

enfrente con mi madre.

—G-gracias, Jerome...

—Un placer. La Iglesia Comunitaria de Gracia estará encantada de recibirle.

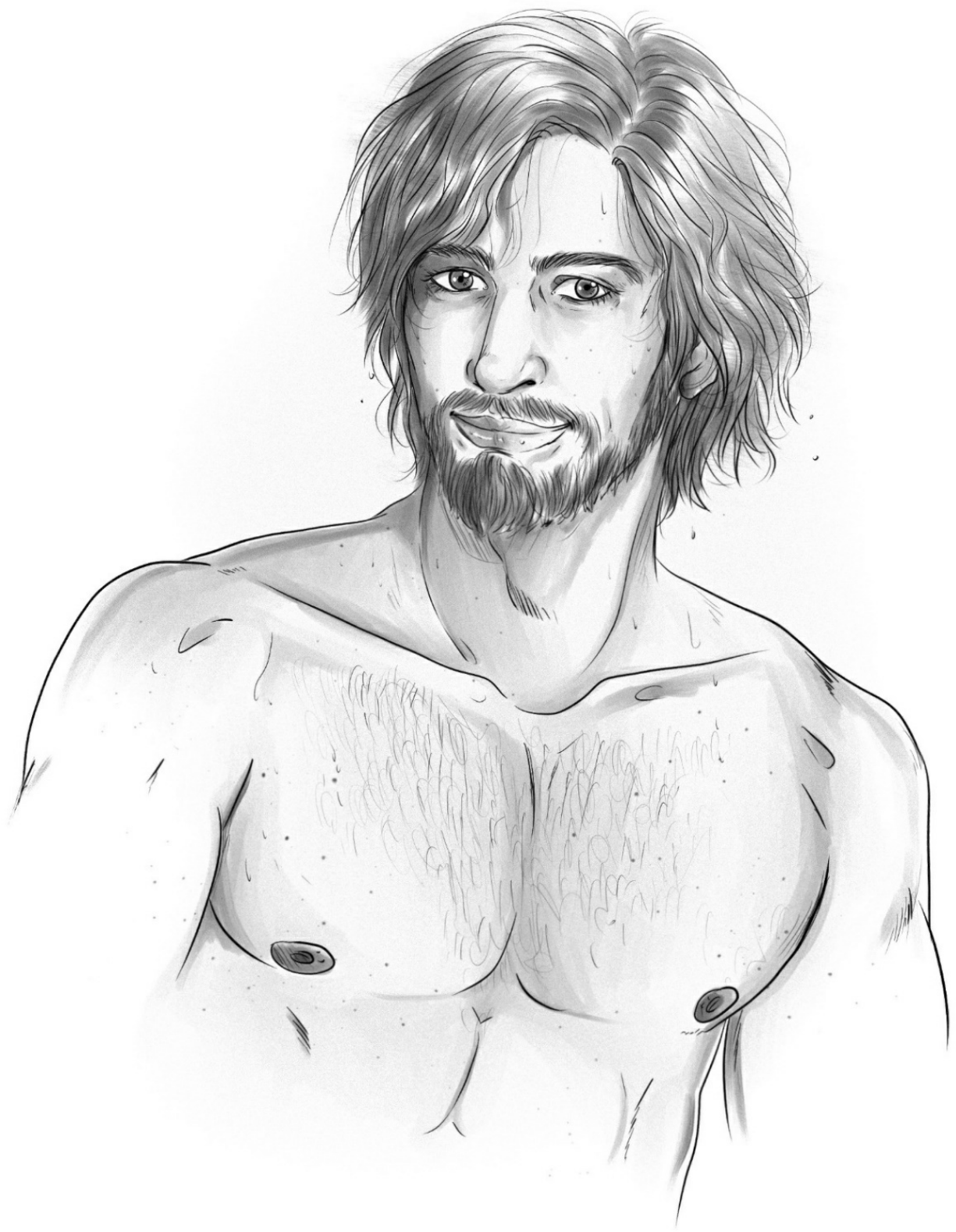
—Ya... Vale —masculló con un sabor agridulce.

Su vecino se alejó por fin, aunque a paso tranquilo, dejando a Henry solo con sus pensamientos.

El hecho de haber mantenido aquella conversación con él lo desanimó, pero fue aún peor darse cuenta de la actitud y pensamientos que había tenido hacia Nick durante toda la tarde.

El hecho de descubrir que era gay, y que por lo que había dicho sobre el matrimonio parecía estar disponible, le disgustó aún más. No por lo que era, ni mucho menos. Lo que le contrarió fue volver a sentirse culpable como en el hospital. Y eso le hizo acordarse de Kat y de esa sonrisa triste con la que ella se despidió y que sabía que lo perseguiría para siempre.







Ya era de noche cuando Henry cerró como pudo la puerta a medio descolgar de la casa y se dirigió hacia Bloomfield para buscar un hotel en donde pasar al menos esa noche, pues dadas las circunstancias no se atrevía a pisar siquiera los escalones que daban a la planta superior. Además, se moría de hambre, por lo que iba a seguir el consejo del contratista y acudir hasta la ciudad para cenar en condiciones en ese restaurante con aquel nombre de lo más estrafalario: El Pavo Desplumado.

Estaba agotado tras un viaje tan largo, sumado al accidente y los problemas que se habían comenzado a amontonar a causa de la reforma. Así que se merecía un premio.

Abandonó la urbanización por el mismo camino de tierra para volver a la carretera principal que conectaba ese lado de la bahía con la zona donde se asentaba la pequeña localidad. Al cruzar el puente, observó las luces nocturnas a su izquierda, delimitando toda la ensenada; hasta divisó un barco casino a lo lejos, lo que le chocó de primeras pero que era lo habitual por aquella zona.

Accedió a Bloomfield en pocos minutos. Estaba acostumbrado al ajetreo de Columbus, por lo que encontrarse las calles sin apenas tráfico le sorprendió para bien. La urbe estaba construida a base de pequeños edificios de a lo sumo tres. La gente caminaba sin prisa ni preocupaciones. Era, de una forma extraña, reconfortante.

El local surgió en cuanto dio un par de giros siguiendo la voz enlatada del GPS. Se ubicaba en el bajo de un edificio robusto de ladrillo visto, haciendo esquina.

—No sé yo, con ese nombre...

Sus tripas le recordaron que no era el momento de ponerse quisquilloso y que si se lo había recomendado el contratista sería por algo.

A pesar del nombre, le pareció un sitio agradable desde el exterior, con ventanales a través de los cuales se podía ver a la gente cenando con tranquilidad en un ambiente distendido, pero no caótico.

Estacionó no muy lejos de allí y se dirigió hasta el local observando el resto de la tranquila avenida. Al llegar a la puerta vio un cartel que llamó mucho su atención:

-Próxima semana: Jazz y soul en directo los viernes y sábados-

Eran sus géneros musicales favoritos, y su gran pasión en los primeros años de universidad, así que sus reticencias con el curioso nombre del local se evaporaron de sopetón.

Ya en su interior esperó con diligencia a que lo atendieran, mientras se escuchaba de fondo música ambiental. Al final, el pobre pavo desplumado había sido una grata sorpresa.

Una mujer menuda, vestida de negro y con un delantal corto del mismo color, se le acercó. A Henry le llamaron mucho la atención su cabello rojo como el fuego, bien recogido en un moño bajo, y su sonrisa de genuina amabilidad.

—Buenas noches, caballero. ¿Tiene reserva?

—Buenas noches. No tengo, disculpe.

La mujer, que sería algo más joven que él, miró en el libro de reservas sobre el atril y se mordió un poco el labio inferior.

—Puede que no tengamos sitio hasta las nueve y media...

Las tripas de Henry volvieron a rugir y rezó para que solo las hubiera escuchado él.

—Sería solo para mí. M-me recomendó este restaurante un contratista, Nick... Nick Miller.

A la *maître* se le iluminó la verde y enorme mirada.

—No diga más, acompáñeme si es tan amable.

Las palabras mágicas habían surtido efecto de inmediato. Nick debía de ser muy popular entre las mujeres, algo que le hizo sentir un poco celoso. Al fin y al cabo, las divagaciones de su extraño vecino no tenían por qué ser ciertas. Tal vez Nick era un rompecorazones que no quería casarse y por eso Jerome creía que era homosexual.

Una serie de absurdas teorías abordaron la mente de Henry. Tuvo que quitárselas de la cabeza. ¿A él qué le importaba? Había ido allí a arreglar la casa de Kat para cumplir su sueño y que una nueva familia pudiese ser feliz en ella, no a hacer nuevos amigos, ni a conjeturar sobre los gustos sexuales de los demás.

—Tengo esta mesa un tanto apartada, lamento no poder ofrecerle nada mejor —se disculpó la mujer mientras le dejaba la carta a un lado y retiraba el resto de cubiertos que no se usarían.

—No pasa nada, estoy bien aquí.

—¿Qué le traigo para beber? ¿Le recomiendo algún vino?

—Agua, por favor. Yo... No bebo alcohol.

Ella sonrió de nuevo y se retiró.

Henry, antes de echarle un ojo a la carta, escudriñó el local: los comensales charlaban, pero sin estridencias, como respetando la música variada, dentro del soul y el jazz, de distintas épocas. En ese momento sonaba *Black to Black* de Amy Winehouse. Le dio un escalofrío al escuchar la letra que hablaba sobre la pérdida de un ser amado, lo que le recordó a Kat, pero se recompuso en cuanto volvió la *maître* con la botella de agua mineral.

—¿Ya lo tiene pensado?

—No... Estaba escuchando la música, es muy agradable —respondió con sinceridad—. ¿Qué me recomendaría cenar?

—Le podemos traer una ensalada tricolor con vinagre de Módena, y nuestra especialidad: pavo en su salsa, con patatas y hortalizas de la zona gratinadas al horno.

—Eso suena estupendo. —Se puso a salivar—. Pero espero que el pavo esté desplumado.

La pelirroja echó una carcajada al aire que le recordó a Nick.

—Le prometo que no encontrará ni una sola pluma. Por cierto, como viene de parte de Nicholas, le haremos un descuento.

Henry enrojeció un poco al recordar al atractivo contratista.

—Me dijo que aquí trabajaba su hermana... Que era un buen sitio.

—Le tendremos que emplear de *mánager* —bromeó ella—. ¿De qué lo conoce usted?

—Le he contratado para arreglar la casa de mi... De mi esposa. Al otro lado de la bahía.

—Le aseguro que ha dado con el mejor y que la casa para su esposa y usted quedará ideal.

Henry sintió una punzada atravesándole el pecho, pero prefirió no sacarla de su error.

Mientras esperaba con ansia su cena, pudo advertir que había un amplio escenario con un brillante micrófono de pie que emulaba los de aspecto *vintage*, unas cuantas sillas vacías, para ubicar a los músicos y a los diversos instrumentos. Sin embargo, lo que de verdad llamó su atención fue el imponente piano blanco que aguardaba en medio de todo aquello.

—Es precioso... —susurró, hechizado.

Otra joven le sirvió una succulenta cena que degustó con avidez, muerto de hambre. Se sintió

muy a gusto, como en casa, y observó el local con curiosidad: a pesar de lo ridículo de su nombre, el interior del restaurante tenía cierta elegancia; mesas y sillas de madera maciza y oscura, bruñida, paredes forradas de fotografías de grandes artistas, vinilos y textos con letras de canciones. Lámparas de estilo industrial daban la luz suficiente para dotar al lugar de un ambiente discreto.

Cuando la *maître* le llevó la cuenta a la mesa, no le incluyó la tasa de propinas. Aunque Henry insistió en pagarla ya que había estado muy cómodo allí.

—Le va a dar un buen trabajo a mi hermano, así que... No insista.

—¿Su hermano?

—Sí, es mi hermano. Soy Scarlett, es un placer.

El hombre suspiró con un alivio del que no se dio cuenta.

—Yo soy Henry Banks. Igualmente. Nos veremos por aquí mientras dure la obra. Tiene pinta de que será... complicada.

—Nicholas es muy bueno en lo que hace —reiteró la profesionalidad de su hermano mayor.

—¿Hay algún sitio por aquí donde pueda pernoctar? En la casa me es inviable hasta que Nick revise el cuadro eléctrico.

—Me temo que es complicado a estas alturas del mes. Es casi verano, así que... —Scarlett se quedó pensativa—. Esto se llena en época estival, es la temporada alta en Bloomfield. Voy a preguntar a mi jefa, tal vez algo podamos hacer. Un momento.

Henry aprovechó para llamar a su madre, aún sentado a la mesa y con un café a medio degustar. Esta se lo cogió de inmediato.

—Henry, ¿cómo ha ido?

—Pues la primera toma de contacto con la casa... No muy bien. —Optó por omitir el percance sufrido para no tener que preocuparla de más. Bastante agoniosa era de por sí—. Necesita muchas reformas, probablemente una inversión mayor.

Un resoplido al otro lado le puso un poco de mal humor.

—Te lo dije. Una casa cerrada quince años no podía estar bien.

—No nos precipitemos, madre. El contratista parece muy profesional y estoy seguro que, cuando la obra termine, encontraré una buena familia que desee vivir en ella y recuperaré el dinero con creces. La casa en sí es preciosa y el entorno idílico. No podía dejar que siguiera cayéndose a pedazos. Esto es lo que hubiese querido Kat.

—Bueno, espero que tengas razón, hijo.

—Debo colgar, mamá. Mañana te llamo. Un beso —dijo al ver a Scarlett yendo hacia él.

La *maître* esperó a que terminase de hablar y se acercó con una sonrisa en el rostro. Henry advirtió entonces el parecido con Nick.

—He hablado con mi hermano y me ha dicho que eres un hombre estupendo y muy agradable.

El aludido enrojeció como una antorcha, y sintió una mezcla de bochorno, halago y el sentimiento de culpabilidad que le acompañaba a todas partes desde hacía tanto.

—B-bueno, apenas me conoce...

—Él nunca se equivoca, tiene mucho ojo para las personas. Así que, tras preguntarle a mi jefa y darme su beneplácito, creo que lo más conveniente es que te quedes aquí.

—¿Aquí? —Parpadeó—. No entiendo...

—El edificio tiene dos plantas superiores y una pequeña buhardilla acondicionada con una cama y un aseo. Nicholas me ha contado que no tienes luz y la casa ahora mismo es un poco

inestable. Todos los hoteles están llenos y no podemos dejarte dormir en el coche. —Se echó a reír.

—Pero me parece que...

—No hay más que hablar —le cortó con contundencia, pero sin perder la sonrisa—. Por la mañana estaré preparándolo todo para el almuerzo, para eso soy la encargada del local. Mientras consumas aquí el tiempo que te tengas quedar, será suficiente pago.

—¿El tiempo que me tenga que quedar? ¡¿Quiere decir que van a permitirme quedarme más de una noche?!

—Al menos hasta que encuentres otro alojamiento o tu casa vuelva a ser habitable. Si te parece bien, claro.

—No sé qué decir... Cuánta amabilidad. Y más sin conocerme de nada... A ver si voy a ser un psicópata, o peor: un ladrón —bromeó mientras se ponía en pie y dejaba el dinero sobre el platito.

—En ese caso le echaré toda la culpa a mi hermano.

—Tendría que salir a por mi maleta al coche. —Hizo ademán de irse y entonces algo le dijo que no debía aprovecharse de su generosidad. Aquello no estaba bien—. Pero, de veras, me parece demasiado. Me da mucha vergüenza aceptar semejante ofrecimiento.

—Lo dejo a tu elección —y terminó la frase igual que su hermano—: Henry Banks.

oOo

Aunque le costó aceptar, cedió a la propuesta de Scarlett. Lo cierto era que Henry nunca imaginó que encontraría gente tan amable en Bloomfield, o al menos no a ese nivel. Sin conocerlo apenas, el contratista ya había decidido que era buena persona.

Nick sí que lo era, le había salvado de una aparatosa caída. Y no solo eso, sino que le pareció de lo más afable y gracioso, por no hablar de su aspecto.

Henry suspiró, ya en la buhardilla, intentando no recordar la espectacular figura del contratista. Y tampoco en las palabras del vecino metiche: «Un homosexual».

—Maldita sea, deja eso ya... —se dijo en tono de reproche.

Tocó su anillo de casado, aún en su anular, a modo de amuleto totémico. Lo rozó con las yemas, muy nervioso, y le dio ligeras vueltas para tranquilizarse.

Recordó su noviazgo, el día en el que se prometieron, su boda y cada momento de su vida juntos pasando a toda velocidad. Pero no lo hizo con una sonrisa, sino con dolor casi físico.

Antes de todo aquello, del sufrimiento y la pena, Kat le había hablado de tener un hijo. Nunca imaginó que aquello sería el principio del fin...

Henry suspiró más tranquilo y dejó de tocar el anillo. Se puso cómodo con un pantalón del pijama corto y una camiseta. Luego se dejó caer sobre la pequeña cama y puso la alarma.

Miró el techo, agotado.

Intentó pensar en positivo: las cenizas de su mujer ya formaban parte de la naturaleza y ella descansaba en paz. Pero el recuerdo de Nick, poco antes de caer rendido, le hizo de nuevo sentirse desdichado.



Henry escuchó ruido en el restaurante cuando bajó de buena mañana. Este estaba cerrado al público, pero algunos empleados ya habían comenzado su jornada laboral, entre ellos Scarlett.

Esta le sonrió al percatarse de su presencia en el salón, mientras preparaba algunas mesas.

—Buenos días, Henry. Siéntate. ¿Te apetece desayunar?

—N-no querría molestaros más de la cuenta.

—Tranquilo, yo iba a prepararme algo también. Podemos desayunar juntos.

El hombre asintió mientras Scarlett desaparecía en las cocinas. Iba a elegir una mesa, pero no pudo evitar subir al escenario y acercarse al excelente piano en blanco pulido de la marca Kawai. El gentío de la noche anterior le había ayudado a resistirse, pero en aquellos momentos, lejos de miradas indiscretas, se vio atraído a él como una polilla a la luz. Rozó con las yemas de los dedos las suaves teclas y probó a tocar unos acordes para escuchar si estaba bien afinado. Y sí, lo estaba. Una sonrisa se dibujó en su masculino rostro.

Scarlett salió con una bandeja en la mano y lo miró. Henry se apartó del instrumento, un tanto cohibido por lo que había hecho.

—¿Sabes tocarlo? —indagó ella mientras depositaba el desayuno sobre una de las mesas: café recién hecho y un platillo de tostadas y huevos fritos.

—Sí, la verdad es que sí sé. —Henry bajó del escenario—. Por circunstancias de la vida tuve que dejar de lado la música y centrarme en otras cosas, y en casa no podía tener uno, así que no he podido resistir la tentación de hacerlo sonar.

—La verdad es que es una delicia escucharlo. Y aquí ya has visto lo mucho que nos gusta la música.

—La buena música —apuntilló mientras se sentaba.

Ella eligió la silla de enfrente y sirvió el café.

—Y dime, Henry, ¿cuánto tiempo estarás por aquí? ¿Vendrá tu esposa o te encargarás solo de toda la reforma?

Henry sintió una punzada en el estómago que casi le quitó el hambre. Claro, llevaba la alianza puesta y en ningún momento había hablado de sus circunstancias.

Scarlett le debió de notar algo raro en su expresión, porque lo miró intrigada.

—Mi esposa... Kat, ella... Bueno, ella ya no está entre nosotros... —Tragó saliva—. Desde hace seis meses...

—Perdona, cuánto lo lamento. Lo deduje sin más y... Lo siento.

—No suelo hablar de ello. Aún me resulta... difícil. Heredé la casa de sus padres y me propuse arreglarla. Nuestro sueño era vivir en ella. Se lo debía.

—¿Era de Bloomfield?

—Sí, su apellido de soltera era Sanderson... Katherine Sanderson.

Scarlett abrió mucho los ojos y se llevó una fina mano a los labios.

—La recuerdo, era mayor que yo y menor que Nicholas. Dios, mío... Te acompañó en el sentimiento, Henry. Siempre fue una chica muy vivaz a la que le encantaba dibujar.

Este sintió un cierto alivio al escucharle decir eso.

—De hecho, se dedicó a ello: era ilustradora de cuentos infantiles y también pintora.

—Entonces la casa es la de los Sanderson, al otro lado de la bahía. Claro, todo cuadra. Hace mucho que está cerrada, desde...

—Sí, desde la muerte de sus padres. —Se dibujó una sonrisa rota en sus labios, que fue muriendo mientras hablaba—. Nunca los llegué a conocer. Kat y yo comenzamos nuestra relación a posteriori, tras el terrible accidente que sufrieron.

Scarlett vio allí a un hombre roto, que apenas sonreía, y que llevaba a cuestas un gran peso.

Justo en ese delicado momento entró Nick por la puerta del restaurante y alivió un tanto la tensión.

—¡Buenos días! —exclamó con una sonrisa de oreja a oreja, su pantalón de trabajo, su camiseta marrón bien pegada al cincelado torso y una coleta recogiendo los cabellos castaños.

A Henry le dio un vuelco al corazón. Aquel encuentro tan inesperado fue más de lo que pudo soportar su estoicidad, y se lo quedó mirando con cara de bobalicón.

Nick le dio un beso en la mejilla a su hermana y luego se sentó entre ella y Henry, que se retrajo un poco, cohibido ante semejante hombre.

Él, a sí mismo, apenas se veía atractivo. Un tipo del montón, normal y corriente, de los que pasaban desapercibidos para la gran mayoría de las mujeres.

—Bueno, veo que habéis empezado sin mí. Y lo cierto es que hoy Henry y yo vamos a estar muy atareados. ¿Me traes mi desayuno, querida? —bromeó.

—No te pases, querido.

Scarlett se puso en pie para ir a buscar el desayuno de su hermano, dejando a solas a los dos hombres. A Henry le iba a dar un colapso teniendo tan cerca a Nick. No pudo evitar fijarse de nuevo en el tamaño de sus manos y en sus músculos bajo la tela de la camiseta.

—La jefa de mi hermana es una señora de lo más amable. No te creas que dejaría dormir aquí a cualquiera. Pero fue fácil convencerla de que eras un buen tipo.

—Os doy las gracias. Intentaré buscar cuanto antes un hotel...

—Pues buena suerte, está todo lleno a estas alturas. —Cogió la taza de café de su hermana y se la acabó. Luego se echó más—. Pero si te resulta incómodo quedarte aquí, puedes venirte a mi casa en Rochester. —Empezó a reírse con esa alegría que le caracterizaba—. Tengo un sofá muy cómodo, aunque si prefieres la cama. Bueno, quería decir que... La verdad es que cabemos ambos. Pero... *Umm...* Yo me quedaría en el sofá y tú... Obviamente no pretendía insinuar... — Al ver la cara de pasmo de Henry, supo que ya la había liado de nuevo, así que intentó reconducir el tema—. H-hasta que no compruebe el estado de la casa, no querría que te cayeses por más agujeros negros. ¿Has visto esa película de Tom Hanks que se titula *Esta casa es una ruina*? P-pues rollo eso... No quiero decir que esté tan mal, por supuesto, pero visto lo de ayer...

Nick cerró el pico en cuanto llegó su hermana y le puso un humeante plato delante: huevos fritos, salchichas, tostadas y panceta. El contratista atacó con canina avidez. Esos músculos no se alimentaban solos.

Henry no supo qué responder a la propuesta, ya que no la entendió del todo. No obstante, optó por terminarse su desayuno en silencio mientras observaba de reojo a Nick.

Este le sonrió un par de veces, mientras charlaba con Scarlett y se acababa el contenido de su plato en tiempo récord.

—Bueno —comenzó a decir mientras se ponía en pie—, si Henry está preparado, deberíamos ir tirando.

—C-claro. Tengo el coche por aquí.

—Ah, no, no, vamos en mi furgoneta. Luego te traigo de vuelta, a no ser que prefieras la otra opción.

—¿La otra opción? —preguntó Henry sin entenderle.

—Venirte a mi casa.

—¡Nicholas! —le espetó su hermana—. Deja al pobre hombre en paz, ya tiene donde quedarse hasta que sea necesario.

—Perdón, solo quería ser amable. —Hizo un puchero encantador a ojos de Henry—. De todas formas, intentaré que haya luz, agua y al menos una estancia en condiciones donde se pueda dormir. ¿Tiene que venir pronto tu mujer, Henry?

A este le cambió el semblante y Scarlett quiso matar a su hermano. Estaba claro que no sabía nada, pero también que era un bocazas que no pensaba las cosas antes de soltarlas.

—No, no vendrá pronto...

Henry cogió su móvil y el manojo de llaves, con un aire de penuria más que palpable y que dejó a Nick confuso. La cara de mala leche de su hermana no fue menos desconcertante.

—V-vale... —Siguió a Henry hacia la salida, pero su hermana le hizo un gesto para que se detuviera un instante.

—Escucha, no le digas nada más sobre su mujer. ¿Entendido?

—¿Están... separados?

—Podríamos decir que sí. Hazme caso, ni pío sobre ella.

Nick asintió con la cabeza y se fue.

oOo

La camioneta de Nick era muy amplia. En la parte trasera llevaba gran cantidad de aparatos y materiales de construcción. En la delantera se podría haber sentado otra persona entre ellos, así que Henry agradeció la distancia que los separaba, porque estaba taquicárdico pensando en la propuesta de ir a su casa. Creía que aquella parte de él había quedado ya atrás.

¿Por qué se hacía aquello? Especular con posibilidades absurdas. Además, el contratista creía que estaba casado, por lo que no había ningún mensaje secreto, ni proposición indecente en sus palabras. Solo era amable con él.

Nick, por su lado, estuvo parlotteando sin cesar los quince minutos que duró el viaje hasta la antigua casa de los Sanderson.

—Ayer estuve revisando todos los materiales que tengo disponibles en mi almacén y calculando lo podría necesitar para hacer la casa un poco más habitable. También dibujé unos cuantos bocetos para mejorar su estética. Los puedes ver, están en la guantera.

La alegría con la que Nick hablaba de su trabajo hizo sonreír a Henry, que alargó la mano para mirar aquellos esbozos.

—Seguro que quedará preciosa.

—¡No te defraudaré!

Nick observó de reojo el anillo de oro que llevaba Henry en el dedo anular izquierdo mientras este ojeaba sus bocetos.

Lo cierto era que Henry le parecía un tipo muy atractivo y que estaba de muy buen ver. Por supuesto que no se podía tocar, aunque mirarlo un rato sí, para qué negárselo a sí mismo. Pero alrededor de él había siempre perenne un aura de tristeza que no lograba comprender. ¿Tendría que ver con su mujer? Si se trataba de eso, estaba claro que había sido una separación difícil.

Aparcó la camioneta muy cerca de la entrada de la casa, marcha atrás para poder acceder a

los materiales con más facilidad.

Ambos hombres se apearon y Henry intentó abrir la puerta, que se volvió a descolgar y casi se le cayó encima. Los fuertes brazos de Nick sujetaron esta y parapetaron al propietario, que se vio muy cerca del hombre. Tanto que se quedó sin respiración ante la cercanía y el varonil aroma a colonia de caballero.

—Cuidado, pesa mucho. Es de madera maciza. Me parece a mí que eres un peligro andante, Henry. —Se echó unas risas a su costa y este no pudo evitar contagiarse un poco de aquella musicalidad—. Buscas constantemente que te salve de todos los peligros. Te advierto que si sigues así tendré que empezar a cobrarte extras.

—Intentaré no precipitarme en agujeros negros, ni morir aplastado por puertas asesinas, pero no prometo nada...

—Eso es que lo haces adrede —sugirió en tono burlesco.

Henry se puso del color de las moras y se escabulló hacia el interior de la casa, bordeando con distancia, y mucho respeto, el boquete en el suelo.

Nick le pidió que esperase por allí y fue hacia la cocina con cuidado, dando toquitos al suelo con sus botas de seguridad y observando las paredes y los techos. Luego reculó y subió las escaleras bajo la atenta mirada de Henry.

Estas crujieron, aunque sin quebrarse, así que Nick ascendió el resto del tramo mientras el otro hombre le observó con el corazón en un puño. Se fijó mejor en su prieto trasero y en sus piernas torneadas bajo el pantalón de tela. Apartó la mirada, turbado.

«Pero en qué coño estás pensando», se reprochó. «Por el amor de Dios, es la casa de Kat».

—¡Puedes subir! —la voz lejana de Nick lo sacó de aquellos venenosos pensamientos.

Henry se apoyó en la pared y ascendió con cuidado, hasta llegar al piso superior, donde escuchó a Nick en una de las estancias. Entró y lo vio quitar unos tablones podridos de las ventanas. La intensa luz de la mañana iluminó la habitación. Una enorme cama con dosel de madera, tapada con sábanas, se hallaba a la derecha. Otros tantos muebles también permanecían ocultos bajo diversas telas.

Se puso a toser por el polvo, así que Nick abrió la ventana en cuanto esta estuvo libre y lo asió por el brazo con delicadeza para acercarlo. Aquel contacto hizo que Henry se estremeciera y fuese incapaz de apartarse.

—Mira qué bonito es el paisaje... —musitó Nick—. Tienes mucha suerte, Henry.

Él, sin embargo, no lo creía en absoluto.

—Pues no me siento así... —soltó sin pensar.

—Pues deberías. Algún día espero comprarme un terreno similar, rodeado de árboles, en el cual construir mi propio hogar. Incluso puede que lo comparta con alguien especial, alguien que sí sea partícipe de mis sueños...

Henry no pudo evitar contemplar esa expresión entre melancólica y esperanzada. La conocía bien, él también la había experimentado una vez. Apartó la mirada en cuanto Nick se giró hacia su persona de nuevo.

—Esta parece la habitación principal... —indicó Henry intentando disimular.

—No tiene problemas de humedades en el techo, aunque sí en la zona del ventanal. Tendremos que quitar toda la madera podrida y poner marcos nuevos. Gaagii se encargará.

El contratista salió de la estancia y fue hacia la habitación contigua, una más pequeña, pero de buen tamaño.

Henry se quedó sin aire: era la de Kat. El estilo, los libros de Jane Austen en las estanterías,

llenos de polvo, la cama más pequeña... No cabía duda.

Tuvo que salir de allí y agarrarse a la barandilla, temblando por el ataque de ansiedad.

Una marabunta de pensamientos dañinos lo asaltó, mordisqueando su mente, susurrándole verdades que no quería reconocer. ¿Cómo podía seguir faltándole al respeto de esa manera incluso estando muerta? Estaba en el hogar de su infancia, en el lugar en el que ella había soñado vivir el resto de la vida a su lado. Y él, él... Se quedaba hipnotizado con un hombre. De nuevo.

—¡Henry! ¿Estás bien? El polvo y las telarañas no ayudan a respirar...

La barandilla chasqueó y cedió, superado por el enorme peso que sumaban Henry y todos sus remordimientos. Su cuerpo cayó hacia delante, derecho al umbral que daba al piso inferior. Pero antes de que pudiera reaccionar, Nick lo había agarrado por la cintura y empujado con ímpetu hacia él. Ambos cayeron sobre el suelo polvoriento, tosiendo de forma aparatosa, el uno abrazado al otro.

Lo cierto era que Nick, gracias a sus excelentes reflejos, había visto ceder la pieza de madera, por lo que acababa de evitar un terrible accidente que podría haber acabado en desgracia.

Henry vio cómo aquel trozo de baranda donde se había apoyado ya no estaba, pues se había precipitado hacia la planta baja. Todavía muy impactado por aquello, se asió más a la camiseta de Nick, que lo estrechó contra sí al notar cómo temblaba de pies a cabeza.

—Lo que yo decía: lo haces adrede para que te salve —bromeó el contratista para intentar aliviar la situación.

Henry le miró con asombro primero, con esos ojos grisáceos, y un puchero después, echándose a llorar como un niño chico.

No lo hizo por la posibilidad de haberse matado, sino por Kat, por sentirse bien entre aquellos fuertes brazos, protegido y a salvo. Porque estaba volviendo a traicionarla con esa clase de pensamientos y sensaciones.

Nick, confundido, lo estrechó contra su pecho con cuidado. Ni se le pasó por la cabeza que los sollozos de Henry fuesen por él, solo pensó que estaba asustado y solo, en un lugar lejano a su hogar, y en una casa que se caía a trozos por momentos. Si antes no lo había tenido claro, ahora sí: la separación debía de haber sido traumática para el pobre hombre.

Dejó que Henry se tranquilizase por sí mismo hasta que este se apartó un poco, quedándose sentado a su lado y recobrando la respiración.

—Gracias, otra vez... —La voz le tembló.

—Será mejor que me esperes fuera. Aquí hay demasiado polvo y muchos peligros, más de los que cabría esperar... Y no puedo estar salvándote a todas horas, tengo que trabajar —se echó a reír.

—Tienes razón, lo siento.

Henry se puso en pie y, apoyado de nuevo en la pared lateral, bajó las escaleras con extremo cuidado hasta que salió de la casa arrastrando un aura abatida.

Nick se quedó sentado, con los brazos posados en las rodillas y las piernas plegadas. Suspiró con fuerza y pestañeó.

—Joder... —susurró para sí—. Apenas sabes nada de él, aún está casado... Qué mierda —se lamentó antes de ponerse en pie y continuar revisando cada rincón de aquella casa.

oOo

En el exterior, Henry se sentó en las escalerillas del porche y tomó aire puro. Se limpió el polvo de la ropa y giró el anillo sobre su dedo de forma compulsiva.

Acababa de conocer a Nick, ni veinticuatro horas llevaba en Bloomfield, y ya estaba

sintiendo cosas inapropiadas por otro hombre de nuevo; como aquella vez en el hospital.

Su mujer estaba allí: en una cama médica, sin esperanza ni futuro, y él lo único que hizo fue demostrar lo mal marido que era. Nunca podría perdonárselo. Jamás.

Creía que con el viaje, con aquella casa, podría expiar parte de lo sucedido. Sanar heridas y sentirse menos horrible. Pero parecía que no era posible pues estaba volviendo a suceder: Nick y su extrema amabilidad lo iban a volver loco.

Henry era consciente: era una mala persona, y las malas personas no merecían ser felices.



El resto de la mañana fue bastante tranquila. Nick se pasó varias horas en el interior, analizando de manera meticulosa todos los desperfectos y mejoras que pudiera necesitar aquella casa, tomando nota y haciendo fotos con su *smartphone*. En cierto modo le partía el corazón verla así. Había visitado muchos domicilios y pocos solían estar tan mal y al mismo tiempo contar con tanto potencial. El edificio podía volverse algo portentoso y ser la envidia del lado este de Bloomfield.

«Siempre que contara con un profesional capaz de hacerla brillar», pensó emocionado.

Sin embargo, también era consciente de que no solo valdría con buenas intenciones. Haría falta también mucho dinero. Y no sabía de cuanto disponía Henry. De hecho, ni siquiera tenía asegurado el trabajo. Lo había contactado para realizar una primera inspección y un presupuesto, nada garantizaba que luego fuera a aceptar los costes.

Le daba la sensación de que aquel hombre, de mirada triste, aunque arrebatadoramente dulce, había acudido a Bloomfield como medida desesperada: desconocía el estado de la casa y ni siquiera había reservado una habitación en algún hotel. Se había jugado todo a una sola carta, y ahora esta resultaba estar llena de grietas y, lo más probable, carcoma.

Por suerte, Henry sí había acertado en algo: en él. Si lo elegía, Nick sacaría todo el esplendor que se ocultaba entre tanta tristeza. Hablaba de la casa, por supuesto, aunque no le hubiera importado también mejorar el ánimo de Henry...

Mientras tanto, el aludido se quedó fuera, ocupado en reordenar las ideas que se le amontonaban en la mente. Para intentar tranquilizarse, paseó por las inmediaciones y se dejó acariciar por aquel sol cálido y benevolente que atravesó las copas de los árboles. Al cerrar los ojos, elevó el mentón y procuró no pensar por unos minutos, aunque no cesó de acariciar el anillo a modo de eterna disculpa.

Después recordó que había dejado a Nick solo y volvió a la entrada, sentándose de nuevo en las escaleras. Habló un poco con su madre para hacer tiempo y, casi a la hora de comer, Nick apareció por el umbral de la entrada.

A Henry la imagen se le antojó extraña, pues la puerta estaba descuadrada a un lado y a medio abrir, envejecida, mientras que el hombre la superaba con un aspecto perfecto y robusto. Estaba en la flor de la vida; y menuda flor.

Henry sonrió al contratista con vergüenza.

—Disculpa por lo de esta mañana —dijo sin darle tiempo a Nick a abrir el pico—. No pretendía incomodarte, normalmente yo...

—Tranquilo, hombre. Cada uno tiene sus circunstancias.

—Ya... —No quería que hubiera malentendidos, por lo que, a pesar de que aquello solía deprimirlo aún más, sacó valor y se sinceró—: Era la casa de mi mujer.

—¿Era?

—Sí... —Hundió la mirada sobre sus propios zapatos—. Murió hace unos meses por... —Suspiró. Aquellas palabras siempre le dejaban un regusto a azufre, a pena, en la garganta—, un cáncer de útero que se extendió a otros órganos...

La cara de Nick fue un poema que, por fortuna, Henry no vio, sintiéndose un completo idiota al recordar la conversación con su hermana aquella misma mañana:

«—¿Están... separados?

—Podríamos decir que sí. Hazme caso, ni pío sobre ella».

Y luego cayó en que el propio Henry le había explicado que la casa era fruto de una herencia.

—Joder, Henry. Lo siento. —Se estaba disculpando tanto por su inmensa falta de entendederas como por la pérdida.

Henry creyó que le estaba dando el pésame; como hacían todos cuando se enteraban.

—Por favor, no te disculpes. —Henry elevó el rostro a un paso de romper en lágrimas—. La lástima lo hace peor: no soporto que la gente me trate como si fuera de cristal. Puede que tengan razón, pero hace que me sienta más frágil... —Aspiró el aire puro que le ofrecía el bosque y apretó los ojos para enterrar el dolor muy adentro—. Pensaba que estaba preparado. Por eso decidí dejarlo todo, venir aquí y arreglar su casa, ¿sabes? Pero... Ya ves. Aún no lo estoy...

—Uno no lo está hasta que lo intenta. —Colocó su mano con dulzura sobre el hombro de Henry con delicadeza, sentándose a su lado en las escalerillas—. No puedo decir que comprenda tu dolor, porque no he pasado por algo semejante, pero sí he sufrido otras experiencias que duelen mucho. Y la única verdad es que los traumas, los recuerdos terribles de lo que a veces nos toca vivir, solo se superan enfrentándose a ellos. Nunca se olvidan, jamás. Pero sí podemos aprender a vivir y a que no nos duelan tanto. Así que has sido muy, muy valiente.

Henry lo miró perplejo. Nunca hubiera dicho que ese hombretón fuera a pronunciar palabras tan profundas y esperanzadoras. De algún modo comprendió que estaba viendo a Nick por primera vez, al de verdad. Tras aquella faz perfecta, como si hubiera sido esculpida en mármol por el mejor de los artesanos, había un gran hombre.

Le sonrió sin que esta vez aquello le doliera y le dijo:

—Vaya. Eso ha sido muy... Gracias.

—No me las des a mí. —Su semblante se volvió jugueteón—. He copiado palabra por palabra lo que siempre dice mi hermana. —Se echó a reír con esa enérgica risotada suya, borrando de un plumazo el ambiente derrotista que había estado pegado a Henry hasta entonces—. Pero no se lo digas, ¿eh? O me demandará. Ahí donde la ves es muy rencorosa.

A Henry se le contagió la risa y soltó lágrimas, esta vez de alegría y de un profundo alivio; como si se hubiese quitado un peso de encima.

—Sea tuyo o no, muchas gracias. La verdad es que sois los dos increíbles. Sé que en las grandes ciudades las personas van a lo suyo y que en las afueras la gente es mucho más cercana y se echa una mano cuando puede, pero tanta hospitalidad y atención... —Sonrió muy agradecido—. Estáis teniendo mucha paciencia conmigo, y no tenéis porqué. No sé cómo pagároslo.

—Pues mira, me alegra que saques el tema, porque yo sí. —Le enseñó las notas de su *smartphone*—. Estas son las cosas que necesita la casa. Vamos a hablar de ello y luego... —Se puso sus gafas de leer, que se le escurrieron hasta la punta de la nariz dotándole de un cariz muy gracioso, y luego le miró por encima de ellas diciéndole—: vamos a hablar de números, señor Henry Banks.

oOo

Volvieron a El Pavo Desplumado a la hora de la comida, sin haber terminado de negociar los términos del contrato. Había tanto que hacer, que incluso Nick le planteó la posibilidad de tirar abajo todo lo que no fueran los cimientos. El propio contratista le reconoció que le dolía en el

alma ofrecerle esa opción, pero en términos económicos era lo que más le convenía a Henry.

Sin embargo, este no aceptó.

—No sé cuánto se podrá mejorar la casa, pero no voy a hacer eso. Quiero honrar a mi mujer y a su familia —le indicó mientras se sentaban en una de las mesas y pedían agua a uno de los camareros.

Por la cara que puso Nick, se notó que estaba encantado con la elección y, de algún modo, Henry comprendió que era porque había decidido confiar en él.

En un principio dudó si debía consultar o no a otros profesionales del sector, porque la cercanía con el contratista estaba comenzando a ser un poco inapropiada, pero tampoco hubiese sido justo que el pobre hombre pagara los platos rotos. Además, ¿cómo negarse después de que le hubiera salvado dos veces la vida y mediado para que tuviese un lugar donde quedarse? Nick se merecía conseguir ese trabajo y estaba seguro de que había tomado la decisión correcta.

—No lo dudé ni por un instante, pero era mi obligación avisarte. En cualquier caso, necesitare a un par de ayudantes para que me echen una mano. ¿Te parece bien que contacte con ellos? Son de confianza.

—Por supuesto, haz lo que debas con tal de que el trabajo se realice en condiciones.

Nick se puso en pie un momento, con el móvil ya en la oreja, y se apartó para hablar con sus ayudantes habituales. Después regresó a su sitio.

—Ya está, hoy mismo se ponen con ello. Y, por si acaso, te aclaro que su participación está dentro del presupuesto. Pero no creas que lo hago por altruismo, aunque soy una espléndida persona —añadió jocoso y Henry sonrió sin poder evitarlo.

Aunque Nick le echó un jarro de agua fría al explicarle que la reforma iba a tener un coste mucho mayor de lo que se esperaba en primera instancia, no le importó. Ni siquiera al saber que duraría más meses de lo esperado, probablemente hasta bien entrado el verano.

El día que dejó Columbus atrás iba con la idea de alejarse de todo y todos. En parte, la noticia le otorgaba la excusa perfecta de cara a su madre; aunque le preocupaba como iba a tomárselo. Tendía a ser un «poquito» sobreprotectora.

El camarero regresó con el agua y les leyó el menú del día.

Henry optó por un plato único y ligero. Se encontraba mucho mejor, pero tenía mal cuerpo desde el incidente de la mañana. La ansiedad solía trastocarle el apetito.

—Prefiero solo una ensalada de rúcula y *burrata* con tomates, por favor.

—Yo he venido a jugar: Anthony, tráeme el puré de verduras de primero y el filetón con patatas de segundo —solicitó con su ya habitual y encantadora sonrisa.

Vieron a Scarlett pululando por allí en un par de ocasiones, pero esta no pudo detenerse a saludarlos dada la cantidad de clientes a los que tuvo atender. A Henry no le extrañó que fuera la *maître*. Menuda energía para ser tan menuda.

Tras recibir sus respectivos platos, Nick y Henry charlaron un buen rato: de las prioridades a la hora de sobrellevar todo el trabajo y también de cómo se pagarían los honorarios y materiales. Durante el resto de la comida hablaron de cosas tan mundanas y dispares como el tiempo, de si Henry ya había visitado la zona o de cuáles eran sus respectivas aficiones. Fue tan agradable que, sin casi darse cuenta, habían alargado la velada pidiendo sendos cafés tras el postre.

—Así que te gusta la música. Entonces, ¿qué te parece el local?

—Creo que es lo segundo que más me gusta de Bloomfield —aseguró Henry—. Amo el *jazz*, así que es perfecto.

—¿Lo segundo? ¿Y qué es lo primero? ¿La casa? Porque está hecha un asco... Bueno, te

pido disculpas por mis palabras, no debería haber... Perdón. —Finalizó para no enredarse más.

—P-pues... —balbució Henry al darse cuenta de que se había ido de la lengua. Justo llegaron sus cafés, momento que aprovechó para detenerse, pensar y salir airoso—. Me refería a la hospitalidad de sus gentes; en especial la vuestra.

—Bueno, tampoco te confíes. Tal vez no seamos unos estirados como los de las grandes ciudades, pero aun así aquí también hay gente con mala baba. —Y de pronto se quedó mudo y se mordió el labio inferior, azorado—. O sea... No estoy diciendo que seas un estirado por ser cosmopolita... L-lo que quiero decir es que allí soléis ser muy fríos en general y... Ah... —Apretó los labios con espanto—. Tampoco digo que seas frío... Yo mismo vivo en una ciudad, a quince minutos de aquí, y aunque no me gusta la falta de emp... Eh...

—Nicholas, querido —escuchó a Scarlett hablar tras él—. Cierra el pico, anda.

Henry aún se estaba riendo cuando se fijó que le acompañaban un hombre y una mujer de evidentes rasgos amerindios. Por el parecido que compartían entre sí, podrían ser hermanos.

Él arrastraba una mirada aburrida y huraña, casi como si el simple hecho de estar allí le causara agotamiento. Su cabello, oscuro como el plumaje de un cuervo, desaparecía por detrás de sus anchos hombros, liso y libre. Era bastante corpulento. Por otra parte, ella... ella...

Nick, al verla, abrió mucho los ojos y espetó:

—¡Skana! ¡¿Por qué tu cabello es multicolor?! ¿Qué te has hecho?

La joven, que tenía el pelo corto, verde, rojo y azul al mismo tiempo, sonrió cruzándose de brazos con aire condescendiente:

—Nuevo *look*. Cosas de gente joven, no lo entenderías.

—¿Perdona?

—Perdonado.

Si no fuera por la música de fondo, una alegre y tranquila composición improvisada de *jazz*, el ambiente hubiera adoptado un silencio incómodo.

Scarlett optó por irse, ahogando una risita, y dejó que la extraña pareja se sentara en las sillas que quedaban libres.

En ese momento, Henry se sintió confuso. ¿Quién sería esa gente?

—Henry, te presento a los ayudantes de los que te he hablado: Skana y Gaagii Underwood. Son hermanos aunque no lo parezcan. —Sacó del bolsillo una llave y se la tendió al hombretón—. Han venido a recogerla para ir al almacén y llevarse el material que les he pedido.

Skana le arrebató la llave a su hermano, se la guardó y sonrió a Henry con afabilidad.

—Es un placer. —Incluso le estrechó la mano alargándola por encima de la mesa—. Muchas gracias por confiar en nuestros servicios. Le puedo asegurar que, a pesar de sus modales, Nick es un buen trabajador.

—¿Perdona?! Eso es lo que tendría que decir yo de ti.

La joven contrató:

—¿Ve lo que le decía de los modales, señor? No se inquiete, estaré pendiente de que no se escaquee y cumpla con su parte.

—Estoy seguro de que así será, confío plenamente en usted —dijo siguiéndole el juego para pasmo de Nick.

El contratista claudicó al verse superado en número e insistió en que hicieran lo que les había indicado por teléfono.

El plan era desbrozar las malas hierbas y quitar los pedruscos del camino que pudieran ser peligrosos para trabajar y evitar así cualquier otro accidente. Primero había que limpiar la parcela

de cabo a rabo y eso era lo que Skana y Gaagii harían aquella tarde. Este último se limitó a musitar con el interés de un koala.

—Henry necesita que habilitemos alguna sección de la casa cuanto antes para que pueda trasladarse allí mientras dure la reforma. Nos vemos en la parcela dentro de cuarenta minutos. — Dio por concluida la breve reunión.

—Vale, te dejamos disfrutando mientras los demás nos deslomamos por ti. —Skana cambió la expresión al dirigirse a Henry, al cual parecía ver como un enorme fajo de billetes—. Un placer, señor.

—Ha sido un gusto conocerlos.

Gaagii se limitó a entonar un asentimiento ininteligible antes de seguir a su hermana mientras Nick rodaba los ojos, hastiado.

—D-de verdad que son muy buenos trabajadores —aseguró muy nervioso en cuanto se alejaron—. Es solo que la chica es un tanto particular y le encanta avergonzarme. Por cierto, espero que esto no te ofenda, pero habrá mucho lio en tu terreno esta tarde. No me entiendas mal, puedes venir si quieres, pero te sugeriría que visitaras Bloomfield o descansaras. Cualquier cosa que necesites, tienes mi número.

—Claro, descuida. No pretendo distraeros, seguramente haga un poco de turismo... —Henry se sintió algo decepcionado al separarse de él.

Nick agradeció su disposición y se puso en pie. Justo en ese momento, Skana volvió.

—Nick, eres tan buen jefe que ni siquiera nos has indicado la dirección. —Una sonrisa maligna se ensanchó en su bonito rostro.

—El 8 de la calle Rochester, en el lado este de la bahía... —resopló—. Por cierto, Henry, antes de que se me olvide... —Se volvió hacia este—. Como te gusta el *jazz*, el próximo viernes comienza en el restaurante la época de música en directo—. Hizo un gesto con la cabeza para señalar el escenario—. La inauguramos con una gran fiesta. ¡Sería estupendo que te unieras a nosotros!

—¡Qué gran idea! —exclamó la joven india—. Debería apuntarse. La dueña del restaurante además de ser un encanto tiene una voz portentosa. Suele dar recitales acompañada de un pianista para amenizar las veladas estivales. Una completa pasada, en serio.

—Si te apetece, claro, sin presiones... —aclaró Nick un poco nervioso al pensar que podrían verse fuera del entorno laboral.

Henry le respondió con un gesto dulce y genuino:

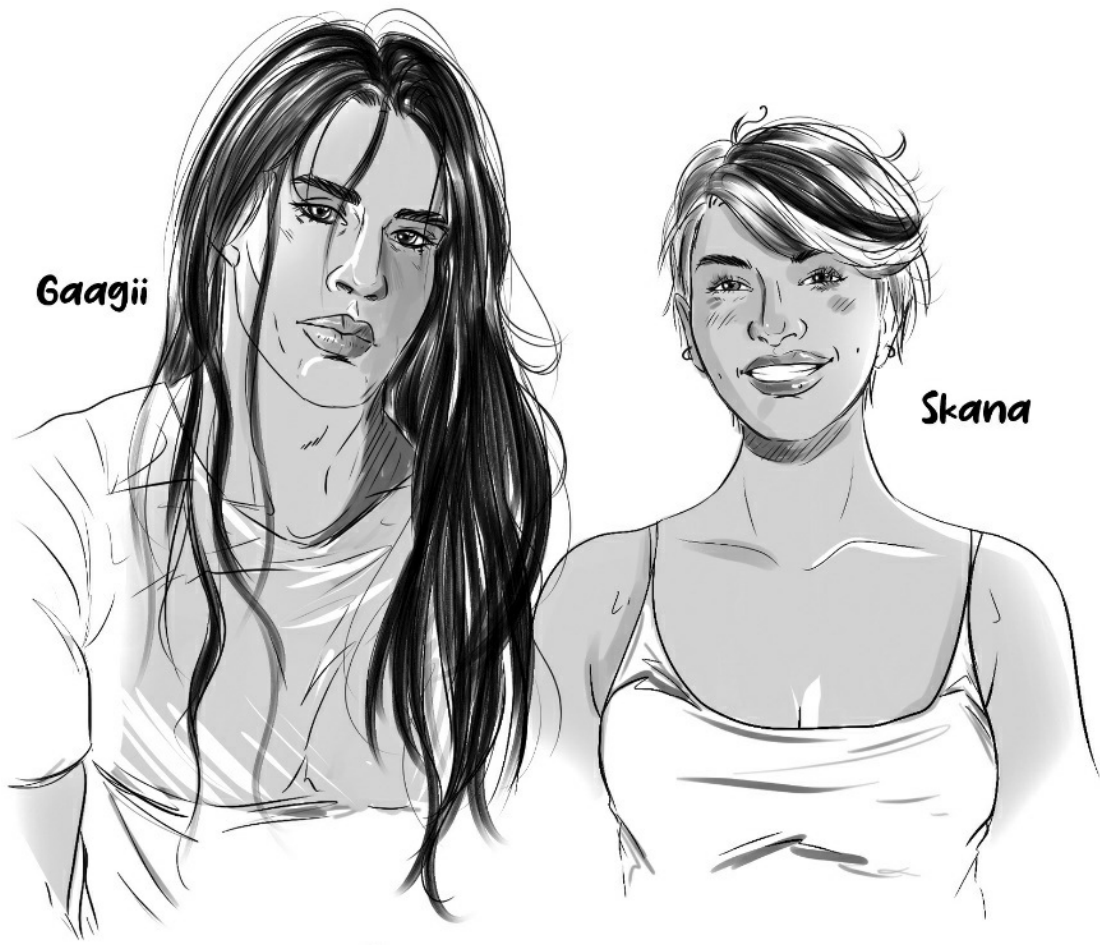
—Me encantaría.

Y entonces, Skana, como la mayor estratega de la historia, dio su estocada final haciendo un fingido ademán:

—Por cierto, ¿ya le ha contado Nick lo muy soltero que está y lo increíblemente gay que es?

El contratista enrojeció hasta la raíz del pelo, abochornado.

—¡¡¿Te quieres ir de una vez?!!



Gaagii

Skana



El bueno de Nick volvió a su solitario piso en la ciudad de Rochester, cerca de Bloomfield, tras una tarde bregando con aquella casa de gran potencial y una subordinada de lo más insoportable. Si no fuese porque era tan buena trabajadora como persona, ya la habría mandado a paseo. Su hermano, aunque de aspecto huraño, también tenía un gran corazón, pese a que Scarlett no lo tragara por algo que pasó en el instituto al que iban.

Se desnudó y se fue directo a la ducha. El agua caliente se llevó consigo la suciedad, el sudor y parte del cansancio acumulado. Pero trajo consigo otras cosas: como el recuerdo del cuerpo convulso de Henry entre sus brazos, de la agradable comida con él, o la sensación de querer consolarlo por la pérdida de su esposa.

Ya le había parecido guapo al fijarse bien en él tras salir a cambiarse las camisetas rotas. Desde luego era su tipo de hombre: rostro masculino, pelo oscuro ensortijado, complexión normal y sonrisa bonita. Rara de ver, pero bonita al fin y al cabo.

Además, su forma de ser le resultó afable y predispuesta a la colaboración desde el minuto uno. No todos los hombres habrían querido arreglar una casa en tan malas condiciones, gastándose una ingente cantidad de dinero en reparaciones, para honrar la memoria de su esposa fallecida. Muchos habrían vendido la propiedad sin más y pasado página. Debía quererla mucho.

Nick suspiró, cerrando el grifo para salir de la ducha, secarse y tirarse en el sofá para descansar un rato. Ojalá él encontrase un Henry que le quisiera de igual forma. Ya puestos, ese Henry. Aunque suponía que, probablemente, era heterosexual de pies a cabeza.

Desde que Michael le dejó, tras diez años de relación estable, y ya hacía tres desde aquello, no había querido saber nada de ningún hombre. Tampoco le iban los rolletes ni el aquí te pillo, aquí te mato. No, él era de querer a alguien de forma incondicional, tanto como para comprar un piso en Rochester a medias con su pareja, y que esta luego le dejase al poco tiempo.

—Un romántico de los que ya no quedan... Y un gilipollas... —se dijo a sí mismo mientras, estirado cuan largo era en el sofá, buscaba en su *smartphone* el contacto de su cliente para llamarlo y pasarle el parte con las novedades.

Henry no tardó ni tres segundos en responder:

—Hola, Nick. Qué sorpresa, no esperaba que me llamasess a estas horas, pensé que me contarías los avances mañana.

—Oh, Dios mío, tienes razón, son ya las diez de la noche. Mil perdones, t-te dejo descansar...

—¡No! No, tranquilo. Adelante... —Henry sonó interesado—. Estoy ansioso por hablar contigo.... Q-quiero decir, por saber qué tal ha ido...

Nick se animó, sentándose recto y cruzando sus musculosas piernas.

—Te comunico que la deslenguada impertinente que conociste hoy, ha desbrozado la parte delantera de la casa. Su hermano Gaagii me ayudó a quitar las piedras del camino, las maderas de las ventanas... ¡Ah! Y te hemos hecho un apaño con la puerta para que ya no se caiga al abrirse. Tengo que enseñarte varios catálogos y... Bueno, creo que eso puede esperar. Insisto, debes estar cansado.

—Creo que tú lo estarás más que yo. Me he limitado a pasear por la localidad y tomarme un café. He hablado con mi madre —suspiró al otro lado—, me ha echado la bronca por pretender gastarme los ahorros y...

—Mañana te daré un presupuesto lo más ajustado posible —le cortó un momento—. Lo prepararé después de cenar.

—¿No has cenado? Oh, por favor, Nick. Ya harás el presupuesto mañana, no te preocupes por eso. Tu dedicación al trabajo es loable, pero te digo por experiencia propia que también hay que disfrutar un poco, sobre todo porque yo no lo he hecho...

Nick sonrió un poco al sentirse identificado. Llevaba años sin tomarse un descanso. Puede que lo hiciera tras terminar la casa de Henry.

—Está bien, mañana —claudicó.

Ambos se quedaron callados un momento, hasta que Henry reanudó la conversación:

—El calor aquí es muy húmedo, aunque lógico al estar al lado de la bahía y el lago.

—Oh, sí, yo voy en calzoncillos... Q-quiero decir que no uso pijama. —Se echó a reír de forma nerviosa—. Dios mío, lo siento, no te imagines cosas que no son, te lo ruego.

—Yo también voy igual, no soporto este bochorno —le respondió con otra risilla.

Nick se lo imaginó en calzoncillos y eso le puso taquicárdico, hasta se excitó. Luego se flageló mentalmente por ello.

—Bueno, voy a hacerme la cena. Mañana me espera mucho trabajo.

—¿Puedo ir a ayudar en algo? —se ofreció.

—Henry, eres el cliente. No tienes porqué ayudar en nada. Es peligroso y no quiero tener que salvarte la vida a cada paso que des por más que me dedique a salvar personas y, ya sabes, lo de reformar casas sea solo mi *hobby* —bromeó.

Henry no pudo evitar echarse a reír con fuerza y eso hizo feliz a Nick, que sonrió como si estuviera beodo.

—Buenas noches, entonces. Qué descanses. Mañana me cuentas los avances.

—Buenas noches...

Tras esa despedida, Nick colgó y se dejó caer sobre el sofá con una erección entre las piernas. Henry en calzoncillos debía estar muy sexy y adorable.

—No te cueles de un hetero al que acabas de conocer —se dijo en tono de reproche—. No seas idiota...

oOo

En la buhardilla de El Pavo Desplumado, Henry estaba tumbado sobre la cama, agotado de tanto ajeteo. Le llegaba de fondo la música y el bullicio del restaurante, ya que el edificio entero se conectaba a través de unas escaleras interiores. Estaba deseando poder darle las gracias a Kamilah, la dueña, por su hospitalidad, pero por lo visto seguía ocupada.

Por otro lado, y dándole vueltas a la cabeza, recordó la conversación con Nick y se volvió a sonrojar al imaginárselo en calzoncillos. Si su torso era espectacular, todo él debía de ser impresionante.

Hacía mucho que no tenía relaciones, así que su cuerpo decidió que era un buen momento para actuar por su cuenta. Eso hizo que el hombre se pusiera en pie y fuese a darse otra ducha de agua templada, molesto por la tremenda erección.

Además, la homosexualidad de Nick ya no era la conjetura de un vecino tarado, sino una realidad. La muchacha nativa lo había confirmado y la reacción de Nick más aún.

Recordó que en ese entonces se había quedado perplejo y que después el contratista le pidió

disculpas antes de marcharse detrás de la joven sin más explicación. Una que, por cierto, no tenía por qué darle. Los gustos sexuales de cada uno eran personales.

Y, sin embargo, el hecho en sí había avivado la imaginación de Henry, rememorando la cercanía del contratista, su forma de consolarlo y la animada conversación durante la comida. Y luego habían hablado de los célebres calzoncillos...

Henry giró el pomo del grifo y el agua helada disipó del todo la excitación. Ya más tranquilo se secó y volvió a tumbarse en la cama, acomodándose de lado y con el ceño fruncido.

Analizó lo que le ocurría, sabiendo que estaba mal, y que tenía que luchar contra esa clase de pensamientos. Pero estos aparecían sin más, actuando en su nombre, haciéndole ser diferente a la persona que debía. Cada vez que surgían, solo era consciente de ello cuando ya era tarde. ¿De verdad esa siempre había sido su naturaleza? ¿Desde el principio? ¿Acaso todo lo demás fue una mentira?

Dio vueltas al anillo de forma compulsiva, aferrándose a este.

—Kat, perdóname... Me está sucediendo de nuevo. Ojalá entendiera qué me pasa para ponerle remedio. Ya no sé qué es real y qué no...

oOo

El tercer día de su estancia en Bloomfield, fue a la oficina de correos tras hablar con su madre, la cual le recordó que quería una postal del lugar, ya que era una gran coleccionista.

En uno de los puestos de la bahía compró una con la foto del lago Ontario, la rellenó y buscó la estafeta. Nada más poner el pie dentro del USPS¹, vio a su vecino: Jerome.

Este le reconoció de inmediato, al otro lado del mostrador, y le miró con los ojillos negros entornados, como si le juzgara. Cuando le tocó el turno, lo saludó con toda la afabilidad que pudo:

—Buenos días, señor Harrison, ignoraba que trabajase aquí.

—Oh, sí, desde hace años. Me puede llamar Jerome. Al fin y al cabo, nos veremos a menudo, vecino. Espero que también en misa.

—Eh... C-claro, intentaré acudir... Aunque con todas las obras que hay que hacerle a la casa no sé si me será posible.

Forzó la sonrisa mientras Jerome sellaba la postal y le indicaba el importe a abonar. Henry dejó un billete de cinco dólares sobre el mostrador y esperó el cambio.

—Una pena que no haya seguido mi consejo —susurró Jerome mientras le devolvía unas monedas.

—¿P-perdón?

—Con el perverso. Además, ha llevado a esos indios. Ayer los vi merodeando... Espero que sepa lo que hace.

—Señor Harrison... Jerome... Me consta que Nick es el mejor contratista de la zona y que sus ayudantes son muy eficientes, no creo que...

—¡Siguiente, por favor! —Jerome le cortó, pues se le estaba haciendo cola y tampoco le interesaba la, sin duda, errada opinión de su vecino.

Henry se dio la vuelta muy ofuscado y salió con paso firme.

Nick no era un perverso, ni mucho menos, sino todo lo contrario; una persona buena y trabajadora. En cuanto a los hermanos no podía opinar, pero odió el tono con el que había pronunciado «indios».

Se dedicó a dar vueltas por las inmediaciones, mordiéndose las uñas. Aquel día el restaurante cerraba, por lo que tendría que buscar otro sitio donde comer y cenar. Por otra parte, se moría de

ganas de ir a la casa para ver los avances, por pocos que fuesen, y a Nick.

Había estado soñando con él, no recordaba muy bien de qué iba la cosa, solo que salía en sus sueños. La tremenda erección mañanera no había ayudado, por lo que tuvo que darse otra ducha fría. Aunque tenía que reconocer que no le faltaron ganas de aliviarse por otros medios más placenteros aprovechando que el recuerdo de Nick aún estaba fresco.

—¡Ey! ¡Henry!

Una voz femenina y familiar llamó su atención. Al girarse se encontró con Scarlett, que vestida de calle y con el cabello suelto sobre los hombros cambiaba mucho. Llevaba algunas bolsas de la compra.

—¡Hola! ¿Haciendo recados en tu día libre?

—Efectivamente. —Ella le regaló una amplia sonrisa—. Seguro que tú te estás aburriendo un montón.

—Efectivamente —bromeó.

—Volvía a casa de mis padres, viven a dos manzanas de aquí. Bueno, y yo también. —Suspiró con cara de cansancio—. Mi hermano huyó hace años.

—Independizarse es duro.

—Estoy ahorrando para abrir mi consulta de sexología en Rochester.

—¿Qué me dices? ¿Eres sexóloga? —Henry se quedó muy sorprendido mientras le acompañaba hasta su casa, llevándole las bolsas como todo un caballero.

—Sí, es mi especialidad. A simple vista no me pega, ¿verdad? Me lo dicen mucho.

Henry se mordió un labio, dudando en si consultarle algunas dudas que tenía al respecto de su sexualidad. Sin embargo, llegaron a casa de la mujer y no se atrevió. Sentía demasiada vergüenza y culpabilidad.

Ella, que era muy avispada, percibió algo y dejó anotado en su cerebro que tenía una charla pendiente con el hombre. Además, se había fijado en cómo lo miraba Nicholas, para bien o para mal. Y no le veía esa mirada desde su relación con el capullo de Michael.

Cuando a su hermano le gustaba un hombre, no soltaba por la boca más que barbaridades. Se volvía un tonto atolondrado y metepatas.

—¿Quieres comer con nosotros? Dicen que donde caben tres, caben cuatro.

—¿Qué? No, no, cómo podría... Sería abusar demasiado.

—¡No se hable más! ¡Para dentro!

Scarlett lo asió por el antebrazo y tironeó de él para que subiera los escalones que llevaban al porche.

En un visto y no visto, Henry terminó dentro del hogar de los Miller, sintiéndose un intruso. No obstante, Scarlett era un torbellino imposible de parar. Pequeña pero matona.

—¡Mamá, papá! —los llamó a voz en grito—. ¡Traigo un invitado!

Un hombre de espesa barba blanca y cabello canoso apareció en el recibidor y alzó sus pobladas cejas. Era de complexión robusta y Nick había salido a él. Scarlett, en cambio, a su madre, que también era pelirroja y bajita.

Esta se acercó hasta ellos.

—¿Y este hombre tan apuesto? —preguntó la mujer.

—Es Henry, el cliente de Nicholas del que os hablé.

—¡Ah! Pues es un placer, Henry. Yo soy Angela y este es mi marido David.

—Encantado de conocerlos a ambos... —respondió un poco azorado, aún con las bolsas en las manos.

Angela se apresuró a tomarlas para llevárselas a la cocina.

—Así que ha contratado los servicios de mi hijo... *Umm...* —murmuró David.

—Sí, así es. A falta del presupuesto... Pero ya tengo decidido que lo hará él de todas maneras.

—Por favor, no estemos aquí hablando de pie, vayámonos al salón —sugirió Angela dirigiendo a Henry hacia la estancia.

Este se sentó en un amplio y cómodo sofá, junto a Scarlett. David usó su sillón orejero y la madre de familia fue a por algo que ofrecerle al invitado.

Tanta hospitalidad apabulló al hombre, pero se dejó hacer en cuanto vio el zumo natural de naranja que Angela le llevó.

—*Umm*, Nicholas no es el más barato de la zona, pero sí el más concienzudo. Ha aprendido del mejor —habló de nuevo el padre.

—Me imagino que de usted.

—Efectivamente, hijo, efectivamente. —Asintió con la cabeza.

Scarlett intervino:

—Mi padre también era contratista y Nicholas y él trabajaron juntos los primeros años. Hasta que mi hermano salió por patas.

Su padre le echó una mirada matadora, pero se contuvo por deferencia hacia el invitado.

—¿Ha visto cómo me trata? Cría cuervos... *Umm*. ¿Le importa que fume?

—No, no. Faltaría más. Está usted en su casa, yo soy un mero invitado inesperado.

David sacó una pipa de una cajita tallada en madera y la encendió.

Aquel hombre le pareció a Henry muy peculiar. Bastante distinto a su propio padre, con el que no solía hablar demasiado.

—Y dígame, Henry, esa casa... Es la de los Sanderson, ¿verdad? —indagó Angela.

—Sí...

—Mamá... —la espetó su hija.

Henry hizo un gesto para quitarle importancia a la pregunta:

—Mi esposa era su hija. La heredó cuando murieron y... Dadas las circunstancias, ha terminado en mis manos. Así que quiero devolverle la vida a ese hogar que fue tan importante para ella y que una nueva familia sea feliz allí.

—Te acompaño en el sentimiento, querido.

—Gracias...

—Aunque Brandon y Margaret no fueran muy allegados nuestros, sufrimos mucho el día que desaparecieron en el lago. Fue un periodo de luto para todo Bloomfield. Y ahora la pequeña Kat...

Henry se entristeció y Scarlett intentó cambiar de tema.

—¿Os importa si Henry se queda a comer? Nicholas no le deja pisar la propiedad y se está aburriendo como una ostra.

—*Umm*. Por supuesto, donde comen tres, comen cuatro.

—Cinco, querido, viene tu hijo también, como de costumbre.

A Henry le saltó el corazón hasta la boca y se le encogió el estómago. No se esperaba ver a Nick ese día.

Scarlett advirtió el sonrojo en las mejillas del invitado y eso le dio una pista nueva. Luego se fijó en cómo hacía girar la alianza sobre su dedo anular, nervioso. A ese hombre le pasaba algo,

estaba segura.

oOo

Nick no se esperó ver a Henry sentado a la mesa en la casa de sus padres. Llegó sudado, con el pelo recogido en una coleta mal hecha, la barba llena de polvo y la ropa sucia. Se sintió un poco cohibido mostrándose así, desaliñado, sobre todo porque Henry iba hecho un pincel, como de costumbre.

En cambio, a Henry, la visión desastrada de Nick le resultó extrañamente arrebatadora. Pura masculinidad. Era de todo menos una delicada mujer, como lo podía ser Scarlett.

—*Umm*. En esta mesa se come en condiciones. Ve a ducharte —le ordenó David a su hijo mayor.

—No traigo muda, papá...

Henry lo notó avergonzado.

—Tenemos un invitado, coge algo mío y cámbiate.

—Por mí no se preocupe... —intervino Henry—. Es normal que se ensucie, la casa está llena de polvo y telarañas.

—*Umm*... —murmuró David, haciéndole un gesto intransigente a Nick.

Este suspiró y subió a darse una ducha rápida.

No tardó demasiado en volver, ya más aseado y con el pelo húmedo, y se sentó frente a Henry, que se quedó mirándolo embobado. Nick le sonrió de oreja a oreja.

—¿Cómo ha ido hoy, querido? —le preguntó Angela a la par que le servía una ensalada.

—Pues bastante bien. Skana ha desescombrado todo lo que hemos tirado Gaagii y yo...

Scarlett casi gruñó al escuchar aquel nombre. No le podía ni ver desde que iban al instituto. Lo soportaba por respeto hacia Nicholas, pero no se dirigían la palabra. Aunque el muy capullo tampoco es que hablase mucho.

—¿En algún momento vas a tratar de forma normal a Gaagii? —inquirió Nick.

—Antes muerta. Lo tolero, así a lo sumo, y muy de lejos.

Henry se rio un poco, sin entender nada.

—En fin, lo que estaba diciendo... —Nick recondujo la conversación—, hemos sacado las puertas, apuntalado una pared, quitado todos los marcos y algunos cristales resquebrajados. ¡Y luego hemos abierto a golpes unas cuantas paredes!

Lo contó como si fuera lo más emocionante del mundo, aunque estuviese reduciendo la casa a un esqueleto. A pesar de ello, a Henry le encantó el entusiasmo y se sintió contagiado por los avances.

—Supongo que todavía no es seguro que pueda ir a ver la casa...

—Oh, no, no. Si te pasara algo... Me moriría... —dijo Nick con cara de espanto—. No haces más que tirarte de cabeza desde las alturas, Henry. Ya basta —exigió aguantándose la risotada posterior.

Angela miró a su hijo, boquiabierto, luego a su marido, que levantó las cejas, y después a Scarlett, que hizo un gesto con los hombros haciéndose la tonta.

Todos se entendieron entre sí a excepción de los dos implicados en el escrutinio, que estaban mirándose el uno al otro con cara de idiotas.

—¡Ah, por cierto! Ya tengo el presupuesto. Espero que no te dé un ataque cuando lo veas y tenga que hacerte el... —Nick se calló de pronto al darse cuenta de la burrada que iba a soltar.

—¿En qué momento lo has preparado? No ha podido darte tiempo...

—Anoche.

Henry suspiró. Ese hombre era peor que él mismo con la obsesión por el trabajo. Vaya dos, que no sabían disfrutar de la vida.

Tras la ensalada, Angela sirvió unos chuletones de cerdo con guarnición y salsa *gravy*.

Henry hacía tiempo que no comía tanto. Por vez primera, en meses, no sintió el estómago tan reacio. Había perdido los kilos de más por no alimentarse en condiciones, así que ya estaba bien de no cuidar su salud.

—He de volver al trabajo —avisó el contratista, levantándose.

—¿De verdad no puedo ir...? —La cara de cordero degollado que puso Henry dejó desarmado al pobre hombre.

—Nicholas, dale el capricho. Es su casa al fin y al cabo. Así de paso podrías hacerle el favor de cenar juntos, ya que está cerrado el restaurante y no conoce la zona —sugirió Scarlett con toda la mala intención del mundo, aunque ninguno de los aludidos se percató.

—Solo si me prometes que no entrará en la casa —dijo con seriedad.

Henry elevó su mano derecha, como si pusiera a Dios como testigo y la posó sobre el corazón.

—Lo prometo.

Nick, satisfecho, le hizo un gesto para que se fuera con él.

—Ha sido un placer conocerlos —les hizo saber a sus anfitriones—. Y he de decir que la comida estaba estupenda.

—Venga cuando quiera, *umm...* —lo invitó David volviendo a su pipa tras terminar con el postre.

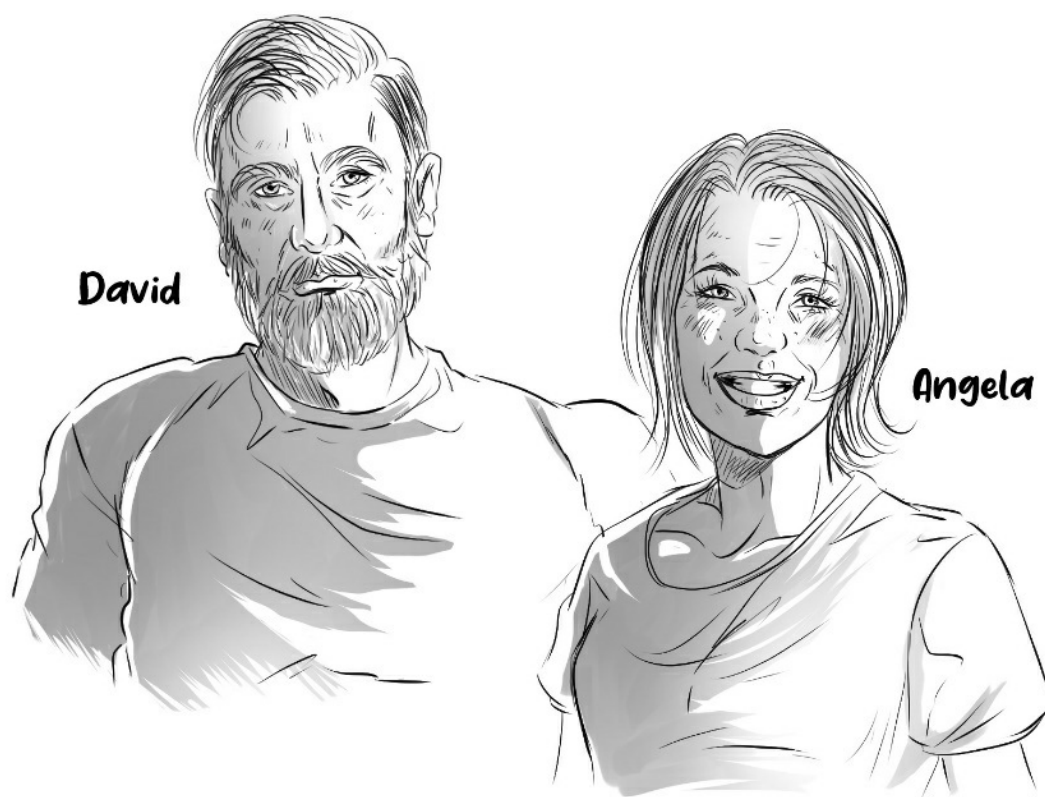
Scarlett y Angela los acompañaron hasta la puerta y los despidieron. Luego se miraron la una a la otra.

—A tu hermano le gusta ese hombre.

—Ya lo sé...

—¿Pero Henry es bisexual?

—No tengo ni idea. —Y con una expresión desafiante espetó—: Aún...





—Espero que mi padre no se haya comportado de forma muy brusca, en ocasiones es algo seco... —comentó Nick un poco preocupado mientras ponía en marcha su furgoneta, con Henry de copiloto junto a la ventanilla.

Este lo miró con sus ojos grises y la amable sonrisa que tanto le gustaba a Nick.

—La visita ha sido muy agradable, y más cuando has aparecido —carraspeó, un poco avergonzado—. No esperaba verte hoy, la verdad. Y mucho menos que pudiera presenciar cómo avanza todo.

—Es solo que me preocupo por ti. No suelo permitir a los propietarios que vengan al principio de la reforma, porque tenemos todo por en medio y tú, en particular, eres un poquito patoso. —Se echó a reír con esa musicalidad contagiosa, al tiempo que aceleraba en dirección a la obra. —¿Te hace ilusión?

—Me hace ilusión, sí...

Henry miró el perfil del contratista y el cabello mojado echado hacia atrás. Y tanto que le hacía ilusión, pero el qué... ¿El avance de la reforma? ¿O estar cerca de él y verlo trabajar?

Nick, por su parte, no pudo evitar sentir un cosquilleo en la base del estómago, algo que no le pasaba desde hacía mil años. Lo cierto era que estaba encantado de que Henry estuviera allí. Encontrárselo sentado a la mesa de sus padres le trajo recuerdos de cuando estaba con Michael y eran felices. Echaba de menos tener pareja. Alguien con quién pasar el resto de sus días. Y por esa razón era tan quisquilloso con los hombres. La mayoría no estaban dispuestos a comprometerse, solo pretendían echar un buen polvo. Durante mucho tiempo, pensó que el amor de su vida lo había dejado y que jamás podría volver a amar de igual forma. Ojalá se equivocase. Ojalá encontrara a un «Henry»: una persona que honrara al amor de su vida de aquella manera.

—Solo te pido perdón por las barbaridades que pueda soltar Skana por esa boquita suya. No sé qué hacer con esa chica. Es muy competente, pero está como una regadera.

—Es curioso: ella habla por los codos y su hermano todo lo contrario.

—Gaagii es peculiar, aunque muy buen chico. Ambos quieren desvincularse del negocio familiar, así que comparten piso. Él era compañero de clase de mi hermana en el instituto, así que lo contratamos en la empresa de mi padre. Cuando me independicé, y mi padre se jubiló, pasó a trabajar conmigo y Skana se unió tiempo después.

—¿Y cuál es ese negocio? —indagó con curiosidad, sin dejar de poder mirar a aquel dios griego.

—Sus padres son los dueños del barco casino.

—¡Oh! Entiendo sus razones...

—A ver, los Underwood no son indios mafiosos, no me entiendas mal, pero... No les digas ni pío de esto, por Dios.

—No lo haré. —Se echó a reír sin poder evitarlo al escuchar el tono nervioso de su voz.

—Tienes una risa muy bonita. Me alegra poder escucharla —lo aduló sin pensar mucho.

—G-gracias...

Henry enrojeció de placer, sonriendo de forma automática, y miró por la ventana mientras cruzaban el puente en dirección hacia el lado este de la bahía.

En pocos minutos llegaron a la propiedad y su dueño quedó bastante impresionado en cuanto se apeó del vehículo: sin la tablas tapiando las ventanas, ni las malas hierbas rodeando la casa, esta ya parecía otra.

Gaagii estaba trabajando por las inmediaciones, por lo que los saludó con un gesto al verlos.

—Bien, vamos dentro —Nick lo condujo hacia la puerta principal abierta de par en par.

—¿No se suponía que...?

Nick le guiñó el ojo derecho en dos ocasiones y de forma exagerada.

—Dame la mano —pidió. A pesar de las medidas de seguridad, había que adentrarse con cautela.

El contratista alargó el brazo consiguiendo que Henry se quedara paralizado unos segundos. Después, tras ver que allí seguía esa mano grande y callosa, la tomó con cuidado, taquicárdico.

El contacto fue caliente y un cosquilleo recorrió su brazo haciéndole estremecer. Quiso apartarse, huir de aquella sensación tan impropia en un lugar sagrado como era la casa de Kat, pero Nick tiró de él y no se vio con fuerzas, solo se dejó llevar.

Subieron las escaleras y Henry fue conducido por todo el primer piso, el cual no había podido ver en condiciones hasta ese momento.

—Esta planta cuenta con cuatro habitaciones y un baño completo. No he visto que haya humedades más que en las zonas de las ventanas. —Señaló una con un ventanal enorme—. Esta habitación de aquí, por ejemplo, podría ser un estudio y da a la parte trasera de la casa.

Luego caminaron hacia el baño sin soltarse de la mano.

El habitáculo era amplio y un poco más alto de lo habitual. Tenía los azulejos sucios y polvorientos, algunas cicatrices del tiempo se adivinaban en los rebordes, un poco desconchados. Pero a Henry no le importó, porque ante él tenía a la joya de la corona.

—¡Vaya! ¡Es la bañera de patas de la que me solía hablar Kat! Es increíble, ella tenía razón: hay algo mágico en esta casa.

Rodó los ojos a las baldosas de estilo ajedrezado del suelo y pensó en que lo que había allí dentro ni siquiera necesitaba cambiarse, solo dotarlo de vida.

Al salir del baño lo hizo con otra visión. Ahora veía las molduras de los techos que recorrían el pasillo y las demás estancias, con daños y grietas, pero majestuosas en cualquier caso.

No todo se debía a que la casa era, efectivamente, magnífica a pesar de su deterioro, sino al gran trabajo de limpieza que Nick y los dos hermanos habían realizado: no quedaban vestigios de polvo ni telarañas, ni siquiera ese ambiente triste que lo asfixió el día que accedió a su interior por primera vez.

—El suelo está bien, salvo en la habitación del fondo: tiene el techo con una gotera que ha calado hasta el suelo. Está justo encima del agujero negro, así que esa parte está prohibida. —Rio de buena gana al recordar la escena a lo *Indiana Jones*—. Tendré que subirme al tejado, porque de ahí vienen los daños, no me cabe la menor duda.

—¿Subirte?! ¡P-pero eso es muy peligroso! —soltó Henry en tono alterado, apretando más su mano sin darse cuenta.

—¡Qué va! Soy como Tarzán. Me subo por los tejados como si tal cosa, me van los deportes de riesgo. Ni siquiera llevo arnés.

—¡Me niego! ¡Ni se te ocurra! —saltó, irritado y preocupado.

Nick aguantó la risa como pudo hasta estallar en carcajadas. Cuando Henry se percató de que

le estaba tomando el pelo, se soltó, molesto y enfadado, dispuesto a bajar las escaleras.

—¡Ey! No, no. —Asió aquella mano de nuevo y tironeó de él con fuerza—. No te sueltes, no me perdonaría que te pasara algo malo...

La preocupación en los ojos verdes de Nick fue real y Henry se ablandó de inmediato. No pudo enfadarse a él, ni tampoco volver a romper el íntimo contacto.

—No vuelvas a hacer bromas de ese calibre... Si te pasara algo, yo...

—Perdóname, soy imbécil y no pienso...

Se miraron a la cara sin reservas: Henry se deshizo ante aquella faz tan perfecta, esas cejas curvadas hacia abajo y esos apetitosos y sensuales labios entreabiertos. Se quedó obnubilado durante unos segundos, igual que Nick, prendado asimismo del rostro preocupado de Henry, en especial de aquella boca tan bonita y apetecible.

Unos fuertes pasos sobre los peldaños de las escaleras hicieron que se separaran como un resorte, soltándose la mano.

Skana apareció ante ellos con una sonrisa picarona en el rostro.

—Señor Banks, qué placer tenerle por aquí. Nick estaba deseando que viera los avances, no hablaba de otra cosa: Henry por aquí, Henry por allá, a Henry le gustaría esto así, o asá...

—¿Te quieres callar?!

—¿Es mentira acaso?

No pudo replicar ante aquello porque no, no era una patraña. Se sonrojó dándose la vuelta un momento, haciendo como que recogía unas herramientas del suelo.

—Por cierto, señor Banks, le doy mi tarjeta. También soy jardinera y la propiedad tiene un potencial increíble. Se nota que, en el pasado, se plantaron muchos arbustos y flores.

Skana le tendió a Henry el trozo de cartón con sus datos y este se lo guardó asintiendo.

—Es cierto. Kat me contó que a su madre le encantaba la jardinería. Siempre me decía que solía pasarse horas entre sus queridas flores... —Hubo un deje de tristeza en sus palabras.

Nick le hizo un gesto a Skana y esta supo que no debía hablar más de la cuenta. Todos sabían ya que aquella casa había sido de los malogrados Sanderson y que Henry era viudo.

—Si lo deja en mis manos volverá a brillar, se lo aseguro.

—Así será. Si Nick confía en ti, yo también.

—¡Jefe! Que me tenga que decir el cliente que confías en mí... ¿No me lo podías hacer saber tú? ¡Eso es que en el fondo de tu negro y marchito corazón, me aprecias!

Se acercó a él y se colgó de su brazo, agarrándolo con mucha fuerza. Era una chica alta, fibrosa y enérgica.

—¡Suéltame y vete a trabajar, que para eso te pago!

—Más bien me paga el señor Banks.

Eso hizo caer en la cuenta a Henry de que no le había hecho la primera transferencia.

—¡Dios mío, pero qué cabeza! Doy orden ahora mismo de que te ingresen en cuenta el adelanto. Has estado poniendo los materiales y el personal de tu propio bolsillo —dijo con nerviosismo, asiendo el teléfono para llamar al banco.

—N-no pasa nada. Siempre tengo remanente para las primeras compras y un almacén bien abastecido...

—No tengo excusa. Voy fuera a hacer las gestiones.

—Acompáñalo, Skana, no se caiga al pozo de la vergüenza. Le gusta demasiado llamar mi atención.

Esta soltó una carcajada tremenda que resonó por toda la casa, pero asistió al «fajo de

billetes» andante.

Ya en el exterior, ambos se sentaron en las escalerillas y ella esperó con paciencia a que terminase sus gestiones mientras se fumaba un cigarrillo.

—¿Le molesta?

—No, qué va. Antes era fumador. En mi trabajo iba estresado, así que... Pero cuando mi mujer se puso enferma lo dejé. Ahora mismo me muero de ganas de pedirte un pitillo.

Ella no se lo ofreció porque entendió que no debía. A fin de cuentas, no era tan malvada.

—Hace bien, yo tendría que dejarlo. A mi madre le horroriza. Aunque, ¿hay algo que le guste de mí? Quiere que sea como mis primas: una buena chica nativa. No tengo la culpa de ser de género fluido.

—¿De qué?

—Género fluido, señor Banks. Simplemente no me considero ni mujer, ni hombre. A veces me gusta ser más femenina, y otras más masculina. Según me da.

Tiró el pitillo al suelo y lo pisoteó con su bota de seguridad.

—¿Te gustan las... mujeres? —Se atrevió a indagar.

Skana se encogió de hombros.

—No en especial. Lo cierto es que no pienso mucho en eso, pero yo diría que me van los hombres... Por ahora.

Se echó a reír a carcajadas.

—Entiendo...

—¿Y a usted, señor Banks?

—¿C-cómo?

Henry se quedó petrificado y sintió que se le helaba la sangre.

—Bueno, tenía una esposa. Supongo que la amaría mucho si ha querido honrarla arreglando esta bonita propiedad.

—Sí, la amaba mucho...

Aunque en ese momento dudó, tragando saliva, haciendo girar el anillo.

—¿Y solo le gustan las muj...?

Justo apareció Nick tras ellos con ese porte masculino de hombre atractivo a rabiar.

El contratista le sonrió y Henry tuvo que sujetarse el dedo anular con fuerza, como aferrándose al recuerdo de su esposa para no caer en pensamientos inapropiados, al tiempo que cambiaba de tema:

—Ya he dado orden de que te envíen el importe. Tardará unos días —dijo azorado.

—Genial, me iré de vacaciones con ese dineral, que me hacen falta.

Skana intervino, crítica.

—Llevas cuatro años sin parar, te va a dar un puto telele. Desde que Michael se fue te has volcado demasiado en el trabajo.

—¿Te quieres callar?! A Henry no le interesan esas cosas —contestó enfadado y molesto. Skana se estaba yendo de la lengua; otra vez.

Henry no pudo creerse que aquel tal Michael hubiera dejado a alguien como Nick; le parecía imposible. ¿Quién en su sano juicio abandonaría a un hombre guapo, competente, divertido y dulce?

Los pensamientos se aturullaron dentro de su cabeza.

—Vete a trabajar, Skana —respondió el contratista, muy serio.

Esta se levantó y se puso los guantes de trabajo. Hizo un gesto a Henry con la mano y soltó otra de las suyas antes de marcharse:

—Ya va siendo hora de que dejes de estar soltero, jefe. No follar te amarga el carácter y te estás volviendo viejo. Pronto no se te levantará.

—¡Dios santo, Skana! —exclamó escandalizado.

Henry no pudo evitar echarse a reír. Se colocó las manos sobre la boca, intentando disimular. Aquella chica le cayó fenomenal, a pesar de que fuera tan malintencionada con Nick. Pero verlo en ese estado de turbación le resultó muy divertido y no sabía ni porqué.

—Te pido disculpas. No deberías tener que escuchar semejantes barbaridades... —A Nick le alivió ver que Henry se lo tomaba bien y no parecía sentir rechazo hacia la homosexualidad que rezumaba por cada poro de su ser.

—No te preocupes, creo que podré acostumbrarme.

—Sí, a reiros de mí. Pero... Bueno, si te divierte entonces me dejaré machacar.

Henry no dijo nada más, solo miró hacia la entrada de la propiedad y se percató de que había una figura espiándolos.

—Creo que mi vecino Jerome nos vigila...

—¡Dios nos asista! Nunca mejor dicho... Ese señor me tiene un «cariño» especial... —Henry se mantuvo callado, sin querer contarle lo que Jerome le había dicho de él—. No le hagas caso, es inofensivo.

—Lo supongo, pero sigue pareciéndome siniestro.

Al poco, la enjuta figura desapareció.



Terminaron de trabajar sobre las siete y media, cuando el sol comenzó a ponerse y no tuvieron suficiente luz como para que les bastara con los focos.

Henry había estado observando lo que hacía cada uno, pero sin entrar apenas en la casa: Gaagii cargando con sacos de cemento, tarima, baldosas y lo que pesara. En sus manos parecía todo liviano. Skana ayudó a Nick con la red eléctrica, a la que le habían cambiado todo el cableado, e hicieron algunas comprobaciones de funcionamiento gracias a un generador, ya que la propiedad no tenía ni luz ni agua aún. Henry lo apuntó en su libreta de tareas pendientes de las que debía ocuparse: sobre todo de contratar el agua, porque la luz estaba en trámites desde hacía ya varios días. Los permisos de obra, en cambio, ya los había solicitado Nick por su cuenta al ayuntamiento.

En todo ese tiempo no pudo dejar de observar al contratista. Ambos eran muy distintos: él un hombre cosmopolita, con un cargo de subdirector que no echaba de menos, viudo, un tanto simplón y soso. Alguien corriente, al fin y al cabo, nada destacable. Nick, en cambio, una persona hecha a sí misma y a la que le entusiasmaba su trabajo. Además, era enérgico, divertido, bromista, guapo... Y desde hacía tiempo, soltero. Muy soltero.

La voz del susodicho lo sacó de los profundos pensamientos en los que estaba inmerso.

—¡Fin de la jornada! Espero que no te hayas aburrido como una ostra.

—¡No! Me ha encantado veros trabajar con tanto ahínco. Tenías razón cuando decías que los hermanos son muy profesionales. Y Scarlett me contó lo mismo de ti.

—Exagera porque me quiere demasiado. A pesar de ser mi hermana pequeña, me sobreprotege. —Se rio de buena gana.

—Soy hijo único, así que no sé lo qué es eso.

Skana y Gaagii se acercaron a ellos.

—¡Jefe! Nosotros nos vamos —avisó ella.

—¿No queréis ir a cenar?

Gaagii le susurró algo a su hermana, a lo que ella reaccionó pegándole en el brazo y respondiendo:

—No podemos.

A Henry le pareció percibir una sonrisa juguetona en sus labios mientras se iban.

—Entonces... —Nick parpadeó al verse de pronto a solas con Henry—. ¿Prefieres que te lleve de vuelta a la buhardilla o...? —El contratista dudó poniéndose nervioso—. Bueno, ya sabes... Podríamos ir a mi piso y... Eh... Quiero decir que...

—¿A tu piso? —Henry abrió mucho los ojos, asombrado.

—M-me estoy refiriendo a que me acompañes un momento. Me ducho en cinco minutos, porque huelo a sudor que echa para atrás, y luego vamos a cenar a un restaurante de Rochester. Hay más variedad que aquí y así ves la ciudad.

—¡Me encantaría! —Sonó más entusiasmado de lo debido.

La expresión de Nick se iluminó, dotándolo de un aura especial.

Llevaba sin salir un montón de tiempo. Sus amigos le solían insistir hasta la saciedad, pero

estaba harto de que lo acosara la gente allá donde fuese. Tanto hombres, como mujeres, lo atosigaban buscando sexo sin compromiso. Para aplacar sus necesidades se bastaba solito, no necesitaba ningún «parche».

Ambos se subieron a la furgoneta y charlaron sobre cosas de la casa: lo que esta necesitaba, las estancias que acondicionarían para que Henry se pudiera mudar cuanto antes, o de los materiales a utilizar.

—No escatimes en calidades, por favor —le rogó el dueño.

—Por eso no tienes que preocuparte, trabajo con los mejores proveedores de la zona y uno es de mis mejores amigos. De hecho, me gustaría mucho que me acompañases a elegir los muebles de la cocina, la encimera de mármol, los nuevos suelos, el material de las ventanas... En definitiva: todo. No es lo mismo verlo por catálogo que tocarlo con tus propias manos. A veces crees que algo no cuadra, o que el material es inapropiado. Pero lo tocas y entonces... Se siente la magia y sabes con certeza que es el adecuado... ¡Y la casa cobra vida!

El entusiasmo de Nick fue en aumento. Había amor en sus palabras, cariño en lo que hacía.

—Como a las personas cuando las tocas, ¿no? Quiero decir... —Carraspeó—. Puedes creer que alguien no es para ti, por la razón que sea, y entonces rozas a esa persona... Y lo sabes... —Miró a Nick en la semioscuridad del vehículo, rememorando todas las ocasiones en las que sus cuerpos se había tocado de un modo u otro.

—Sí... —susurró el conductor, con el corazón latiéndole con fuerza—. Lo sabes con certeza...

oOo

Ambos estaban pensando en lo mismo sin que el otro lo sospechara.

La casa de Nick estaba ubicada en el cuarto piso de un antiguo edificio de cinco plantas. Sin embargo, el apartamento era amplio y estaba reformado de arriba abajo, por el propio Nick como era de suponer.

Mientras este se daba una ducha, su invitado curioseó un poco por el salón. Se fijó, con una sonrisa, en las fotografías enmarcadas: Nick aparecía en diferentes momentos de su vida con su familia y sus amistades. Se preguntó si alguno de aquellos hombres que salían con él en las imágenes era Michael.

Una punzada de celos tontos le invadió.

—Qué absurdo, no es asunto tuyo... —se dijo intentando despejar la mente.

Se sentó en el amplio y cómodo sofá, oteó las estanterías desde allí y vio muchos libros de temáticas distintas: jardinería, construcción, arquitectura... Y también literatura. Desde grandes clásicos hasta libros de la actualidad más reciente.

Nick apareció de pronto con el pecho al aire, mientras se enfundaba en una camisa de tela de manga corta color azul marengo.

El caminito de vello que se perdía bajo su pantalón vaquero fue más de lo que Henry pudo soportar. Así que tuvo que apartar la vista de aquel torso que tan de cabeza le traía.

—Disculpa, al final han sido más de cinco minutos.

—No te preocupes.

Nick se apresuró en abotonarse la prenda al darse cuenta de que su invitado se sentía un poco incómodo. Tal vez sus gustos sexuales le intimidasen. Por muy tolerante que fuera Henry, podía malinterpretar la situación o la invitación a cenar.

—¿Qué tipo de comida te suele gustar? —indagó mientras se guardaba la cartera y asía las llaves.

El otro hombre se puso en pie y caminó hacia la puerta en cuanto se dispusieron a partir.

—La italiana me encanta. Pero la de verdad, ojo —se apresuró a aclarar.

—Tranquilo, hay un buen restaurante llevado por italianos de pura cepa. Hace mucho que no voy. Es que me gusta mucho la comida argentina, ¿sabes? Su carne es la mejor carne. Suelo frecuentar uno de la zona con mis amigos.

—Si lo prefieres vamos allí.

—No, no. Yo invito, así que tú eliges.

Salieron al descansillo del edificio.

—¡No! Nada de invitaciones. Hoy ya he comido gratis en casa de tus padres.

—*Umm*, ¿me vas a hacer el feo? —Nick pulsó el botón de llamada del ascensor—. Henry, me ofendes. Tengo suficiente dinero como para pagar una cena en el italiano —añadió en tono serio.

—N-no era mi intención... Yo... Está bien, acepto.

—¡Pues al italiano, querido invitado! —Se deshizo en carcajadas.

—¡Me estabas tomando el pelo!

—Adelante, caballero —musitó haciendo un gesto gentil con la mano cuando abrió la puerta del ascensor.

Henry claudicó del todo, complacido pese a que su mente intentara resistirse con todas sus fuerzas a los encantos de aquel hombre. Llevaba muchísimo sin disfrutar de una cena en compañía.

oOo

El restaurante La Gondola estaba ubicado en la Avenida Este, junto con muchos otros restaurantes, discotecas, salones y cafeterías. Nick no residía lejos, por lo que se dirigieron hacia allí dando un agradable paseo.

La ciudad destacaba por sus altos edificios, por su constante y cargada iluminación, pero sobre todo por el bullicio general. No era igual que en otras metrópolis más grandes, como la propia Nueva York, pero sí que era significativamente más poblada y asfixiante que Bloomfield. A Henry le sorprendió que aquel ajetreo, lleno de tráfico y ruido, le hubiera empezado a disgustar. Se estaba acostumbrando a la tranquilidad de la pequeña localidad vecina muy pronto.

—A mí no me va mucho esto, pero... Era lo que quería mi expareja.

—Michael.

—Sí, Michael. Él era de aquí, así que compramos el apartamento y yo lo reformé. —En su tono de voz se pudo percibir ese deje de tristeza por hablar de una relación truncada—. Mi sueño, como te dije, es tener mi propia casa, alejada del mundanal ruido. —Suspiró—. Pero cedí...

—No hables de ello si no te apetece.

—No me importa, no hay de qué avergonzarse. Es parte de mi historia, como tu esposa lo es de la tuya.

Entraron en el restaurante y los ubicaron en una esquina muy íntima. La decoración era auténtica y no un pastiche de tópicos italianos. Tenía hermosas máscaras venecianas colgadas en las paredes, el símbolo de una góndola en el logotipo, fotos antiguas de Venecia, tanto de los canales, los puentes y los palacios, como de personas disfrazadas en los famosos carnavales.

Los atendieron de inmediato, les ofrecieron un poco de vino italiano, una cesta de distintos panecillos, hechos con masa de pizza, y la carta.

—A ver, tú eres el experto: ilumíname —solicitó Nick colocándose sus gafas para ver mejor.

Henry se quedaba embobado cada vez que le veía con ellas. ¿Se podía ser más guapo?

—Estas tostas con salsa *puttanesca*², si te gusta el picante, seguro que te encantarán. Por mi parte voy a pedir... *mmm...* —Henry se quedó pensativo, muy concentrado intentando decidirse entre la *focaccia*³ con tomate y *burrata*⁴ o la lasaña de verduras.

Nick lo miró por encima de la carta, con las gafas sobre la punta de su curvada nariz, y se maravilló con el atractivo de Henry: ese ensortijado cabello, cayendo sobre su frente amplia, los ojos grises enmarcados por pestañas oscuras, los labios sensuales, el mentón masculino con un suave hoyuelo... Se estaba colando como un idiota por un cliente.

«Mierda», se dijo.

—¿Cuántos años tienes, Henry?

—Treinta y seis, en julio haré treinta y siete. ¿Y tú? —contestó sin levantar la vista de la carta.

—Treinta y ocho.

—Creo que ya sé lo que quiero. —Tomó la decisión, sonriendo.

—Yo también... —musitó Nick, aunque él se refería a otra cosa muy distinta.

Les tomaron nota y tardaron poco en llevarles sus comandas: las tostas y la lasaña para Henry y el pollo a la *cacciatore*⁵ para Nick.

Cenaron con tranquilidad, charlando de la casa y de algunas otras cosas, como del trabajo de Henry.

—Soy ingeniero de sistemas informáticos en una empresa especializada en mecánica medioambiental. Ascendí hasta subdirector. No es muy grande. Quiero decir... No tengo un puesto súper importante, pero la verdad es que el director no hace nada, así que me encargo yo de casi todo...

—Resumiendo: eres el pringado.

—¡Efectivamente! —Henry se echó a reír imitando el tono de Scarlett.

La copa de vino le había hecho un poco de efecto.

—¿Y te gusta tu trabajo?

—Para nada. —Suspiró con cansancio—. Pedí un permiso para esto... Y, la verdad, no lo echo nada de menos.

—Pero sí echarás de menos a tu familia, supongo.

—¿A mis padres? Claro. Hablo con mi madre casi todos los días. La quiero mucho, me ha apoyado en los peores momentos. Siempre trató a Kat como si fuera su propia hija...

—Te entiendo, yo también quiero mucho a mi madre. Con mi padre no me llevo bien, tampoco mal desde que me emancipé. Pero ya has visto que nuestros caracteres chocan.

—Me he dado cuenta. El mío, en cambio, va a su ritmo.

—¿Y a tus amigos los extrañas?

Henry confesó que no los tenía.

—Kat y yo éramos muy caseros, nos divertíamos juntos aunque fuese viendo una película mala. Cenábamos por ahí de vez en cuando con gente que ella conocía, o solos... No nos hacía falta nada más.

Charlar sobre su mujer con Nick no le resultó tan doloroso. Al fin y al cabo, fue de cosas bonitas.

—Qué ideal. Me gusta cómo hablas de ella... —susurró mientras cortaba el pollo—. Yo también soy muy casero, en realidad mi ex insistía en salir a menudo. Michael quería viajar, pero yo tenía trabajo... Supongo que eso no ayudó...

—¿Puedo saber qué sucedió?

Nick terminó de degustar aquel bocado tan delicioso antes de responder:

—Algo tan simple como la monotonía de diez años de relación ... Lo peor fue que, al poco de mudarnos a la casa ya reformada, decidí dejarme e irse a Nueva York. —Se rio como con guasa, un poco hastiado—. Así que encima me vi obligado a comprarle su parte y quedarme a vivir en el apartamento.

—Lo que te hizo me parece muy feo —dijo Henry con sinceridad.

Aunque él no era quién para criticarlo. Al fin y al cabo, estando su mujer enferma terminal, había sentido cosas por un hombre.

—Han pasado más de tres años, no sé nada de él, ni quiero. Prefiero mirar hacia delante... — Y observó a Henry con fijeza, tanta que este se ruborizó y volvió a su cena, imaginándose cosas que no creyó posibles.

Por su lado, Henry pensó que un hombre tan guapo como Nick jamás se fijaría en él a nivel amoroso. Aquello le puso un poco triste, ya que por mucho que lo deseara, también le hacía sentirse mal por Kat.

De postre optaron por compartir un tiramisú, ya que el resto de la cena había sido copiosa y estaban satisfechos.

—¡Esto está de muerte! —A Nick le sorprendió el sabor, ya que jamás había probado el famoso postre.

—En realidad es sencillo de hacer en casa. ¡Pero siempre está más bueno en un restaurante! ¿Por qué será?

—¿Por el ambiente y la compañía? Yo he estado muy a gusto cenando contigo...

Henry sonrió para sí mientras chupaba los restos de tiramisú de su cuchara.

A su acompañante le excitó aquel acto tan simple y tragó saliva. Si él se hubiese dejado, le habría propuesto mil formas de mejorar ese postre, y ninguna decente. Era la primera vez, desde lo de Michael, que deseaba a otro hombre con semejante intensidad.

—Seguro que eres igual de adulador con todos tus clientes —respondió—. Ahora es cuando te sacas un nuevo presupuesto de la manga y me das otro sablazo —bromeó, algo raro en él.

Un sablazo le habría dado el contratista, pero de otro tipo.

—Voy al baño. —Nick se puso en pie con urgencia y desapareció camino de los aseos.

Henry aprovechó para pagar la cuenta. Así no podría abonarla Nick por mucho que quisiera, vengándose de él y sus bromitas. Le esperó en la antesala del restaurante, que estaba justo al lado de los baños, con una sonrisa socarrona en los labios.

Al volver el contratista, que se había tenido que mojar la cara para calmarse, se quedó quieto al verlo allí plantado.

—Ya has pagado, ¿verdad?

—Así es.

—¡Lo has hecho para que te tenga que volver a invitar! A la próxima me toca pagar a mí, sin trucos, ¿entendido?

—Pero en el restaurante argentino —propuso—. Es lo justo.

Nick le hubiera besado allí mismo en los morros, pero supo contenerse.

—Vale, trato hecho. —Alargó la mano y Henry se la estrechó, sintiendo una especie de corriente entre ellos.

Dejaron el restaurante atrás y pasearon bajo el calor húmedo de junio. De pronto, Henry señaló un edificio gris que le llamó la atención de forma poderosa. Hacía esquina y su

arquitectura era de estilo neoclásico, con columnas jónicas en la fachada principal.

—Es el Teatro Eastman, de la Escuela de Música Eastman —informó Nick.

—¡Por eso me sonaba! Es uno de los conservatorios más importantes del mundo... Claro, no había caído...

—Vaya, sí que sabes cosas.

—Soy más de lo que aparento —bromeó animado.

—No me cabe duda, Henry...

—Deberíamos volver, es tarde y mañana tienes que ganarte el dinero que te pago.

—¡Vaya! Nos estamos poniendo quisquillosos. Está bien, te devolveré a Bloomfield si es lo que quieres, aunque te puedes quedar en mi sofá, a mí no me importa.

«O mejor no, me volvería loco sabiendo que está ahí», pensó después.

—Te agradezco el gesto, pero lo correcto es que me devuelvas allí, sí —rechazó el ofrecimiento con el corazón en un puño.

Estaba tan a gusto con Nick, que separarse de él no le hizo mucha gracia.

Anduvieron con tranquilidad, alargando el momento, hasta llegar al 4x4 del contratista, que era su coche particular.

Apenas hablaron durante el trayecto. Uno porque temía fastidiarla si se atrevía a expresar sus emociones, y el otro porque le carcomían los remordimientos.

Disfrutar de una cena con Nick, reírse de sus bromas, sentir algo parecido a la felicidad... No, no podía hacerle eso al recuerdo de Kat. Y menos sin entender por qué le pasaba de nuevo con otro hombre.

—¿Estás bien? —preguntó Nick de repente.

—Sí, es cansancio: mucho ajetreo para mí.

—De acuerdo.

Aparcó en doble fila frente al edificio del restaurante y Henry le miró un momento.

—Gracias por todo.

—¿Mañana nos vemos aquí por la noche? Recuerda que es la fiesta de *jazz* en vivo.

—Por supuesto. —Henry sonrió con esa amabilidad suya que le caracterizaba y se apeó del coche.

Nick esperó a que entrara por la puerta lateral que daba a la buhardilla, suspiró y se volvió a casa más canino que nunca.



Henry despertó con una sonrisa tatuada en la cara. Aquello era tan insólito, que lo advirtió al instante. Por lo general, salía de la cama con un regusto de amargura. Lo que le hacía más difícil las mañanas, pues por una parte deseaba disfrutar de la vida y, por otra, aferrarse a los recuerdos de la anterior.

Sin embargo, no en aquella ocasión. La noche anterior había sido diferente: por primera vez en los últimos seis meses volvía a sentir felicidad. Aunque la sonrisa no tardó en desaparecer al recordar la realidad. Debía ser fiel a su promesa, a su mujer.

Se adecentó, decidido a seguir manteniéndose estoico y relegar la deliciosa imagen de Nick de la pasada velada a una parte recóndita de su corazón. Aquello no podía ser. Así de sencillo.

Cuando bajó al restaurante para desayunar, se encontró con un ligero jaleo. Un grupo de técnicos sobre el escenario estaban inmersos en sus quehaceres, conectando unos altavoces y un sistema de cableado que serpenteaba por el suelo, hasta un conglomerado de controles y soportes de sonido.

«La fiesta», recordó.

El Pavo Desplumado iba a dar el pistoletazo de salida a una serie de eventos que se prolongarían durante toda la época estival, y que amenizarían las cenas de los comensales ofreciéndoles actuaciones en directo durante los fines de semana. Aquel viernes sería el primero de ellos, por lo que lo harían por todo lo alto: con una fiesta en la que un grupo tocaría varias composiciones de *jazz* y *blues*.

Se sintió mucho más animado al pensar en ello y se encaminó hacia una de las mesas libres. Fue entonces cuando se topó con Scarlett, que caminaba entre el mobiliario acompañada por una mujer afroamericana.

—Henry, buenos días —le dijo al tiempo que se echaba a un lado para dejar espacio a su acompañante—. Te presento a Kamilah Reed, la dueña del local.

La señora, de unos cincuenta y tantos años muy bien llevados, complexión delgada y facciones afiladas, le dedicó una agradable expresión al ofrecerle la mano.

—Me alegro de conocerle, señor Banks. Me han hablado muy bien de usted. —Tras estrechársela, se disculpó por no haber podido hacer acto de presencia antes—: Me temo que he estado muy ocupada. Imagino que ya lo sabe, pero estamos preparando un evento especial y el músico que me acompaña en el escenario de forma habitual se ha echado atrás cuando ya estábamos ultimando los detalles. Llevo unos días buscando a algún suplente y he tenido que ausentarme, removiendo cielo y tierra sin éxito. Así que ya ve, ni un segundo de tranquilidad.

—No se preocupe, me ha hecho un gran favor al acogerme. Lo primero es lo primero, faltaría más. —Y añadió con premura—: En cuanto la casa sea habitable, me trasladaré enseguida para no causarle más molestias.

—Molestia ninguna, créame. La buhardilla no se usa, así que quédese el tiempo que necesite.

A la mujer le rodeaba un aura particular: su voz sonaba con un deje musical y vestía con un sencillo, pero elegante, conjunto en color crudo que hacía juego con su cabello cano y muy corto, contrastando aún más con el precioso tono ébano de su piel.

Él sonrió agradecido por sus palabras y le deseó suerte en su búsqueda.

Scarlett, de pronto, redirigió la conversación.

—Henry es un apasionado del *jazz*. Cuando vio el piano se quedó maravillado. —En su tono se percibió alguna clase de segunda intención, porque Kamilah enmudeció hasta que una idea caló en ella poco a poco.

Él las miró, confuso.

—¿Es eso cierto, señor Banks?

—Llámeme Henry, por favor.

Ella pareció, de algún modo, ansiosa:

—¿Lo es? —insistió.

—Me temo que soy culpable, sí. Desde que tengo uso de razón he sentido una especial atracción por el *jazz*. No creo que haya algo mejor. Incluso toqué durante algún tiempo, aunque de forma *amateur*. —Luego el rostro se le ensombreció—. Pero las obligaciones de la vida hacen que uno tenga que elegir, por lo que, con todo el dolor de mi corazón, lo dejé.

La *maître* atacó de nuevo.

—Sabe tocar el piano.

Kamilah pegó un respingo y abrió mucho los ojos.

—¿El piano? —De pronto pareció otra y comenzó a soltar una salva de preguntas sin siquiera pararse a coger aire—. ¿De verdad?! ¿Durante cuánto tiempo practicó? ¿Qué nociones tiene?

—S-supongo que a un nivel aceptable. Casi no he vuelto a tocar desde entonces, así que yo no est...

—¿Podría mostrármelo ahora?! —La mujer señaló el precioso piano blanco que lo había hipnotizado días atrás.

—¿A-ahora?! Pero... ¿Por qué?

—Todos los músicos van a participar en el Festival Internacional de Jazz de Rochester. De hecho, mi pianista se marchó porque le surgió la oportunidad de tocar allí. Por lo general no coinciden las fechas, pero este año sí. Si no consigo a un pianista que toque conmigo, me veré obligada a cantar sin acompañamiento. Y el *jazz* es un baile de música y voz. De hecho, los instrumentos son más importantes que el propio cantante. Son el alma. No puedo permitirme que los clientes perciban que soy incapaz de ofrecerles un ambiente de calidad. El restaurante vive de la buena comida y del buen trato, pero es lo que es gracias a la música. Si el ingrediente más importante de nuestro restaurante se tambalea, todo se vendrá abajo con él.

A Henry le pareció que estaba siendo un poco melodramática, pero percibió esa misma pasión con la que trabajaba Nick cada día. Kamilah era igual que él. Se desvivía por lo que amaba. El establecimiento era su vida y quería cuidarlo todo lo posible.

—Pero ¿yo qué puedo hacer? —preguntó justo antes de darse cuenta—. ¡E-espere! ¡No, no! ¡Yo no podría! ¡No estaría a la altura! Ni siquiera sé si aún puedo tocar en condiciones. Compréndalo, ha pasado demasiado tiempo.

—Solo le estoy pidiendo que lo intente, señor Banks. Deje que sea yo quien juzgue sus capacidades. Plántese como un favor personal. Entienda mi situación: es la inauguración, la fiesta de bienvenida...

Entonces, Scarlett intervino:

—Es importante para todos los que trabajamos aquí, Henry. No te lo pediríamos si hubiera otra alternativa. Además, Kamilah es muy exigente. Si decide que no estás a la altura, no te hará pasar por el mal trago.

El pobre hombre las miró, viendo el brillo de sus ojos comprometiéndolo. Y, entonces, cayó desarmado.

—Esto ha sido idea tuya, ¿no? —Miró a Scarlett.

La preciosa hermana del hombre de sus desvelos sonrió divertida.

—Efectivamente.

oOo

Cuando Skana vio llegar a su jefe a primera hora, se percató de que le pasaba algo. Sin embargo, había mucho trabajo por delante, por lo que le dejó estar. Poco después, se lo encontró dispuesto a apuntalar una sección que no lo necesitaba y, más tarde, vagando como alma en pena intentando recordar dónde había dejado su caja de herramientas. Fue una buena oportunidad para reírse a su costa, pero, incluso entonces, se contuvo por pena. Aunque todo tenía un límite y cuando se lo encontró pensando en las musarañas y con el taladro colgando de los dedos, no pudo más. Su cupo de misericordia se agotó en ese instante.

—Qué. No dormiste mucho anoche, ¿no? —Su sonrisa viperina se ensanchó—. ¿La cama no era lo suficiente grande para los dos?

Nick parpadeó, volviendo de donde quiera que se encontrase, y se dio cuenta de que Skana le estaba hablando.

—¿Eh? ¿Qué?

Ella se cruzó de brazos, intentando mantener la expresión para que no se estropeará el chiste.

—Que si no dormiste bien anoche. ¿Será porque la cama...? —Se detuvo a mitad, molesta—. Lo has estropeado —clamó—. ¿Se puede saber qué narices te pasa?

—¿A mí? Nada.

Nick no engañaba a nadie, ni siquiera a sí mismo. Claro que le pasaba algo. Llevaba pasándole desde la noche anterior y, en realidad, desde antes. Le gustaba Henry y la cena solo lo había recalcado con más ahínco.

—Pues para no pasarte nada estás haciendo un trabajo de mierda. Si yo anduviera así por una obra, me habrías despedido.

—No exageres.

La chica aceptó con un pequeño gesto de cabeza.

—Bueno, vale. Exagero, pero te pasa algo. De eso estoy segura. Me estás empezando a preocupar, y no me gusta preocuparme. Lo que me gusta es meterme contigo, así que explícate para que pueda empezar a hacerlo o me pondré triste.

Su jefe la observó perplejo y confundido. Tuvo que analizar cada palabra para decidir si era parte de otra pulla o no. Con Skana nunca se sabía.

—Déjalo estar y vuelve al trabajo. —Disfrazó de indiferencia sus preocupaciones y sonrió de mala gana—. O te despido.

—Tú mismo. —Y voceó mientras se alejaba—: ¡Pero espero que al menos te lo follaras!

Nick se mordió la lengua para no dar pie a más impertinencias y permitió que ganara el combate. Al menos así no tendría que seguir dándole explicaciones.

No había pegado ojo, pero no por lo que le gustaría. Se pasó las horas intentando distraerse y no pensar en todo lo que deseaba hacerle a Henry. No era simple atracción sexual, sentía algo profundo y sincero por él, aunque le ponía taquicárdico de todas maneras. Incluso se levantó de madrugada para darse una ducha con la esperanza de que le bajara la temperatura, y otras cosas... No había funcionado, a la vista estaba. Seguía como la noche anterior: incapaz de pensar en otra cosa que no fuera ese hombre tan dulce y guapo que estaba, al mismo tiempo, tan cerca y tan

lejos.

Se tuvo que recordar que Henry seguía de duelo. No cabía duda que amaba a esa mujer con locura, no hacía falta ni que lo dijera, porque ya lo expresaba por como hablaba de ella. Con sus acciones, con aquella casa, con todo ese cariño y esfuerzo que dedicaba a preservar su memoria... Eso era amor verdadero. Del que llevaba buscando toda la vida. Y, por desgracia, quería ese que Henry le estaba dando a su esposa fallecida. Lo deseaba tanto que empezaba a necesitar que fuera solo para él.

«Estoy celoso de una muerta».

Nada más percatarse de ello, se sintió una mala persona; aunque solo fuera por la frustración acumulada. Probablemente Henry era heterosexual, aunque su proximidad le hacía dudar en ocasiones. O, tal vez, fueran sus propios anhelos.

Aquello le bajó más los ánimos y, si no fuera por el miedo que tenía de que Gaagii o Skana se percatasen, se habría tomado un descanso para dar una pequeña vuelta y pensar.

En su lugar siguió trabajando unas horas más, ocupándose de lo que requiriera más atención. Lo que fuera para no darle vueltas a sus inquietudes.

Cuando ya era casi la hora de comer, miró el móvil: ningún mensaje ni llamada de Henry.

Se vio tentado a dejarse caer por el restaurante, pero no tenía tiempo. Debía acudir a Rochester a recoger el material indispensable para llevar a cabo su trabajo, y los fines de semana estaba cerrado.

Tal vez le bastaría con llamarlo y oír su voz. Puede que con eso la extraña sensación que le ardía en el pecho se enfriara.

«Le preguntaré si quiere acompañarme a comprar... O... yo qué sé».

Llamó, ansioso, pero el móvil dio tono repetidas veces sin respuesta. Volvió a intentarlo una vez más a los quince minutos, pero al ver que Henry seguía sin responder, consideró que ya había gastado todos los cartuchos que tenía para que aquella posible conversación no se tornara sospechosa.

«Maldita sea, lo echo tanto de menos...».

Iba a verle esa misma noche en la fiesta. No eran nada, solo amigos, en realidad ni eso y, aun así, le dolía como nunca, más que con Michael. Y eso le daba mucho miedo.

oOo

Cuando se sentó sobre el banco y tuvo delante el cajón níveo del gran piano, se preguntó qué demonios hacía ahí. Al menos Kamilah había tenido la deferencia de esperar a que la hora del almuerzo terminara. Aunque no estaba seguro de si se debía a que quería que estuviera tranquilo, sin público que lo distrajera, o por miedo a que fuera un completo desastre y espantara a la clientela.

—¿Podría tocar un poco para entrar en calor? Lo primero que se le ocurra. —Le indicó ella rondando por el escenario.

Henry levantó con cuidado la tapa que protegía las teclas, notando un extraño cosquilleo en las yemas de los dedos. No era una sensación desagradable, sino una especie de estática que lo empujaba a tocar.

Percibió la primera de las teclas como si esta se resistiera bajo su contacto, pero la reverberación de la cuerda asociada a la pieza atravesó la caja de resonancia con una limpieza exquisita.

—¿Señor Banks? —La mujer detuvo su paseo cuando se percató que la segunda nota no llegaba.

El pobre hombre llevaba tanto tiempo sin tocar, que la experiencia le estaba abrumando. En realidad, no para mal. Solo necesitaba asimilarlo: para él era como volver a degustar un plato delicioso después de décadas. La experiencia no se limitaba a simples sensaciones, sino que también traía consigo muchos recuerdos olvidados.

Estiró los dedos y prosiguió. Esta vez no fue con una simple pulsación. Sus manos se agitaron, tamborileando sobre el teclado, deslizándose sobre la superficie de un lado a otro, con algún que otro tropiezo. Sin embargo, no pareció hacerlo mal, pues Kamilah esperó paciente a que él mismo decidiera detenerse.

—Bien, está claro que sabe tocar un piano. Espero que el ejercicio le haya servido para desentumecerse un poco. Sé de sobra que una persona no puede recuperar el «toque» a la primera de cambio; ni siquiera en el primer mes. Aun así... —su voz sonó seria, decidida—. ¿Le parece que empecemos con la prueba?

—L-lo que usted diga, señora.

—Kamilah, por favor. Es hora de tutearnos. ¿Conoces alguna composición de Lennie Tristano?

—Sí...

—¿Me harías el favor de tocar algo suyo? Lo que recuerdes.

Henry siguió sus órdenes como si se encontrara en medio de una prueba de acceso a un conservatorio. Tuvo que escarbar un poco, pero enseguida le vino a la mente parte de *Wow*. Se trataba de un trabajo sencillo, de acompañamiento en gran parte. Tocar algo más complejo se le antojaba tan temerario como ponerse unos patines por primera vez y tirarse por la cuesta más empinada que encontrara.

Inició la pieza sin confianza.

—Para —le pidió la mujer en apenas diez segundos.

—¿Ocurre algo? —Notó los dedos temblorosos.

—Vuelve a empezar.

Lo hizo. Y, esa vez, Kamilah solo esperó cinco segundos para interrumpirlo.

—Estás demasiado nervioso. No te dejes llevar por ese «hambre» que tienes por tocar. Recuerda la melodía, respeta los tiempos tal y como son. —Tarareó la parte que él acababa de tocar para ayudarlo—. ¿Lo notas ahora? —Su voz resultó más hermosa de lo que esperaba. Por sí sola parecía un instrumento más, perfectamente afinado y cuidado con mimo—. ¿Esa calma a punto de desbocarse? Está en el borde, pero no llega a hacerlo. Eso es lo que quiero que consigas: domar la música y que te mantengas en el ritmo sin perderlo. —Luego hizo un gesto con la mano—. Adelante.

Y así estuvieron un par de horas; hasta que Kamilah dejó de interrumpirlo.

En el momento en el que Henry consiguió terminar *Wow* y no tuvo más remedio que parar, ella se le acercó con una sonrisa a modo de recompensa.

—Dime, ¿conoces a Art Tatum?

—Cómo no hacerlo, era un genio.

—¿Podrías probar a tocar *Blue Skies*?

—¿*Blue Skies*?! ¡No tengo nivel para eso!

—Acabas de interpretar de oído *Wow*. Obviando unos cuantos fallos, de los cuales nadie podría culparte, has salido airoso. Se trataba de un trabajo corto, pero difícil, que va de menos a más a una velocidad pasmosa. Así que lo suyo sería pasar al siguiente nivel de dificultad. Por favor, toca *Blue Skies*.

Henry conocía bien esa canción: se trataba de una melodía aún más corta y alegre, en la que el piano era el único protagonista. No había apoyo de ninguna clase y su ritmo iba variando, acentuándose hasta alcanzar una tormenta de notas que debían aporrearse con fuerza y precisión. Pretender que fuera capaz de tocar bien *Blue Skies*, tras tanto tiempo sin acercarse a un piano, le parecía demasiado optimista. ¿Pero cómo resistirse con aquella belleza delante? Claro que lo intentaría.

Para su sorpresa, el comienzo le resultó más fácil de lo esperado. Aunque a Kamilah no le pareció que lo hiciera tan bien como él imaginaba, porque llegó a detenerle hasta seis veces seguidas.

—Me parece bien que disfrutes, pero tienes que hacer algo más que eso. Imagina que estás aquí para contarle al mundo por qué amas el *jazz*, y que tu única forma de hacerlo es tocando. ¿No desearías que fuera con la mayor fidelidad posible? Vuelve a empezar. Y no olvides que la fuerza debe ir desde los brazos, no los dedos.

Otra hora perdida en interrupciones y consejos, en notas que terminaban antes de lo que él quería. Su rostro empezó a ponerse rojo y a sudar. Las articulaciones de los dedos le dolían, gritando tan frustradas como él. No era capaz de terminar la pieza. No tenía el nivel que Kamilah buscaba.

—Así no vamos a ir a ningún lado —reconoció ella.

Y eso a Henry, de alguna forma que no supo explicar, lo entristeció. No quería tocar esa noche ante todo el mundo, no era lo suficientemente bueno y le daba mucha vergüenza. Sin embargo, no quería alejarse de ese piano. Deseaba recuperar lo que había sacrificado. Volver a disfrutar tocando música. Perder la oportunidad de seguir haciéndolo era demasiado cruel.

Fue entonces cuando ella tuvo una idea.

—Probemos otro enfoque, voy a echarte una mano. —Acercó un pie de micro y lo conectó a un altavoz—. Voy a cantar a capela. Presta atención, cierra los ojos y escucha. Cuando lo hagas, piensa en qué te hace sentir e intenta transmitírmelo con música: improvisa.

Su voz no le dio tiempo a replicar. Se alzó de tal forma que apenas pareció necesitar ningún apoyo acústico. Sonó algo áspera, aunque conservando una musicalidad delicada que invitaba a seguirle el ritmo. Sin darse cuenta, Henry comenzó a balancear uno de sus pies. Rozaba los pedales, divertido; casi como si bailara. Y enseguida lo hicieron también sus manos, que besaron el teclado sin llegar a presionarlo. Sus dedos estuvieron así unos segundos, hasta que de pronto, la voz de aquella mujer, los dotaron de un propósito.

Y así, Henry tocó. Tocó tanto que no recordó cuánto fue. Se limitó a viajar por el teclado, recorriéndolo mientras sus dedos se perseguían entre sí con furiosa alegría.

Hasta que, de pronto, se detuvo cuando se percató de que Kamilah ya no estaba cantando.

Al mirarla, pasmado, comprendió que la mujer estuvo escuchándolo la mayor parte del tiempo, satisfecha.

Fue entonces cuando Henry notó cómo una lágrima le resbalaba por la mejilla. Sorprendido se la limpió, disculpándose.

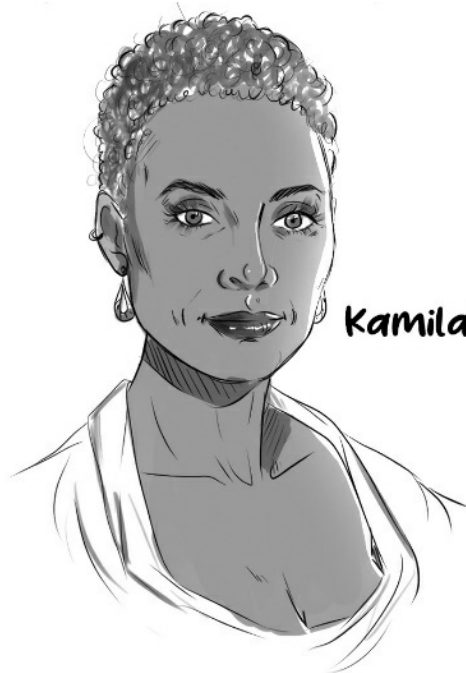
Ella se limitó a decir:

—Ya tenemos pianista.

Scarlett



Kamilah





Nick no se sintió demasiado bien tras terminar la jornada a eso de las cinco de la tarde. Henry no le había devuelto las llamadas. Su mente comenzó a divagar, intentando hacer memoria, sobre qué había dicho o hecho durante la cena en el italiano. ¿Demasiada verborrea? ¿Algún comentario inadecuado que pudiese molestar a su acompañante? ¿Qué hubiese notado cómo se le caía la baba al mirarlo? ¿Ser gay?

Comenzó a sentir una cierta angustia. Y no por temor a trastocar o perder un trabajo de ese nivel, sino a ser rechazado.

No debería haber mezclado los negocios con los sentimientos, pero ¿qué podía hacer cuando el corazón iba por libre? Henry era tan dulce...

—Nick, nosotros nos vamos —dijo Gaagii al acercarse a su jefe y sacarlo de sus tribulaciones.

—Ah, sí, sí. Por supuesto. ¿Nos vemos esta noche?

El hombretón silencioso hizo un gesto con los hombros, mirando a su hermana meter unas cosas en la furgoneta que compartían.

—Qué remedio... —musitó haciendo rodar los ojos.

—¡No será para tanto! Tienes que soltarte un poco, tío, que tienes treinta y tres años. No como Skana, que está loca, pero al menos un pelín.

Gaagii suspiró y pudo atisbarse una sonrisa en sus labios. Luego le dio uno golpecitos a Nick en el brazo y se dirigió al vehículo.

La joven saludó a su jefe desde la distancia y le gritó:

—¡Ponte guapo, que esta noche tienes que darlo todo! ¡¿Hace cuánto que no usas la po...?! —algo le dijo Gaagii que le cayó la boca e hizo que refunfuñase—. ¡Nos vemos en la fiesta!

Acto seguido se metió en la furgoneta y ambos hermanos se fueron.

—Pues hace mucho y algo me dice que seguirá siendo así... —Nick suspiró, recogió sus cosas y también se puso en marcha para tomar una ducha en casa y «ponerse guapo».

oOo

Aquella noche el restaurante no abría como tal, sino como un local de copas y mucha buena música. Scarlett había estado escuchando tocar a Henry, francamente sorprendida, durante toda la tarde, mientras ella y el resto de empleados preparaban las cosas: reorganizar las mesas y sillas de forma que la gente pudiese sentarse a tomar algo pero también darlo todo a golpe de cadera si se sentían animados, bailando al son de las melodías.

Todo el equipo de sonido estaba preparado, los músicos también, y Henry parecía una persona por completo distinta. Le brillaban los ojos e irradiaba una energía inusitada. No parecía el mismo hombre que había llegado a Bloomfield pocos días antes, con ese aire de melancolía infinita.

El susodicho se bajó del escenario, acalorado, y se acercó a ella con una sonrisa en la boca que lo hizo encantador. Ella pensó que a su hermano le iba a dar algo como lo viera así. Lo conocía a la perfección: Henry era su tipo de cabo a rabo. No pudo evitar devolverle el gesto de forma sincera.

—Estoy agotado, necesito un descanso. Tu jefa es muy exigente.

—Lo es. No obstante, siempre saca lo mejor de los demás. Ven conmigo a la barra.

Ambos se acercaron y la *maître* le dio un vaso de agua. Henry se lo bebió casi de un trago, sediento.

—¿Cómo debería vestirme? La verdad es que no me he traído ropa elegante... No querría desentonar con Kamilah, seguro que lucirá como una musa. Con esa voz tan portentosa que tiene, me da mucha vergüenza tocar, por si no alcanzo su nivel.

—Si no creyera que eres bueno, hubiera preferido cantar sin pianista. Ten más fe en ti mismo, Henry. Te he estado escuchando y... ¡Eres increíble!

—Ha sido como volver a mi juventud, cuando me dejaba llevar sin más por la música —dijo con un entusiasmo inusitado en él.

—En cuanto a tu atuendo... —Scarlett se quedó pensativa—. No sufras por eso, se me ha ocurrido algo. Dime tu talla de pantalón y camisa. Por ahora come algo, ve a ducharte y tómate un merecido descanso. Luego subiré a la buhardilla a buscarte. Abrimos en una hora.

oOo

Gaagii, que sobresalía una cabeza por encima del resto de la gente, buscó a Scarlett con la mirada. Aquello ya estaba lleno hasta los topes y la música sonaba con una acústica estupenda. No le iban mucho el *jazz* y el blues, e intentaba no pisar el restaurante porque el gentío le producía malestar e incomodidad, pero aquella vez Skana y Nick no le dieron opción. O iba, o iba.

Su hermana, vestida con una escotada camisa blanca y una falda de volantes, entró tras él al ritmo que marcaba el piano.

—¿Dónde nos ponemos?! —alzó la voz girando sobre sí misma.

—No veo a Scarlett, así que no lo sé...

—¡Pero si está allí! Venga, ve a preguntar.

Gaagii se vio empujado sin piedad hacia la *maître*, que estaba a pocos pies de distancia. En cuanto la tuvo delante se quedó en blanco. Ella le miró con esos ojos grandes, verdes e intimidatorios.

Skana, al ver que su hermano no dio el paso, y estaba estorbando más que otra cosa, tomó la iniciativa:

—¡Hola, guapa! ¿Tienes reservado sitio para nosotros? Nick estará al llegar.

—¡Claro! Venid conmigo. —Cogió de la mano a la joven y tiró de ella para hacerse paso.

Los ubicó cerca del escenario, en un lateral. Había una mesa con cinco sillas.

—¿Viene más gente?

—Sí, mis padres se han apuntado este año. Los he convencido por una buena razón.

—¿Y Henry?

Scarlett le guiñó un ojo e hizo un gesto hacia el escenario.

—Henry ocupa el mejor asiento.

Y allí estaba el hombre, tocando el piano como pez en el agua.

—¡Vaya! ¡Esto sí que no me lo esperaba! ¡Menudo partidazo para Nick!

—Skana... —Gaagii se giró hacia ella y le echó una mirada llena de reproche—. No seas impertinente, o un día meterás la pata de verdad.

—Vaya, pero si eres capaz de hilar frases completas —espetó Scarlett—. Ahora os mando un camarero para que tome nota—. Luego sonrió con sarcasmo, se dio la vuelta y siguió con su trabajo.

El nativo se llevó la manaza a la frente, sonrojado.

—¡Zas! Te la ha metido doblada, hermanito. ¿Cuándo piensas pedirle perdón?

—No tengo que disculparme, porque no hice nada.

—Exacto, no hiciste nada que ella pudiera entender. Y así de bien te va con ella.

La mirada oblicua de su hermano le dijo a Skana que era mejor no hurgar tanto en la herida.

Gaagii llevaba colado por Scarlett desde el último curso de instituto. Y eso era mucho tiempo. Allí la tenía, de vuelta tras años estudiando fuera, trabajando duro para abrir su propia consulta de sexología, solterísima. Y no era capaz ni de decirle «hola».

Al poco de que les trajese sus bebidas: una pinta de cerveza y un refresco, llegaron los padres de Nick y se sentaron con ellos.

—Hombre, Gaagii, ¿seguro que dejaste de crecer a los dieciocho? *Mmm* —bromeó el señor Miller dándole unas palmadas bien fuertes en la dura espalda.

Este sonrió de buena gana, algo raro en él. Cuando no quiso aprender el negocio familiar del casino por no soportar ese ambiente, David lo acogió bajo sus alas y, junto a Nick, aprendió el oficio de carpintero, porque la madera era lo suyo ya que conectaba con ella de una forma especial. Le hacía sentirse seguro y realizado.

—Oh, querida Skana, me encanta tu nuevo peinado —Angela aduló a la joven, que se echó a reír de buena gana.

—¡Mi madre no opina lo mismo! Dice que qué le he hecho a mi precioso pelo iroqués. Que así no encontraré novio. Como si esa fuera mi prioridad...

Le dedicó una mirada de asco al tipo que tenía sentado cerca y que no había parado de observarla con inquietante interés desde que estaba allí.

—¡Anda! ¿Ese no es el señor Banks? —advirtió David—. Qué calladito se lo tenía. *Mmm*. ¡Pues toca bien!

Henry estaba tocando una pieza de The Ramsey Trio, acompañado por el resto de los músicos, más concretamente *The In Crowd*, solo que la versión estaba más actualizada. El piano, por supuesto, era el instrumento conductor, y Henry lo tocó con una agilidad pasmosa. Imposible no mover las piernas, o cualquier otra parte del cuerpo, con aquella melodía tan animada.

Al terminar la pieza todos aplaudieron. Fue el momento en el que Kamilah aprovechó para hacer acto de presencia, con un elegante vestido largo de color granate y escote en uve. Los presentes aplaudieron con fuerza y silbaron entusiasmados.

—¡Gracias por venir, queridos vecinos de Bloomfield! Sin vosotros esto no sería posible. —Caminó por el escenario ante cientos de ojos, con una elegancia natural—. Vamos a inaugurar la temporada de conciertos con una canción muy especial para mí, una de la gran Etta Jones. Le encantaba a mi madre y con esa melodía comencé esta aventura que nos trae cada año hasta aquí.

—¡*Don't Go To Strangers!* —exclamó alguien entre el público y Kamilah lo señaló con una enorme sonrisa en los gruesos labios.

Asió el micrófono y miró a Henry. Este asintió con un golpe de cabeza comenzando a tocar. La voz de la mujer sonó clara, potente y suave, reverberando al final de la primera estrofa:

Play with fire get your fingers burnt

But when you got

When you got nowhere to turn

Oh, don't go to strangers

My darling, come to me

Mientras Kamilah estaba cantando, Nick se adentró en el local, buscando a Henry antes que a cualquiera, deseoso por encontrarlo y saber si estaba molesto con él o no. Vio a Scarlett, que le susurró algo al oído y le señaló dónde estaban todos.

Sin decir nada ocupó su silla, tocando a su madre en el hombro, que le regaló una sonrisa de oreja a oreja.

Build your dreams to the stars above

But when you need, need someone to love

Don't go to strangers my darling, come to me

Al comprobar que Henry no se encontraba presente comenzó a angustiarse. La había cagado, no tenía otra explicación posible. A pesar de eso, le preguntó a Skana para salir de dudas:

—¿Y Henry? —Esta parpadeó varias veces, asombrada. Luego se dibujó una sonrisa ladina en su pizpireto rostro.

—¿No lo has visto?

—No. ¿Y tú? —indagó con ansia.

—Más bien lo he oído —respondió de forma misteriosa.

—No te entiendo.

—Pues aguza esos sentidos que tienes, jefe.

Nick se quedó callado, paseando la mirada por su alrededor, hasta que le vio: Henry sentado delante del piano blanco, tocándolo con maestría, acompañando la espectacular voz de Kamilah, la cual se había apoyado en el impresionante instrumento de cola, dando fin a la canción mientras observaba a un Henry que no podía estar más feliz.

Don't go, go to strangers, my darling

Come to me

Come to me, ye-eah

Henry pulsó la tecla del piano que dio fin a la pieza. Después todos los presentes vitorearon, rieron y aplaudieron. El único que no fue capaz de mover un músculo fue un estupefacto Nick, que se quedó prendado de la figura del pianista, pues este parecía otro.

Antes de que volviera a tocar, dio un ligero trago del vaso que le acercó un camarero.

La luz del foco principal iluminó al dueto. Kamilah entonó su voz de otro modo más suave y delicado, observando a Henry y devolviéndole este una mirada intensa. Parecía que le cantaba a él y este respondía musicalmente a sus atenciones.

Look at me, I'm as helpless as a kitten up a tree

And I feel like I'm clinging to a cloud, I can't understand

I get misty, just holding your hand

Walk my way, and a thousand violins begin to play

Or it might be the sound of your hello, that music I hear

I get misty, the moment you're near

*You can say that you're leading me on
But it's just what I want you to do
Don't you notice how hopelessly I'm lost
That's why I'm following you
On my own, would I wander through this wonderland alone
Never knowing my right foot from my left, my hat from my glove
I'm too misty, and too much in love
I'm too misty, and too much in love⁶*

«Soy demasiado melancólico y estoy demasiado enamorado», Nick pensó en la letra sin poder apartar la mirada del pianista.

¿Quién era aquel hombre? A parte de dulce, resultaba tener un lado desconocido que le fascinó. La música le sentaba bien: lucía más guapo que nunca.

Su rostro masculino, en el que se dibujaba una sonrisa, canción tras canción, la postura relajada de su cuerpo, las manos deslizándose por el teclado casi sin mirarlo y moviéndose al son de una música que él mismo creaba.

«Soy demasiado melancólico y estoy demasiado enamorado».

Nick se dio cuenta en ese momento de que ya no había vuelta atrás y que sus sentimientos por Henry estaban más que definidos.

Cuando Skana le tocó el hombro dio un respingo y la miró, como si no esperara encontrarla allí. Se había transportado a otro lugar lejano, uno en el que solo estaban Henry, el piano y él.

—¿Alucinando, no? El señor Banks es una caja de sorpresas muy agradable. La cara que se te ha puesto de besugo enamorado ha sido épica.

—Por Dios, cállate... —susurró—. Por favor —rogó con tal tono de voz que hasta la joven tuvo que darle tregua.

Nick le quitó de las manos la cerveza y se la acabó de un solo trago.

«Maldita sea, ¿y ahora qué hago?».





Tras un par de canciones populares más, Kamilah y los artistas se tomaron un descanso. Sonó música ambiental y muchas parejas se animaron a dar unos cuantos pasos de baile entre copa y copa.

Henry estaba que no cabía en sí de gozo, además de andar un poquito achispado. El camarero no le dejó agua, sino un vermut rebajado con zumo de naranja. Tenía tanta sed que ni se lo pensó. Aunque no solía beber alcohol le vino bien, pues lo ayudó a desinhibirse y mostrarse tal y como era de verdad.

Tocar para Kamilah le había hecho mucho bien. Se sentía renovado, útil. Así que, cuando bajó del escenario y se dirigió hacia el grupo que más lo aplaudía, fue incapaz de no sonreír con todas las ganas y un poquito de vergüenza por el entusiasta recibimiento.

Nick estaba allí, devolviéndole la sonrisa, y deseó que se sintiera orgulloso de él. Fue un pensamiento tonto pero, de algún modo, buscó su aprobación.

—¡Ha sido increíble, señor Banks! ¿Dónde ha aprendido a tocar así? —quiso saber Skana, agarrándolo por el brazo con posesividad.

—De niño comencé a tomar clases. Y en la universidad de Columbus continué con mis estudios de música, aunque no los pude terminar.

—¡Pues ha sido fantástico! ¿Verdad, David? —comentó Angela a su marido—. Qué gran sensibilidad.

—Sí, sin duda. Scarlett insistió en que acudiéramos y ahora ya sabemos la razón —añadió el hombre.

—Gracias, de verdad, muchas gracias. Lo cierto es que, cuando me lo propusieron esta mañana, estaba atacado de los nervios. —Soltó una carcajada tal, que a Nick le dejó trastocado como si Cupido hubiese lanzado una flecha a su corazón. Más bien apuñalamiento directo.

Henry le miró, esperando a que dijese algo, pero el contratista estaba en la inopia más absoluta, de pie frente a él. En lo único que este se podía fijar era en lo sumamente atractivo que estaba, ataviado con un pantalón muy elegante de cuadros grises, camisa blanca ajustada al esbelto torso, abierta hasta la parte baja de las clavículas y con las mangas enrolladas por debajo de los codos. Para rematar, los tirantes elásticos de color granate que llevaba se pegaban a su cuerpo de forma lasciva.

Cómo hubiera querido quitárselo todo, poco a poco. O mejor; arrancárselo a mordiscos.

—Nick, ¿te ha gustado? —quiso saber Henry, tocando su brazo, muy nervioso. No había sido indiferente a aquel vistazo de arriba abajo que el contratista le echó.

El pianista le sostuvo la mirada y Nick pestañeó saliendo de la ensoñación y de todos esos pensamientos libidinosos.

—Me ha encantado... ¡No he dado crédito! —Reaccionó por fin—. ¡Sí que te lo tenías bien calladito! —Le dio una palmada en el hombro, en plan colegas, como intentando disimular.

—¡Qué bien! —Suspiró con alivio, sonriendo de nuevo.

Sintió unas tremendas ganas de abrazar a Nick por el cuello y apretarse contra él, así que tuvo que contenerse. No le dio tiempo a pensar en nada más, pues Kamilah volvió al escenario y tomó

el micrófono.

Cuando Henry se dispuso a regresar a su puesto, ella le hizo un gesto para que se detuviese y le guiñó un ojo.

—Voy a amenizar la velada con una canción que a todos nos encanta: *Fever*⁷. Parejas... Es hora del baile.

Henry comprendió entonces que no iba a necesitarle: en esa canción no participaba ningún pianista. Así que simplemente se propuso disfrutar de la canción y su sugestiva letra. Hacía muchos años que no bailaba de verdad, ni siquiera con Kat porque a la pobre se le daba fatal.

Le tendió la mano a Angela, que se la cogió de buen gusto y dio unas vueltas con ella para después dejarla en brazos de su marido.

Nick alucinó tras ver al hombre que le gustaba bailando y a sus padres haciendo lo propio.

I get a fever that's so hard to bear

You give me fever

When you kiss me, fever when you hold me tight

Fever! In the mornin', a-fever all through the night

Sun lights up the daytime

Moon lights up the night

I light up when you call my name

And you know I'm gonna treat you right

You give me fever

When you kiss me, fever when you hold me tight

Fever! In the mornin', a-fever all through the night

A Skana le pareció un momento perfecto para imitar esa acción y buscó la cercanía de Henry ella misma. Este la asió por la cintura con una mano pero manteniendo una distancia prudencial.

Fever started long ago

Romeo loved Juliet

Juliet, she felt the same

When he put his arms around her

He said, "Julie, baby, you're my flame"

Thou giveth fever

—Así que hoy eres una chica —bromeó él.

—Ya sabes, género fluido. Porque fluir es lo más maravilloso del mundo. ¿Lo has probado, Henry? —Dejó de lado las formalidades.

Ella tomó la iniciativa y dio tal vuelta con su compañero de baile, que este terminó en brazos de Nick casi sin que ninguno de los dos hombres pudiera hacer nada para evitarlo. El contratista

sujetó a Henry por la cintura para que no se cayese, por lo que terminaron íntimamente apretados el uno contra el otro.

Henry creyó que se le iba a salir el corazón por la boca. Aquello no era apropiado, pero el alcohol y sus ganas de estar con ese hombre le hicieron dudar en si apartarse o no. La mirada directa de Nick, sus grandes manos en la cintura, la cadencia lacónica de la música y la voz sensual de Kamilah hicieron el resto para convencerlo de bailar con él.

Be it Fahrenheit or Centigrade

*They give you fever
When you kiss them, fever if you live and learn*

Fever! 'Til you sizzle

Se miraron a los ojos, a esos labios que se sonrieron de forma cómplice, y siguieron el ritmo de la música hasta que esta se fue apagando poco a poco...

What a lovely way to burn

What a lovely way to burn

What a lovely way to burn

What a lovely way to burn

Los aplausos y vítores los sacaron del ensimismamiento y Henry se apartó agachando la cabeza, azorado. Después dejó a Nick allí, aturdido, y subió de nuevo al escenario para acompañar a Kamilah al piano.

Skana se colocó al lado de su jefe, con una sonrisita bribona.

—Esto se merece una subida de sueldo, o un extra. Sería una bonita forma de darme las gracias. Literalmente lo he arrojado a tus brazos y se ha dejado sobar... —ronroneó mientras le pellizcaba la mejilla caliente.

—Lo que voy a hacer es despedirte. ¿Y ahora cómo pretendes que lo mire a la cara?

—Pues con ese par de ojos verdes y arrebatadores que tienes, que pareces tonto.

—Déjame un poquito en paz.

—Tú puedes, campeón —lo animó antes de apartarse y volver a su asiento.

Nick tuvo que sujetarse al respaldo de la silla. Le temblaron las piernas, el corazón y el alma. Miró hacia el escenario, a ese pedazo de hombre sentado al piano, y tragó saliva. Se tocó la piel del rostro, que ardía de fiebre.

Fiebre de amor.



oOo

Tras la marcha de David y Angela, junto con la mayor parte de los asistentes, en el local quedaron una veintena de personas tomándose las últimas copas de la noche. Entre ellos la pareja de hermanos, Nick y un agotado Henry. Scarlett se sentó con ellos para tomarse un breve y merecido descanso.

—No puedo con mi alma. Menos mal que mañana abrimos solo por la noche... —Bostezó.

—A mí me duelen los dedos de tanto tocar. —Henry se los frotó con fuerza.

Estaba sentado junto a Nick, que en todo momento se mantuvo con el perfil bajo, observando al hombre y suspirando para sus adentros, deseando ser él quien le aliviara la molestia en aquellas manos entumecidas y en cualquier otra parte de su cuerpo donde le hiciese falta un masaje. Sentía la imperiosa necesidad de cuidarlo.

—Nosotros nos vamos —comunicó Gaagii a la par que se ponía en pie. Su pila social estaba bajo mínimos.

Skana lo imitó de mala gana, pero no quiso alargar más el sufrimiento de su pobre hermano.

—Nos vemos mañana —se despidió la joven.

—¡Descansad! —comentó Henry divertido, todavía achispado por el efecto del alcohol.

En la segunda tanda de canciones, se había bebido otro delicioso vermut.

—Recuerda, Henry... Fluye... —bromeó.

Gaagii miró a Scarlett y sonrió un poco a modo de despedida, pero ella apartó la mirada sin hacerle el menor caso. Después de eso, Skana y él se fueron.

—¿Qué ha querido decir con eso de que fluyas? —inquirió la *maître*.

—Tonterías tuyas. —Procedió a carcajearse al recordar cómo lo había lanzado a los brazos de Nick. Luego se sonrojó.

—Bueno, voy a echar a los clientes que quedan. —La mujer se puso en pie, sujetándose las lumbares—. Empezaría por vosotros, pero podéis quedaros un rato más... —Le echó una miradita significativa a su hermano antes de dejarlo solo ante el peligro.

Henry, un poquito mareado, hundió la cabeza entre los brazos que deslizó sobre la mesa.

—Llevo todo el día al piano. Kamilah me ha tenido esclavizado hasta que ha conseguido que sacara todo mi potencial. Hacía tantos años que no tocaba...

—Quién lo hubiera dicho. Desde luego a mí me has dejado alucinado. Menuda caja de sorpresas es el señor Henry Banks.

Este se irguió en la silla, feliz con el comentario, mirando a Nick de forma dulce.

—He cometido algún que otro fallo, pero Kamilah lo ha enmascarado muy bien con su experiencia.

El contratista no deseaba otra cosa que acercarse hasta él, tomarlo por el rostro y darle un beso mientras le acariciaba el cabello, la nuca, el cuello, la nuez, el pecho y...

Apuró el trago de cerveza que le quedaba e intentó relajar la mente, porque el recuerdo del calor de su cuerpo bailando junto a él lo estaba martirizando.

Henry también lo rememoró, sintiendo un escalofrío en el bajo vientre. Allí estaban ambos, sentados el uno al lado del otro, escuchando *When I Fall In Love*⁸, de fondo, a un volumen óptimo, y con las luces del local a medio apagar. El ambiente no podía ser más romántico.

—C-creía que estabas disgustado conmigo... —se atrevió a confesar el contratista—. Te llamé y...

—Lo sé, lamento no haberte devuelto la llamada. Dejé el teléfono en la buhardilla y apenas tuve tiempo de comer algo y ducharme antes de volver a bajar. Pero ¿por qué debería estar disgustado? ¿Ha pasado algo?

—No, no. Nada... Todo bien. Solo quería informarte de los avances.

—No te preocupes, confío plenamente en ti.

De forma natural, Henry alargó la mano derecha y la posó encima de la que Nick tenía sobre la mesa. Este miró el gesto y luego a su acompañante, que se apartó para ponerse en pie al darse cuenta de lo que había hecho.

Tropezó un poco con la silla y el hombretón lo asió por la cintura para que no se cayese.

—¿Ves? Eres un peligro andante. —Se echó a reír por lo bajo, pero sin soltar a su presa—. ¿O lo haces adrede para que te salve?

Henry se agarró a su camisa negra, sintiendo aquel cuerpo firme contra sí y su mano a medias entre la cintura y la cadera.

—Me da que he bebido demasiado. ¿Me ayudas a subir a la buhardilla? O me caeré escaleras abajo, tenlo por seguro. —Bromeó con una risilla pícara.

—Querrás decir que te tirarás.

—Sí, eso.

Scarlett los vio, muy pegados, caminar hacia la puerta que llevaba a los pisos superiores. Sonrió sin poder evitarlo y cruzó los dedos.

oOo

Efectivamente, Henry tropezó un par de veces, muerto de la risa, mientras su salvador lo acompañaba con carcajadas.

—Y eso que solo me he tomado dos copas...

—Veo que no aguantas nada el alcohol.

—Efectivamente. —Imitó a Scarlett y volvió a reírse.

Se adentraron en la buhardilla y Nick ayudó a Henry a sentarse en el pequeño lecho, pero el pianista no se soltó de él, por lo que acabaron ambos semi recostados en el colchón.

Para sorpresa de Nick, que estaba resistiéndose todo lo posible ante la incertidumbre, Henry deslizó los dedos, esos dedos mágicos de pianista, por su pecho, como si estuviera constatando que bajo la tela hubiese unos buenos pectorales. Y entonces no pudo más, porque otro hombre no le palparía así si no quisiera algo con él.

Lo asió por las mandíbulas y atrapó con un beso ansioso aquella dulce sonrisa que le traía de cabeza. El otro gimió ante el ardiente contacto.

Henry se vio deliciosamente atrapado entre los brazos fuertes de Nick y deslizó los suyos por el cuello de este, para devolverle el beso que tanto anhelaba darle. La pasión los hizo gemir, las ganas: morderse, el deseo; tocarse.

A pesar de lo pequeña que era la cama para dos hombres adultos, consiguieron acoplarse entrelazando las extremidades. Henry sintió el muslo de su contrincante pulsar su entrepierna endurecida, algo que arrancó de su garganta un gemido de excelso placer. No podía pensar en nada, solo en besar a Nick con todas sus ganas y entrelazar ambas lenguas.

Y a este le sucedió lo mismo. Tener a aquel delicioso hombre bajo él, estremecido de goce, lo volvió loco. No habían sido imaginaciones suyas, ni calenturas por llevar demasiado tiempo solo.

Fiebre. Padecía fiebre de amor por él.

Nick le deslizó los tirantes por los hombros, bajó la mano hasta su bragueta a punto de explotar por lo que crecía debajo y le abrió el pantalón para poder meter la mano. Todo ello sin dejar de besar aquella boca caliente y jadeante.

Henry estaba percibiendo cosas muy intensas, cosas que hacía demasiado que no sentía, cosas nuevas. La mano grande y experta de Nick le apretó con fuerza bajo los testículos arrancándole un jadeo impropio de él. Lo único que pudo hacer fue agarrarse a su cabello y dejarse hacer.



Incluso el vello facial del hombre, sobre su rostro, le estaba poniendo a cien. Y esos besos que le comían la boca de aquella forma tan hambrienta lo subyugaban haciéndole querer más. Así que le mordió el labio inferior con fuerza y le arrancó un jadeo a Nick. También pudo notar su erección contra sí. ¿De qué forma era posible que alguien como él le produjera esas reacciones a un hombre tan atractivo?

Nick fue a más y metió la mano por dentro de la ropa interior, agarrando con fuerza el sexo duro de su amante. Lo friccionó con pericia, una que hizo que Henry abriera más las piernas y arqueara la espalda por el latigazo de placer.

El contratista apartó el rostro del hombre, que lo miró enfebrecido y jadeante mientras se dejaba masturbar, agarrado al cuello de su camisa.

—Henry... —gimió su nombre—. Me vuelves loco. Me gustas muchísimo...

Y entonces algo hizo «clic» en la cabeza del pianista.

La sonrisa entristecida de su mujer moribunda surgió de pronto entre sus pensamientos y se abrió paso susurrando lo último que había dicho antes de morir:

«—No pasa nada.»

Aquel tono cansado reverberó por todas partes a modo de sortilegio haciéndole perder la razón.

—¡No! —gritó el pianista de pronto.

Un empujón no fue suficiente para apartar a Nick, que apenas había oído lo que su amante le decía a causa de la euforia.

—¡He dicho que no! —repitió Henry, fuera de sí.

Golpeó al contratista con ambas manos varias veces, hasta que este se apartó y casi se cayó de la cama. Henry rodó fuera de esta y puso distancia entre ambos igual que lo haría un animal herido temeroso de que le hicieran daño.

Pero en su rostro no se percibió miedo, sino vergüenza y furia, una furia que se iba tornando en una mirada llena de odio.

—¡Yo no soy así! —espetó.

A Nick se le heló la sangre al escucharlo, confundido. No entendió qué pasaba. ¿Qué era lo que había hecho para disgustarlo de ese modo? Hasta hacía un momento estaban...

—¿Henry? ¿Qué ocurre? —Dio un paso con intención de tranquilizarlo y decirle que todo estaba bien.

—¡Yo no soy así! —repitió a modo de mantra—. ¡Quiero a mi mujer! ¡Soy un buen marido! ¡Soy un buen hombre! —Y clavó la mirada en la del otro—. Tú... —Los labios se torcieron en un gesto desagradable, con los ojos muy abiertos e idos—. ¡Tú tienes la culpa!

A lo largo de su vida, Nick había sufrido muchos desencantos, muchas traiciones. Ninguna le había dolido tanto como la de Michael. Hasta ese instante. Porque aquellas palabras resultaron herirlo y dañarlo de formas que no habría creído posibles.

Mareado, e incapaz de articular palabra, sintió que algo no estaba bien. ¿Acaso había malinterpretado todo? ¿Henry no le deseaba? ¿Todo había sido por culpa de la bebida y él...? ¿Él acababa de aprovecharse de un hombre borracho?

Incapaz de abrir la boca, y sintiéndose la peor persona del mundo, a la vez que la más herida, dio otro paso... Pero hacia la puerta. Se alejó en silencio mientras Henry lo vigilaba con mirada asesina. Y en cuanto superó el dintel, Nick desapareció.



A principios de diciembre, en el Hospital del Cáncer Arthur G. James de la ciudad de Columbus, se solía procurar vestir los pasillos con motivos navideños, pero a Henry le hacía sentirse peor.

El área de cuidados paliativos estaba impregnado por un ambiente triste y de un fuerte olor a productos de limpieza.

Las familias de los enfermos que recorrían la planta, solían llevar aquella asfixiante sensación de pérdida consigo. Sabían que tarde o temprano, sus seres queridos fallecerían, pero desconocían el momento. Al principio resultaba insoportable, hasta que, sin saber muy bien cómo, dejaba de serlo y se convertía en lo natural.

Mientras tomaba un descanso en la pequeña salita de ocio, Henry no dejaba de pensar en cómo las cosas podían haberse torcido de aquella manera.

¿Había sido por querer tener un bebé? ¿O era algo inevitable?

Pensó en el rostro de su hermosa mujer. En lo feliz que se habían sentido cuando ambos decidieron que era el momento de tener un hijo. Recordó sus cabellos rubios como el cereal. En sus vibrantes ojos azules, que siempre miraban de tal forma que parecían sonreírle al mundo. En sus labios, sus manos, en su preciosa piel; tan sana en apariencia, pero escondiendo bajo ella el peor de los males. Nunca pensó que algo así podría pasarle a Kat.

Sin despegar la vista del reloj de pared, y de las manecillas que contaban el lento paso del tiempo, Henry rememoró los problemas que tuvieron para que ella se quedara embarazada. Lo intentaron todo hasta que tuvieron que contactar con un especialista que, tras varias pruebas, terminó dándoles la terrible noticia de que Kat estaba muy, muy enferma.

Cáncer de útero.

El doctor les explicó que por desgracia tendrían que extirpárselo y, con él, también los sueños de formar una familia.

Sin embargo, ambos siguieron teniendo esperanza porque eran buenas personas y la providencia, de una forma u otra, recompensaba a las almas bondadosas.

Así que se prometieron que aquello no los detendría. Adoptarían. No dejarían que el mundo los venciera. Porque puede que Dios los hubiera preparado para salvar la vida de algún niño desamparado y darle un hogar.

Henry no era demasiado creyente, pero Kat, que era más devota, terminó pensando que así debían de ser las cosas. El mundo no sería menos colorido solo porque el hijo al que vieran crecer no fuera sangre de su sangre.

Pero entonces...

Dios, el mundo, el destino, la mala suerte, les confirmó que jamás formarían una familia. Porque el cáncer ya no era solo de útero. El mal se había extendido por el cuerpo de la mujer de Henry de tal forma que daba igual la operación que llevaran a cabo. Lo único que podían hacer era esperar, esperar al final y que este llegara para ella de la forma más digna y cómoda posible.

Así que por eso estaba Henry en aquella salita, observando el reloj. Esperando, temiendo y anhelando al mismo tiempo. Porque Kat ya no era su Kat, no físicamente. Ese mal que le costaba tanto pronunciar la había marchitado igual que se marchitaban las rosas durante el invierno. Su belleza había ido esfumándose junto a su fuerza, a su mirada feliz y a sus ganas de vivir.

Henry había tenido que soportar, estoico, toda clase de sollozos. De ella, de sus amigos, de todo el mundo. Y él allí, plantado como una estatua, dispuesto a tragarse las lágrimas y todos los gritos que deseaba sacar fuera.

Kat solía decirle que con tenerle a su lado cada día bastaba. Los vómitos, el dolor y el cansancio provocados por la enfermedad y el tratamiento, resultaban un mero trámite cuando ella miraba al hermoso hombre del que se había enamorado. Y eso, para Henry, lo hacía más difícil.

Ella no podía saberlo y, si lo sabía, fingía lo contrario, pero él estaba cada día más roto y muerto por dentro. Apenas dormía, por más cansado que estuviera, y había empezado a sufrir ataques de pánico cada vez que salía de la habitación y se quedaba solo. Incluso buscaba razones para quedarse en esa salita.

Fue allí, en aquel pequeño espacio con tan solo una mesa redonda y unas sillas, además de un viejo televisor, donde se encontró con el doctor que atendía el caso de su esposa.

Parecía más mayor que Henry, aunque no demasiado. Era atento, educado, seguro de sí mismo y siempre llevaba una sonrisa encantadora en el rostro. No debía ser alguien que destacara entre las enfermeras, aunque estaba seguro de que alguna debía ir detrás de él, porque no estaba casado y su personalidad era bastante cercana. A veces demasiado.

Al entrar, el hombre se sentó sin decir nada, solo con un agradable gesto de asentimiento y una expresión despreocupada. A Henry le gustaba que lo tratara con esa naturalidad, alejada de la odiosa compasión que veía en los ojos de todos los demás.

«Allí va el marido de la enferma. Pobre pareja, tan jóvenes...», solía imaginar que cuchicheaban entre sí cuando cruzaba el largo pasillo de cuidados paliativos.

Sin embargo, su médico no le daba esa impresión. Él sonería con la naturalidad de quien se topa con otra persona a la que no conoce demasiado bien, pero que le resulta agradable. Nunca le decía que lo sentía, ni tampoco le recordaba cómo estaba su mujer. Solo hablaba del tema si él, de forma explícita, le preguntaba algo o cuando acudía a la habitación para saber cómo se sentía Kat.

A aquellas alturas las pruebas daban un poco igual, lo único que importaba era que ella estuviera cómoda. No iba a curarse, no iba a mejorar. Así que, ¿para qué hurgar en la herida?

—¿Te importa que ponga la televisión? —le preguntó el médico a Henry.

—No. Por supuesto.

La pantalla se encendió al poco, directamente en un canal de variedades.

—Henry... —soltó el médico, sin apartar la mirada del plasma—. ¿Cómo estás?

Aquello pilló de sorpresa al hombre, que no supo qué decir. No solían preguntarle cómo se encontraba.

La respuesta debía ser obvia, pero de pronto se descubrió sin palabras con las que responder. Era como si tuviera que explicar que el cielo era azul y, sin saber por qué, hubiera olvidado el nombre del color.

Mudo, perdido, y sin poder evitarlo, se echó a llorar.

Y ese fue el momento en el que todo cambió. El mundo lo condenó en ese instante, porque el médico se acercó a él y lo abrazó.

Y eso le hizo feliz: su contacto, su olor, sus palabras. No supo la razón, pero le agradó tanto esa proximidad, que empezó a ver al hombre de forma diferente. Dejó de percibirlo como un médico para convertirse en una persona maravillosa e interesante. De pronto era un ancla al que agarrarse ante el abismo que se estaba abriendo bajo sus pies.

Cada vez que salía del cuarto de Kat, Henry percibía cómo el universo que lo rodeaba se iba agrietando, dejando en los huecos vacíos una realidad triste y oscura, que terminaría por hacerle

cometer una barbaridad si no encontraba nada por lo que luchar.

Ese abrazo, el de un hombre al que apenas conocía, de pronto le había dado una razón para no lanzarse a ese agujero y morir al lado de su mujer.

Los días siguientes a aquel instante resultaron extraños para Henry. A veces se descubría sonriendo al pensar en ello, en cómo el doctor le había susurrado al oído que podía hablar con él siempre que lo necesitara. No entendía qué le sucedía, pero sabía que, si quería seguir entero, capaz de soportar la carga de ver morir poco a poco al amor de su vida, necesitaba estar cerca de ese hombre.

Por ello empezó a forzar sus encuentros, a buscar un acercamiento que no era propio entre ellos. Hablaban largo y tendido en aquella sala. Buscaba su contacto de la manera más casual posible y se interesaba en su vida privada en busca de una normalidad que se sentía extraña en la planta de aquel hospital.

Hasta que lo comprendió: se estaba prendando de ese hombre.

Aquella revelación lo devastó de tal modo, que tuvo que salir del edificio en plena nevada y pasarse gran parte del día vagando por la ciudad sin un rumbo fijo, buscando ahogar esas sensaciones que lo empujaban a acabar con todo. Solo había conseguido sumar a la lista la culpa de sentir deseos impropios hacia otro hombre, mientras su mujer se moría lentamente en una cama.

Hasta se planteó la posibilidad de acercarse al río Olentangy y lanzarse a él con la esperanza de que la hipotermia, y el oleaje, acabara con su dolor antes de que esa culpabilidad siguiera carcomiéndole las entrañas. No merecía a su esposa, pero aun así no se atrevió a llevar a cabo semejante locura. Y no solo por ella, sino por su propia madre que, aunque no pudiera visitarlo tanto como le gustaría, seguía estando ahí; siempre al pie del cañón.

¿Cómo el deseo de formar una familia había podido castigarlos a ambos de una forma tan cruel?

Culpable, avergonzado y temeroso de ser el peor marido del mundo, regresó al hospital y decidió no salir de la habitación de su mujer si no era necesario.

Pensó en que, si no dejaba que sus sentimientos hacia un hombre avanzaran, significaría que jamás habían sido reales, y entonces el amor hacía su mujer sería puro y sincero.

Por desgracia, tres días más tarde, Kat empeoró tanto y tan rápido, que el mismo médico del que se había alejado todo lo posible, terminó por darle la mala noticia: su esposa no pasaría de aquella noche.

Henry no tuvo claro qué fue peor: que hubiera llegado el momento o que no fuera capaz de llorar. Se había pasado tanto tiempo pretendiéndose sereno, que ahora que podía dejarlo todo salir afuera, no era capaz.

«Soy horrible», pensó.

Y se sintió así desde entonces. Mientras acompañaba a su mujer y le agarraba la mano. Mientras la miraba e intentaba sonreír y cuidar de ella hasta el último instante.

Pero, sobre todo, se sintió la peor persona del mundo cuando, momentos antes de que la vida de su esposa se apagara para siempre, esta lo miró, sonrió con las pocas fuerzas que le quedaban, y le dijo:

—No pasa nada...

Tras esas palabras, falleció.

Porque no solo fue un adiós, fue un «te perdono». Y eso solo pudo significar una cosa para él: que sabía su secreto.

Y eso era algo que Henry jamás podría superar.

oOo

La puerta de la buhardilla se abrió de forma súbita, y con tal violencia, que esta rebotó contra la pared y a punto estuvo de cerrarse de nuevo. Henry despertó pegando un bote, desorientado, con una jaqueca terrible y llevando aún la ropa de la noche anterior.

Fue entonces cuando se percató de que Scarlett había entrado echa una furia, directa hacia él.

Cuando Henry se dispuso a hablar, un bofetón le cruzó la cara y se quedó helado e inmóvil con el rostro girado.

Fue entonces, con la visión de parte de su cama sin deshacer y la pared de madera oscura como única compañera, cuando se acordó de lo sucedido.

Su mejilla comenzó a enrojecer, más de vergüenza que de dolor. Porque sí, Henry se sentía abochornado. El alcohol había embotado su memoria, permitiéndole ocultarse de sí mismo hasta la vigilia. Pero en ese instante, frente a la hermana de a quién había herido tanto, no podía esconderse. Ni de ella, ni tampoco de sí mismo.

—Y-yo...

Scarlett hizo ademán de darle otra bofetada aún más fuerte. La furia que irradiaba era genuina, y seguía borboteando sin compasión, pero aun así se contuvo.

—¿Cómo has podido?

«Dios mío. Lo sabe. ¡Se lo ha contado! ¿Qué voy a hacer ahora?», pensó.

Al instante siguiente se sintió aún peor. Por mancillar el nombre de su esposa, pero también por descubrirse como un completo egoísta. ¿Es que solo le importaba él mismo? ¿Acaso no iba a pensar en Nick?

No. Él no era así. Tal vez hubiera cometido un error imperdonable, pero en esos momentos, con la mente lúcida y la cara abofeteada, veía las cosas muy claras.

Apenas se atrevió a mirarla, pero lo hizo. Temió recibir entonces un nuevo golpe, pero en su lugar vio a una mujer al borde del llanto. Su mirada, húmeda y herida, se debatía entre permitirle abrir la boca o partírsela.

Así que se dio prisa y respondió:

—Lo siento... —la voz murió tras aquellas dos sinceras y cortas palabras.

—¡Eso no basta!

—Lo sé.

—¿Y qué piensas hacer al respecto? —le espetó—. ¡Cree que te forzó a hacer algo que no querías!

—N-no, eso no... —aseguró.

¿Acaso podía hacer algo? Había herido a una persona que no se lo merecía en absoluto. Un lo siento no solucionaría nada, pero no sabía qué más hacer o decir.

Su mente empezó a divagar, pensando en lo que pasaría en el momento en el que se reencontraran, en la cara de Nick al cruzar miradas, en si este le odiaría...

La posibilidad de que su sola presencia pudiera dañarlo de aquella manera tan profunda hizo que Henry solo quisiera arrebujarse y desaparecer. Tal vez estuviera a tiempo de coger sus cosas e irse. Quedarse en Bloomfield había sido un error. Y no solo eso: la casa, el viaje, la excedencia.... Tal vez debería cancelarlo todo, pagarle una bonificación por las molestias y huir.

Scarlett habló al ver que él se estaba perdiendo en su propia inseguridad. Su voz sonó igual que una cuerda sin tensar del todo: descompensada, aunque también cortante.

—Mira, es evidente que tienes problemas. Has pasado por algo traumático, como profesional

me doy cuenta, pero... —Su expresión se volvió aún más hostil—. Mi hermano es lo primero. No pienso permitir que le vuelvan a romper el corazón. Ya le costó superar lo de Michael, como para que ahora que consigue abrirse a otro hombre, venga y lo destroce de esta manera. —Scarlett dio un par de pasos hacia él y se sentó a su lado sobre el colchón—. De aquí no te vas hasta que me cuentes de principio a fin qué es lo que te ocurre. Todo. —Y le advirtió con sequedad—: Más vale que seas sincero y no te guardes nada, porque de ello dependerá si decido echarte de aquí a patadas o no.



Ya era de día cuando Skana y Gaagii llegaron a la parcela para iniciar su jornada laboral. Sin embargo, se limitaron a preparar todo el material y despejar el área de cualquier objeto molesto, pues era muy pronto para hacer ruido.

En circunstancias normales, Skana estaría aún en la cama. La fiesta de la noche anterior la había dejado molida, pero el pesado de Gaagii no era de los que llegaban tarde a trabajar. Por lo que, a modo de castigo divino, la arrastró hasta el coche para llegar a la hora de siempre.

Cuando estaba a mitad de un bostezo, mientras trasladaba un saco de grava que planeaba esparcir por la zona circundante a la entrada principal, le sobrevino un extraño palpito. Una agria sensación que le advirtió de que algo no iba bien.

Aquella inusual emoción la acompañó un par de horas, acrecentándose cada vez que ojeaba el reloj y constataba que Nick no había llegado.

Su jovial jefe solía aprovechar los viajes desde la ciudad hasta la parcela para traer del almacén, o de los proveedores, lo que hiciera falta.

Pero ¿ese día? ¿Tras una noche como aquella? Esperaba que su ausencia fuera por algo positivo, como que Henry le hubiera atado a la cama; por ejemplo. Sin embargo, no sabía muy bien por qué, no lo sentía así. Lo apreciaba en el aire, en aquella extraña turbación que la perseguía.

Procuró seguir trabajando pero, entonces, Nick apareció con la furgoneta. Antes siquiera de que bajara de ella, Skana confirmó sus temores: a través de la ventanilla vislumbró a un hombre estoico en apariencia, pero indudablemente hecho pedazos.

Skana se había sacado un doctorado en lo que respectaba a leer a su jefe. Y esa mirada, esa expresión neutra, indiferente, no era parte natural de él. Nick siempre sonreía, o gritaba, se avergonzaba e, incluso, sollozaba: era como un libro abierto.

—¿Qué sucede? —Skana se quedó clavaba en el sitio, con el saco a medio abrir. Algunas piedrecillas cayeron del borde.

—¿Por qué estás con la grava? —respondió él en su lugar. Su voz sonó ronca, como si se hubiera pasado la noche llorando—. Te lo he dicho mil veces, hasta que no terminemos con la casa, el exterior no es prioritario. Haz el favor de entrar y ayudar a Gaagii.

La joven india fue a replicar, pero él se lo impidió con un gesto y con la insistente orden de que obedeciera.

«Joder, sí que ha debido de ir mal», aventuró ella sin atreverse a decir nada.

Bajó la vista en señal de acatamiento y se alejó, abandonando el saco en medio del camino.

Nick suspiró molesto y lo agarró para echarlo a un lado. Procuró apartarlo sin que se saliera más grava del interior, pero acabó creando un reguero. Al hacerlo se agachó, malhumorado y con ganas de darle una patada a todo lo que se le pusiera por delante. Eso y gritar, gritar mucho. Porque se sentía cansado, triste y culpable. Seguía diciéndose que había estado a punto de forzar a un hombre borracho y confundido. Si Henry no lo hubiera parado a tiempo, tal vez habría cometido algo imperdonable. Y esa sensación llevaba con él desde que se marchó de la buhardilla.

Scarlett se lo había encontrado justo antes de que consiguiera salir de El Pato Desplumado. Debía llevar una cara horrible, porque a su hermana le bastaron dos segundos para saber que algo malo le pasaba. Pero él estaba demasiado afectado para abrir la boca. Solo podía llorar y eso fue lo que hizo. En medio del establecimiento, con las mesas ya recogidas, las sillas dadas la vuelta sobre ellas, con el piano al fondo... Tan hermoso como Henry y tan delicado como el corazón de Nick.

Allí, el contratista se rompió abrazando a Scarlett y aunque no le dijo nada más en ese momento, ella supo que debía llevárselo a casa de sus padres y no dejar por nada del mundo que condujera de regreso a Rochester.

Caminaron largos minutos por Bloomfield, sin dirigirse ni siquiera una mirada, solo acompañándose. Y, de pronto, al llegar solo recibió reproches. No de ella, ni de sí mismo, sino de su padre que, al verle entrar a aquellas horas con semejante aspecto, recibió una retahíla de golpes verbales sobre lo que era ser responsable y llegar ebrio.

Lo recordó todo de forma vívida:

«—¿Y si no hubiera estado tu hermana? ¿*Mmm?* ¿Te habrías ido en coche? ¡Pareces un crío de dieciséis años!

—Papá, por favor, déjale en paz —le defendió Scarlett.

—¡Llévalo arriba, fuera de mi vista!

Ella lo acompañó hasta su antigua habitación, ayudándolo con los zapatos y a estar más cómodo tras meterlo en la cama. Fue al baño a por un rollo de papel para que se limpiase las lágrimas que, de nuevo, rodaron por su rostro, perdiéndose entre la barba.

La mujer permitió que sollozase largo rato, por más cansados que estuvieran ambos tras una larga jornada.

—¿Te ves con ánimos de contarme qué ha pasado?

Tras un silencio no muy largo, Nick arrancó:

—Todo estaba yendo bien. Lo acompañé a la buhardilla, nos abrazamos, nos empezamos a besar, a tocar... —Carraspeó con vergüenza—, le dije lo mucho que me gustaba y... y entonces me apartó de él muy cabreado. Y-yo no quería forzarlo. N-no era mi intención, creía que también quería que pasara —explicó con la boca seca sin florear la situación ni pretender convertirse en la víctima.

Se echó a sollozar de nuevo, compungido por el intenso dolor del rechazo y la culpabilidad.

—¿Forzarlo? ¿Tú? No, Nicholas. Tú jamás harías algo así —afirmó en tono de enfado. Uno monumental.

—Él no quería... No quería realmente, y yo... Me aproveché de su borrachera. Soy horrible —insistió en autoculparse—. Mañana tendré que enfrentarme a una situación muy incómoda. —Se le erizó la piel solo de pensarlo—. T-tengo que disculparme, arreglarlo... Pero me odia y no sé si soy capaz de soportarlo...

—Me va a oír... —masculló entre dientes ella para sí mientras tapaba a su hermano con la sábana, deseando que fuese por la mañana.

Scarlett le dio un beso en la mejilla mojada y estuvo acariciándole en pelo revuelto hasta que su respiración se volvió acompasada.

Nick se hizo el dormido para que ella pudiera irse a descansar también. Cuando se fue, no pudo dormir; por más cansado que estuviera y por mucho que lo necesitara.

—Henry...».

Esa mirada que el hombre le dedicó, esa voz llena de odio... No creía ser capaz de soportar

aquello de nuevo. A pesar de eso, era un profesional y debía continuar con el acondicionamiento de la casa.

Sujetó el saco de gravilla y cargó con él igual que cargaba con su mala conciencia y la culpabilidad, además del desamor. Porque, a pesar de todo, a él le gustaba Henry de veras y recordar el sabor de sus besos y el calor de su cuerpo le hizo estremecer.

oOo

En la buhardilla, Scarlett consideró que empezar por lo ocurrido la noche anterior no era buena idea. Quería saber qué había más allá de aquella reacción desmesurada por parte de Henry.

Lo más sencillo hubiera sido echar a ese hombre del restaurante y que saliera de la vida de su hermano cuanto antes. Por desgracia, Nicholas, tras contárselo entre sollozos, le había suplicado que se portara bien con él. El comienzo no fue el mejor, pero estaba dispuesta a hacer un esfuerzo extra.

Por cómo se lo había explicado, a Henry le pasaba algo muy extraño. Y aunque le resultara difícil, iba a ayudar a su hermano escuchando a ese hombre antes de sentenciarlo y analizar las cosas con la mayor neutralidad posible.

Decidió empezar lanzándole toda clase de preguntas ambiguas que siempre, de un modo u otro, conducían a Katherine. Parecía obvio que todo se reducía a ella. El dolor de Henry y también su profunda culpabilidad. Pero ¿por qué?

Él explicó que la conoció en la Universidad Estatal de Ohio, en Columbus. Ambos estudiaban Humanidades y Arte, ella centrada en la disciplina de ilustración y él en la de música. Por aquel entonces estaba enamorado del piano y pretendía seguir su aprendizaje a la vez que expandía sus conocimientos en la materia para hacerse multidisciplinar.

—¿Fue entonces cuando empezasteis a salir? —Investigó, algo más calmada. Escucharlo conversar, con aquel aire avergonzado y sincero, la había ablandado un poco. Casi se sentía culpable por abofetearlo. Casi.

—No, qué va. Al principio éramos solo amigos. —Tensó los labios—. Pero al poco murieron sus padres y eso la destrozó. Estuvo a punto de tirar por la borda todo su futuro y volver a Bloomfield, pero aquí ya no había nada que le atara. Necesitaba alguien en quien apoyarse, que terminé siendo yo. De forma natural, con el tiempo, nos sentimos como almas gemelas y nos dimos cuenta de que nos amábamos.

La tragedia de los Sanderson, sí. Scarlett la recordó a la perfección. Estaba aún en el instituto cuando la localidad se vio sacudida por el suceso: la pareja había muerto en un trágico naufragio mientras navegaban por el lago Ontario. Fue un suceso terrible que se alargó más de la cuenta debido a que jamás encontraron los cuerpos, por lo que su búsqueda cubrió los noticieros locales durante un par de semanas. Bloomfield estuvo de luto todo ese tiempo, pues eran muy apreciados en la comunidad.

—Toda esta desgracia propició que me alejara de la música en busca de una profesión con más futuro. Tenía nociones de ingeniería por mi padre, ya que trabajaba en el sector, y este me insistía en que el piano no tenía futuro, así que accedí.

A la hermana de Nick le sorprendió su forma de narrar esa parte de la historia. Podía percibir el dolor en cada palabra. Había aparcado el sueño de su vida en favor de un futuro mejor al lado de Katherine.

Lo había visto tocar hacía menos de veinticuatro horas y hubiese apostado cualquier cosa a que nunca se había sentido tan vivo.

—¿Has estado sacrificándote constantemente por tu mujer?

—¡No! No he considerado que fuera un sacrificio. Era lo que yo quería hacer en ese

momento.

—¿Y ahora? ¿Qué es lo que quieres, Henry?

Este se quedó mudo, sin saber qué responder, por lo que ella optó por ahondar en otros temas que incluso llegaron a incomodar al hombre.

Este se empezó a sentir cohibido, como si estuviera en mitad de un interrogatorio policial, pero que le hizo replantearse algunas cosas.

Fue entonces cuando le explicó lo del cáncer. Su vida en el hospital, sus extraños sentimientos hacia un doctor con el que apenas hablaba. En ese momento todo cobró sentido, mientras soltaba lo que tenía dentro y se deshacía en lágrimas. Lloró mientras escupía una retahíla de dolorosas certezas que lo habían estado envenenando durante un año entero. Y una vez terminó, sumido en la pena, miró a Scarlett a los ojos y le dijo que lo sentía de corazón.

—No quiero ser un mal hombre. —El rostro se le torció en una mueca desesperada—. Nick no se merece nada de lo que ha pasado, pero es que... —Sus hombros cayeron como losas—. Sentí que, al corresponderle, traicionaba a mi mujer. Y dejaba constancia de que, en realidad, jamás la había querido.

Decirlo en voz alta pareció ayudarlo de alguna manera. Porque a pesar de lo que dolía, el peso sobre su espalda se alivió.

—Oh, Henry... —La expresión circunspecta de la *maître* se esfumó y posó su mano sobre él—. Amar de nuevo no tiene nada de malo.

—Solo han pasado seis meses.

—Cada uno tiene sus tiempos. Tanto en un duelo, como en una ruptura. Las personas somos complejas. Amamos distinto y avanzamos de forma diferente. No hay un tiempo mínimo, ni tampoco un máximo.

—Pero... —Dudó, pues no quería ofenderla—. Nick es un hombre.

—Efectivamente. —Sonrió.

Henry hizo un fugaz gesto de asentimiento alegre ante la coletilla de Scarlett y mutó de nuevo hacia la tristeza.

—Me enamoré del doctor de mi mujer moribunda. Soy horrible.

—No estoy dentro de tu cabeza para decir esto, pero lo voy a hacer de todas formas. Como profesional y como alguien que cree que te conoce: no eres horrible, sino idiota. —Henry espabiló, sorprendido ante la ocurrencia, y la miró con los ojos muy abiertos—. Estabas pasando por un hecho traumático y muy doloroso. Te enfrentaste a algo terrible ocultando tus emociones, mostrando tu mejor cara para que Katherine no sufriera más. Obviamente, ocultar todo eso, iba a provocar una necesidad de cariño y desahogo en ti. Como profesional te digo esto: no estabas enamorado del doctor. Te mostró el afecto que necesitabas y te aferraste a ello para dejar de sufrir. Confundiste la necesidad de atención con atracción. —Le dedicó una sonrisa tranquilizadora—. Eso pasa mucho más de lo que crees. En las rupturas traumáticas de pareja sucede mucho. Si lo piensas, es una forma de duelo. Quien es dejado pierde de repente un pilar de su vida que daba por hecho que siempre estaría ahí, y de pronto se encuentra solo y sin afecto alguno. En el momento que lo recibe por parte de un tercero, se agarra inconscientemente a él.

Henry la interrumpió negando con la cabeza:

—P-pero era un hombre, Scarlett. Un hombre. Si solo me hiciera falta cariño y fuera como dices, no me habría sentido atraído por él.

—¿Ves? —Levantó un dedo—. Por eso digo que eres idiota. —Un silencio momentáneo cruzó la habitación y, entonces, le reveló algo que para ella era evidente—. Henry, eres bisexual. Siempre lo has sido. Lo que ocurre es que nunca lo has sabido porque Katherine era tu mundo, la

mujer de tu vida. Y permíteme que te deje lo siguiente muy claro: besar a un hombre no va a hacer que tu amor por ella sea falso o menos sincero. Ella puede ser la mujer de tu vida y Nicholas... Bueno. Eso es cosa tuya. —Decidió dejarlo ahí. No quería influirle porque estaba claro que se encontraba vulnerable y no era momento de pensar en relaciones, sino en sanar.

Dejó a Henry pensando en lo que acababa de explicarle. Había concluido que era tan víctima de lo ocurrido con Nick como su hermano. Ninguno de los dos tenía la culpa de lo sucedido la noche anterior y, al mismo tiempo, la tenían toda: por fijarse en el uno al otro, por no hablar de lo que sentían y, sobre todo, por ser unos completos imbéciles.

—Ya, bueno... Entiendo. —No parecía convencido del todo. Era normal, necesitaba tiempo —. Gracias por escucharme. Nunca quise hacer sufrir a Nick, es un hombre maravilloso. Siento mucho lo que ha pasado...

La *maître* se levantó de la cama y se alejó.

—Te sugiero que te disculpes con él, porque está soportando mucho peso. Creo que merece al menos una explicación; y también que le dejes acabar el trabajo. Estoy segura de que se te ha pasado por la cabeza cancelar la obra, pero permíteme avisarte de que Nicholas ha invertido dinero y rechazado otros trabajos para ocuparse de este. —Abrió la puerta, colocándose bajo el dintel—. Hazme el favor y no seas idiota. Habladlo como adultos que sois.

—Creo que nadie me había llamado idiota tantas veces en tan poco tiempo —soltó con cierto alivio.

—¿Prefieres que te abofetee otra vez?

Henry, con los ojos enrojecidos, sonrió con sinceridad.

—No, con una vez es suficiente, gracias. —Y luego, con un cambio de expresión, repitió—: Gracias, Scarlett. De corazón.

—Anda, date una ducha y cámbiate de ropa. Yo me voy a dormir, que entre los dos me habéis tenido sin pegar ojo. Y haz el favor de ir a ver a mi hermano. Hablad. Cuéntale lo que me has contado a mí y, por favor, asegúrate de no hacerle más daño.

—Te prometo que hablaré con él... Le dejaré bien claro que no me forzó.

Cuando Scarlett desapareció tras cerrar la puerta de la buhardilla, Henry se puso en pie, tambaleándose.

Se quitó la ropa y abrió el grifo de la ducha hasta que el agua salió caliente, momento en el que se metió dentro, permitiendo que se desentumecieran sus músculos agarrotados.

La mejilla le dolió por el bofetón, pero no más que su mala conciencia.

¿De verdad no le estaba faltando el respeto a Kat? ¿Seis meses resultaban más que suficientes? ¿Era bisexual?

El sentido de aquella palabra le atemorizó porque no estaba preparado.

Pero recordó el cuerpo de Nick, sus besos, sus palabras, sus caricias... Y todo en él, incluido el corazón, se estremeció de anhelo. No era lo mismo que con el doctor. Para nada.



Henry condujo a través de Bloomfield hecho un manojo de nervios. Atravesó la avenida principal, temblando y suspirando cada dos por tres, consciente de que iba a encontrarse de frente, de un modo u otro, con una situación muy incómoda.

Se preguntó cómo estaría Nick a esas alturas del día, tras el «incidente» entre ellos y lo que había sabido por medio de Scarlett. Tal vez debería haberle llamado, pero pensó que se merecía hablar del tema cara a cara, sin escurrir el bulto como un cobarde. No estaba preparado para iniciar algo tan serio con Nick, pero era necesario hacerle ver que él le importaba y que no quería causarle más dolor.

Al llegar a la linde del camino que daba a la casa, advirtió que algo fuera de lo normal estaba sucediendo.

—Pero ¿qué...? —espetó aparcando a un lado del vallado.

A pocos pasos estaban Skana y Gaagii discutiendo con el vecino, Jerome, y parecía grave: el resignado grandullón sujetaba de la cintura a su hermana para impedir que esta se liara a bofetadas con el hombrecillo, que reculaba soltando toda clase de amenazas sin sentido.

—¡India maleducada! ¡Todos los de tu calaña sois iguales! —La señaló con un dedo huesudo y tembloroso.

—¡Suerte tienes que no tenga aquí mi rastrillo, porque si no te lo metería por el culo! —gritó ella, enajenada.

—¡Skana, por favor! —Gaagii levantó un poco la voz, algo sorprendente en él.

—¡Bájame, deja que le dé lo que se merece por racista y homófobo!

Henry se quitó a toda prisa el cinturón y salió del automóvil con ademán confundido.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó acercándose con el ceño fruncido.

El vecino le dedicó una mirada reprobatoria y se limitó a alejarse soltando un último alegato:

—¡Este es un barrio decente, haga el favor de elegir mejor a quién permite pasearse por su casa!

Skana gritó algo sobre más palos metidos por traseros, pero su hermano, con demostrada experiencia en aquellas lides, la acalló levantando en el aire su cuerpo mientras ella pataleaba.

Henry los dejó atrás y cruzó el camino siguiendo al vecino hacia su casa y, sin pensárselo dos veces, empujó la cancela de la valla entrando en su propiedad. Tuvo que dar unas cuantas zancadas a través de un camino de piedras para alcanzar a Jerome antes de que le cerrara la puerta en las narices, subiendo de un salto los escalones de madera oscura que daban al coqueto porche. Lo cierto era que la edificación resultaba acogedora y cuidada con mimo. No cuadraba con la personalidad de aquel hombre metomentodo.

—¡Disculpe, Jerome!

Su vecino se dio la vuelta crispando el gesto.

—¿Se puede saber qué hace en mi propiedad?! —Se sujetó a la hoja de la puerta entreabierta como si estuviera a punto de caer redondo de la impresión, con los ojos desorbitados.

—No pretendía asustarle, solo quería saber qué es lo que ha sucedido para que Skana y usted se hayan insultado de esa manera.

Henry intentó mantenerse sereno a pesar de que no le habían gustado los gestos y las feas palabras de Jerome.

Este entrecerró los ojos, escrutando a su adversario. Luego, henchido de orgullo, le indicó:

—He visto que ese pervertido estaba pavoneándose como si tal cosa por el jardín de su casa, señor Banks, así que me ha parecido necesario advertirle de que estaría vigilándolo. —Henry abrió mucho los ojos, estupefacto, mientras el otro seguía relatándole su hazaña—: Se piensa que puede ir por ahí con esa ropa ceñida que lleva y enseñando la parte superior de su cuerpo de forma lujuriosa, sin camiseta. Le he puesto en su sitio y se ha metido en la casa a toda prisa. Fue entonces cuando esa mujer salió a pegar gritos como la salvaje que es.

—¿Q-que usted ha hecho qué? —Henry lo contempló, incrédulo.

—No me mire de ese modo, vecino. Le avisé con qué clase de personas trataba y no me hizo el menor caso. ¿Qué esperaba que hiciera? ¿Qué dejase que anduvieran esos tres por ahí como si tal cosa? ¡Esta es una urbanización muy decente, tranquila y...!

El gesto de Henry cambió de inmediato, del pasmo a la indignación.

—¿Ropa ceñida? ¿Forma lujuriosa? ¿Skana una salvaje? ¿Usted se oye hablar? —le increpó haciendo un aspavento con las manos.

—¡¿Es que no se ha fijado?! —Jerome achinó los ojos, mirando de un lado a otro por si aquella gentuza los espiaba—. Ese pervertido va con un pantalón ajustado y se le marca todo... ¡Todo eso! Y luego tiene la desvergüenza de exhibir el pecho al aire como una pelandrusca. ¡Y sudado! —repitió.

Henry no se contuvo más, iracundo. Y eso era algo muy raro en él, pues su forma de actuar solía ser calmada.

—¡Hace un calor de mil demonios! Nick trabaja al sol muchas horas, ¿quiere que le dé un síncope solo por no quitarse una estúpida camiseta? ¡Qué cojones! ¡Si quiere ir marcando músculo es libre de hacerlo! ¡Igual que Skana y Gaagii de campar a sus anchas como empleados que son de Nick! —Y añadió, con los ojos ardiendo—: Es usted el que no tiene el menor derecho a ir exigiendo a nadie cómo vivir su vida y qué hacer dentro de una propiedad ajena.

—¿Cómo usted está haciendo ahora mismo, quiere decir?

—Miré, con todo el respeto, ¡váyase a la mierda! —espetó con hartura.

Jerome bufó, divertido.

—Me decepciona, señor Banks... Creí que era un hombre de bien, pero ya veo que me equivoqué. O puede que ese depravado le haya lavado el cerebro y, quién sabe qué más cosas... —insinuó con malicia.

—Llámelo depravado una vez más, hágalo y... —Apretó los dientes, furioso y acortó la distancia que los separaba—. Y ya verá de lo que soy capaz.

Henry no estaba dispuesto a permitir más injurias, y menos hacia un hombre como Nick: bueno y hacendoso.

Jerome se quedó perplejo. Algo en el tono de Henry lo hizo dudar. Miró de lado a lado, buscando a algún vecino que se hubiera aventurado al exterior y al cual acudir. Sin embargo, si se habían enterado del altercado, no parecían interesados en impedir que Henry le partiera la cara.

—¿Hijo? ¿Qué es este alboroto? —Una voz femenina, con un deje cansado y rasposo, sonó a lo lejos, dentro de la casa.

El intolerante vecino se sobresaltó y echó un vistazo tras la puerta semi cerrada.

—¡No pasa nada, madre! —Una mujer de avanzada edad, con el cabello plateado y rostro

dulce, se asomó por el resquicio de la puerta—. ¡Vuelva dentro! No salga, es peligroso...

Debía respetar bastante a su madre porque, a pesar de sus reticencias, dejó que esta se asomara y viera a Henry con el rostro encendido por la irritación.

—¿Por qué tanto escándalo? ¿Qué le sucede a este joven? ¿Está usted bien, muchacho?

Henry, ante el amable escrutinio de aquella anciana, se desinfló como un globito. El rostro, provisto de curiosas arrugas aquí y allá, le transmitió una calma agradable.

—Disculpe las voces. —Intentó dibujar una sonrisa conciliadora, pero le salió forzada en cuanto miró de reojo a Jerome—. Me temo que tengo algunas desavenencias con su hijo. Me llamo Henry Banks, soy el vecino de enfrente.

—¡Oh! El marido de la preciosa Katherine. ¡Cuánto lamento lo sucedido! —Empujó a su hijo a un lado, abriendo del todo la puerta, y salió al porche apoyada en su bastón floreado—. Le acompaño en el sentimiento, joven. —Le agarró una mano y se la apretó en señal de cariño—. Permítame que le diga que lo que está haciendo en la casa de los Sanderson es precioso. Es una pena que su mujer no esté entre nosotros para verlo, pero estoy segura de que lo observa desde allí arriba, en el seno de nuestro bondadoso Dios, y se siente muy orgullosa de usted. —Entonces giró el rostro hacia Jerome, que observaba la escena tieso como si Skana sí le hubiera metido un palo por el culo—. ¿Qué ha hecho mi hijo para molestarlo de esa manera?

—¡Nada, madre! —Se acercó a ella y la instó a entrar tirando con cuidado de sus enjutos hombros—. Ya está todo zanjado.

—Pero ¿qué haces?! ¿No ves que estoy hablando con él? No seas maleducado.

Jerome no claudicó y la introdujo en casa insistiendo en que Henry debía estar muy ocupado. Luego cerró la puerta con energía.

Las voces de ambos, amortiguadas por paredes y tabiques, no se podían escuchar del todo bien. Henry alcanzó a entender algo sobre «mala gente» y «pervertido» por parte de él y también oyó cómo ella replicaba restándole importancia a sus absurdos prejuicios.

Entonces, solo en aquel pequeño soportal, Henry se dio media vuelta para volver. Salió de la sencilla pero agradable propiedad y, cuando estaba a punto de entrar en su parcela, vio a Nick a escasos pies de él, observándolo confuso al tiempo que preocupado. No llevaba camiseta y su torso bien definido le hizo enrojecer y bajar la mirada con turbación. No fue algo lujurioso, como Jerome relató, sino más bien involuntariamente seductor. Tenía un cuerpo bello.

Henry balbuceó debido a los nervios:

—Hola, Nick. Q-quería hablar contigo de... —No supo cómo continuar al ver la expresión que este le devolvía, entre afligida y repleta de contrición.

El contratista, envuelto en una vergüenza injusta, se puso la sencilla camiseta que llevaba entre las manos. A Henry no se le pasó el detalle de que él era un hombre poco dado a avergonzarse de su cuerpo. Percatarse de su cambio de actitud lo lastimó. Allí ya no quedaba ni rastro del Nick risueño e inquieto que decía disparates cada dos por tres y que tanto le había gustado.

—Gracias por defendernos —respondió con la voz partida, cabizbajo—. No pretendíamos causarte problemas. No entiendo por qué ese hombre se ha puesto así por... —Bajó la cabeza, triste—. Bueno, en realidad sí que lo sé. Es inofensivo, pero me tiene en el punto de mira por ser... ya sabes... —carraspeó sin poder pronunciar algo de lo que antes no se avergonzaba.

Nick se sintió incapaz de decir la palabra «gay», sonreír y soltar alguna chanza estúpida. Para colmo, tener a Henry frente a él le estaba matando de pena. Pensar que lo había poseído entre sus brazos durante unos segundos, besado en esos labios tan afectuosos, tocado su pelo suave,

sentido su goce bajo él... Una dulce manzana envenenada, una ilusión fútil.

La cabeza gacha de Nick, con algunos mechones sueltos sobre el rostro cansado, hicieron que Henry comprendiera hasta qué punto había hecho daño a ese hombre que tanto le atraía.

—Olvídate de ese imbécil —Henry comenzó a hablar. Pero a pesar de que se esforzó en mostrar un lenguaje corporal tranquilo para quitarle hierro al asunto, el amplio espacio que los separaba hacía entender lo contrario—. Escucha, yo... Yo... N-no sé cómo abordar esto... Pero te aseguro que no fue culpa tuya.

Nick elevó la mirada, sorprendido. Observó a Henry y apartó los ojos al instante, como si tuviera prohibido admirar a un ser de otro mundo: inalcanzable, refulgente y precioso.

—Sí que lo fue. Me confundí y me aproveché de tu situación. No tenías la mente clara porque ibas borracho y yo...

—No, Nick —espetó con firmeza, aunque con un tono dulce, acercándose lo suficiente—. Sé lo que dije ayer, pero no era yo. Ni siquiera fue el alcohol... —Los labios le temblaron y sintió un ataque de ansiedad acechando entre las sombras—. Dios... Ahora mismo no estoy preparado para contarte qué me sucede, pero quiero que comprendas algo muy importante...

Henry se acercó del todo a Nick y le cogió de una mano, sintiendo su cálida aspereza, la misma que la anterior noche cuando él le tocó con tanto anhelo y ternura al mismo tiempo.

Por su lado, Nick escrutó los dedos finos de Henry, los que se paseaban por las teclas del piano como sorprendente facilidad, delicados y calientes. Ojalá se los pudiera llevar a los labios para que su dueño comprendiera cuánta devoción le hacían sentir.

—Henry, de verdad. No tienes que...

—*Ssssch...* Escúchame, esto es importante. —Su voz siguió al borde del colapso, pero aun así se mantuvo férrea—. Lo que sucedió ayer no fue una confusión por mi parte. Llevo sintiendo «cosas» desde hace algún tiempo. —El corazón le fue a mil, pudo sentir los dedos de Nick temblando—. Y esas cosas que siento me dan mucho miedo. —Hizo una breve pausa para asegurarse de que el contratista lo entendía—. Estoy roto por dentro desde que mi mujer falleció. No sabía cuánto hasta que Scarlett me lo hizo entender.

—¿Scarlett? —Nick temió que su hermana hubiese sido demasiado protectora.

—Sí. Hablamos esta mañana... Me hizo percatarme de ciertas cosas que necesito superar para poder ser feliz. —Y clavó su mirada en la del hombre que más le importaba en ese mundo, con el que no podía evitar imaginarse siendo dichoso—. Y hacer feliz a la persona que... —Dudó—. Con la que rehaga mi vida.

—Entiendo... —Nick tragó saliva con fuerza y un nudo en la garganta. Estaba casi sin respiración. No sabía cómo interpretar a Henry. Él le miraba con ternura, le tocaba la mano... Y, sin embargo, algo le decía que aquello que tanto anhelaba no pasaría entre ellos. Que ninguno reharía su vida junto a la del otro.

Nick necesitaba todo: una relación estable, un compañero de vida comprometido al cien por cien. Así que rompió el contacto con cuidado y sonrió con tristeza, asintiendo con la cabeza.

—Lo entiendo, Henry...

—Si no puedo ser feliz por mí mismo, no puedo serlo con nadie más. Sé que te hicieron mucho daño en el pasado, no quiero ser otro recuerdo amargo en tu memoria... Te dije cosas que no pensaba, pero que dolían de todos modos. Dejé que mis miedos, mis traumas, tomaran el control.

—Lo entiendo, Henry... —reiteró sin querer hablar más de ello. Ya le habían quedado las cosas claras.

—Sin embargo, te debo una explicación. Y como no soy capaz de dártela de viva voz, te pido que, si necesitas saber más, hables con tu hermana ya que ella lo sabe todo. Sea como sea, quiero que te quede claro esto: no tuviste la culpa. No estabas aprovechándote de mí. ¿De acuerdo?

—S-sí... —balbució recuperando un poco la tranquilidad al entender que no había forzado al pianista. Una leve sonrisa apareció en aquellos labios que besaban tan bien, con entrega absoluta.

O al menos eso pensó Henry, que tuvo que aguantar para no lanzarse a su cuello y atraparlos con un hambre canina. Quería hacerlo, pero sabía que aquello confundiría de nuevo a Nick. Por muchas ganas que tuviese de aferrarse al contratista con todo su cuerpo, y de que este le abrazara y se lo comiera a besos, para después ir a más dejándose llevar por la pasión, el miedo le atenazó impidiendo de nuevo un futuro juntos. Así que aspiró con fuerza y habló con la voz de la razón:

—Me gustaría que siguieras ocupándote de la casa y que pudiéramos mantener una relación profesional con toda la naturalidad posible. Sin embargo, si crees que es mejor cortar por lo sano, lo respetaré. Dime, ¿qué es lo que quieres, Nick?

A este le hubiera gustado poder hacerle saber que le quería a él. Abrazarlo, besar su rostro, darle el cariño que necesitaba para sanar... Pero aún estaba demasiado confundido con el devenir de las circunstancias. El corazón le latió con la fuerza de un tambor.

Quedarse en pleno verano sin empleo no solo sería fatídico para él, sino también para Skana y Gaagii. Así que, aunque no quería seguir sufriendo, porque estar ante ese hombre le hacía sentir bien y mal al mismo tiempo, decidió ser pragmático.

—Somos adultos —dijo—. No tengo problema en mantener las distancias. Ante todo soy un profesional y no voy a dejar a medias la obra.

Nick estiró una de sus manos sin más, con intención de estrechársela al que iba a dejar de ser el hombre de sus sueños para convertirse, simplemente, en un cliente más.

El pobre Henry, que se había mantenido estoico hasta ese instante, dudó al fijarse en la mano de Nick y recordar el breve contacto mantenido poco antes. Una parte de él le decía que si ceñía esa palma estaría sellando su futuro, y que ese destino iba a estar muy lejos de él. Sin embargo, apretó su mano con fuerza.

Por dentro ambos se lamentaron, clamando de pena porque estaban prendados el uno del otro. Por fuera se sonrieron dando a entender que todo estaba bien mientras sus manos ardían juntas, deseando no dejar de tocarse jamás.

*Treat me like a fool,
Treat me mean and cruel,
But love me.
Break my faithful heart,
Tear it all apart,
But love me.
If you ever go,
Darling, I'll be oh so lonely
I'll be sad and blue,
Crying over you, dear only.*

*I would beg and steal
Just to feel your heart
Beatin' so close to mine
If you ever go,
Darling, I'll be oh so lonely
I'll be sad and blue,
Crying over you, dear only.
I would beg and steal
Just to feel your heart
Beatin' so close to mine
If you ever go,
Darling, I'll be oh so lonely
Beggin' on knees,
All I ask is please, please love me²*



Gaagii conocía muy bien a su hermana, no por nada llevaba sacándola de líos toda su vida. Algunos decían que era su enorme guardián, aunque él se sentía más como una niñera. A menudo se preguntaba si, tal vez, consentirle todo había conseguido reforzar aún más ese carácter histriónico que Skana poseía. Cuando pensaba en ello enseguida borraba de su cabeza esa posibilidad, porque le hacía sentir como si algo de ella le molestara. Y no era así. Lo metía en líos, cierto, pero la quería tal como era. Igual que ella a él.

Gaagii también era consciente de que algo no funcionaba del todo bien en su propia cabeza y la familia, arraigada a la cultura iroquesa y a unos cuantos férreos prejuicios, se encerraba en una fortaleza flotante a la que llamaban «casino», tildándolo de introvertido, antisocial, serio en exceso, bicho raro, ingenuo...

Sin embargo, lo que le ocurría a Gaagii era otra cosa: de adulto había llegado a la conclusión de que padecía autismo. A veces la ansiedad lo bloqueaba. Y también estaba obsesionado con su trabajo de ebanista. No podía parar de dar forma a la madera. Hasta el más pequeño trozo de corteza era algo hermoso que podía transformar en algo más importante.

A él nunca le importó ser así, un concepto u otro no iba a cambiarlo, como tampoco cambiaría a Skana decirle que ir dando saltos y gritos por ahí estaba fuera de lugar.

Eran el yin y el yang: él la calma y ella la tormenta. Y para Gaagii eso estaba bien.

Hasta que su hermana se volvía insoportable.

—Tienes que llevarme a El Pato Desplumado de forma urgente —le pidió ella en un susurro. Oteó por todas partes para que Nick no los pillara.

Cuando Skana comenzaba a maquinar, Gaagii temblaba por dentro. Solía ser la antesala que daba a un montón de problemas.

—Estamos trabajando.

—¡Eso no es importante ahora!

—Sí que lo es.

Sabía muy bien por qué estaba tan pesada. Desde que Nick había llegado al trabajo y, sobre todo, tras hablar con Henry en la entrada de la parcela, el ambiente estaba enrarecido.

Nick deambulaba como un alma en pena. Lo veía esforzarse, pero algo parecía hacerle cometer errores de novato. A ese paso tendría un accidente. No obstante, aquello no era lo peor, sino que Nick había pensado que era buena idea que Skana se convirtiera en su voz ante Henry.

Cada vez que este tenía dudas sobre el proyecto, en lugar de ser Nick quien las resolviera, terminaba encontrándose con el contratista eludiendo responsabilidades con la típica excusa de que estaba liado, delegando en Skana.

Eso ya de por sí era una completa locura. ¿Delegar en Skana? Había muchas razones por las que eso era una mala idea.

Su hermana al principio había estado encantada, le gustaba meterse en el papel de empresaria y tratar a los clientes como fajos de billetes. Con el propio Henry lo había hecho al inicio, pero él ya no era considerado un simple cliente. No para ellos. Se había convertido, de algún modo, en un amigo, y que Nick lo evitara por obvias razones era muy incómodo.

Las tres primeras veces que sustituyó a Nick para enseñarle algo a Henry, Skana lo recibió con cierta ilusión. La séptima que tuvo que hacer de intermediaria ya empezó a molestarle. A la décima estaba en fase de olla a presión, advirtiéndole a todo el mundo de que iba a explotar de un momento a otro.

—¡No los aguanto más! ¡Ayúdame! —Se tapó la boca al darse cuenta que había hablado muy alto.

—¿Y de qué va a servir que nos escaqueemos y vayamos a El Pato?

—Hay que hablar con Scarlett y contarle que algo raro pasa.

—No creo que le guste que te metas en los asuntos de su hermano, es muy suya con él. Y muy borde en general.

Skana frunció el ceño.

—Ella es la primera que se mete en sus asuntos.

—Porque es su hermana. Tú no.

—Llévame y deja de quejarte.

—Podría despedirnos por absentismo laboral.

Ella soltó un bufido, como si hubiera sido un chiste. Gaagii no entendió qué tenía eso de gracioso. Aunque la verdad era que le costaba mucho entender a la gente en casi todo, como si los demás fueran los que pensarán a un nivel más simplón.

oOo

Henry se marchó de la parcela en cuanto se percató de que molestaba y que Skana estaba un poco harta de hacer de «vete, ve y dile». En otras circunstancias le hubiera dolido esa actitud del contratista, como era lógico. Le había pedido a Nick una relación estrictamente profesional, por lo que su actitud hacia él, tomando distancias entre ambos, era de esperar. Aun sabiendo eso, le entristeció la situación. Así que se fue de regreso a El Pato Desplumado con la intención de descansar un poco tras tantas emociones.

—¡Dichosos los ojos! —Kamilah lo llamó en cuanto le vio entrar en el establecimiento—. ¿Has dormido bien?

—Bueno... ¿Y tú has descansado? Ayer estuviste impresionante.

—¿Yo? ¡Qué va! Pero ¿cuándo descansa un autónomo? Y menos en temporada alta. No puedo permitirme ni un día libre. Por eso en lugar de cerrar todo el día, me contento con mantener el establecimiento cerrado solo hoy hasta media tarde. Lo que me recuerda... —Sus ojos chispearon—. ¿Vas a seguir tocando?

Henry pegó un respingo. Los recuerdos de la noche anterior se abalanzaron sobre él entonando una melodía de *jazz*, alegrándole y entristeciéndolo al mismo tiempo.

—B-bueno, Kamilah... —Dudó, aunque pensando que tal vez fuera una buena manera de distraerse, así tendría menos tiempo libre y la lejanía entre Nick y él sería más llevadera y natural—. Es el trato al que llegamos. Aún quedan unos días para que mi casa sea habitable, por lo que no veo problema en seguir.

—¡Estupendo! ¿Y cuándo te traslades? ¿Seguirás tocando?

—¿Qué? ¿No estaba buscando a otro pianista?

—Lo haré si no quieres seguir, pero dudo que sea tan bueno como tú. —Se puso serio un momento—. No es que seas un genio. Sin embargo, conociendo tus circunstancias y el tiempo que has tenido para adaptarte, prometes mucho. Preferiría contar contigo que con cualquier otro. Si quieres... —le hizo saber con una expresión sonriente.

Henry bajó la mirada, avergonzado y feliz. Sin embargo...

—No voy a estar siempre en Bloomfield. Tengo una vida en Columbus, un trabajo al que volver. La casa que estoy reformando no es para mí, es para quien desee comprarla y vivir en ella. Me halaga, pero debes de saber que mi estancia es temporal.

—¿Y la de quién no lo es en este mundo?

La miró confundido.

—B-bueno...

—Solo digo que en estos momentos estás aquí. Así que pensemos en el ahora. ¿Quieres «ahora» tocar el piano en mi restaurante?

El hormigueo de sus dedos regresó, animándole como lo hizo mientras tocaba las teclas de ese hermoso piano que aguardaba al fondo. Su blanco destacaba entre la penumbra que invadía el escenario, poderoso y radiante. Le recordó de algún modo a Nick. Era el mismo tipo de atracción. Una muy difícil de ignorar.

—Sí, sí que quiero.

—Estupendo. —Y con una sonrisa pícaro, le mostró el contrato que ya tenía preparado.

Tras perfilar algunos detalles del acuerdo, él firmó con inesperada emoción. Ni siquiera se había sentido así cuando lo ascendieron en la empresa para la que trabajaba.

Después ella se disculpó, pues tenía que preparar algunas cosas para la apertura de la noche. Le avisó que tendrían mucha tarea: él solo trabajaría de viernes a domingo, pero lo haría desde media tarde hasta el cierre. Fue algo que le alivió más que otra cosa. Necesitaba distraer la mente, evadirse. La música lo ayudaría, estaba seguro de ello.

Salió a la calle con energías renovadas. A pesar del disgusto de primera hora, sentía que había obrado bien y que tocar era una justa recompensa. Puede que no estuviera todo perdido y la vida pudiera volver a merecer la pena.

Dado que no quería molestar ni en la parcela, ni tampoco en el restaurante, pues todos estaban ocupados trabajando para ganarse la vida, decidió que iba siendo hora de dar una vuelta y visitar la localidad, sin esperar nada en particular. Dejarse sorprender le pareció un buen plan. Una extraña euforia lo abrazó y no supo si era de algún modo artificial, para protegerse de la pena que aún sentía en la boca del estómago, o si en realidad todo empezaba a marchar mejor. Al fin y al cabo, se había quitado un peso de encima gracias a Scarlett.

Bloomfield resultó ser bastante más variada de lo que imaginó en un principio: contaba con varios parques por los que pasear, bastantes restaurantes y tiendas de todo tipo. Incluso se encontró con una de antigüedades y otra de música. Entró en la segunda como si lo hubieran hipnotizado en cuanto vio la ristra de vinilos que asomaban desde dentro del establecimiento. Si tuviera que decirlo, no sabría especificar cuánto tiempo se pasó recorriendo sus pasillos, tocando los álbumes. Solo se dejó llevar por la música que sonaba a través de los altavoces: una selección de música *rock* y pop ochentera.

Pensó en comprar unos cuantos vinilos de *jazz*. Joyas como Miles Davis, Ella Fitzgerald o Louis Armstrong. Hasta que se percató de que no tenía un tocadiscos para escucharlos. Así que, tras dudar, hizo de tripas corazón y se alejó, no sin antes felicitar al propietario de su selección.

—Es una maravilla. Una lástima que no tenga tocadiscos, sino le vaciaría media tienda.

—¡Muchas gracias! —El hombre estaba tan orgulloso de su establecimiento como lo estaría un padre de un hijo en plena graduación—. Espere... —Abrió mucho los ojos—. ¿Usted no es el nuevo pianista de El Pato Desplumado?

Henry se puso rojo de vergüenza.

—S-sí... —respondió un poco azorado, pues no sabía si le habría gustado su actuación.

El hombre salió de detrás del mostrador, muy emocionado, y le estrechó la mano con efusividad.

—¡Maravilloso! ¡Usted y Kamilah hacen un combo perfecto! Lo pasamos de maravilla mi mujer y yo. Enhorabuena, de corazón se lo hago saber.

—Muchísimas gracias. —Henry suspiró de alivio y también le invadió un calorcito muy agradable. En su trabajo, los mandamases solo exigían y exigían, pero nunca halagaban.

—Le regalo uno de los vinilos que estaba mirando. —El hombre corrió hacia una de las estanterías y cogió el LP de *When I Fall in Love*.

—No puedo...

—¡Y tanto que sí! No me haga el feo. Hay una tienda de instrumentos en la calle Parker. También cuentan con tocadiscos. —Y le guiñó el ojo.

El dueño del establecimiento tenía mente de tiburón, porque sonrió malicioso, consciente de que le había creado a Henry una necesidad que este no sabía que tenía.

—Está bien, muchísimas gracias. No dude de que volveré.

Henry no pudo hacer otra cosa que sonreírle con agradecimiento al tiempo que salía del local.

Miró el LP, con la foto de Nat King Cole en la gastada y amarillenta cubierta. Sonrió al recordar la charla con Nick de la noche anterior mientras esa canción sonaba de fondo, narrando una preciosa historia de amor.

Se sintió un idiota al pensar en lo que sucedió después: en los besos, las caricias, el hecho de sentirse vivo...

—¡Oh, vaya! —Escuchó de pronto, dando un respingo—. Pero si es usted.

Al girar en dirección a la voz, se encontró con una anciana que llevaba un bastón floreado: la madre de Jerome.

—Señora... —Le sonrió.

—Linda Harrison. Pero llámeme solo Linda, señor Banks, somos vecinos —dijo tendiéndole una mano para que él la tomara.

—En ese caso le ruego que haga lo mismo —respondió dándole un ligero ósculo de forma muy caballerosa—. Me alegra verla de nuevo, Linda. Discúlpeme de nuevo por lo de esta mañana, por favor.

—¡Tonterías! Mi hijo me contó lo sucedido. A veces es un completo imbécil: ha salido a su padre. —Él sonrió intentando no parecer impertinente, no quería que pensara que estaba de acuerdo con la afirmación; aunque así fuera—. ¿Dando un paseo?

—Así es. Llevo en Bloomfield unos días y aún no me había dignado a explorar la localidad como es debido. —Señaló la tienda de música con la cabeza—. He descubierto este maravilloso establecimiento.

—¿Le gusta la música, Henry?

—Mucho.

—¿Y el café? ¿El café le gusta?

—Claro.

—¡Estupendo! Entonces deje que le muestre donde debe tomarse el café en Bloomfield. No hay lugar mejor. —Sonrió complacida.

—Oh, no querría distraerla...

—Querido, lo que necesito a mi edad es distraerme. Cuanta más distracción, mejor. Así no pensaré en todos los problemas que causa mi hijo cada día.

—Ya veo... —murmuró con una media sonrisa.

—No es mal hombre, no me malinterprete. Solo que es muy influenciable y su padre lo sabía. Le metió toda clase de tonterías en esa cabezota que tiene y, ahora que mi esposo está con Dios, es imposible sacárselas y hacer limpieza ahí dentro. —Hizo un aspaviento con el bastón—. ¡Pero no hablemos de Jerome! Lo que quiero es que me acompañe a tomar café, me hable de usted y de la preciosa Katherine. Si no le entristece hacerlo, claro.

—No... No me entristece.

Y se sorprendió, porque así era. Ya no le angustiaba hablar de Kat. Puede que aún hubiera un muro impidiéndole expresar con palabras de todo lo que se arrepentía y avergonzaba, pero hablar de su esposa no formaba parte de ese dolor. Al contrario, sentía que podía contarle a esa mujer lo que fuera, con una sonrisa dibujada en su cara.

oOo

En cuanto aparcó junto a la acera, Gaagii estiró el cuello y esperó a que su hermana se apareara.

No lo hizo.

—¿No vas a bajar?

—La puerta no abre. —Jugueteó con esta sin que cediera.

Su hermano bajó soltando un resoplido, rodeó la ranchera y, cuando llegó a la puerta del copiloto, Skana se había deslizado hacia el asiento del conductor.

—¿Qué haces?

Las puertas del vehículo hicieron «clic» a modo de cierre y el hombretón volvió a rodear el automóvil.

—Tengo mejores cosas que hacer que solucionar los puñeteros problemas amorosos de Nick. ¡Estoy hasta el coño!

—¿Entonces por qué me has hecho traerte hasta el restaurante?

Skana metió la marcha atrás, sonrió a su hermano y le dijo:

—Porque tú no tienes nada mejor que hacer.

—Tengo que trabajar y no entiendo qué quieres de mí.

—¡Que hables con Scarlett de lo que pasa entre esos dos!

Le mostró su amplia dentadura con una sonrisa, y aceleró dejándolo abandonado frente al establecimiento.

Él sólo alcanzó a decirle al aire:

—Pero... ¿Cómo vuelvo a casa?

Estaba en mitad de Bloomfield, pero sentía como si lo hubieran tirado en medio del desierto. Tras resoplar, en una de esas pocas veces en las que su rostro no parecía una estatua inexpresiva, se lamentó de su suerte. Tras ello encaró la entrada al restaurante, igual que si fuera el acceso a una monstruosa mazmorra medieval llena de criaturas asesinas, y, simplemente, no supo qué hacer.

La guardiana de la mazmorra salió a su encuentro.

—¿Por qué estás ahí plantado? —espetó Scarlett abriendo la puerta—. ¿Y tu hermana? Me llamó un poco alterada queriendo tratar un asunto conmigo... —La buscó con la mirada.

Gaagii se sintió pequeño y deseó serlo de verdad. Skana se la había jugado pero bien.





La agradable cafetería en la que Linda y Henry se adentraron, ella asida de su brazo para caminar mejor, estaba situada cerca de la ribera, así que el agradable sol entraba por los ventanales y las vistas resultaban bonitas.

Él le apartó la silla como un caballero y fue a pedir unos cafés con bollitos que después llevó hasta la mesa.

—Qué joven tan agradable es usted, van a pensar que estamos saliendo —cuchicheó Linda mientras le daba vueltas al café con la cucharilla.

—Bueno, ¡qué piensen lo que quieran! No todos los días se tiene el placer de conversar con una dama tan afable.

—Querido, hábleme de Katherine, se lo ruego. La recuerdo siempre tan bonita, tan alegre... ¿Siguió dibujando? Le encantaban los cuentos.

—Sí. De hecho, esa era su profesión: ilustrar cuentos. Los guardo como los tesoros que son y recuerdo, aunque me duela, que no habrá más... —Henry se quedó un poco alicaído.

—Piense que su esposa dejó una impronta en este mundo y que, por mucho que nos lamentemos, mientras los niños continúen leyendo esos cuentos y disfrutando de los dibujos, ella seguirá muy viva.

—Visto de ese modo es totalmente cierto.

Henry sonrió de forma genuina mientras le daba un sorbo a su capuchino.

—¿Ya ha ido a elegir la decoración para la casa de los Sanderson? Perdóneme, ahora le pertenece usted...

—N-no se preocupe, yo también la considero de esa forma. Al fin y al cabo, ya que no podré hacer vida en ella, deseo que quede preciosa para que la ocupe una familia feliz. Con recuperar la inversión me basta, no quiero sacar provecho económico. Solo que acabe en las manos adecuadas, no podría soportar que siguiera en ruinas. Y, a su pregunta... No he tenido tiempo, acabo de aterrizar como se suele decir...

—Hoy hace un estupendo día para ponerse a ello. Aquí no encontrará gran cosa, pero sí en Rochester.

La buena mujer miró su reloj y suspiró.

—No me diga que tiene otra cita —bromeó Henry.

—¡Con mi hijo! Dios me ampare. —Se puso en pie con dificultad y el hombre la ayudó tendiéndole el bastón—. Vamos a misa de tarde, no se pierde ni una.

—Me he dado cuenta de que es muy, muy devoto...

«Por no decir otra cosa», pensó Henry intentando no sonar malicioso.

Salieron de la cafetería y ella le rogó que la acompañase hasta la estafeta de correos, así que anduvieron con tranquilidad.

—Nuestra comunidad religiosa hace muchas cosas buenas por los demás. Jerome se esfuerza en encajar, pero a veces es muy intenso y se toma las santas escrituras al pie de la letra. Todo tiene su enfoque, su interpretación. ¡Lamento tanto la bronca de esta mañana!

—No se preocupe, ya hablé con Nick y está todo bien.

—¡Oh! Ese hombre tan agradable y trabajador... Le he pedido a Jerome que no vuelva a decirle una sola palabra, y menos sobre su... Bueno, sus gustos.

Henry arqueó las cejas con sorpresa.

—¿Sus... gustos...?

—Ya sabe, es gay. —Luego se echó unas risillas.

—¿Y qué opinión le merece lo de ser gay?

—Querido, que la vida privada es eso: privada. Solo espero que encuentre un buen hombre. ¡Y lo mismo espero para usted! Que cuando esté listo, rehaga su vida con una persona tan bondadosa como Katherine. Ay, qué pena... —se lamentó al volver a recordarla—. Hoy encenderé una vela por ella y rezaré por su alma. ¿Me lo permite?

—Faltaría más. Se lo agradezco de corazón.

Tras aquella charla, Henry dejó a la señora Harrison en la puerta de la oficina postal y anduvo hacia donde tenía aparcado el coche.

Contaba con unas cuantas horas libres antes de volver a tocar el piano en el restaurante. Seguiría los consejos de la señora Harrison e iría a Rochester a comprar mobiliario nuevo para la casa; como una cama donde dormir mientras viviera en la propiedad, por ejemplo. No podía estar ocupando la buhardilla de Kamilah por mucho más tiempo.

Tendría que hablar con Nick de ello, aunque le pusiera nervioso escuchar su voz. Sacó del bolsillo el móvil y entonces recordó las palabras de aquella buena mujer sobre que esperaba que tanto él como el contratista encontraran a alguien bueno.

Henry no pudo evitar imaginarse una escena en la que ambos compartían espacio, una copa de vino, con música de fondo, un beso...

El hombre, nervioso, optó por dejar la llamada para más tarde. Se apresuró a subir al coche y hacer los recados que tenía en mente, aunque Nick estuvo presente en sus pensamientos durante toda la tarde.

oOo

En el interior de El Pato Desplumado, Gaagii esperó con paciencia a que Scarlett terminase de colocar bien todas las sillas. Lo hizo sentado en el peldaño que daba al escenario, intentando no mirar demasiado a la pelirroja.

Nunca supo cómo expresarle sus sentimientos de forma clara. La timidez, sumada a que sospechaba que estaba dentro del espectro autista, le impedían ser más locuaz y mantener una conversación normal con cualquier persona. Pero si encima era con Scarlett, la cosa empeoraba de forma considerable: aquella mujer le maravillaba de tal modo que todo daba vueltas cuando estaba cerca. Se ponía tan nervioso que se perdía en un torrente de pensamientos y sensaciones que no le permitían ser él mismo sin hacer el ridículo.

—Bueno, ya podemos hablar —dijo Scarlett al acercarse a él y bajar la última silla de la mesa más cercana—. Aunque tu hermana es una liante de mucho cuidado.

El hombreton se puso en pie, agobiado. Aun así, siguió a la mujer hasta otra mesa y se sentó cuando ella se lo pidió.

—Lo siento mucho. A mí también me ha engañado —musitó él, metiendo la mano en el bolsillo para sacar una pequeña pieza de madera pulida. Tocarla y hacer que girase lo tranquilizaba bastante ante situaciones estresantes como aquella.

—¿Quieres tomar algo? —indagó. Él negó con la cabeza—. ¿Qué trama Skana? —Scarlett se sentó también.

—Esta mañana ha venido un vecino a molestarnos... —Omitió la parte en la que Jerome

increpó a su jefe—. Henry se fue a arreglar ese problema y luego habló con Nick en privado. Desde entonces, tu hermano ha estado usando a Skana como paloma mensajera para hablar con Henry... Y está harta. Como no quiere saber nada, me ha encasquetado el problema a mí, para que entre tú y yo lo solucionemos... Supongo.

Scarlett soltó aire haciendo un ruido gracioso. Se recostó en el respaldo de la silla y pensó un poco antes de hablar:

—Vaya, nunca te había escuchado decir tantas palabras seguidas. Y yo que pensaba que te había comido la lengua el gato —bromeó para bochorno del indio.

—Eso no es justo... Soy una persona tímida. —Se atrevió a confesar. Apretó con fuerza su pequeño tótem.

Scarlett reconoció el objeto de madera bruñida, desgastado por los años. Era una cabecita de oso y eso le hizo recordar que, una vez, Gaagii le había dejado en su taquilla una figurita similar: un colibrí tallado. Sus amigas la convencieron de que aquello había sido grimoso y que lo tirase. Por desgracia les hizo caso. Y la razón no fue otra que estar enfadada con él porque no le había respondido a una carta que le dejó en el estuche. En ella le dejó escrita una pregunta.

—Así que mi hermano está rehusando a Henry... —Cambió de tema.

—Sí.

—¿Y Henry que ha hecho al respecto?

—Tenía muchas preguntas sobre la reforma. Cuando intentaba hablar con Nick, este ponía excusas y Skana era la encargada de atenderlo. Después se fue...

—Dile a Skana que se relaje y que me encargará de hablar con mi hermano.

Ella se puso en pie y Gaagii también.

—Me temo que me ha dejado aquí tirado...

—¡Esta chica no tiene remedio! —espetó—. Llámala y que venga a por ti en cuanto pueda. ¿Seguro que no quieres algo mientras esperas?

En ese instante llegó Kamilah a su local y se encontró allí a los dos.

—¡Hola! ¿No eres el hijo de Tala? —La mujer le echó una mirada de arriba abajo, asintiendo.

—Sí, Tala es mi madre.

—Salúdala de mi parte cuando la veas —pidió. Después se giró hacia su empleada—: Henry será nuestro pianista por el momento. Hay que preparar el escenario.

—De acuerdo. —Scarlett sonrió y luego miró a Gaagii, que la observó con cara de besugo, como en el instituto.

—M-me marchó... —Hizo un gesto con la mano, guardó el tótem y se fue sin más.

La *maître* corrió tras él y lo pilló en la puerta del local.

—¡Gaagii!

Este se detuvo.

—¿Sí?

—Cuando he visto tu tótem he recordado que me dejaste uno en la taquilla, en el último año de instituto... ¿Por qué lo hiciste?

—Fue mi respuesta a tu carta... Aunque supongo que de esas cosas ya no te acuerdas. Hace quince años y siete días.

Scarlett se puso un poco pálida. Sí que se acordaba, sí, aunque no con semejante precisión.

—Ah... N-no me suena, lo siento.

—No pasa nada. Bueno, adiós...

Gaagii tenía un amargo recuerdo de aquello. El de haber visto a Scarlett tirar el colibrí a la basura y a sus amigas riendo como locas.

Desde aquel incidente, no habían vuelto a hablar apenas. Ella se fue a la universidad, luego volvió a Bloomfield y se echó un novio con el que convivió cinco años. Él, en cambio, siempre había estado solo.

Tomó el móvil y llamó a Skana. Esta descolgó con rapidez.

—¿Has hablado con Scarlett?! —gritó.

—Sí, le he contado todo. Ahora, te lo suplico, ven a por mí.

—Y ya que estabas, ¿la has invitado a salir?

Gaagii miró a la pantalla, incrédulo.

—¡N-no!

—¡Me tenéis harta! ¡De verdad! —Se escuchó un suspiro de desesperación al otro lado de la línea.

—Ven a por mí —reiteró.

—Ya voy —prometió la joven—. Ya voy...

oOo

Nick cerró la cancela de entrada a la casa de Henry tras despedirse de Skana. Esta se había ido de mal humor, arrancando la furgoneta con furia y derrapando en una curva del camino.

No la culpaba, había estado todo el día de mensajera estilo «vete ve y dile», porque él era incapaz por completo de mirar a Henry a la cara sin venirse abajo, caer de rodillas a sus pies y suplicar que le amase.

Para colmo, estar todo el día trabajando como un alma en pena, sin ganas, le hizo sentirse un profesional de mierda.

Por fortuna el día laboral había llegado a su fin y podría volver a casa, ducharse en condiciones y morir de asco en el sofá.

Antes de subir a su vehículo le sonó el teléfono: era su amigo Tom.

—¡Ey, Nick! Hemos pensado en salir un rato a tomarnos unas cervezas.

—No sé si tengo muchas ganas, la verdad. Hoy he estado trabajando y me siento agotado.

Mustio más bien.

—Joder, tío, eres un obseso. Vente con nosotros y despéjate —insistió.

—Me lo pienso y luego te llamo, ¿vale? —suspiró.

—¡Nos vemos de todos modos esta noche en la Cervecería Rochester! —Y luego le colgó.

Nick negó con la cabeza y una sonrisa. Tal vez, tras esa ducha reparadora, tendría ánimos suficientes para tomarse algo con ellos y quitarse de la cabeza a Henry durante un buen rato.

Se subió a su furgoneta para encaminarse hacia casa. Sonó de nuevo el teléfono y puso el manos libres.

—¡Tom! ¡Eres muy pesado! ¡Iré! ¿Vale?

—Ah... Soy Henry... —Hubo un silencio un poco incómodo.

—En qué te puedo ayudar —respondió intentando sonar amable, pero serio y profesional.

—¿Has terminado ya? ¿Te molesto?

—Voy a casa. Pero no m-molestas. Dime.

—He ido a comprar una cama y otros muebles, a Rochester, y me están preguntado en qué momento los pueden trasladar a la casa. No sé para cuándo crees que sería posible...

—El lunes por la tarde. Hoy Gaagii ha avanzado mucho con todo el tema de la madera y las vigas, está subsanado el problema del suelo en la planta de abajo y las escaleras son seguras con la nueva barandilla. Así que se podrá subir lo que quieras. El sistema eléctrico también funciona

en la cocina, en el aseo de arriba y en un par de habitaciones.

—¡M-me vale así! ¡Es genial, muchísimas gracias por vuestro esfuerzo! Estáis haciendo un trabajo increíble en muy poco tiempo.

—Es nuestra especialidad, nada más... —Nick se sonrojó al escuchar sus alabanzas y comprobar que su cliente, porque solo era eso, estaba satisfecho—. Qué pases buena noche... —Deslizó el dedo por el volante para pulsar el botón de apagado, pero Henry volvió a hablar.

—N-Nick... ¿Irás esta noche a El Pato Desplumado? Voy a seguir tocando el piano mientras dure la reforma.

—No puedo, he quedado con unos amigos.

—Ah, claro... Con Tom —Henry lo dijo en tono serio.

—Sí, con Tom. Qué te vaya muy bien. Adiós.

Nick pulsó el botón de apagado y suspiró.

Necesitaba por lo menos cinco cervezas, una buena cogorza y olvidarse de la última semana entera. Aunque lo hubiera cambiado de buena gana por volver a ver a Henry tocar el piano, con esa expresión feliz, tan atractivo que cortaba la respiración.

Pegó un berrido por el desengaño y se quitó la idea de la cabeza. Siguió conduciendo hasta casa, lastimado.

oOo

Tras firmar los papeles de compra y financiación con la tienda de muebles, Henry salió a la calle e intentó recordar dónde estaba la residencia de Nick. Se le pasó por la cabeza la loca idea de ir hasta allí.

Al escuchar el nombre de otro en su boca, aquel tal Tom, había sentido que se le revolvía algo por dentro. Algo nuevo y absurdo llamado celos. No porque creyese que Nick fuera a liarse con otro, ni siquiera sabía quién era Tom, sino porque iba a quedar con él y no lo vería aquella noche en El Pato Desplumado.

No tenía ningún derecho a sentirse celoso, pero ahí estaba ese sentimiento de pertenencia.

Se tuvo que recordar que Nick no estaba para él, no era suyo y que tenía todo el derecho del mundo a hacer lo que le diera la gana, como vivir su vida sin un pesado que se la complicara más de lo que ya lo había hecho.

Desistió sobre la idea de buscar su bloque de apartamentos y se dirigió al coche para volver al Bloomfield. Aquella noche tocaría para todos, menos para quien de veras deseaba que lo escuchase.



En la Cervecería Rochester el ambiente era muy cómodo, con techos industriales altos, televisores emitiendo eventos deportivos, excelentes pizzas y una gran selección de cervezas. Así que cuando Nick pagó un refresco junto con una gran porción de pizza, sus tres mejores amigos lo quisieron obligar a que pidiera una buena pinta.

—¡He dicho que no! Bebí anoche en El Pato Desplumado, he dormido fatal, he estado trabajando todo el día y me duele la cabeza. Daos por satisfechos de que esté aquí aguantándoos a los tres, nada menos.

—Qué rancio, joder. Se te ha agriado el carácter. ¡Eso te pasa por no follar! —respondió Tom, el más deslenguado de los tres, soltero porque todas le dejaban. Llevaba unas gruesas gafas de pasta negras, era de constitución delgada y ocultaba su calvicie rapándose al cero.

Nick lo miró con el ceño fruncido.

—Poca broma con eso, no me sirve cualquier hombre.

«Solo me vale Henry», pensó con insistente frustración.

—Y por eso no te llevamos a un bareto gay de esos que se te comen con los ojos y se te insinúan todo el tiempo —añadió Samuel, padre de tres hijos y una barriga cervecera. También era uno de sus proveedores.

—¡No! —negó Patrick, el tercer amigo de infancia, guapo, bonachón y agradable—. Yo no vuelvo a uno de esos antros. La última vez un tío sudoroso me tocó toda la espalda de arriba abajo y casi me da un síncope. Perdóname, Nick, pero soy muy hetero para esas cosas.

—A lo mejor Nick sí necesita algo así... —dijo Tom antes de echarle un buen trago a su pinta—. Un tipo sudoroso que le meta mano.

—No te estampo tu cerveza en la cara porque sería desperdiciarla —respondió el contratista.

—Un tipo alto y guapetón como tú, trabajador y buena gente, encontraría pareja enseguida si se lo propusiera. Eres un partidazo. —El comentario inocente de Samuel hizo que Nick se viniera abajo como un castillo de naipes.

Al ver los ojos llorosos del hombre, sus tres amigos se quedaron en silencio, anonadados. Patrick se apresuró a mover la silla hasta pegarla a la de su amigo y cogerle por el musculoso brazo.

—¿Te ha pasado algo?

Nick asintió con la cabeza y se limpió con una servilleta de esas que tenía una frase motivadora.

—He conocido a un hombre maravilloso, especial, único... M-mi cliente, el de Bloomfield. Es viudo, guapo, dulce, una monada de hombre... Y yo...

—Joder. Te has enamorado, ¿verdad? —supuso Samuel.

Nick asintió con la cabeza mientras se volvía a sonar los mocos en otra frase motivacional.

«El amor es ciego, por eso no me encuentra».

No supo si seguir llorando o echarse a reír al leerla. Al final comenzó a desternillarse y sus

amigos lo acompañaron con carcajadas cuando les enseñó la servilleta llena de mocos.

—¡Serás guarro!

—¡Tira eso! —espetaron.

—A ver, pero has dicho que es viudo. ¿De una mujer? —indagó Tom.

—Sí... Lo que pasa es que...

—Nick, colgarse de heteros no es buena idea —le cortó Samuel.

—Anoche pasó algo entre nosotros. Nos besamos... Pero luego me rechazó y hoy, aunque me ha pedido disculpas... Me ha dicho que no está preparado...

Patrick le pasó el brazo por los amplios hombros y lo acunó un poco.

—Ay, madre... Con lo buen tipo que eres.

—Ya, pero ningún hombre quiere tener una relación de pareja conmigo. Estoy cansado —suspiró, cabizbajo.

—Anda, cómete la pizza y toma esta servilleta.

En ella se pudo leer:

«No te rindas, lo mejor está por venir».

Nick sonrió. Al menos tenía a aquellos tres, a su familia, a Skana y a Gaagii. Y, sin embargo, siguió sintiendo un vacío en su interior. Le faltaba Henry. No quería a otro, solo a Henry Banks.

Se guardó la servilleta en el bolsillo del pantalón vaquero, como recordatorio de que todo dolor terminaría por pasar y algo mejor llegaría.

—De todos modos, muy hetero no es ese tipo, ¿eh? Yo no me morrearía con otro hombre ni borracho. —Tom puso cara de asco.

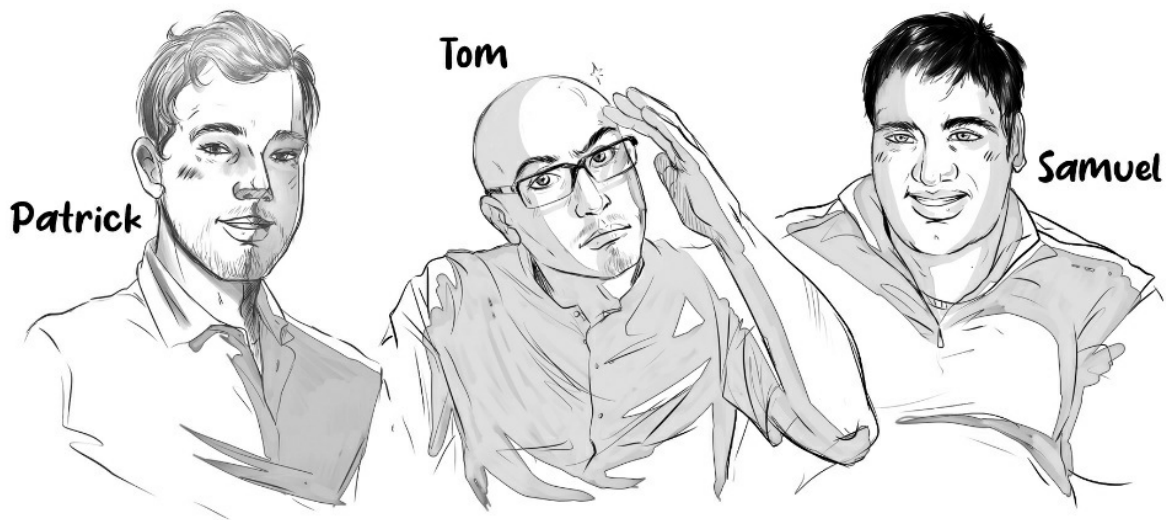
—Pues no sabes lo que te pierdes —le contestó Nick con una sonrisilla picaresca—. Adivina dónde tenemos los hombres el punto...

—¡No lo quiero saber! Y no te me pegues tanto. —Le dio un empujón.

—Ni con un palo te toco, tranquilo. No me gustan los calvos.

—¡No estoy clavo, sino rapado!

Los otros tres se echaron a reír a base de bien. Tom los miró enfurruñado, aunque le alivió comprobar que Nick se había podido relajar tras su confesión.



No le cayó bien ese tal Henry Banks. Tendría que averiguar más sobre él. Pero le molestó que se morreara con su amigo dándole falsas esperanzas para luego dejarlo a dos velas y más mustio que aquellas servilletas llenas de mocos.

oOo

El domingo, tras la hora de comer, Henry se acercó a su propiedad. Abrió la cancela y aparcó en el interior. Aquí y allá pudo ver palés enteros con diversos materiales, desde tarima, pasando por sacos de cemento, hasta paquetes con suelos de gres, entre muchas otras cosas.

Entró en la casa con sumo cuidado. Aunque Nick le hubiera asegurado que todo estaba bien, prefería no volver a protagonizar *Esta casa es una ruina*.

Efectivamente, ya no existía el agujero. Todo el suelo de madera era nuevo. Debajo del polvo se adivinaba brillante y liso. Probó también a subir las escaleras, dando pasos cautos al principio y firmes hacia el final. La baranda, de un color oscuro, le daba un toque muy elegante con sus balaustres de molduras clásicas.

La estancia más grande estaba lista, con las ventanas cambiadas, el suelo nuevo y las paredes pintadas de blanco base. El cuarto de baño contiguo tenía el sanitario limpio, la bañera de patas impoluta y la ducha con un plato nuevo. Solo le faltaban las puertas correderas de cristal.

Nick y sus dos ayudantes habían sido muy eficientes y rápidos. El trabajo no podía estar mejor realizado.

Bajó para dirigirse al sótano y observar cómo había tapado Gaagii semejante agujero negro. Luego recordó ese momento en el que había conocido a Nick de la forma más absurda del mundo y de cómo este le salvó de hacerse daño. Un escalofrío recorrió su cuerpo, un anhelo, unas ganas locas de ver al contratista.

Se quitó ese pensamiento de la cabeza y encendió la luz de la bombilla solitaria que colgaba de la nueva viga. Esta atravesaba la estancia de lado a lado. El trabajo con la robusta madera parecía impecable. Incluso habían colocado unos cuantos puntales de obra bien afianzados.

A pesar de la lúgubre iluminación, Henry avistó a un lado, dentro de unas cajas muy viejas, las cosas de la familia Sanderson.

Henry se arrodilló para sacar álbumes de fotos y cuadernos. Les quitó el polvo con un paño viejo, subió de nuevo con ellos y se sentó fuera, en las escalerillas de la entrada, disfrutando de la

buena temperatura que hacía.

En los álbumes pudo observar a una pequeña Kat, que iba creciendo poco a poco, siempre sonriente, feliz, sola o acompañada por sus padres. Sus cabellos rubios alborotados, sus pecas adornando un rostro ovalado y dulce, su sonrisa desigual pero encantadora.

No había querido ver fotos de su mujer hasta ese momento. Encontrarse con su rostro de nuevo, más joven y saludable, de algún modo le hizo sentir mejor.

Acarició la foto de graduación en el instituto, pues aquella Kat era la que poco después conocería en la universidad. Los hoyuelos, como dos signos de paréntesis, enmarcaban la sonrisa más dulce del mundo.

Henry se echó a llorar, pero no fue de tristeza, sino por la remembranza de todas las cosas buenas que ella dejó en aquel mundo. Como aquella sonrisa genuina.

Luego miró los cuadernos, esos primeros esbozos de la artista en la que se convirtió. El hombre no pudo evitar reírse ante aquellos monigotes mal coloreados. Y, al igual que las fotos le descubrieron cómo había crecido, los dibujos también le mostraron cómo su talento fue mejorando con el paso de los años.

—Los voy a enmarcar... Sí. —Decidió—. Y haré una exposición con los originales de sus cuentos. La honraré...

En ese instante escuchó el ruido de unos neumáticos sobre la gravilla de la entrada. Se puso en pie y vio el 4x4 de Nick parado en medio. Dejó a un lado aquellos tesoros y bajó por el caminito, sorteando todo el material de construcción, casi corriendo, desesperado por encontrarse con él sin que este pudiera hacer nada para evitarlo.

Nick no se apeó del coche, ni detuvo el motor. Tampoco hizo ademán de dar marcha atrás y salir derrapando al estilo Skana. Ver a Henry trotar hacia él lo dejó congelado. Había ido para revisar que todo estuviera en su lugar, pero no se le pasó por la cabeza que el dueño fuera a estar allí.

—Mierda, mierda, mierda —masculló intentando mantener la compostura.

—¡Nick!

Henry apareció al lado de su puerta, así que tuvo que bajar la ventanilla.

—Hola...

—¿Qué haces aquí?

La alegría en el rostro de Henry no pasó desapercibida para el contratista, que tragó saliva. Tenía los ojos brillantes y una sonrisa preciosa en la boca. ¿Por qué tenía que ser tan mono?

—H-he venido a revisar que todo estuviera en su sitio y que... *Um...* Y que no se hubiese colado nadie a robar...

—Está todo bien, que yo sepa. Pero aparca y lo comprobamos juntos.

—Eh... —Nick dudó y fue incapaz de hacerle un feo a su cliente—. De acuerdo.

Movió el vehículo y luego lo aparcó al lado del de Henry.

Este fue a su encuentro, acalorado. No solo por la buena temperatura, sino también por la presencia de Nick, que llevaba un pantalón vaquero ajustado, zapatillas de deporte y una camisa azul de lino que le quedaba como un guante.

El recuerdo del breve encuentro entre ellos hizo que Henry se pusiera taquicárdico. Algo había ido cambiando desde que comenzó a soltar lastre. La balanza se estaba decantando hacia uno de los lados.

Entraron juntos en la casa y Henry esperó a que Nick dijese algo, pero eso no pasó, por lo que tuvo que romper el hielo:

—¿Has descansado?

—Sí, gracias.

—¿L-lo pasaste bien con tu amigo Tom? —lo preguntó fingiendo buen humor.

—Fuimos a una cervecería y comimos pizza. En realidad somos cuatro los que quedamos siempre: Tom, Samuel, Patrick y yo.

—M-me alegro... ¡Yo toqué de nuevo el piano! Fue genial...

Nick fue hacia la cocina, sin responder, y comprobó el funcionamiento de la luz.

—Si compras un microondas podrás al menos calentar comida precocinada.

—Mañana traerán un frigorífico, la cama y alguna cosa más. Cuando la cocina tenga los muebles nuevos, ya compraré el resto.

—Puedes empezar ahora a romper los viejos. Mira.

Nick asió con ambas manos un mazo largo que había en el pasillo. Lo alzó y le pegó un buen golpe a una estantería desvencijada. Lo hizo con furia por tener allí a Henry y no poder comerle los morros.

La estantería voló hacia un lado, desparramada sobre el suelo y arrancada de la pared. Su acompañante se quedó de piedra.

Nick le pasó el mazo a Henry que, dubitativo, al final se puso manos a la obra. También descargó la frustración sobre una pequeña península. La partió por la mitad dando un grito y continuó hasta hacerla añicos.

—¡P-para, Henry! ¡Te vas a hacer daño!

El contratista le arrancó de las manos la herramienta.

—¿P-por qué me evitas? —lanzó la pregunta de pronto, jadeando por el esfuerzo, para horror de Nick.

—¿Qué?

—¡Me evitas a toda costa!

—¡No sé, dímelo tú! ¿Te crees que es sencillo tenerte rondando por la obra mientras intento centrarme en trabajar? ¡No puedo verte y no desear abrazarte! ¡No puedo tenerte aquí y no querer besarte! ¡No puedo!

Nick dejó caer el mazo y se dio la vuelta para salir de la casa, afectado por la inesperada situación. Henry le fue a la zaga, pillándolo justo en la salida de la casa.

—¿No has hablado con Scarlett? ¿No te ha explicado lo que le conté? ¿El por qué me he comportado así hasta ahora?

—No, no la he visto. —Se giró hacia Henry para encararlo—. Y eso es algo que deberías contarme tú, no mi hermana.

—¿Estarías dispuesto a oírlo? ¿A entender mi duelo y mis dudas?

—¡Por supuesto!

Se quedaron callados un momento y Henry asió lo que había dejado sobre las escalerillas de la entrada. Abrió el álbum hasta encontrar la foto de graduación de Kat. Se la mostró a Nick, con los ojos llorosos.

—Así era ella: pura alegría. Y se marchitó hasta ser solo una sombra de sí misma mientras el cáncer la devoraba. Durante ese proceso me vi solo, desamparado... Y su médico me consoló. Lo hizo de buena fe, sin segundas intenciones... Y yo encontré de ese modo a alguien que me dio lo que necesitaba, lo que ella ya no podía. Ese hombre me atrajo y yo solo pude sentirme culpable por ello. Mientras mi mujer agonizaba en una cama de hospital, yo pensaba en otro de forma romántica y ese hecho me hizo sentir un miserable... Llegué a creer que nunca la quise.

Pero sí, sí la amé. Muchísimo.

Nick, anonadado, no fue capaz de abrir la boca más que para boquear.

Se quedaron en silencio mientras la brisa meció sus ropas y sus cabellos. Henry cerró el álbum de fotos y lo depositó con el resto, de forma cuidadosa y reverencial.

—Lo siento mucho... —fue lo único que el contratista pudo decir al saber la razón de que la mochila de Henry fuera tan pesada.

—Me carcomía por dentro haberle hecho eso a Kat. Así que me empecé en que esta casa tenía que ser perfecta, para que una familia la disfrutara. Y entonces te conocí, de la manera más absurda... —Sonrió sin poder evitarlo, rememorando la escena—. Y de nuevo sentí que le estaba siendo infiel a Kat, contigo...

—E-ese médico... ¿Ese médico te correspondió?

—En absoluto. Ni siquiera fue consciente... Y ahora me doy cuenta de que Kat tampoco. No podía saberlo de ninguna manera posible. Pero me convencí de que sí, de que sus últimas palabras tenían que ver con algo que solo estaba en mi cabeza. Lo que yo sentí por ese hombre no fue real, solo buscaba refugiarme en alguien. Ahora lo sé, porque lo que siento por ti es... distinto.

—Me dijiste que... que solo fuéramos...

—Sé lo que dije —lo cortó—. Pero... P-pero... —Henry se puso a sollozar—. Tuve miedo. Quise ser coherente, pero entonces te alejaste de mí de forma tan radical, que...

—¿Qué, Henry? Sé claro conmigo, te lo suplico. Estoy sufriendo. Te veo ahí llorando y solo quiero abrazarte. Yo también padezco.

—Que te eché de menos como si me faltara el aire. Si hasta me sentó mal escuchar que te ibas con ese tal Tom y que no vendrías a verme tocar. Estuve todo el tiempo repitiéndome: ¿Podré tocar para él alguna vez? Y me fui a dormir desamparado, vacío. Me he pasado la noche pensando en ti, en los besos que nos dimos, en lo muy infantil que he sido.

A Nick le tembló todo el cuerpo. ¿Aquello era una declaración de intenciones? No se atrevió a moverse.

—Para mí esto no es un juego, ni un experimento... —dijo al fin.

—Lo sé. Ni para mí.

Henry anduvo dos pasos hasta él y lo asió por el cuello de la camisa, suavemente. Lo miró a los ojos, a la nariz, a los labios...

Los alientos de ambos se entremezclaron poco a poco, hasta convertirse en un beso caliente, ávido y delicioso.





Sentados en las escaleras, con la agradable brisa, resguardados del sol y rodeados de toda clase de aparejos de construcción, Henry y Nick continuaron abrazados, besándose una y otra vez, disfrutando como adolescentes de sus primeros besos. En ocasiones se detenían un momento, se miraban acariciando el rostro del otro, y volvían a atraparse los labios con anhelo y suspiros entremezclados.

Nick estaba en una nube con Henry entre sus brazos y sintiendo los de este rodearle la cintura con fuerza. No podía dejar de pasar los dedos por el suave cabello ondulado, deslizar la mano hasta su masculino rostro y acunarlo. Qué bien sabían aquellos besos. Estaba en la gloria.

Henry se apartó un poco para coger aire cuando Nick intensificó sus caricias y le mordió el labio inferior. No pudo evitar reírse. Y la risa de Henry fue contagiosa, así que el contratista lo imitó.

—Perdona, me he emocionado. —Se adelantó hasta el rostro de aquel hombre tan dulce y lo besó con devoción.

—Eres muy cariñoso. —Henry jugueteó con los botones de su camisa azul, abriéndosela poco a poco y acariciando la curva de sus clavículas.

—¿Te agobia?

—Al contrario. Me encanta, adoro que me den cariño. Que me lo des tú —aclaró—. Lo necesitaba como el aire que respirar.

—Y yo también...

—Te advierto que soy una lapa.

—Dios mío, me ha tocado la lotería entonces. Porque te quiero pegado a mí. —Lo estrechó contra sí y atrapó su boca.

Henry le echó los brazos al cuello y se agarró de sus cabellos, intensificando el beso, volviéndolo menos romántico y más sensual.

Terminaron tumbados sobre la entradilla a la casa, con las piernas entrelazadas y acariciando zonas más peligrosas.

—E-espera, no te embales. —Henry se apartó un poco—. Como nos esté espiando el vecino, arderemos en el infierno.

—Perdona... E-es que, bueno, hace mucho que no... Eso, no... m-mantengo...

—Que no follas... —musitó Henry en su oreja, agarrado a él de nuevo—. Ya, ni yo...

Nick se quedó estupefacto al escucharlo decir aquello. Esa expresión que había utilizado, esa forma de susurrarlo con voz ronca. Le iba a explotar la cabeza y lo que tenía entre las piernas.

—Henry, si me vuelves a decir eso, a mí me da algo.

—¿El qué? —Se hizo el tonto.

—Lo sabes.

—No, no lo sé. Dímelo tú... —susurró con una sonrisilla en los labios. Luego deslizó estos hacia el cuello de Nick, buscando su nuez, lamiendo después la piel salada y caliente de la zona.

—Henry, no juegues con fuego porque te vas a quemar —jadeó con excitación.

—A lo mejor quiero arder.

Ni el propio Henry sabía qué le pasaba, solo que estaba muy excitado y había empezado a desinhibirse muy rápido incluso para ser él. Tener de nuevo cariño, uno genuino como era el que

le ofrecía Nick, unos brazos seguros que lo sujetaban, de un hombre tan atractivo, le puso a mil.

Ya nada le lastraba, solo quería vivir, sentir, amar... Amar a Nick con todas sus fuerzas, como amó a Kat. Porque había tenido la gran suerte de cruzarse con ambos en eso que llamaban el camino de la vida.

—Henry... A-aquí no podemos. Vamos a mi casa —propuso Nick.

El otro lo miró y parpadeó, como dándose cuenta de la realidad.

—¡No sé si estoy preparado! —Se tuvo que apartar para tranquilizarse.

—¡P-pero si acabas de decirme que...! —Al ver la turbación de Henry, detuvo sus palabras y sonrió—. Tranquilo, iremos al ritmo que necesites. Esto es nuevo para ti.

—El caso es que sí quiero, me muero de ganas... —se sinceró tocando su pecho fuerte—. Verte sin camiseta es... Es... —Tragó saliva—. Muy tentador. Al final va a ser cierto que vas provocando. —Estalló en risas.

—Tú sí que vas provocando. —Lo estrechó de nuevo contra él—. Con esa dulzura tuya, tus ojos grises, tu sonrisa, tu forma de tocar el piano. Me dejaste alucinado y quiero que todo lo que toques sea para mí, ser el receptor de tu talento con las manos... —Le guiñó un ojo por el doble sentido y eso enardeció a Henry.

—Vamos a tu apartamento —dijo al agarrarlo del cuello. Luego le plantó un beso arrebatador en la boca que dejó derretido a Nick.

Después de eso, guardaron los álbumes y los cuadernos de Kat dentro de la casa, cerraron todo bien y se subieron al coche del contratista.

Durante todo el trayecto, Nick posó la mano sobre la pierna de Henry y este no la apartó. De hecho, mientras esperaban en uno de los semáforos, el pianista se acercó a él, besó su mejilla y buscó sus labios.

—Me gustas muchísimo —le confesó.

Nick sonrió, dichoso.

—Y tú a mí...

Aunque, en realidad, estaba perdidamente enamorado de Henry.

oOo

Al entrar en casa, Nick se obligó a ser un caballero y no parecer ansioso. No quería volver a asustarlo por dejarse llevar demasiado. Habría firmado lo que fuese, como vender su alma al diablo, con tal de que aquel hombre estuviera tranquilo y no le dejara de nuevo. No creyó que fuera a pasar pero, por si las moscas, mantuvo el perfil bajo.

—¿Quieres beber algo?

—¿Pretendes emborracharme? —Henry lo miró muy serio.

—N-no, no. Bueno, a ver... Si quieres una cerveza, p-pero no creo que con eso te...

Un beso lo acalló y le hizo reír al darse cuenta de que estaba tomándole el pelo.

—Agua estará bien, hace bastante calor.

—¿No será que estás en llamas? —bromeó mientras abrió el grifo de la pila para llenar un vaso.

—¿Y de quién es la culpa? —La mirada embelesada que Henry dedicó a su compañero casi derritió a este.

—Vas a conseguir que me eche el vaso por encima si continuas diciéndome esas cosas. —Hizo un amago, pero Henry lo detuvo arrebatándoselo de la mano. Se bebió el contenido, muerto de sed.

Luego abrazó a Nick, hundiendo el rostro en su cuello, aspirando el aroma de su piel y suspirando con fuerza. Las sensaciones fueron muy diferentes al pánico que sintió la primera

vez.

Él lo asió por debajo del trasero y lo alzó en brazos.

—¿Qué haces?! —exclamó agarrándose bien a su cuerpo, entre risas.

—Mostrarte mi fuerza y llevarte a la cama... Si quieres. —Añadió.

—Sí que quiero.

Nick caminó con él hasta la alcoba y luego lo sentó sobre la enorme cama. Se arrodilló frete a él, asentado entre sus piernas. Le cogió de las manos y observó el anillo de casado que Henry aún llevaba puesto.

Este se dio cuenta de aquel detalle en la mirada de Nick. Giró la alianza sobre su dedo anular. Le pidió perdón a Kat y lo deslizó para quitárselo.

—No quiero que te sientas obligado —dijo Nick, deteniendo el gesto—. Ella siempre será tu mujer.

—Ella está volando libre, por los mundos que creó. Ya nada le duele, ni le pesa, ni siquiera se tiene que preocupar por mí, porque no pasa nada y yo puedo volver a ser feliz. Me ha costado comprenderlo. Lo atesoraré como el recuerdo de la vida que tuvimos juntos, pero es hora de pasar página.

Se quitó el anillo del todo y lo depositó sobre la mesilla de noche.

—Así es... —Nick le acarició la mejilla para limpiar una lágrima solitaria—. Confía en mí.

—Lo hago.

A Henry le fue el pulso muy rápido y se le desbocó la respiración al ver cómo Nick se quitaba la camisa. Su torso, ese pecho, el vello que salía de la cinturilla del pantalón y subía... La tremenda erección bajo la tela vaquera.

Cerró los ojos e intentó que no le diera un ataque de pánico escénico. Sintió a Nick sentarse a su lado y tomarle de la mano.

—¿Estás seguro? No hay ninguna prisa... Con tenerte a mi lado soy feliz. —Llevó los dedos hasta la mejilla de Henry y la pellizcó.

—Eres tan bueno. No entiendo la razón de que hayas estado soltero.

—Porque no me valía cualquier hombre.

—¿Y yo sí? ¿Por qué? No he hecho más que darte problemas, uno detrás de otro. Has llorado por mi culpa, has sufrido...

—Oh, Henry... Eso ya no es importante, no te martirices. —Le regaló una sonrisa y un beso dulce—. Ambos merecíamos una segunda oportunidad, aquí y ahora...

—Entonces sigue... —Llevó aquella mano que tomaba la suya hasta la parte de su anatomía que más revolucionada estaba—. Pero trátame bien y vayamos poco a poco —solicitó.

Nick asintió con la cabeza mientras atrapaba aquella boca anhelante.

Ambos terminaron sobre la cama. Henry permitió que Nick lo fuera desnudando del todo y se dejó observar con una sensación de primerizo que le hizo avergonzarse y a la vez partirse de la risa.

Su compañero se tumbó a su lado, ya desnudo del todo, y se apretó contra él.

—¿Eso que estoy notando sobre mi tripa es lo que creo? —bromeó el músico mientras deslizaba las manos por los pectorales y se mordía el labio inferior. Esa parte de su anatomía lo alteraba.

—Eres delicioso... —Acto seguido, Nick atrapó la boca de Henry con un hambre canina—. Detenme cuando quieras.

—Lo único a lo que no me atrevo es a que llegemos hasta el final. Quiero decir... —Tragó

saliva.

—Tranquilo. Solo haremos lo que tú quieras. ¿Puedo tocarte, besarte y lamerte la piel? ¿Puedo... comerte la...?

Un beso enérgico de Henry le hizo saber que sí, sobre todo cuando este se restregó contra él y deslizó una pierna entre las suyas, presionando una parte muy sensible de su anatomía. Así que Nick no perdió más el tiempo y se propuso conseguir que aquel hombre se corriera de placer hasta caer rendido.

Deslizó la mano para tomar con cuidado el miembro hinchado de Henry, masturbándolo con cadencia. Soltó un bufido al sentirlo palpitante y caliente, así que se apartó un poco para mirarlo.

—Qué bonito es...

—Calla, qué vergüenza... ¿Cómo va a ser bonito?

—Ya lo creo. Cuánto más lo miro, más hambre me entra y más me gusta... —Se lamió el labio superior.

—Eres... Muy dulce conmigo... —Luego se echó a reír.

A modo de respuesta, Nick dejó un reguero de besos por el cuello, los hombros, un lametón que otro en los pezones duros, y continuó saboreando esa piel suave hasta llegar a donde quería: el glande rojo y húmedo. Al tomarlo con la boca hizo que su amante se estremeciera de placer.

Henry lo sujetó del pelo, permitiendo que se instalase entre sus piernas abiertas. Las manos de Nick, bien hundidas en sus caderas, la forma en la que tenía de hacerle la felación, con pericia, hicieron que jadeara de delectación, sonriendo con los ojos cerrados. Los abrió un poco y le observó. No sintió ninguna clase de rechazo, al contrario: le encantó tener a aquel pedazo de hombre entre las piernas.

—Nick, ven...

Este se le colocó encima y esperó instrucciones como un buen perrito. La mirada que le echó el moreno lo dejó obnubilado. Al recibir un beso suyo, le correspondió con todas las ganas.

—Me vuelves loco. Estoy tan... —Nick detuvo sus palabras para no meter la pata.

—Dime lo que sientes, adelante.

—E-estoy tan enamorado de ti... S-sé que es muy pronto, que apenas nos conocemos, que... N-no quiero asustarte —balbució—. Dios mío... Perdona.

A Henry se le llenaron los ojos de lágrimas por la emoción, pero sonrió asintiendo.

—No querría otra cosa que me amaras. Solo voy un poco por detrás de ti, porque me ha costado asimilar mi bisexualidad. Y llevaba mucho lastre que no me dejaba avanzar. Pero te aseguro que mis sentimientos van hacia el mismo lugar que los tuyos. Quiero que esto funcione.

Aquello hizo muy feliz a Nick, que se vino arriba. Besó a su compañero con mucha pasión, dispuesto a darlo todo en la cama y en la vida.

Henry fue el que aprovechó para arañar el cuerpo cincelado de Nick. Aquel trasero bien prieto le excitó mientras lo apretaba. Pensó en la posibilidad de que, más adelante, lo pudiera probar y empujar allí dentro con ímpetu. No lo dijo, se lo calló, pero empezó a imaginárselo mientras Nick lo masturbaba y besaba a la vez.

Jadeó con fuerza al notar que le llegaba el orgasmo y eyaculaba. Se agarró al hombre con intensidad hasta soltar un estertor de puro placer. Luego se puso a reír, respirando de forma entrecortada.

—Perdona, te he puesto perdido. Hacía tanto...

—Y la sigues teniendo durísima... —A Nick no le importó limpiar el semen desparramado entre ellos y sobre las sábanas. Fue como un triunfo para él—. Así que vamos a aprovecharlo.

Le susurró unas palabras al oído y Henry asintió, aunque un poco cohibido por la proposición. Cerró los ojos, abrió las piernas y sintió unos dedos húmedos alrededor de su ano, supuso que por el lubricante que Nick sacó de un cajón, acariciando la zona en círculos. Una falange se introdujo, muy lentamente, en su recto. Apretó el culo en un impulso.

—Relájate, llegaré hasta donde me permitas... Henry, mírame...

Este giró el rostro y lo pegó al de Nick, que le observó con adoración a la par que siguió empujando con el dedo. Los gemiditos de sorpresa y placer que Henry emitió le gustaron mucho. Cuando lo vio masturbarse se puso a cien. Lo que hubiera dado por empotrarlo contra el cabecero de la cama con todas sus fuerzas.

«Paciencia», pensó para consolarse.

—Sigue... —jadeó Henry—. Puedes meter otro dedo...

Y así procedió Nick, consiguiendo que el hombre comenzara a gemir de una forma de lo más erótica, echando hacia atrás la cabeza.

El propio Henry se sorprendió. Aquella intromisión le estaba poniendo cachondísimo. Fue una sensación tan nueva que lo pilló por sorpresa, haciendo que se estremeciera de puro gusto, eyaculando de nuevo sobre su propio pecho.

—Por Dios... ¿Cómo has hecho eso? —Soltó un jadeo, sonrojado por el calor.

—Ha sido fácil contentarte... Te prometo que puede ser mucho mejor.

—B-bueno, no corras. —Recibió un montón de besos de Nick a modo de respuesta.

—Poco a poco, no te preocupes. No sabes lo mucho que me ha gustado escucharte disfrutar y darte placer, cariño.

El epíteto «cariño» derritió a Henry. Hacía tanto que no tenía un apelativo que se emocionó. Kat lo solía llamar «amor».

—Me gusta que me llames cariño —confesó para sonrojo de Nick.

Este lo abrazó contra sí.

—Cariño... —musitó sobre su oreja.

—Mi vida, me he corrido dos veces y tú ninguna, eso no puede quedarse así. —Henry empujó contra la cama a Nick, con fuerza. Se puso a horcajadas sobre él, tocándolo con los dedos finos de pianista, acariciando cada lunar, pliegue, músculo y escondite que hubiese en su cuerpo tostado por el sol. Andar sin camiseta le sentaba muy bien. También le mordió la mandíbula para sentir la barba, la cual lamió sin pudor.

Nick estaba en la gloria. Aquella mañana solo era un espejismo de sí mismo que no sabía qué hacer para afrontar los encuentros con Henry. Y allí estaban ambos: en la cama, retozones, desnudos.

Henry se hundió entre sus muslos vellosos, besándolos, mordiendo la carne, lamiendo los testículos de Nick, arrancándole gemidos de placer y gruñidos cuando le apretaba en la base del pene. Con la lengua húmeda degustó toda la envergadura de la verga que tenía entre las manos. Fue una sensación extraña, acostumbrado a otras cosas, pero le produjo el mismo placer, así que fue a por todas y se metió aquella deliciosa polla en la boca.

El contratista, cachondo como estaba, no tardó en correrse entre gemidos y pequeños empujones de pelvis. No le dio tiempo ni a avisar a Henry, que se apartó al sentir el semen en su paladar.

Ambos comenzaron a reírse a carcajadas.

—¡Lo siento! Oh, Dios mío, lo siento mucho, cariño... —Le limpió el rostro con la sábana.

—No pasa nada, no me da asco... Pero la próxima vez avisa o me atragantaré —bromeó.

—Creo que he perdido la costumbre y ya no sé ni lo qué hago. Menudo amante de pacotilla estoy hecho... —Se menospreció.

—Me he corrido dos veces seguidas. ¿A ti eso te parece poco?

Nick se sintió bien de pronto. Michael siempre llevaba la voz cantante, nunca estaba satisfecho del todo y era muy exigente. En cambio, Henry estaba encantado a pesar de ser su primera vez con un hombre.

—Vamos a ducharnos, anda. ¿Quieres? —propuso más animado.

Henry asintió y corrieron hasta el baño para introducirse en la amplia ducha, bajo el agua templada.

Henry se abrazó a Nick y posó la cabeza en su hombro, sintiendo el agua caer sobre él y relajarlo del todo. Si quedaba algún resquicio de duda, se fue por el sumidero.

—¿Hoy tienes que tocar el piano en El Pato Desplumado? —susurró en su oído. Le acarició el cabello mojado, el cuello y la espalda.

—No...

—¿Cenarías conmigo en el restaurante argentino? Deja que te invite esta vez, no me la juegues como en el italiano...

—Acepto. Pero a la próxima pago yo.

—Bueno, aunque voy a abonar la cuenta con tu dinero.

Henry soltó una carcajada y lo abrazó con más fuerza dándole un beso en la boca mojada.

—Ese dinero te lo has ganado haciendo un excelente trabajo. Y no me refiero a lo que me has hecho por aquí... —Le cogió la mano y la acercó hasta su entrepierna.

—Vaya, qué halagador, señor Henry Banks. Al final sí que te has tirado a mis brazos de verdad. Tanto amago para que te salvara una y otra vez... Y lo que querías era que te hiciera unos trabajitos privados.

Henry se rio tan fuerte que casi se atragantó con el agua de la ducha.

—Cómo me gustan tus bromas tontas. Me haces reír...

—¿Dormirías hoy conmigo o te parece muy precipitado? —indagó Nick mientras acariciaba el rostro mojado y sonriente de su compañero.

Henry lo pensó unos segundos. ¿Sería lo más apropiado? ¿Volverían a tener sexo? ¿Quería dormir solo?

«Sí, sí y no», se respondió.

—Sí, quiero dormir aquí y que me abrases muy fuerte... —Se le llenaron los ojos de lágrimas de pronto.

—Henry...

—Me he emocionado, perdona. Pensé que me quedaría solo por el resto de mis días... De veras que lo creía porque pensaba que era lo que merecía por ser un mal marido.

—Si tú me lo permites, eso jamás pasará. —Henry asintió, llorando un poco más, emocionado—. Mira qué eres dulce... Me encantas.

—Y tú a mí...

Volvieron a abrazarse, desnudos bajo el agua, felices por aquella relación que comenzaba a florecer.



Nick se había despertado a las seis de la mañana, como de costumbre. La novedad fue que no lo hizo solo, sino con un hombre maravilloso a su lado, pegado a él. Y desnudo, muy desnudo. En todos los sentidos. Se había quedado mirándolo por lo menos media hora, como si no pudiera creérselo. La forma de su mandíbula, de sus labios semi abiertos, las largas pestañas, el pelo ensortijado y negro, la curva de su cuello, su cuerpo bien compensado... Y no lo quiso tocar, para que pudiera dormir tranquilo. Aún tenía unas pequeñas marcas oscuras y ojerosas, supuso que de pasarlo mal tanto tiempo.

Después de cenar en el argentino, pasearon un poco, charlaron y volvieron a la casa para hacer el amor de nuevo. Nunca hasta el final, pues Henry necesitaba un poco de tiempo. De igual forma, resultó maravilloso dormir cogidos de la mano.

Por desgracia, Nick no tuvo más remedio que despertar a su amor, pero lo hizo con mucho cuidado, acariciando una mejilla, sintiendo la incipiente barba en ella. El tacto le resultó muy agradable.

Henry abrió un ojo, pestañeó y bostezó estirando los brazos, los cuales terminaron por rodear a Nick. Este recibió un buen montón de besos matutinos que le devolvió, con igual ternura, a su amante.

—¿Qué hora es?

—Las seis y media de la mañana. Y tenemos que volver a la casa. A las ocho llegarán Gaagii y Skana. Te recuerdo que tu coche está allí y van a atar cabos, sobre todo esa deslenguada.

—¿Entonces no nos da tiempo a echar un polvo rapidito?

Nick se quedó atónito. Había despertado a la bestia. Se lo pensó unos segundos, pero tuvo que desestimar la idea.

—Ayer me dijiste que, por el momento, fuéramos discretos. Así que levanta ese culito tan mono que tienes. Te preparo el desayuno. ¿Qué te apetece tomar?

—Café con leche y unas tostadas de pan rebanado con mantequilla o mermelada...

Nick se puso en pie, desnudo como Dios lo trajo al mundo, y caminó hasta la cocina americana para sacar zumo y leche de la nevera.

Henry sonrió y puso cara de idiota. Se hubiera quedado allí todo el día, observando a ese hombre cuidando de él. Y de paso repasando su cuerpo de arriba abajo. Definitivamente se sintió bisexual. Porque ver desnuda a Kat siempre le excitó, y tenía el mismo impulso al mirar a Nick, pese a las evidentes diferencias anatómicas.

Al final se puso en pie, muy a regañadientes, se vistió, guardó la alianza en su pantalón y fue a sentarse en la mesa de la cocina, donde Nick le había dejado su desayuno.

—Me doy una ducha rápida y nos vamos. ¡No te muevas!

—No soy un espejismo, tranquilo —bromeó Henry. No pudo dejar de sonreír y más al verle el trasero.

—¡Más te vale!

Henry no se había atrevido a preguntarle sus preferencias en la cama. Bastante tenía consigo mismo. Nunca se hubiese imaginado pensar en poseer a otro hombre, y mucho menos que este lo

poseyera a él de igual forma. Pero quería, solo que aún tenía que hacerse a la idea.

Se puso rojo y se rio escuchando a Nick cantar fatal en la ducha. No podía ser perfecto en todo.

oOo

Skana se extrañó de que Henry estuviera tan pronto en la obra de la casa, porque jamás había rondado por allí a esas horas de la mañana. Observó con suspicacia el lenguaje corporal del hombre, en especial notó un cambio significativo en la expresión de su rostro: sonreía más contento que unas pascuas. Y, cuando lo conoció, desprendía un aura de desconsuelo, como si llevara una mochila muy pesada a cuestas. Ciertamente que, tocando el piano y un poco achispado, resultó ser un tipo muy majo, pero... Aquel Henry también tenía un comportamiento diferente al de entonces.

Y Nick. Ese era otro que parecía bipolar. O estaba hecho un guiñapo y evitaba a Henry, utilizándola a ella para comunicarse con él, o charlaba como si tal cosa con el hombre mientras ambos se reían de cualquier bobada y se daban empujoncitos como dos adolescentes tonteando.

Tenía que haber pasado algo, algo muy sospechoso.

—¿Qué miras con los ojos achinados?

—A esos dos y su comportamiento extraño. Mira qué amiguitos son... —Gaagii los miró e hizo un gesto con los hombros—. ¿Crees que Scarlett habló con Nick? —preguntó la joven.

—¿Después de que me dejaras solo ante el peligro? —El hombretón frunció el entrecejo y ella sonrió con pura malicia, pegándole un puñetazo en el brazo—. Comentó que se encargaría...

—¿Y no hablasteis de nada más? —indagó mientras recogía una pala del suelo y un capazo lleno de malas hierbas.

Gaagii se puso rojo y se dio la vuelta para seguir con lo que estaba haciendo: cortar madera y pulirla como buen ebanista que era.

—¡Eh! ¡No me ignores! —farfulló la joven.

—¡Skana! —gritó Nick a la par que le hacía un gesto con el brazo para que se acercase.

Ella acudió de mala gana.

—¿Quieres que le diga algo a Henry, jefe? —Luego miró a este, que estaba al lado de Nick, casi tocándolo—. Porque si es así, renuncio al trabajo.

—¿De qué hablas? No, no. —Nick disimuló riendo a carcajadas—. Acompáñalo a la parte trasera y le explicas lo del jardín. Yo voy a terminar de colocar las mamparas de la ducha, para que Henry se pueda trasladar hoy de una vez.

Luego se fue silbando, más feliz que una perdiz, ante la mirada escrutadora de Skana.

—¿Habéis hecho las paces? ¿Eh?

—No estábamos peleados —respondió Henry, sonrojado hasta la punta del cabello.

—Ya... Acompáñame y te explico lo que quiero hacer en el jardín...

Henry la siguió echando la vista atrás para observar el culo de Nick mientras este se iba. Luego sonrió, satisfecho.

El contratista, por su parte, subió hasta el baño de la planta superior y miró por la ventana cómo la joven hacía aspavientos y corría de un lado a otro, contándole a Henry sus planes para hacer de aquella parcelita un lugar bonito.

Se imaginó el jardín terminado, con sus flores y parterres, junto a los árboles que ya había allí, proyectando las sombras de la tarde. Tal vez podrían poner un pequeño cenador blanco y unas tumbonas de estilo *chill out*. Fantaseó con Henry y él sentados en ellas disfrutando de un atardecer agradable, con música de *jazz* y unas copas de vino, el uno al lado del otro...

Luego recordó que aquella casa se estaba reformando para ser vendida a otros y se preguntó, con una pequeña punzada de decepción, qué haría Henry tras finalizar la obra. ¿Se iría para siempre o se quedaría en Rochester con él?

oOo

Scarlett condujo hasta la propiedad de Henry. De camino se cruzó con el coche de Jerome justo a la entrada de la urbanización. Le hizo un gesto a modo de saludo, pero este la ignoró como de costumbre. Por lo visto, ser hermana de un gay debía de ser algo horrible por lo que arder en el averno. Aquel hombre era un antipático a pesar de tener una madre tan buena.

Aparcó fuera de la propiedad y se apeó, sorprendida al encontrarse una casa tan bonita por fuera. Anduvo en busca de su hermano y, al entrar en el zaguán, se dio de bruces con Gaagii, que iba sin camiseta debido a las altas temperaturas. Su anatomía le pilló tan desprevenida, siendo ella menuda y delgada, que se quedó sin palabras y retrocedió unos pasos. Este la asió por un brazo para que no se cayera de culo, aunque la soltó de inmediato, como si le quemara el contacto.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño?

—H-hola —balbuceó intentando recobrarse del sobresalto—. No te preocupes, ha sido solo el susto. Busco a mi hermano...

—Está en el baño de arriba.

—No pude tener una conversación con él. Ha habido mucho trabajo en el restaurante...

—Creo que ya se habla con Henry otra vez. Lamento haberte molestado para nada. Cosas de Skana.

—N-no me molestaste, tranquilo —dijo con una sonrisa—. Bueno, nos vemos. —Le hizo un gesto con la mano y se dirigió hacia las escaleras.

Él la miró e intentó sonreír también, pero le costó por lo nervioso que se ponía al tenerla cerca. Al final se dio la vuelta y salió de la casa.

Antes de perder de vista al nativo, Scarlett le echó un ojo rápido, sonrojada. Desde que habían charlado, y supo que la culpable total de que perdieran el contacto y prejuzgarlo de forma injusta había sido de ella, su percepción de Gaagii había cambiado y ya no le guardaba rencor. Rencor que, por cierto, fue muy infantil mantener por su parte tras tantos años de por medio. De forma más concreta: quince años y nueve días.

—¡Scarlett! ¿Qué haces aquí?

Nick apareció en lo alto de la escalera, también sin camiseta, pantalón corto por las rodillas y un cinturón lleno de herramientas.

—Venía a hablar contigo de una cosa. —Subió los últimos peldaños de dos en dos—. He visto fuera el coche de Henry. ¿Estás bien? No te pude llamar con tanto trabajo... Y me quedé preocupada porque tú tampoco me dijiste nada más...

—Ven conmigo.

Fueron a la estancia de Kat.

—Oh, qué bonita...

—Hoy Henry la va a recoger. Será duro para él, pero... Bueno, se siente mejor que antes y es gracias a ti.

—¿Te ha contado de lo que hemos hablado?

—Sí, me lo ha contado todo: la razón de su rechazo, lo del médico... Y que le pegaste una bofetada.

—¡Bueno! Es que estabas muy mal y ya sabes que si te pasa algo malo me enfado enseguida

—se excusó.

Una risa divertida brotó de los labios del hombre y eso dejó asombrada a su hermana.

—El sábado me comporté como un crío. Tuve a Skana de aquí para allá como si fuera una palomita mensajera.

—Eso ya lo sé. Me mandó a Gaagii para que yo mediara. No puedes andar por ahí haciendo eso, debes entender que Henry está de duelo...

—Tranquila, no te embales —la cortó Nick—. Lo hemos arreglado.

—¿Y serás capaz de sobrellevarlo? Aunque... Te veo como una rosa. Tienes una cara de gilipollas que... —Y entonces cayó en la cuenta y se llevó ambas manos a la cara.

—No digas nada, ¿de acuerdo? Henry y yo estamos juntos. —Esperó a que su hermana se pronunciase, pero esta le pegó en el brazo con fuerza—. ¡Ay! Eso ha picado.

—¿Tú estás tonto? ¿No ves que ese hombre no tiene claras las cosas? ¡Te vas a llevar otra decepción! —gritó.

—Por favor, baja la voz. Henry está en la parte trasera de la casa.

—Escúchame bien, Nicholas, sé que andas enamorado. Pero te estás precipitando.

—No es... ¡No te preocupes! Henry sí lo tiene claro. Nos hemos acostado... Bueno, más o menos.

—Ay, madre. —Scarlett se llevó las manos a la cabeza—. Voy a hablar con él. —Se giró dispuesta a ello.

—No, no, no, no, no. —La asió por el brazo con cuidado para que se detuviera—. Por el momento queremos ser discretos. Él necesita un poco de tiempo.

—¿Ajá? Muy bien, eso lo puedo comprender. Pero ¿cuánto tiempo? ¿Y qué pasará cuando la casa esté terminada? Tiene una vida en otro estado, un trabajo al que volver, unos padres. ¿Habéis tratado todos esos temas? No, solo os habéis acostado. Bueno, más o menos —parafraseó para disgusto de Nick—. ¿Y si está experimentando? ¿Y si te deja y se va sin más? Es muy inestable, aunque no lo haga adrede.

—Joder, ya me has amargado el día. ¡Muchas gracias!

—¡No! Solo estoy planteando una serie de cuestiones de lo más lógicas. Lo peor es que tú no piensas con la polla, eso sería muy fácil, tú piensas con el corazón y es lo que a mí me preocupa: tener a mi hermano deprimido de nuevo por culpa de que otro hombre lo deje atrás.

Nick bajó la cabeza, un poco mareado. Aspiró hondo, expulsó lento e intentó tranquilizarse.

—No hace ni veinticuatro horas que nos decidimos a dar el paso. Por favor, no me agobies así... —pidió.

En esos momentos, tanto Henry como Skana subieron por las escaleras, animados. Esta, al ver a su amiga, se echó en brazos de Scarlett y la agarró de la cintura. Le sacaba una cabeza a la pelirroja.

Henry se percató de la mirada escrutadora que la sexóloga le echó y, entonces, supo que ya estaba al corriente de todo. No pudo más que abochornarse. Tal vez recibiera una buena patada en la boca, en vez de otro indulgente bofetón.

A pesar de eso, la mujer no hizo nada más que sonreír a su amiga y disimular, ignorando de forma deliberada a Henry.

—¿Qué andas haciendo hoy? —indagó Scarlett dirigiéndose a Skana.

—¡En mi jardincito por fin! El capullo del jefe me ha permitido hacer lo que me gusta. ¿Te lo enseño? Dejemos que se pongan al día este par de tortol... ¡Perdón! Este par de... personas.

—¡Skana, cállate ya! —espetó Nick ante la mirada divertida de Henry.

Ella hizo una peineta con el dedo y las dos se fueron por fin, dejándolos solos.

El contratista se cohibió un poco, guardando las distancias. Fue Henry el que lo agarró del cinturón de herramientas y le plantó un beso húmedo y sensual que lo dejó aturdido al principio, aunque después se lo devolvió con una inmensa apetencia.

—Estoy sudado... —susurró sobre su boca, mordiendo aquellos labios tan atentos.

—Pues me pone —admitió Henry. Le palpó los pectorales con insistencia, notando bajo las palmas el vello del pecho y las protuberancias de sus pezones endurecidos por el contacto.

—Vaya velocidad estás cogiendo, cariño —musitó Nick besándolo en el cuello y aspirando su olor natural, ese que le era tan grato.

Henry se echó a reír por las cosquillas que le produjo la barba sobre la piel. No obstante, se dejó mimar apretado contra una pared por el cuerpo de Nick. Volvió a manosearle los pectorales con fruición.

—¿Por qué me tocas tanto ahí? ¿Es un fetiche?

—Supongo... También se lo hacía a Kat, y ella no tenía mucho donde agarrarse. ¿Te molesta?

—¡No! ¡Para nada! Me puedes sujetar de cualquier parte, pero si bajas la mano un poco, igual me gusta más.

—¿Aquí? ¿En esta herramienta tan grande? —preguntó retozón, acunando con cuidado la entrepierna endurecida de Nick.

Este respondió con un gemido de placer.

—Si no fuera porque estamos en la obra, te juro que te... ¡Dios! ¡Te empotraba contra la pared y te daba como a cajón que no cierra!

Henry se deslizó hacia un lado, sonrojado ante aquella posibilidad. Sin embargo, seguía sin estar preparado para que otro hombre le hiciera el amor de aquella forma tan «penetrante».

—Exacto, estamos en la obra y prometimos ser discretos.

A pesar de haber dicho eso, le asió por la nuca y lo acercó hasta él, besando su boca con codicia. Lo que sentía por Nick era muy apasionado, dulce y auténtico. Era la primera vez que le pasaba ya que con Kat fue distinto por las circunstancias, aunque no menos real.

Se apartaron el uno del otro con lentitud tras un beso muy ardiente. Henry se dirigió hacia la habitación de Kat y la observó con cariño, ya sin ese dolor tan profundo que le desgarró el alma en el pasado.

—¿Vas a poder recoger sus cosas sin que te afecte?

—Sí. Me quedará con unas cuantas de sus pertenencias y el resto las donaré a la beneficencia.

—¡Qué gran idea! Eres muy bueno... Por eso te qui... —Nick interrumpió sus palabras.

—Por eso me quieres. —Alargó una mano para acariciar su mejilla barbuda—. Me encanta que me ames...

—Te quiero —susurró abrazando a Henry contra—. Te quiero. Perdóname por haberme enamorado de ti tan rápido. No me lo creo ni yo, con lo cauto que he sido desde que mi ex me dejó. No había permitido a nadie acercarse, así que no sé cómo lo has hecho.

—Imagina en mi caso, estoy más sorprendido que tú... Aceptar que soy bisexual y dejarme llevar sin sentir remordimientos. No habría podido de no ser porque eres muy afectuoso conmigo, indulgente y amable.

—Mira qué eres mono.

—¡Me dices unas cosas muy sensibleras! —Henry se echó a reír al ver la cara de pena de Nick—. Solo bromeaba. Me encantan... Yo también soy muy cariñoso, mi barbudito...

La soflama en la cara del contratista fue del color de un tomate a punto de explotar. Estar sintiendo cosas nuevas que ni con su ex había experimentado, llevó al hombre a pensar en que, tal vez, aquella relación tan larga fue casi de mentira y que con quien de verdad tenía que estar era con Henry. Pero también recordó las palabras de su hermana: «Tiene una vida en otro estado, un trabajo al que volver, unos padres».

—Será mejor que continúe con lo que estaba haciendo y tú te pongas a recoger la habitación. Además, mi hermana... —Carraspeó—. Me ha sonsacado cosas, lo siento.

—No te preocupes, no me importa que ella lo sepa. Espero que se haya quedado más tranquila.

—Sí... Seguro que sí... —gimió acongojado.

Nick tomó una caja de herramientas y se dirigió hacia las escaleras. Antes de eso, se giró para mirar a Henry, que le observó desde el marco de la puerta, con esa sonrisa preciosa que tanto le gustaba al contratista. Y también sonrió.

oOo

—¿Qué tal la charla con mi hermano? —Skana se sentó en una silla de jardín vieja y se lio un pitillo. Hacía un día caluroso, así que se quitó la camiseta, quedándose con el sujetador deportivo.

—Bueno, pues... Me sorprendió el hecho de que hablase tanto.

—Solo le cuesta socializar por lo que le pasa, supongo.

—¿Qué le pasa? —preguntó Scarlett, sorprendida.

—La psicóloga eres tú, ¿no lo adivinas?

—Soy sexóloga —puntualizó a la par que se sentaba en otra de las sillas de jardín, muerta de calor.

—Me refiero a que está dentro del espectro autista y además es altamente sensible, por ejemplo, a ciertos ruidos o ambientes.

Entonces todo cobró sentido para la pelirroja: la falta de comunicación directa cuando se conocieron de adolescentes, no mirar a la cara a los demás, sus manías en clase y tantas cosas más, como lo de tallar en madera a todas horas o no poner atención en clase. En aquella época se quedó pilladísima por él, porque parecía diferente al resto de idiotas machitos del instituto. Y tanto que era distinto.

—Joder, ¿cómo no me he podido dar cuenta?

—Es que eres sexóloga —bromeó la india dándole una calada al cigarro—. Es probable que yo también tenga hiperactividad o algo de eso. Joder, no me puedo estar quieta ni un segundo y soy una boca. Adrede, pero boca al fin y al cabo.

—Habría que hacerle una serie de test. ¿Estaría dispuesto? —Su lado profesional salió a la luz.

—Pregúntale. Ahí lo tienes.

Scarlett se giró para ver a Gaagii, que seguía por allí sin camiseta, exhibiendo anatomía para dar y regalar.

—¡Hermanito! ¡Ven!

Este caminó hacia las dos mujeres, dejando a un lado una enorme pieza de madera. Se hizo una coleta alta porque estaba sudando mucho con el pelo suelto y se le pegaba al cuerpo.

—¿Necesitáis algo?

—Unas cervezas frías y unos cacahuetes.

—En el trabajo no se bebe alcohol —contestó con seriedad—. Para los cacahuetes tengo que

ir a Bloomfield.

—Te lo tomas todo al pie de la letra, joder. Acércanos unos refrescos y ya está.

—Vale, pero la próxima vez te traes los cacahuets de casa.

Se dio la vuelta y fue a la camioneta a rebuscar en la nevera de mano.

—¿Lo ves? Lo peor es que lo ha dicho en serio.

—Me incomoda un poco que le hagas eso, Skana... —dijo Scarlett.

La india chascó la lengua, molesta.

El hombre volvió con dos latas frías. Le tendió una a Scarlett, que lo miró agradecida, intentando que no se le fuesen los ojos donde no debían, aunque era complicado dada su cercanía y robustez.

—Gaagii, Scarlett te quiere hacer una pregunta.

Esta miró a Skana con los ojos abiertos como platos, aterrada.

—No creo que yo deba...

—Quiere saber si puede hacerte unas pruebas psicológicas para determinar si tienes autismo.

Gaagii se sonrojó, frunció el ceño y cerró los puños en señal de enfado.

A Skana se le fue el color de la cara: había metido la pata hasta el fondo. Sí, era una bocazas de campeonato.

—¡No es cierto, Gaagii! No le hagas caso... —La pelirroja se puso en pie, nerviosa—. Será mejor que me vaya, tengo que trabajar y ya he hablado con Nicholas. Nos vemos en El Pato Desplumado. ¡Hasta pronto!

Se alejó con rapidez, huyendo como alma que lleva el diablo.

—¿Qué le has contado? —Gaagii se puso mucho más serio en cuanto desapareció del todo.

—Que eres autista...

—Gracias por joderme el día —sentenció.

Se dio la vuelta sin más y volvió a sus tareas de carpintería. Estaba haciendo las puertas de toda la casa.

Skana tiró el pitillo y lo siguió con nerviosidad.

—Gaagii, perdóname... Solo quería que te ayudase y charlarais más. Sé que ella te gusta desde el instituto y ahora está soltera —afirmó—. Y si no espabilas, vendrá otro imbécil como el novio que tuvo y perderás la oportunidad.

—Te crees que puedes andar liando a todo el mundo, como a Henry y a Nick. Pero las cosas no van así, no somos tus juguetitos, sino personas con sentimientos. ¡Llevo toda mi vida solo y es lo que hay! —Explotó con desazón.

—¡No te pasa nada, joder! ¡Eres perfectamente válido para que le gustes a cualquier mujer que tenga dos dedos de frente! —exclamó con furor.

—Retoma tu trabajo y déjame tranquilo, porque no quiero hablar más contigo en lo que resta del día y probablemente de la semana.

La joven le dio una patada a un montón de tierra que salió por los aires. Se dio la vuelta, enfurruñada, y siguió a lo suyo sin estar dispuesta a ceder.

oOo

Henry se pasó la jornada haciendo cajas, menos cuando se detuvo a comer con los demás y atendió a los que le trajeron los muebles. Se quedó con los libros de Jane Austen, una de las autoras favoritas de su mujer, las muñecas Barbie que le gustaba coleccionar, algunos enseres personales y poco más. Se le ocurrió que podía hablar con la señora Harrison y preguntarle dónde depositar todo aquello. Tal vez en la congregación a la que ella pertenecía les iría bien

para donarlo a la caridad.

Nick lo acompañó al coche sobre la seis de la tarde, pues el moreno quería ir a buscar sus cosas a El Pato Desplumado.

—¿Me esperas aquí y luego vamos a tu apartamento? —Propuso Henry.

—¿No quieres quedarte esta noche en la casa? Ya es habitable.

—Deseo estar contigo —dijo con sinceridad—. Y en tu casa hay una cocina como Dios manda, además de aire acondicionado.

—Ya entiendo... Aire acondicionado, cocina...

Henry miró a todos lados y luego besó a Nick varias veces, tomando su rostro con ambas manos.

—Y una cama bien hecha, no llena de plásticos. ¿Sabes que no he comprado sábanas? Soy un desastre... Ni se me había ocurrido. Eso es porque andaba con la cabeza en otra parte, pensando en ti a todas horas y en lo muchísimo que te echaba de menos, agobiado porque me evitabas a toda costa. Tú sí que sabes volver loco a un hombre...

Nick sonrió, complacido y colado por Henry hasta las trancas.

—Te espero aquí, cariño, no te preocupes. Mientras tanto adelantaré alguna cosilla más, como hacer tus facturas. Y olvídate de que te haga un descuento.

Nick rio cuando Henry le dio un leve puñetazo en el pecho antes de subirse al coche y partir hacia El Pato Desplumado.

Durante el camino, el pianista canturreó una canción de Nat King Cole que le evocó una sensación de plenitud y dicha:

—«*L*» is for the way you look at me, «*O*» is for the only one I see, «*V*» is very, very extraordinary, «*E*» is even more than anyone that you adore can...

oOo

Al bajar la maleta por las escaleras que daban al restaurante, Henry se encontró a Kamilah en el descansillo, echando una mano a Scarlett con unas cajas de bebidas para el turno de cenas.

—¿Necesitáis ayuda? Parecen pesadas.

Hizo el amago de arrimar el hombro, pero Kamilah lo detuvo al entrar en el comedor.

—No te preocupes, casi hemos terminado. ¿Ya nos abandonas? —La mujer se acercó a él con su elegancia natural, posando la mano sobre el brazo del hombre y observando el equipaje.

—Me mudo a la casa, sí. Muchísimas gracias por todo, de verdad. A las dos, por muchas cosas... —reiteró y miró a Scarlett, a la que sonrió de oreja a oreja de forma significativa.

—Este viernes te esperamos. Los clientes están encantados contigo.

—No me lo creo... Pero si tengo mucho que mejorar tocando... —susurró complacido de todas formas.

—Para criticas ya estoy yo, no seas tan duro contigo mismo. Cada vez lo haces mejor y le tienes menos miedo a don Piano —bromeó Kamilah—. ¡Ojalá te quedases de continuo durante todo el año! Creo firmemente que no has explorado todo tu potencial. Siempre voy a pedirte más y lo sabes. ¡No me defraudes!

Henry observó el precioso instrumento de color blanco y sintió un impulso irresistible por tocarlo, como a un amante... Como a Nick.

—¿Puedo?

—Querido, es todo tuyo. Siéntete libre de darle vida cuando gustes. Eso sí, fuera del horario laboral no se pagan extras.

Henry soltó una carcajada que dejó pasmada a Scarlett, la cual se había mantenido con el

perfil bajo mientras su jefa hablaba.

Se preguntó dónde estaba el hombre compungido de hacía días y al que tuvo que sonsacar, con un bofetón, qué le sucedía.

Le observó subirse al escenario, sentarse ante el piano con aire relajado y comenzar a tocar *L-O-V-E*, de Nat King Cole. También se sumó Kamilah, embelleciendo la preciosa composición con su potente voz de *mezzosoprano*.

*«L» is for the way you look at me
«O» is for the only one I see
«V» is very, very extraordinary
«E» is even more than anyone that you adore can*

*Love is all that I can give to you
Love is more than just a game for two
Two in love can make it
Take my heart and please don't break it
Love was made for me and you*

*«L» is for the way you look at me
«O» is for the only one I see
«V» is very, very extraordinary
«E» is even more than anyone that you adore can*

*Love is all that I can give to you
Love is more than just a game for two
Two in love can make it
Take my heart and please don't break it
Love was made for me and you
Love was made for me and you
Love was made for me and you*

«El amor se hizo para ti y para mí».



—¿Podemos hablar de una cosa? —indagó Henry cuando Nick salió de la ducha, ya vestido.

Henry lo estaba esperando sentado en el sofá, así que Nick le observó un tanto acongojado por la pregunta, aunque la expresión del hombre no denotó que la conversación fuera a girar en torno a algo malo.

—Por supuesto. —Se arrellanó a su lado, pegado a él, pasando el brazo por su cintura.

—¿Cómo fue tu relación con Michael?

Nick puso cara de sorpresa antes de responder:

—Lo conocía de toda la vida, ya que es natural de Bloomfield. Fuimos compañeros de colegio e instituto, aunque es dos años mayor que yo, y experimentamos juntos nuestra sexualidad durante esa época. Yo siempre había estado colado por él. Luego se fue a estudiar a Nueva York para cursar periodismo. Al volver retomamos el contacto e iniciamos una relación seria. Él trabajaba en un periódico de Rochester. Tras años emancipados cada uno por su cuenta, nos animamos a dar el paso y vivir juntos. Se empeñó en comprar este apartamento.

—Pero él sabía que tú soñabas con tener una casa, no un apartamento.

—Sí, pero cedí porque le quería. Y en ese momento estaba fuera de nuestras posibilidades. Me pasé toda esa relación consintiendo una y otra vez a Michael, que es un egoísta manipulador de manual, solo que yo no me daba cuenta por más que todo el mundo me lo dijese.

—¿Y tras hacer la reforma fue cuando te dejó?

—Sí, al poco tiempo. Le surgió una oportunidad única para trabajar en Nueva York, de esas que no se podían rechazar. Ni siquiera me preguntó si quería ir con él, solo me dejó alegando que la relación estaba en punto muerto tras diez años y que vivir juntos no había servido de nada para salvarla. No volví a saber nada de él tras comprarle su parte del piso. No me veía capaz de volver a casa de mis padres. Me dejó tirado, sin ahorros y con una buena hipoteca... En ningún caso le pedí que lo reconsiderara, ni lo acosé... Lo dejé ir y me refugié más que nunca en el trabajo para salir a flote. No tuve más remedio.

Henry le acarició la mejilla y Nick posó la cabeza en su mano cálida.

—Debiste pasarlo francamente mal. Menudo imbécil —dijo con sincerad—. No son formas de dejar a alguien con quien llevas tantos años.

—No entendí nada. Pero me hizo un gran favor, ahora me doy cuenta. Aunque tenía el don innato de hacerme sentir culpable por todo y me costó un poco volver a quererme en condiciones, porque no podía parar de preguntarme qué había hecho mal.

—Eres extraordinario, que nadie te haga creer lo contrario. No creo que hicieras algo mal, al contrario: creíste en vosotros y hasta te aseguraste de arreglar este apartamento y dejarlo precioso por él. Eso no lo hace un mal novio.

Nick se sintió muy halagado y orgulloso.

—Por eso no me vale cualquier hombre, ni follar con tíos solo por placer. Yo soy una persona fiel, alguien serio en cuanto a relaciones se refiere. He tenido algunas citas, pero jamás accedí a acostarme con ellos, ni a traerlos aquí. Ya tengo una edad como para estar de flor en flor cuando no me aporta nada.

—Pues a mí bien que me invitaste corriendo —bromeó.

—B-bueno... Es que eres irresistible. —Se echó a reír—. Y sentí una conexión especial... Aunque te prometo que no pretendía... —Carraspeó.

—¿No te hubieras acostado conmigo? Quiero decir, en el hipotético caso de que hubiera sido una cita... —Henry puso cara de pillo.

—¡Sí! —afirmó si dudar—. Vaya que sí. Pero hecho un manojo de nervios. Seguro que te hubiera decepcionado.

Henry deslizó sus labios hasta aquella boca y le dio un beso.

—Nunca me has decepcionado, en ningún sentido. ¿Y me hablarías de tu vida sexual con Michael o te resulta un tema incómodo de tratar?

—Para nada, no hay problema. ¿Qué quieres saber?

—¿Eras el activo o el pasivo? P-porque pareces más bien activo...

Nick se quedó perplejo y se echó a reír para sonrojo de Henry.

—¿Y esa conclusión?

—No te burles. —Se apartó, molesto.

—A ver, cariño. Mírame... —Sujetó al moreno por la barbilla, besó su mentón y luego le dio un morreo que le quitó el sentido al receptor de semejante acto de ardor—. Si te soy sincero, quiero empotrarte hasta que te corras de gusto y me pidas que siga y siga. Que no puedas más y te vuelvas a correr mientras te lo doy todo.

Henry se puso muy cachondo a la par que tensó.

—Dios mío...

—Pero con Michael el pasivo era yo por lo que te he explicado: controlaba todo y yo cedía. Así que, si te apetece ser tú el que me folle con todas las ganas, te aseguro que me vas a hacer gozar porque ya estoy acostumbrado.

—Dios mío... —repitió, aunque en otro sentido—. Vamos a la cama. ¡Ya! —Tomó a Nick de la mano y este lo siguió con aire divertido, también algo nervioso.

Se desnudaron el uno al otro sin dejar de besarse, tumbándose sobre el colchón, piel contra piel.

—¿Quieres ir un paso más allá? —musitó el contratista en el oído de Henry—. ¿Quieres follarme?

—Sí. —Jadeó mientras Nick se hundía entre sus piernas para hacerle una contundente felación, preparando bien su miembro erecto—. Qué bien se te da...

—Los trabajos manuales son lo mío. —Le dio un lametón por toda su envergadura, gozando con la estimulación bucal. Aquel pene estaba hecho para su paladar. Nick disfrutó con lo que estaba haciendo, no como con Michael, que era demasiado bruto y los preliminares no le gustaban.

Henry, por el contrario, se dejó hacer. De pronto se encontró a Nick sobre él y se sobresaltó. Este lo miró antes de besarlo con profundidad para que se calmase, sin dejar de masturbarlo con la mano.

—No quiero hacerte daño. Es mi mayor preocupación —confesó Henry.

—Tú solo haz lo que yo te pida. Ven... —Nick sacó de su mesilla todo lo necesario: preservativos y un buen lubricante.

Ayudó a Henry a ponerse el condón porque a este le temblaron las manos por los nervios.

—Lo voy a hacer fatal, perdóname.

—Eso no es verdad. Cualquier roce tuyo me vuelve loco y saber que me vas a penetrar me excita. —Lo tomó de la mano derecha y vertió en sus dedos un buen chorro de lubricante suave.

Luego los condujo a la entrada de su recto—. Solo empuja poco a poco, haciendo que se dilate...

El moreno se adentró con sumo cuidado mientras Nick se tumbaba con las piernas abiertas y en una posición cómoda para ambos.

Henry se animó cuando hizo gemir a Nick, que lo instó a profundizar más y mover los dedos en círculos.

—Qué bien lo haces... —El contratista asió a su amante por la nuca para acercarlo hasta su rostro y poder atrapar aquellos labios tan dulces—. Si sigues así me voy a correr antes de que me...

—No sin mi polla dentro —respondió Henry, habiendo perdido ya la vergüenza inicial, empujando con los dedos para hacerle gozar, cosa que consiguió con pasmosa facilidad. Nick era muy sensible en aquella zona.

—Señor Henry Banks, se pone usted muy sexi cuando dice guarradas. Y se nota que toca el piano...

—Yo lo toco todo muy bien, sobre todo algo tan caliente y apretado...

—Joder, fóllame ya —demandó obligando a Henry a sacar los dedos y ponerse sobre él.

Este no perdió el tiempo y se acomodó entre sus piernas, echando lubricante sobre la entrada de placer de Nick y luego sobre su propia verga dura. Con la mano la empujó, introduciendo el glande de un empuellón.

Ambos se quedaron respirando con ajeteo. Las piernas de Nick rodearon la cintura de Henry e hicieron que este último tuviera que empujar con cadencia por pura necesidad de placer.

Se besaron casi a mordiscos, entrelazando las fogosas lenguas, compartiendo jadeos de delectación, sobre todo cuando Henry consiguió meter su pene. Nick tuvo un espasmo de placer en cuanto lo sintió entrar del todo.

—Me encanta, ¡dale con fuerza! —demandó moviéndose bajo él y apretando las nalgas para más goce de Henry.

Este estaba viviendo su sexualidad de un modo nuevo que le encantó descubrir. Así que embistió con todas las fuerzas de las que fue capaz, espoleado por un Nick entregado por completo al sexo con él.

No se dijeron nada, solo gimieron sin control. Uno al sentir aquella verga dura y perfecta empujándole la parte más erógena de su cuerpo, haciendo que se sintiera en la gloria. El otro porque fue incapaz de no jaderar de gozo, apretando las nalgas, embistiendo con todas las ganas, sabiendo que no le hacía daño a su amante, sino todo lo contrario.

—No me aguanto... —susurró Henry al sentir que le llegaba el orgasmo.

Nick sonrió aferrado a él, susurrando obscenidades en su oído, las cuales aceleraron la llegada de una eyaculación extremadamente placentera que desembocó en un jadeo ahogado.

Henry tuvo que detenerse un momento y tomar aire, resoplando de acaloramiento por el esfuerzo.

—Menuda corrida, cariño. Ojalá pudiera sentir el calor de tu semen dentro de mí —gimoteó Nick imaginando esa sensación.

Henry volvió a la carga y lo empujó de nuevo, agarrándolo de los cabellos y besando su boca con labios, lengua y dientes.

Nick pensó en que Michael se hubiera quedado satisfecho, dejándolo a medias. Pero Henry no, Henry estaba empeñado en que también se corriese, así que se permitió gozar, y más cuando este lo masturbó de forma enérgica sin parar de hundir su pene duro, una y otra vez, dentro de él.

Le llegó el orgasmo peneano con fuerza, unido al gozo anal. Nick clamó de satisfacción,

aferrado con piernas y brazos al amor de su vida. Porque sí, Henry sí era el amor de su vida. Y eso le hizo sentir muy feliz.

Ambos se quedaron derrengados, intentando recobrar la respiración.

—Nunca lo había hecho tan duro —confesó Henry.

—¿Y qué tal la experiencia? ¿Te ha gustado?

—¿Tú qué crees?

Se echaron a reír a carcajadas.

El moreno salió de Nick, se deshizo del preservativo y limpió a conciencia a su amante, que se dejó mimar. Luego aseó su propia anatomía.

El dedo de Nick recorrió aquella piel suave desde la oquedad del sobaco hasta la ingle, donde reposaba su miembro. Lo acarició con reverencial cuidado.

—Eres perfecto, me encantas... —musitó Nick.

—Antes tenía un poco de barriga y me estaba empezando a pasar de peso. No te hubiese atraído de ser así.

—No digas tonterías, haz el favor. Lo que más me gusta de ti no es tu físico, sino tu personalidad... Y si un día tienes barriga, apoyaré la cabeza en ella y me dormiré bien a gusto.

—Reconozco que lo primero que me impactó de ti fue verte con la camiseta rasgada tras salvarme la vida... —bromeó—. Pero lo que me ha enamorado es que me haces sonreír muchísimo...

Henry se dio cuenta de lo que había dicho y le empezó a latir el corazón a velocidades imposibles.

Nick lo miró con expresión embriagada, emocionado hasta el punto de ponerse a llorar.

—Te quiero... —reconoció Henry, estremecido también ante la fuerza de sus sentimientos.

—No hace ni diez días que nos conocemos, pero me da la sensación de que llevamos juntos toda la vida, Henry. ¿Esto cómo se llama? ¿Flechazo? ¿Apuñalamiento por Cupido?

El pianista no pudo evitar echarse a reír, ahogando las carcajadas sobre un pectoral de Nick.

—¿Destino tal vez?

—Te quiero tanto, Henry, que ojalá nos hubiéramos conocido en otras circunstancias. Habrías venido con Kat, yo hubiera arreglado vuestra casa, me hubiese fijado en ti de forma platónica, con esos kilitos de más... Pero solo seríamos amigos. De verdad, cambiaría lo que tenemos ahora por todo eso, con tal de devolvarte a tu mujer. Hasta ese punto te amo.

Henry se echó a llorar con fuerza, conmovido profundamente por aquellas palabras. No fue capaz de decirle nada, solo de mirarlo con los ojos anegados por las lágrimas, tomarlo por el rostro y besarlo con un amor profundo.

No quería irse de allí, no deseaba volver a su triste y solitaria vida. A un trabajo anodino que no le aportaba nada más que disgustos, a una casa vacía en la que Kat ya no estaba.

Anhelaba quedarse con aquel hombre tan hermoso por dentro, seguir tocando el piano con alegría, sintiéndose realizado, pero muy dentro de él sabía que no podía. Aquel trabajo tan estresante era el que le había permitido hacer aquel viaje y realizar aquella obra. Si terminaba con su anterior vida, esa que aún lo tenía encadenado de cierta manera, no podría valerse por sí mismo.

Lo sabía. Solo que prefería seguir engañándose. Seguir besando a ese hombre tan maravilloso que lo había elegido sin reservas.

oOo

Al día siguiente, Henry y Nick volvieron temprano a la casa, manteniendo en secreto su

incipiente relación, tal y como habían quedado. El primero necesitaba su tiempo y el segundo era el más paciente del mundo, aunque estaba muy feliz de ser correspondido y había comenzado a tener esperanzas de que pudiera funcionar.

Henry estuvo ayudando en la propiedad todo lo que fue capaz, aunque Nick temió que pudiera hacerse daño. A pesar de eso, el pianista fue tan cabezón que no hubo forma de convencerlo de estarse quieto.

Por su parte, Gaagii seguía sin dirigirle la palabra a su hermana; la cual pasaba de su hermano, de Nick y de Henry, de lo furiosa que estaba. Ella seguía sin comprender qué había hecho mal.

—¿Tú sabes qué les pasa? —comentó Henry a su compañero mientras sujetaba un marco de puerta que Gaagii les había llevado.

—Por su cara, diría que se ha peleado con él. Gaagii tiene mucha paciencia, pero no es infinita.

—Skana lleva el día gruñendo como un orco, apaleando sacos de tierra y abono.

El teléfono de Nick sonó en ese mismo instante.

—¡Hola! Sí, de acuerdo —le dijo a alguien al otro lado de la línea—. En media hora más o menos... Un beso, mamá.

Como la mayoría de martes, Nick y Scarlett, ya que esta tenía libranza, comían en casa de sus padres. Así que el contratista le hizo una proposición a Henry antes de salir hacia Bloomfield:

—¿Quieres venir?

—Es un poco precipitado... —Henry se asustó.

—Solo a comer, no a contarles lo nuestro... De todas maneras, ya los conoces y has estado en su casa, así que no les parecerá raro que vayas.

El moreno dudó un instante.

—Está bien. ¿Por qué no? Así aprovecharé para comprar sábanas, toallas y lo que pueda ir necesitando.

Nick hubiese deseado que viviese con él en su apartamento, pero comprendía de sobras que debían desacelerar un poco e ir más despacio.

—¡Genial! —Nick terminó de apuntalar el marco de la puerta de la cocina y se dirigió hacia Skana, que había entrado en la casa con cara de malas pulgas—. Henry y yo nos marchamos a comer a casa de mis padres.

—Pues podrías llevarte a ese huraño de ahí. —Señaló a su hermano.

—Diría que la huraña eres tú. ¿Se puede saber qué sucede?

—¡Solo le conté a Scarlett que era autista y entonces se enfadó conmigo! —gritó—. No me habla desde ayer.

Nick se llevó las manos a la cabeza.

—¡No me extraña! ¿A ti qué te pasa? Y encima actúas como si la ofendida fueses tú. Eres una bocazas. —Nick se molestó de veras y Henry tuvo que intervenir.

—Tranquilo... No deberíamos meternos... —Lo apaciguó.

—Pero... Bueno, vale. Venga, vámonos.

Se quitó su cinturón de herramientas y salió a la intemperie, haciéndole un gesto a Gaagii para despedirse.

Skana bajó la vista cuando Henry movió la cabeza en señal de desacuerdo con ella.

—Tienes que aprender a medir tus palabras, porque puedes hacer mucho daño a quien más quieres —le aconsejó.

Luego este se fue y la joven miró alejarse a la pareja. Cruzó los brazos sobre el pecho y se puso de morros.

Gaagii, consciente de todo, hizo como si no hubiera pasado nada, pero Skana le acababa de decir a otras dos personas que estaba dentro del espectro autista, así que el periodo de no dirigirle la palabra se había triplicado.

oOo

—*Mmm*, así que la obra va viento en popa —dijo David antes de beber un trago de la cerveza que estaba acompañando al filetón de cerdo que tenía en el plato.

—Sí, su hijo, Skana y Gaagii están dándolo todo. No puedo estar más encantado con la profesionalidad de los tres.

—¿Y cuál es la estimación para terminarla?

Nick miró a su padre, que le observó con una ceja levantada, a la espera de una respuesta óptima.

—Finales de julio a más tardar... —Se le fue un poco la voz al finalizar la frase, por lo que eso implicaba.

Miró a Henry y sonrió intentando aparentar normalidad.

Para Angela no pasó desapercibida la forma en la que su hijo observaba a su cliente. Si no estaba enamorado, poco le faltaba. Y el otro tampoco parecía indiferente a esos sentimientos, aunque notaba contención en él, siempre educado y cortés.

Scarlett, por su parte, ya se había dado cuenta de que el pianista no llevaba puesto su anillo de casado. Se percató el día anterior, cuando estuvo tocando el piano junto a Kamilah. ¿Querría eso decir que iba en serio con su hermano? Aún tenían pendiente una conversación.

—¿Te apetece postre, Henry? Tengo tarta de manzana —propuso Angela.

—S-sí, por supuesto. Estaré encantado de probarla. ¡Seguro que está deliciosa!

Por primera vez en su vida, Henry sintió la ilusión de dorar la píldora a la madre de su pareja. El que le daba pavor era el señor Miller, con su pipa y el ceño fruncido. También Scarlett. Podía sentir su mirada asesina desde el otro lado de la mesa.

De pronto, ella le habló:

—Henry, ¿qué tal dormiste anoche en la casa?

—B-bien... —mintió tras tragar saliva—. Luego voy a comprar ropa de cama y de aseo.

—¿Ah, sí? ¡Te acompaño! —Se autoinvitó.

—Claro, será un placer contar con tu ayuda.

Henry se quiso morir porque ya se imaginaba lo que se le venía encima.

Cuando terminaron con el postre, el invitado ayudó como el que más a retirar los platos e insistió en ser él quien los lavara antes de meterlos en el lavavajillas.

Nick se quedó charlando con su padre sobre la obra, así que Angela aprovechó la tesitura para sonsacarle algunas cosas al guapo pianista.

—Debías de ser muy buen esposo. Se te nota.

—Lo intentaba. Kat trabajaba desde casa y yo me pasaba el día en la oficina. Pero los fines de semana era el que lo hacía todo. Ah, y las cenas, por supuesto. Ella también tenía derecho a que la mimasen.

—¡Qué buen yerno serías! —Dejó caer.

—N-no lo sé...

—Claro que sí, cariño. Un yerno estupendo que toda suegra querría para sí... —Angela se puso a silbar contenta, dejando estupefacto a Henry—. Los que tuve fueron imbéciles de remate.

—¿En serio?

—Oh, sí. Diez años aguantando al estúpido engreído de Michael, el ex de mi Nicholas. ¿Te ha hablado de él?

—Sí...

—Y luego a Tylor, el ex de mi Scarlett. Vaya gilipollas —soltó quedándose tan pancha—. Menos mal que mi niña se dio cuenta de que era un bueno para nada.

—Vaya... Qué mala pata...

—Mis hijos necesitan personas serias, buenas, cariñosas y dulces. Como tú, por ejemplo.

—Ah... ¿Qué? B-bueno, Scarlett y yo no...

Angela detuvo sus palabras con una simple mirada mientras metía un vaso en el lavaplatos.

—Ya lo sé. No hablaba de Scarlett.

Ambos se quedaron callados, mirándose. A Henry le cayó el sudor por la frente y no supo cómo reaccionar.

¿Tanto se les notaba?

Justo en ese momento apareció Nick, con una sonrisa tonta en la cara. Detrás de él estaba la menuda Scarlett, ya preparada para su tarde de compras con Henry.

—Me vuelvo a la obra. ¿Te recojo luego? —le preguntó al moreno.

—S-sí, por favor.

—Ya lo llevo yo, Nicholas. No te preocupes —intervino su hermana.

—De acuerdo... —Tuvo que claudicar—. Nos vemos mañana, Henry.

Nick se adelantó hasta su madre para darle un beso en la mejilla, tocó a su compañero en el brazo y se fue, dejando a este último solo ante el peligro.

—Bueno, ¿nos vamos? Te llevaré a una tienda que conozco —dijo Scarlett.

—Claro... —Se giró hacia Angela—. Muchísimas gracias por la comida, ha sido un placer, señora Miller.

—Llámame Angela, cariño. Te esperamos el martes que viene.

—¡P-por supuesto! —balbució con sonrojo mientras cogía su cartera y su móvil—. Gracias por todo, señor Miller.

Este se quitó la pipa de la boca y asintió con la cabeza, como si le diera el visto bueno.

—*Mmm*. Venga cuando quiera. Nosotros iremos a verlo tocar el viernes.

—¡Será un placer tenerlos de público! Me esforzaré al máximo.

Henry notó la presión sobre sus hombros y se agobió, sobre todo cuando Scarlett deslizó el brazo por el suyo y ambos salieron así de la casa.

—Ahora me vas a contar todo, Henry —exigió ella nada más poner el pie en la calle y caminar por la travesía que daba al centro de Bloomfield con el sol cayendo a plomo sobre ellos.

—¿No lo ha hecho ya Nick? —Sudó en todos los sentidos.

—Mi hermano es un entusiasta, me temo. Y yo soy más pragmática, además de muy rencorosa cuando se tratar de él. Así que quiero escuchar tu versión.

Henry carraspeó antes de hablar.

—Cuando Nick comenzó a evitarme, me di cuenta de... Me di cuenta de que lo necesitaba en mi vida —confesó.

—¿Y se puede saber en qué punto estáis? Porque eso de que has dormido en tu casa no te lo crees ni tú. Además, no llevas puesto el anillo.

—Lo tengo en el monedero de la cartera. Y no, no me parecía bien llevarlo estando con Nick.

—Henry miró a la mujer—. Por lo demás, nos estamos conociendo... E-estar con un hombre es nuevo para mí.

—Solo espero que no estés en una fase experimental, Henry. Porque mi hermano está coladito por ti y le harías mucho daño de ser así.

—Yo no haría eso, no soy ese tipo de persona —aseveró casi ofendido.

—No me lo pareces. Pero me he de asegurar bien. —Constriñó con fuerza el brazo de Henry, como si de una advertencia se tratara—. Ven, es por aquí.

Bajaron por la avenida principal de Bloomfield, hacia la zona más comercial, alejándose de la bahía.

—No quiero hacer daño a Nick. Aunque tengas dudas, lo que siento por él es genuino.

—¿Y qué sientes?

—Me gusta mucho, estoy a gusto a su lado, me siento correspondido... —Se guardó para sí las declaraciones de amor.

—¿Y el sexo?

Henry se apartó de ella, avergonzado. Se tapó la boca con la mano.

—Eso no creo que sea asunto tuyo.

—Todo lo que tiene que ver con el sexo es asunto mío. Pero ya se lo preguntaré a Nicholas. —Scarlett estaba disfrutando aquella conversación, sobre todo al ver a Henry tan aturullado.

—Pues ahí vamos... Como todo lo demás, es nuevo para mí...

—Ya veo. Qué paciencia debe tener mi hermano, pobrecito.

—No creo que pobrecito sea el calificativo más adecuado. ¿Te crees que soy de piedra?

La pelirroja se comenzó a reír a mandíbula batiente, mientras él solo deseaba que se lo tragara la tierra. Qué fácil parecía ser tomarle el pelo.

—Oh, no creo que se pueda ser de piedra con mi hermano. Tiene un montón de encantos. ¿Sabes cuántos tipos le han ido detrás? En Rochester se los tiene que quitar de encima a manotazos, como si fueran moscones.

—Si intentas que me ponga celoso no lo vas a conseguir. Confío en él.

—¿Y él puede confiar en ti? —La pregunta sonó seria de pronto—. ¿No aparecerá alguna mujer y lo cambiarás por ella? Porque tú también tienes tus encantos... Las camareras ya me han preguntado por ti.

—P-pero ¿qué insinúas? N-no me interesa nadie más. Y no, no lo cambiaría por una mujer —farfulló—. Ni por otro hombre —tuvo que añadir por si acaso—. Bastante me ha costado dar el paso de aceptar mi sexualidad y de no sentir culpabilidad por lo de Kat.

—Bien. Me agrada escuchar eso. No me gustaría tener que darte otra bofetada.

—Scarlett... —dijo en tono serio—. Me gustaría que dejáramos la conversación en este punto. Nick y yo estamos bien así y necesito ir despacio. Así que te ruego que no me atosigues, que no interfieras, que nos dejes a nosotros dos hacer las cosas a nuestro modo, con discreción.

Ella se detuvo un momento y le observó achinando sus enormes ojos verdes.

—Me parece bien que pongas límites, Henry. Te prometo que me mantendré al margen mientras vea a mi hermano feliz.

—Te lo agradezco.

—Pero solo mientras lo vea feliz. —Le volvió a pasar el brazo por el suyo—. Ahora vámonos de compras.

Y así lo hicieron.



Ya era de noche cuando Nick y Henry subieron juntos al coche del contratista. Este se había empeñado en ir a buscarlo a casa para poder pasar un poco más de tiempo juntos, así que esa noche irían a cenar al restaurante argentino.

Las dos últimas semanas habían sido un sueño para ambos: no solo estaban cada vez más unidos, sino que Henry se sentía, día tras día, más libre; en muchos sentidos.

Sin embargo, aquellas últimas horas habían tenido cierto regusto amargo para Nick. Su amor se iba a ir a Columbus para ver a su familia y recoger algunas pertenencias del piso. A Henry le había costado un poco decirle que se iría, pero, al parecer, tenía intención de regresar con las ilustraciones de su mujer para intentar organizar una especie de acto conmemorativo. Tal vez otro hubiera sentido celos, pero no Nick. Ese tipo de gestos eran los que le habían enamorado. Henry era puro y amaba de verdad, por más que se hubiera sentido mal marido en el pasado.

Nick le observó sentarse en el asiento del copiloto, anhelando que algún día Henry lo quisiera tanto como amó a Kat.

—¿Pasa algo? —quiso saber el objeto de sus suspiros cuando se dio cuenta de que lo miraba con fijeza.

—Oh, no, no. —Sonrió con torpeza y arrancó el coche.

Mientras salían del área de Bloomfield, derechos a la carretera que los llevaría hasta la ciudad, Henry sonrió con malicia y le preguntó a Nick si lo echaría de menos.

—Un poco...

—¿Solo un poco? ¿Nada más? —Si el contratista no estuviera demasiado ocupado conduciendo, le hubiera tocado el muslo para ponerlo de los nervios. Había descubierto que le encantaba ver como se ponía rojo como un tomate.

—Bueno, puede que algo más...

—No te preocupes. —Decidió ser bueno con él y tranquilizarlo. Estaba seguro que temía que no volviera—. No voy a desaparecer. Regresaré y te daré tantos besos que te hartarás.

Nick rio a carcajadas.

—Tendrás que darme muchos besos para eso.

—Puedo probar. —Henry afiló la mirada y cambió el tono de su voz a uno más meloso para que se captarán sus segundas intenciones—. Y ver cuántos besos necesitas para llegar a tu límite... y dónde debo de dártelos...

—No seas malo. —Esa clase de cosas le ponían taquicárdico—. Hemos quedado con mis amigos para cenar, no me gustaría tener que llamarlos y cancelarlo. Si sigues así no habrá más remedio que dar media vuelta y llevarte a rastras hasta la cama.

—No haría falta que me llevaras a rastras...

—Henry...

—*Vaaale*. Me portaré bien.

Nick estaba sorprendido con él. Había tenido muchas dudas al principio, pero desde que se reconcilió con su sexualidad se había vuelto una fiera. A veces era insaciable, aunque no sería él quien se quejara.

Comenzaron a cruzar las primeras calles de Rochester y el contratista empezó a sentir unos

nervios muy intensos presionándole el pecho. Por fin Henry había accedido a conocer a sus amigos. Tal vez no como pareja, pero sí como una buena amistad a la que integrar en el grupo.

—Muchas gracias por esto. Sé que no debe de ser fácil para ti.

—Estoy algo nervioso... —reconoció Henry.

—Yo también.

—¿Tú también? ¿Por qué? Son tus amigos.

—Quiero que te caigan bien y tú a ellos.

—Dijiste que eran muy agradables, no debería haber problema.

—¿Y entonces por qué tú también estás nervioso?

—*Touché*... Bueno, salimos con tus amigos.

—Si es demasiado para ti aún puedo dar media vuelta.

—No, no. Quiero hacerlo, Nick. Solamente necesito ir poco a poco. Puede que expresar con palabras qué somos sea demasiado, pero de esta manera me resulta más fácil. —Se removió en el asiento, incómodo.

—Mientras estés bien, por mí todo perfecto.

—Descuida, cariño. —Le sonrió—. Lo estoy.

Por desgracia, ese hermoso momento en el que Henry descubrió que todo estaba en orden, fue interrumpido por el tono de móvil de Nick.

Ambos pegaron un bote del susto antes de que el contratista pusiera el manos libres.

—¿Sí?

—¿Os falta mucho?

—Dos minutos, estamos ya en *East Main Street*.

—Ok. —Y, fuera quien fuera, colgó.

Henry se sintió incómodo de repente. La voz de ese hombre sonó tensa y enfadada.

—¿Quién era? Parecía molesto.

Nick, en cambio, estaba muy tranquilo; incluso soltó una carcajada.

—Solo Tom. Es todo un personaje, pero en alguna parte de toda esa estupidez hay un buen tipo.

Justo después, sin tiempo a profundizar más, llegaron a su destino. Aparcaron sin dificultad a pocos metros del restaurante argentino que tanto le gustaba a Nick. Un grupo de tres hombres esperaba junto a la entrada. Al verlos, Henry empezó a sofocarse. Seguro que eran los amigos de los que le había hablado. ¿Y si ir había sido mala idea?

Nick salió del coche y él no tuvo más remedio que seguirlo. No estaba a tiempo de echarse atrás, tenía que apechugar, no podía fallarle a esas alturas.

Los tres amigos de Nick eran un grupo diverso. Uno de ellos, Patrick, era guapo y atlético, de mirada tan dulce como sus perfectos modales. El segundo, Samuel, no se cuidaba tanto. Tenía una generosa barriga cervecera. Sin embargo, también estaba Tom, el descrito por Nick como «cúmulo de estupideces entre las que se escondía a un buen tipo». Era calvo, aunque si se le preguntara diría que se rapaba. Su delgadez no parecía achantar su carácter, tan extrovertido y altivo que lo hacía destacar sobre el resto.

—Es un placer. —Patrick le estrechó la mano con afabilidad.

—Lo mismo digo. Me han hablado mucho de vosotros.

—Y a nosotros de ti —acribilló Tom.

—¿Entramos? —dijo Nick. Aunque no lo pareciera al principio, también estaba nervioso. Aquello era muy importante para él.

—Sí, por favor, me muero de hambre —soltó Samuel—. He tenido una semana agotadora y

esa parrilla argentina va a pagar el pato.

Entraron uno detrás de otro. Nick, de forma disimulada, tocó el brazo de su enamorado en señal de ánimo y le susurró que no se preocupara.

—Todo irá bien, son buena gente.

—Ya...

Los primeros minutos fueron como solía ser habitual: preguntas intrascendentes para romper el hielo, tanteando al nuevo, bromas que solo entendían ellos y que dieron pie a un par de batallitas de adolescencia, risas y pullas a costa de Nick, pero que consiguieron que Henry se relajara.

Todo fue bastante más fácil de lo que esperaba. Ninguno hizo preguntas sospechosas, ni cuestionaron el por qué habían llegado en el mismo coche y la razón de que un cliente se hubiera vuelto tan cercano con su contratista. No les importaba, solo querían pasar una buena noche todos juntos.

—Ey, Henry —dijo Patrick cuando soltó la carta y todos ya habían pedido—. La milanese de ternera es estupenda, has elegido muy bien. Te va a encantar.

—Oh, sí, la probé un día que me trajo Nick. Desde entonces siempre que venimos la pido. No me gusta arriesgar.

Tom pareció torcer el morro, molesto.

—¿Siempre que venís? —Fulminó con la mirada a Nick—. ¿Le has traído más veces a mi restaurante sin decírmelo?

Henry abrió los ojos como platos y soltó:

—¡¿Es tu restaurante?! —preguntó a Tom. Luego miró a Nick, sorprendido—. ¡¿Cómo no me lo habías dicho?! —Y volvió el rostro de nuevo hacia Tom para adularlo—. Tienes un local maravilloso. ¡Felicidades!

El silencio fue denso, opresivo. Al menos durante el segundo y medio que tardaron Nick y el resto de sus amigos en explotar a carcajadas. Ni Henry ni Tom lo hicieron. El primero porque no entendía nada, el segundo porque estaba que echaba chispas de rabia.

—¿Su local? —Samuel reía tanto que parecía que iba a llorar hasta quedarse seco—. Este tío no sabe ni prepararse un huevo frito.

—¡¿Perdona?! —Tom se cruzó de brazos—. Sé perfectamente, y también se me da bien la tortilla francesa.

—Eres el Gordon Ramsay de Rochester —apuntilló Patrick empezando a aplaudir—. Vamos, no me jodas.

Nick también se estaba riendo, pero era incapaz de articular palabra.

Henry siguió mirándolos a todos, pasando de uno a otro como una pelota de pimpón.

Cuando por fin consiguieron dejar de bocear, intentando comportarse, revelaron la verdad:

—Este tío no es dueño de ningún restaurante, Henry. —Samuel fue el primero en articular una frase coherente.

—¡Pero yo fui quien lo descubrió! —Tom no estaba dispuesto a dejar que le arrebataran el título.

—¡Eso no lo hace tuyo! —atacó Patrick.

—Si no fuera por mí no estaríais aquí. Ya solo por eso es más mío que vuestro.

—Que viene a seguir siendo nada.

Y más risas.

Aquel momento, tan absurdo y vergonzoso, de algún modo hizo que Henry sonriera. En cuanto Nick lo vio, supo que todo iría bien.

Así fue, porque cenaron con tranquilidad, entre chanzas y buenos momentos. El contratista pudo ver cómo su enamorado se soltaba cada vez más y eso le hizo feliz. Si había algo más bonito que sentir amor por alguien, era ver que las personas que tanto le importaban y le querían a uno, aceptaban a quien había elegido como pareja de vida. Porque sí, Nick quería pasar el resto de sus días con Henry.

Por un instante, la advertencia de Scarlett sobre que algún día Henry se iría para no volver, pasó por su mente. Sin embargo, no dejó que le estropeará el ánimo. Ese era un momento precioso, y nada lo empañaría. Así que lo alejó de sí metiéndose en la conversación y disfrutando del momento.

oOo

Tom no estaba nada contento. Ese Henry era un hueso duro de roer. Desde que habían llegado, intentó incomodar al nuevo «amigo» de Nick, para asegurarse de que captaba el mensaje y trataba bien al contratista. Pero ese hombre parecía esquivar sus afrentas sin despeinarse. Era todo un estratega. ¡Ni siquiera se inmutaba!

«Voy a tener que ponerme serio», decidió con la mirada clavada en él.

—Vuelvo enseguida —dijo Henry unos minutos después—. Necesito ir al baño.

Los demás le disculparon mientras seguían a lo suyo.

«Es el momento», pensó Tom, y dijo:

—Yo también voy a mear.

A solas sería más fácil ir al grano. Le diría todo lo que pensaba de él y de lo mucho que había hecho sufrir a su amigo. Le amenazaría con romperle las piernas si volvía a suceder. A los amigos de Thomas Henderson no se les tocaba.

Al entrar en el baño vio a otro hombre lavándose las manos. Henry estaba al fondo, en uno de los urinarios de pared.

Tom caminó hacia allí como si tal cosa y, de los cinco que había, se colocó justo en el que estaba pegado al de Henry.

No se le escapó la extraña expresión de perplejidad que este le dedicó al verlo ahí plantado, tan cerca.

«Será mejor disimular», pensó Tom, por lo que, sin apartar la vista de los ojos de Henry, empezó a bajarse la cremallera como si fuera a orinar.

Henry perdió la batalla en cuanto apartó la mirada y se puso rojo como un tomate.

«¡Lo sabía! ¡Se ha puesto colorado! A este tío le gusto. Es un mujeriego. ¿U *hombrieriego*? Tengo que apartarlo de Nick antes de que le rompa el corazón».

—¿Te estás divirtiendo? —dijo con la mirada fija en los azulejos del baño.

—S-sí...

Tom, entonces, con gesto teatral y buscando entre su repertorio la expresión más amenazadora posible, torció el cuello hacia Henry, poco a poco.

—¿Seguro? —Su voz sonó intensa—. ¿Te vale con pasarlo bien y ya está? ¿Nick es suficiente para ti? —Percibió como Henry pegaba un pequeño bote, le miraba un segundo y después volvía a apartar la mirada. Pero él no dejaría que se escapara con tanta facilidad. Iba a dejarle las cosas muy claras—. Porque si no es así... Yo...

No tuvo tiempo de más. Henry se subió la cremallera y se alejó a paso vivo ante la satisfecha mirada de Tom, aún con la bragueta bajada.

—Tocado y hundido.

Esbozó una sonrisa triunfal y se acercó al lavabo. Mientras se enjabonaba las manos se dijo a sí mismo lo buen amigo que era. Luego salió del baño público y se dio de bruces con Nick.

—Tom. —El contratista estaba junto a Henry—. Tenemos que hablar—. Por la expresión que tenía su cara, parecía muy confundido.

—Sé lo que vas a decir. —Levantó ambas manos en señal de rendición—. Culpable. He tenido una conversación con él. —Lo señaló con la barbilla y bajó los brazos—. Pero ¿sabes? Alguien tenía que dejarle las cosas claras.

—¿Te has insinuado a Henry mientras te tocabas el pene en los aseos?

—¡¿Qué?! —gritó Tom, tan alto que cualquiera hubiera creído que acababan de apuñarlo entre las costillas.

oOo

Henry tenía que reconocerlo: no se había reído tanto en su vida. El grupo al completo, sin contar al pobre Tom, llevaban cinco minutos soltando frasecitas divertidas a costa de este.

Incluso él no había podido evitar explicar, con todo lujo de detalles, el repelús que sintió cuando Tom le avasalló mientras intentaba mear.

—Me miró como si fuera a echárseme encima —se carcajeó. Estaba al rojo vivo de tanto reír—. No podía dejar de pensar que el tío se estaba sujetando el pene. Tenía esa imagen incrustada en la cabeza. Solo quería terminar de mear y salir de ahí cuanto antes.

Más risas.

—¡Intentaba intimidarte! —aseguró Tom, dolido.

—Objetivo cumplido —indicó Samuel—. ¿Tú sabes lo rápido que volvió a la mesa? Miró a Nick con cara de espanto y le soltó: «Tom ha intentado ligar conmigo».

Las carcajadas se elevaron tan alto, que incluso un camarero se acercó a la mesa con expresión molesta y les preguntó si querían la cuenta.

—Sí, sí, perdone. Ya nos vamos —aseguró Nick con voz temblorosa al tiempo que todos se levantaban e iban hacia la salida.

—Os estáis pasando. —Tom arrastraba el rostro contraído de rabia—. Solo intentaba proteger a Nick, ¿y así me lo pagáis?

—Tiene razón —dijo Henry, de repente. Todos se quedaron clavados en el sintió, confundidos—. Le preocupaba Nick y quiso protegerlo. Tal vez el modo no fue...

—¿Acertado? —propuso Patrick.

—Sí. —Aceptó Henry—. Pero iba con buena intención, porque le importa. —Miró a Tom y le sonrió para enterrar el hacha de guerra—. Lo que has hecho demuestra lo mucho que quieres a tu amigo. Yo... —Estaba nervioso por lo que iba a decir en voz alta—. Yo también le quiero. —Se dio la vuelta para mirarlos a todos—. La verdad es que estoy saliendo con Nick. No queríamos decíroslo porque no me sentía preparado, pero...

Observó a este, que le devolvió una mirada emocionada e incrédula.

—Tranquilo. —Samuel intervino—. Lo sabíamos.

—¡¿Cómo?! —Henry se indignó. Miró a Nick de nuevo y vio como este le rehuía con una sonrisita en la boca.

Patrick se acercó y le colocó una mano en el hombro.

—No le culpes, estaba deseando contárselo a alguien.

Tom se cruzó de brazos.

—Somos sus mejores amigos, a quién si no se lo iba a contar.

A Henry le hubiera gustado enfadarse en ese momento, pero no pudo. Nick lo quería tanto que no había podido ocultarlo. Era él quien no estaba dispuesto a contarle a los demás que salía con un hombre. Debería ser Nick quien se enfadara.

—Gracias por hacerlo todo tan fácil. —Echó un vistazo a Tom—. Excepto a ti —bromeó.

—¿Podemos olvidar eso ya?

Nick sonrió y empezaron a salir todos juntos del establecimiento.

—¿Olvidarlo? —le dijo el contratista a su amigo—. Ahora que estaba pensando en ofrecerte un trío...

Tom pegó un brinco para alejarse de Nick y gritó fuera de sí:

—¡No me toques! ¡Eso no se dice ni de broma!

oOo

—¿De verdad no estás enfadado? —Nick se mantuvo a una distancia prudencial de Henry, que le observó con el ceño fruncido, mientras andaban hacia el automóvil para volver a Bloomfield.

—Debería, pero no puedo. Porque lo comprendo ya que son tus mejores amigos. ¡Ojalá yo los tuviera! Pero siempre estaba trabajando o con Kat, así que... En realidad, esto es nuevo para mí y ellos son tíos muy especiales. Se nota que te aprecian de verdad, igual que Gaagii y Skana.

—Bueno, de Skana no sé qué decir... —Puso los ojos en blanco.

Henry se acercó a él, justo a la altura del vehículo, y le dio un beso en público, uno sentido y largo, cariñoso. Sus labios se separaron, pero no sus miradas.

—Henry Banks, esta noche me temo que me voy a meter en su cama para que no se olvide de mí mientras esté de viaje.

—Bien, señor Miller, pues tendrá que ponerle empeño, que cinco días son muchos para estar a dos velas.

Se abrazaron con firmeza, en especial por parte de Nick, muerto de miedo por estar separado de él lo que creía que sería una eternidad.

—Prométeme que volverás... —Tragó saliva.

—Claro que sí. —Henry sonrió de forma genuina y acarició su barba, pellizcando el vello, algo que adoraba hacer.

—Tengo algo para ti. —Nick se llevó la mano al bolsillo trasero de sus vaqueros.

Por un momento Henry creyó que iba a sacar un anillo de compromiso y se iba a poner de rodillas, así que entró en pánico, pero no fue nada de eso. Nick le tendió un sobre plegado en dos.

—¿Y esto? —Lo abrió y vio una hoja impresa con los datos de una reserva en un hotel. Leyó con atención y no pudo evitar sonreír.

—Pensé que, como todos necesitamos unos días de descanso, podríamos ir tú y yo a ver las cataratas del Niágara... Están a hora y media y nunca he podido acercarme... Qué vergüenza. Pero si crees que es inapropiado... —balbució.

—Me encantaría.

—¿De verdad?

—¡Sí!

—Henry, me haces muy feliz.

Nick le dio un pico en los labios y el pianista lo abrazó.

—Y tú a mí. Eres muy detallista conmigo, siempre piensas en mi bienestar y en que esté contento.

—Claro, porque eres la persona que amo...

—Yo también te voy a echar de menos estos días... Muchísimo.

De nuevo abrazó a Nick y este sonrió con emoción.

Sabía muy bien que Henry tenía otra vida, otra casa, a su familia y un trabajo estable. Pero... estaba empezando a creer que se quedaría con él, solo que aún no estaba preparado para

plantearle semejante cuestión. De hecho, fue él quien empezó a plantearse secretamente el dejarlo todo atrás y rehacer su vida lejos de Rochester, aunque pusiera en juego lo que tanto le había costado conseguir.

Hasta ese punto amaba a Henry.



Aquel segundo día sin la presencia de Henry en la casa fue extraño para Nick. Cada mañana, él lo recibía con el desayuno preparado en la nueva y flamante cocina, así que esa jornada apenas probó bocado.

Echó de menos enfadarse porque se pusiera en peligro cada dos por tres, o que se manchara de pintura cuando se empeñaba en ayudar.

No volvería hasta el jueves por la noche y las horas se le estaban haciendo eternas.

—¡Jefe! ¡Estás en la inopia!

—¿Eh? —Se giró hacia Skana, que lo observó con aire condescendiente.

—Lo que yo digo: en la inopia. ¡Ay, el amor!

—¿Pero qué...? No sé a qué te refieres, ni de qué hablas.

—¿Te crees que me chupo el dedo? —La joven dejó en el suelo un cubo lleno de agua—. Tu Henry se ha ido unos días y suspiras por los rincones como un idiota adolescente. Das grima.

—¡Tú sí que das grima desde que no te hablas con tu hermano! Mira, se te nota toda la raíz negra del cabello y tienes unas ojeras que te llegan hasta el suelo —contraatacó mientras cogía su caja de herramientas.

Ella achinó la mirada y frunció el ceño, asió el cubo de agua por el asa y pensó en si tirárselo a la cabeza a su jefe o darse media vuelta.

—No me hables de él —siseó. Después se fue por donde había venido, pateando el suelo con fuerza sobre el parqué nuevo, manchando este de barro—. ¡Por cierto, ha venido Scarlett y te ha traído la comida!

Nick suspiró con fuerza y las aletas de su nariz se abrieron: tendría que volver a fregar.

—¡Dile que ahora voy!

Acto seguido anduvo hasta la cocina para sacar del frigorífico un refresco bien frío. El calor del verano estaba siendo abrasador y aún no había instalado en la planta de abajo los conductos para el aire acondicionado.

Calculó que la casa llevaba ya el setenta por ciento de la reforma hecha. La hubiera atrasado hasta la eternidad. No obstante, no podía hacerle eso a Henry, que se estaba gastando todos los ahorros, pagando religiosamente cada factura —aunque le hacía descuentos sin que se percatara — y aceptando todos y cada uno de los consejos que se le ofrecían para mejorar la propiedad y que su valor de mercado aumentara.

Nick se dirigió hasta la salida, bajó las escaleras y, caminando hacia atrás, admiró la preciosa estructura de aquella magnífica edificación. Era la casa que siempre soñó construir, compartiéndola con la persona adecuada —que en su momento creyó que sería Michael— y se murió de ganas porque fuese suya... Y de Henry.

Una extraña sensación de anhelo se mezcló con melancolía y ausencia.

La mano de Scarlett sacó a Nick de sus profundos pensamientos. Ella lo miró con una sonrisa en los labios.

—Está quedando preciosa, Nicholas. Es un gran trabajo de los cuatro.

—Sí, Henry también ha puesto mucho empeño. Quiere que resplandezca, que cuando la ponga en venta... —No terminó la frase, angustiado—. Ojalá tuviera el dinero suficiente para pagar lo que vale... —Se sinceró con su hermana, dejando caer los brazos a sus costados con

desgana.

—Puedes vender el piso de Rochester a un buen precio y hablar con los papás, tal vez...

—¡No! Quiero que se gasten su plan de pensiones en viajar y disfrutar de la vida. Además, tengo miedo de que Henry... se vaya para siempre si la vende a cualquier otro...

—Entiendo tu preocupación. ¿No crees que deberías sacar el tema cuando vuelva?

Nick suspiró mordiéndose los labios, nervioso.

—Tengo mucho en lo que pensar y apenas hemos iniciado la relación.

—¿Y cómo llevas estar lejos de tu hombre? —Cambió de tema con una sonrisilla pícaro y le dio un puñetazo en el hombro.

—*Shhh* —susurró—. Te van a oír.

—¡Pero si ya lo sabemos todos! ¡Se os nota a millas de distancia!

Nick se puso rojo y sudó a mares. Se limpió la frente con la camiseta, enseñando su esculpida anatomía.

—¿También los papás? —La vio asentir con la cabeza—. Madre mía... ¿Y qué opinan?

—Mamá está encantadísima. Y papá... *Umm* —lo imitó.

Ambos se echaron a reír de buena gana. Aquello quería decir que estaba conforme con la elección de su hijo, ¡por una vez!

—Henry no está preparado para mostrarlo sin más. Somos todo lo discretos que podemos.

—Más bien todo lo discretos que os dejan vuestras ganas de follar como conejos. Mira qué chupetón te ha plantado ahí. —Señaló un cardenal que había en uno de sus pectorales—. Y parecía tan modoso... Menuda fiera te has echado por novio.

—¡Scarlett! —exclamó abrumado.

—Soy sexóloga, no sé por qué te alteras tanto. Hablar de eso es lo más natural.

—Sabes que me da vergüenza. ¡A lo mejor el modoso soy yo! Aunque... —Puso cara de satisfacción—. Michael era un inútil en la cama, ahora me doy cuenta.

Ambos se echaron a reír a carcajadas, tan fuertes que llamaron la atención de Gaagii, que estaba por allí.

El hombrerón se animó al ver a Scarlett. En las dos últimas semanas, ella había ido mucho por la obra para llevar la comida a su hermano y ya no era tan seca con él. Lo achacó a la metedura de pata de Skana, aunque no todo iba a ser malo. En ningún momento hizo alusión a su neurodivergencia, ni intentó realizarle pruebas como su hermana afirmó. Fue amable, simplemente.

Scarlett también se alegró de verlo a él, así que gesticuló para que se acercara a su hermano y a ella. Le hizo gracia que llevara sendas trenzas para recogerse los oscuros y brillantes cabellos. Además, iba sudado y se le pegaba la camiseta al cuerpo. Sintió que se le sonrojaban las mejillas, no lo pudo evitar.

Hasta Nick se dio cuenta, despistado como él era para todas esas cosas y más si era entre heteros. Justo en ese instante le sonó el teléfono y se le iluminó el rostro al constatar que se trataba de su Henry.

—Perdonad, voy a cogerlo... —Se apartó buscando la sombra del porche principal y se sentó en las escaleras, dejando a un lado la bolsa con la comida, a la par que veía al enorme Gaagii y a la enjuta Scarlett, dos adultos funcionales, incapaces de mirarse a la cara con normalidad.

—¡Nick! —se escuchó a Henry al otro lado.

—¿Has dormido bien? —El contratista no perdió de vista a aquellos dos que charlaban al fondo.

—Estaba tan cansado que caí redondo.

—¿Hoy comerás con tus padres?
—No, mañana. Tengo mucho por hacer aquí. —Suspiró—. ¿Todo bien por allí?
—Te echo de menos... —susurró con tristeza, rascando con la uña una gota de pintura que había sobre un tablón de madera.
—Y yo a ti —reconoció con voz quebrada.
Aquello hizo ilusión a Nick y se sintió halagado.
—¿Te quieres reír de una cosa?
—Claro. ¿Ha pasado algo?
—Creo que a mi hermana le gusta Gaagii. Los estoy viendo hablar ahora y parecen un par de tontos.
—¿Más que nosotros?
—Creo que eso es imposible —se carcajeó y Henry lo acompañó al otro lado.
—Por Dios, cuéntame más de ese chisme.
—Pues...

oOo

—Las puertas te han quedado muy bonitas —comentó la pelirroja intentando parecer natural. Incluso tocó de forma leve el brazo de Gaagii—. ¡Estás fuerte!

—Gracias por lo de las puertas... —Curvó las comisuras de los labios de forma natural, muy contento de que alabaran su trabajo, aunque desvió la mirada sin querer. Scarlett estaba demasiado bonita esa mañana, vestida con un encantador vestido de verano de color rosado.

—Tienes un cabello envidiable —lo aduló—. Me gustan tus trenzas...

Gaagii vio a su hermana caminar hacia ellos casi al trote, mudó su expresión, puso un pretexto para irse y dejó a la pelirroja con la palabra en la boca.

—¡A-m-i-g-a! —Skana espachurró entre sus morenos brazos a la mujer—. ¿Y esa cara?

—Tu hermano... No sé cómo tratar con él.

—¡Ja! —soltó—. Se comporta como un crío.

—¿Y tú no? ¿Quién lo empezó todo? ¿Quién fue la bocazas?

—¿También te vas a poner en mi contra? —Se cruzó de brazos, ofendida.

—No. Solo digo que tienes que ser discreta. Y pedirle perdón a tu hermano.

—¡Paso! —Se dio la vuelta y volvió a su jardín trasero, con el ceño fruncido y a paso vivo.

Scarlett suspiró y optó por marcharse y no aparecer por allí en mucho tiempo. Se despidió de Nick con la mano, ya que este seguía al teléfono, y salió de la parcela. Se dio de bruces con Jerome, el vecino entrometido, que estaba fisgoneando al otro lado del vallado. El respingo que pegó al verla fue épico. Su rostro enjuto y grisáceo se contrajo en un rictus de desagrado.

—¡Buenos días, señor Harrison! ¿Cómo está su madre?

—B-bien, perfectamente.

—¿Le puedo ayudar en algo? —Se acercó a él salvando la distancia que los separaba. Podía ser mucho más bajita, pero imponía el triple.

—No, solo paseaba.

Se dio la vuelta, muy digno, y anduvo hacia su propiedad.

—¡Pues más bien parecía curiosear! —exclamó para que le oyese bien—. ¿Le gusta ver trabajar a mi hermano? ¡¿Sin camiseta?! —Lo incomodó con toda la intención del mundo.

Jerome apretó el culo y el paso hasta desaparecer tras la cancela de su cerca.

Scarlett sonrió triunfante. Aquella mañana había hecho una buena acción. Qué Dios se lo pagara con creces.

oOo

—Eh, Gaagii —lo llamó Nick y le hizo un gesto para que se acercara.

El aludido dejó a un lado la última puerta que estaba pintando de blanco y se dirigió hacia su jefe—. ¿Qué tal con mi hermana? ¿Mejor?

—¿Qué? —Pareció no comprender a qué se refería.

—Sí, hombre. Conversáis más a menudo, eso es estupendo. —La sonrisa de Nick se extendió de oreja a oreja.

—Hablamos un poco, sí. Me ha dicho que le gustaban las puertas... Y mis trenzas. —Asió una de ellas y sonrió.

Nick pasó el brazo por los anchos hombros del indio y se lo quedó mirando.

—¿Te gusta mi hermana?

Gaagii se quedó más mudo que nunca y los colores tiñeron su morena piel de manera tan intensa que hasta Nick lo notó.

—No —mintió.

—Vaya, pues qué pena, porque tenías mi aprobación.

—No creo que tu hermana necesite la aprobación de ningún hombre. No estamos en un patriarcado.

El contratista suspiró al recordar que Gaagii no entendía las bromas igual que el resto de la gente.

—¿Sabes? Tienes toda la razón: no necesita la aprobación de nadie. Lo que pasa es que a su ex me hubiera gustado romperle las piernas y a ti... A ti no, porque sé que la cuidarías como si fuera una diosa. O como a una de esas figuritas de madera tan finas que tallas.

Esa referencia fue más fácil de comprender para el hombretón y entendió de qué estaba hablando.

—Tengo que seguir pintando la puerta. —Se escaqueó lo más rápido que pudo.

—¡Invítala a salir algún martes! ¡O la semana que viene! ¡Tenemos vacaciones!

Nick sonrió. Si él era feliz en el amor, los demás también tenían que serlo. Y Gaagii era un soltero de oro muy virgen.

oOo

Era de noche cuando el indio pudo volver a casa, ducharse, meterse en su cuarto y distraerse un poco. Desde luego que falta le hacía.

Se sentó de cara a su mesa de trabajo y, contento, se dejó absorber por su nuevo proyecto. Dado que vivía con su hermana en un piso de tamaño modesto, no podía dar rienda suelta a todo su talento con libertad. Sin embargo, para él era suficiente.

Clavó la mirada en el pequeño objeto que agarró con los dedos y sonrió. Lo estaba construyendo usando la técnica del *sashimono*, un método de trabajo muy particular creado en Japón. Se basaba en la unión de piezas de madera con una precisión tal, que no era necesaria la utilización de clavos ni pegamentos. Su mayor uso se centraba en la construcción de estructuras, pero también para objetos decorativos. Y eso era justo lo que Gaagii estaba haciendo. Le ayudaba a relajarse, a despejar la mente de todas las distracciones que robaban su atención cada día; como el cargado ambiente de la ciudad, los molestos ruidos del tráfico o la gente parlotteando de forma constante.

Cuando Gaagii practicaba *sashimono*, toda esa carga pesada que se iba acumulando en su cabeza, y que agotaba su energía, se evaporaba hasta desaparecer.

Lo cierto era que llevaba tiempo sin haber podido dedicarse al *sashimono*, así que lo había echado de menos.

Mientras seguía uniendo piezas, con un diminuto martillo de goma, escuchó el ajetreo de su

hermana por el pasillo.

Skana era un desastre la mayor parte del tiempo, pero sabía que tenía mucho cuidado de no molestarlo en casa. Si estaba dando semejantes zapatazos solo podía ser por una razón: para castigarlo por no dirigirle la palabra al haber revelado su secreto.

Sabía que en el fondo su hermana lo sentía, porque él también lamentaba haberse enfadado con ella. Pero si cedía, si volvían a la normalidad, ella no aprendería nunca. Puede que Skana cuidara de él la mayor parte del tiempo, y sin ella se sintiera perdido en medio del bosque: sin brújula, sin mapa, sin una razón para dar un solo paso en cualquier dirección... Pero ella seguía siendo una cabezota irresponsable. Y eso, en algún momento, le traería problemas si no aprendía a disculparse.

«Dos semanas así...», pensó con un deje doloroso.

Sin embargo, prefirió seguir con su proyecto. Iba a tener que dedicarle al *sashimono* mucho, mucho tiempo si quería vaciar toda esa frustración.

Hasta que su teléfono sonó, algo que pocas veces sucedía, y que solo podía ser por causa de dos personas: Nick —que no lo llamaría jamás fuera del horario laboral— o su madre.

Dejó la delicada pieza a un lado y tomó el móvil.

—Hola, mamá.

—No sé nada de ti. ¿Es que no te da vergüenza ignorar a tu pobre madre? Skana me ha llamado y me ha dicho que no le hablas desde hace dos semanas.

—Ya... Tengo mis razones. Cosas que tú no entiendes.

—A ver, ¿qué no entiendo? ¿Qué es tan malo para que la trates así con lo que ella te quiere? ¡No será por hacerse eso en el pelo! Aunque lo entendería de ser así, es espantoso.

Gaagii rodó los ojos y miró su figurita con anhelo. Iba a tener que practicar mucho el *sashimono*.

Skana había heredado toda la estridencia de su madre, sin lugar a dudas.

—No es por su pelo. Es porque le dijo a la hermana de mi jefe algo inapropiado.

—¡Uy! ¿A Scarlett Miller? ¿Qué ha hecho Skana? ¿La ha ofendido?

No, era mucho más complicado que eso y Gaagii no tenía ninguna intención de abrir la boca al respecto. No con su madre. Ella no entendía su autismo, siempre dio por hecho que era raro sin más, no se le ocurrió llevarlo a un especialista.

—No, no la ha ofendido.

—¿Entonces?

El hombre suspiró con desánimo.

—Cosas nuestras. Tengo que colgar. Adiós.

—¡No me cuel...!

Le dio al botón táctil y cesó la llamada. No quería hablar más, solo dedicarse a su pasatiempo favorito.

Fue a seguir con sus cosas cuando un pitido le indicó que le había llegado una notificación. La miró porque no podía soportar ver iconos perennes en la pantalla, le producían TOC¹⁰. Leyó con atención:

>Hola. Soy Scarlett. Nicholas me ha pasado tu número. El martes de la semana que viene tengo libre. ¿Quieres que demos un paseo y tomemos algo por la tarde?

Gaagii no dio crédito. Releyó cinco veces el texto, incrédulo. Estuvo a punto de reclamar a su hermana, incluso hizo el gesto de ponerse en pie y abrir la boca, pero no salió sonido alguno de su garganta.

No supo qué hacer y se mordió el labio inferior. Al final le escribió a Scarlett tras pensar con detenimiento cómo expresarse.

<**Vale.**



Cuando Henry abrió los ojos y vio que seguía en aquel piso, se sintió intranquilo. Despertar en él le hacía sentir como si las semanas anteriores no hubieran sido más que un sueño que se había esfumado en un parpadeo. Tenía que hacer un esfuerzo titánico para no verse arrastrado a la tristeza e, incluso, recordarse que Nick y Bloomfield no eran ningún espejismo. Cuando lo conseguía, se sentía con fuerzas para ponerse en pie.

Tenía que reconocerlo: no se imaginó que volver a su casa iba a provocar un sentimiento semejante en él. Creía ser feliz en Columbus, en aquel agradable barrio en medio de la ciudad. El piso era amplio y acogedor, pero para Henry ese hogar ya no representaba más que un espacio extraño. Un lugar que pertenecía a una vida distinta que no volvería. El simple hecho de estar allí le causaba ansiedad, por más que sonriera de vez en cuando evocando a Kat entre los recuerdos que poblaban estanterías y cajones. Simplemente ya no era su casa.

«¿Qué voy a hacer?», pensó al ser consciente de que, una vez terminada la reforma, regresaría a ese piso y, entonces, todas esas sensaciones que conseguía mantener a raya gracias a Nick, se abalanzarían sobre él como un alud.

Prefirió no darle más vueltas y centrarse en terminar de recoger todo. En cuanto hubiera cerrado la última caja podría marcharse y alejarse de allí, pese a que solo fuera una solución momentánea.

Pasó el resto de la mañana amontonando bocetos de su mujer, lienzos terminados y recuerdos diversos de su relación con ella. Al terminar, hizo de tripas corazón y se preparó para ir a comer con sus padres a un restaurante de la zona.

Henry los quería mucho, pero no podía evitar notar como, algo en su interior, le avisaba de que no debía reunirse con ellos. O más bien con su madre. Le encantaba controlarlo todo, formaba parte de su carácter. Su manera de demostrar cariño era atándolo en corto y decidiendo qué resultaba ser mejor para él; como con la música.

El piano no era práctico según ella. Ser ingeniero medioambiental sí. En el fondo, Henry sabía que su razonamiento tenía lógica, porque vivir del arte resultaba difícil. Había visto sudar sangre a Kat para hacerse un hueco y una clientela fija que le permitiera pagar las facturas. Sin embargo, a pesar de ver sus desvelos, siempre la admiró por hacer lo que amaba.

El hombre suspiró y salió del piso tras amontonar un buen número de cajas junto a la entrada. Mientras bajaba a la calle y se subía al coche, se planteó la posibilidad de zanzar la comida lo más rápido posible, llenar un par de cajas más e irse directamente hacia Bloomfield para darle una sorpresa a Nick. Una locura, como todo lo vivido semanas antes.

Llegó al restaurante quince minutos después, pero sus padres no habían hecho acto de presencia. Su padre era de las personas más impuntuales del mundo, lo que contrastaba con el carácter controlador de su madre.

—¡Será posible! —Escuchó de repente a su espalda.

Al darse la vuelta se dio de bruces con Gareth, un compañero de trabajo que acababa de salir del restaurante. En cuanto lo reconoció, Henry sintió un escalofrío desagradable; todo lo relacionado con la empresa le provocaba agobio.

—¡Hola, Gareth! ¿Terminando tu hora de descanso?

—Algo parecido. Me he reunido con un cliente en la barra.

—¿Un cliente? Eres ingeniero, ¿qué haces pateando la calle?

—Ya sabes cómo es esta empresa, Henry. Hay que hacer lo posible para conseguir más proyectos... ¡Pero no hablemos de eso! ¡¿Cómo estás?!

—Tirando, ya sabes...

—Sí... —Su expresión se oscureció un poco. Fue como si no hubiera sido consciente de las circunstancias de Henry hasta ese preciso instante—. Poco a poco.

—Ya...

—B-bueno, Henry, me alegro mucho de haberte visto. —Miró el reloj de su muñeca aunque, por lo rápido que fue, pareció más un gesto actuado que otra cosa—. Tengo que volver a la oficina.

—«Hay que hacer lo posible para conseguir más proyectos», sí.

Su compañero se alejó y Henry, en cuanto salió de su campo de visión, se vino abajo. Exhaló todo el aire, como si estuviera contaminado, y luego aspiró con dificultad, taquicárdico.

«Con lo grande que es Columbus y tenía que encontrarme a Gareth Morris...».

Se le pasó por la cabeza entrar en el restaurante y pedir una copa, la necesitaba, pero sus padres llegaron mientras se decidía.

Ella caminó hacia Henry regañando a su marido, en ese monótono y habitual ritual de reproches.

—¡Siempre me haces lo mismo, Edward! ¿Es que nunca podemos llegar cuándo toca?

Él la siguió perdido en sus cosas. Henry se parecía físicamente a él, aunque tenía el cabello ondulado y moreno de su madre. Ambos eran muy distintos y también felices.

«Yo quiero eso», pensó Henry esbozando una rejuvenecedora sonrisa.

—¡Hijo! —Su madre lo abrazó con efusividad junto a la entrada del local—. ¿Te echas crema solar? —Su mirada se afiló con aire reprobatorio—. Estás más moreno.

—Estoy bien, no te preocupes. —Rio.

—Desde luego —apuntó su padre—. Se te ve mejor de ánimos.

Él no supo qué decir, así que asintió y los instó a entrar.

Mientras eran atendidos y dirigidos hacia una mesa, su madre no se calló ni un solo segundo. Le contó toda clase de chismes: le habló de lo que le preocupaba que estaba sobre la economía del país y también le transmitió las condolencias de otras tantas personas. Habían pasado más de seis meses, pero parecía que Columbus no terminaba de dejarle pasar página; y su madre tampoco.

—Bueno, hijo. —Ella se recolocó en el asiento, preparándose para redirigir una vez más a Henry por el buen camino—. Estamos preocupados.

—Lo estarás tú, Lorraine —intervino su padre. Y dio un sorbo a la copa de vino que había pedido—. Yo estoy bien.

Lorraine lo apuñaló con una mirada rápida y siguió a lo suyo.

—¿No crees que va siendo hora de terminar ya con esa reforma?

Henry suspiró porque se imaginaba que ese sería el tema de conversación.

—¿Ni siquiera vas a esperar a que me traigan la comida?

—Perdona, hijo. —Aun así insistió—. Pero no duermo bien de la preocupación.

—¿Preocupación de qué?

—¿De qué va a ser?! Has dejado tu vida de lado y has desaparecido del mapa —dramatizó.

—Tampoco es eso. No llevo fuera ni un mes.

—¿Y te parece poco? Tres semanas es mucho tiempo y el trabajo no te va a esperar para siempre.

Henry cerró los puños bajo la mesa, exhausto. Sabía de sobra que la empresa lo necesitaba. Simplemente no quería pensar en ello, no quería pensar en muchas cosas.

—En un par de semanas estará lista la casa. —Y, al decirlo, se sorprendió.

La verdad era que no había sido consciente del poco tiempo que le quedaba en Bloomfield. ¿Cómo podía haber vivido y sentido tanto en menos de un mes? ¿Y cómo resultaba posible que en unos días tuviera que regresar a su anodina vida en Columbus?

Pensar en Nick lejos de su día a día le produjo un nudo en el estómago. Ese hombre tan bueno no lo había agobiado con el hecho de que no sabía qué sucedería cuando la reforma estuviera terminada y, a pesar de ello, trabajaba en ella de forma incansable para entregar la casa a tiempo.

—¿Un par de semanas? ¿Y no podría ser menos tiempo?

—No —respondió con un aire tan tajante que incluso su madre supo que era el momento de zanjar aquel tema.

Edward, que había observado todo copa en mano, miró en rededor farfullando sobre la comida. Lo de ese hombre era de otro planeta, para él todo carecía de importancia. Se dejaba llevar como un trozo de madera río abajo.

—Hijo... —Lorraine volvió a abrir la boca, modulando bien el tono para no molestarle—. ¿Y has pensado quedarte un poco más en la ciudad? Podríamos ir a comer a casa de tus tíos...

—Tengo que volver y supervisar las obras.

Sus padres no podían verlo, pero tenía los dedos aplastados contra las palmas y corría riesgo de clavarse las uñas por la tensión. En ese instante no solo odiaba ese lugar, se odiaba a sí mismo, porque quería irse y regresar a Bloomfield. Se sentía un extraño, alguien distinto a ese Henry Banks del que se enorgullecían sus padres. Como si llevara una identidad ajena que solo le causaba dolor.

—Pero, Henry, no falta tanto para tu cumpleaños. ¿No sería mejor quedarte hasta entonces? Así no tendrías que hacer dos viajes.

—¿Dos viajes? —La miró sin comprender—. No voy a hacer dos viajes. Pasaré mi cumpleaños en Bloomfield.

—¿Qué?! —La mujer se escandalizó—. ¡Pero había planeado una comida con toda la familia! —Aún no había llegado el primer plato y su hijo ya deseaba que le trajeran el postre—. Vendrán los primos de Cleveland y Samantha Clark con sus padres. Además de Thomas y Beth, claro.

Henry no tenía ni idea de quiénes eran la mitad de esas personas. ¿La familia? Esa no era su familia, lo eran...

«Nick... Scarlett, Skana... Gaagii».

—No pienso volver —dijo, más como un deseo a largo plazo que un plan que cubriera solo las próximas semanas.

—¡Henry!

—Madre.

Cuando Henry llamaba «madre» a Lorraine, significaba que estaba molesto con ella. A la susodicha no le importó.

—¿De verdad te parece adecuado pasar solo tu primer cumpleaños sin Kat?

—No voy a pasarlo solo.

—¿No? ¿Y con quién lo vas a pasar?

—Con mis amigos de Bloomfield.

—¿Amigos de Bloomfield? ¡Qué tontería! Dirás conocidos de Bloomfield, porque, como bien has dicho, llevas tres semanas en esa ciudad de las narices. —Los modales de Lorraine se resquebrajaron como su paciencia y amenazaron con arrasar con todo—. Tus amigos, tu familia, estamos aquí.

—¿Y qué amigos son esos, madre? Porque no se me viene a la mente ninguno. Recuerdo a vecinos y a familiares lejanos que veo una vez al año, con suerte. Tengo compañeros de trabajo y conozco a antiguos amigos de Kat, pero eran eso: amigos de Kat. —El labio le tembló un instante, controlando las ganas de llorar al percatarse de lo vacía que era su vida en Columbus desde que su mujer no estaba—. Vivo rodeado de decenas de personas que no me conocen ni sienten mi dolor. No saben quién soy, ni lo qué quiero.

—Henry, por favor —suspiró con aire molesto.

El camarero llegó justo en mitad de la discusión con los primeros platos, lo que provocó un incómodo silencio. Solo cuando se marchó, la refriega continuó:

—No pienso volver a Columbus para mi cumpleaños. Es mi vida y soy yo quien tomo mis decisiones.

—Ya he visto cómo las tomas: pones en peligro tu futuro, dejas el piso cerrado a cal y canto, y cruzas medio país hasta el culo del mundo para jugar a ser constructor.

Aquello fue demasiado para Henry. Se levantó como un resorte de su silla y miró muy serio a su madre.

—Bloomfield solo está a medio día de aquí. Y lo que hago es mucho más que jugar. Esto es algo importante, y que no lo veas dice mucho de lo poco que me entiendes. —Miró a su madre sin mudar la expresión al tiempo que soltaba unos billetes sobre el mantel—. Gracias por la comida, pero se me ha cerrado el estómago con esta estúpida pelea. Os quiero, eso no lo dudéis, pero me voy. —Y rodeó la mesa mientras su madre le pedía que volviera con la boca pequeña, no quería que el resto de clientes se percataran.

—Lorraine... —empezó a decir su marido—. Te has pasado de la raya. Ya es mayorcito para decidir qué quiere hacer con su vida. Y después de lo que le ha pasado con la pobre Kat...

Su hijo salió de allí igual que un preso liberado de la cárcel y, al alcanzar el exterior, sintió la necesidad de gritar muy fuerte, aunque se contuvo.

Tenía el coche muy cerca de allí, pero estaba tan nervioso que no se vio capaz de conducir, así que eligió una dirección al azar y empezó a caminar para serenarse un poco.

Recorrió la ciudad sin prisa, sin destino. Se limitó a mantener la mente lo más limpia posible, con pequeños recuerdos fugaces de sus días con Nick. Cuando eso sucedía, todo se volvía menos triste, aunque no durara mucho. El aire de la ciudad parecía enfermar su mente, sus ánimos. No había querido reconocerlo, pero ahora lo sabía: Columbus ya no le hacía feliz.

El tono de llamada de su móvil lo sacó de sus pensamientos. Sonrió con energía pensando en que sería Nick. Sin embargo, al mirar la pantalla, su rostro se demudó.

«No. Ahora no».

—Henry, buenos días. —Una voz muy conocida surgió del altavoz cuando el pianista descolgó.

Se trataba de Mike Thornton, su jefe.

—Buenos días.

—Disculpa que te moleste, pero ha llegado Gareth a la oficina y ya sabes cómo es... —Su voz se volvió más seca, si es que eso era posible—. ¿Es cierto que estás en la ciudad?

—Sí. He regresado unos días para hacer algunas gestiones.

—Ya. —Un par de segundos de silencio pusieron a Henry de los nervios—. ¿Y esas gestiones van a durar mucho tiempo?

—N-no lo sé. ¿Por qué lo preguntas? —Se detuvo junto a un arcén. Los coches pasaron muy cerca a gran velocidad. Al otro lado de la calle había una ristra de locales. Henry se quedó mirándolos, rígido.

—Ya sabes cómo es este negocio. Estamos siempre hasta arriba de trabajo. Si nos relajamos, los contratos no salen y la verdad es que nos preocupa que los proyectos que tenemos asignados vayan cerrándose y no surjan otros nuevos.

—Claro, es natural —intentó sonar conciliador, aunque tuviese la mandíbula en tensión.

—Me alegra que lo entiendas. Lo cierto es que estamos trabajando en una actualización de la planta de extracción de gases de tolueno que instalamos en Boston hace tres años. Nos gustaría mejorar el sistema de absorción y querría que vieras los planos para hacer algunas mejoras. También hay un par de licitaciones a las que queremos...

—Mike, Mike... Pero... Recuerda que pedí un tiempo para mí y para hacer estas gestiones...

—Por eso te llamaba, Henry. ¿Van a durar mucho?

—¿Disculpa?

—Te necesitamos. La empresa no puede permitirse que esta situación se alargue.

—Pedí una excedencia y me la concedisteis. ¿No habéis contratado a un sustituto temporal?

—Sí.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema?

—Pues que parece que no estás comprometido con la empresa —sonó como si lo estuviera culpando de todos los males.

—¿Qué? —Henry no dio crédito.

—Ha pasado casi un mes sin que sepamos nada de ti. Te fuiste sin avisar con suficiente tiempo de antelación para que nos adaptáramos y ahora me entero de que estás de fiesta por ahí... ¿Qué quieres que piense?

—Estaba comiendo con mis padres y recogiendo las cosas de mi mujer, la cual murió de cáncer hace apenas siete meses, por si se te había olvidado. ¿Qué cojones me estás contando?

—Henry, Henry, tranquilo. No hace falta ponerse desagradable.

—¿Y por qué entonces lo estás siendo tú? —lo increpó.

—No pretendo molestarte, pero tienes que entender la situación.

Henry estaba dando vueltas en círculos, ni siquiera se daba cuenta. Empezó a gritarle al teléfono, a decirle a ese hombre lo que pensaba de él y de la empresa. Le explicó lo mucho que la odiaba y lo mal jefe que siempre había sido. Le recordó los años sacrificados por el trabajo, la de días libres tirados a la basura terminando informes para que todo marchara y como eso había impedido que viviera la vida que había planeado con su mujer.

Miró furioso al frente y caminó derecho a la inmobiliaria que surgía entre dos edificios de apartamentos. Los anuncios de «SE VENDE» destacaban sobre todo lo demás y parecían invitarle a tomar una valiente decisión.

—¡Dimíto! —soltó sin más.

—¡¿Qué estás diciendo? No puedes irte y ya está.

—¡Que os follen! —Y colgó.

Al hacerlo, durante un parpadeo, se sintió pletórico, pero después...

«Oh, Dios mío». Se llevó las manos a la cabeza, con los ojos desorbitados. «¿Qué acabo de hacer? ¿Cómo se supone que voy a pagar las facturas? ¡No puedo quedarme sin trabajo!».

Lo que tenía en Bloomfield era algo precioso, pero no podía quedarse sin empleo por más que lo aborreciese, era lo que le sostenía en aquella realidad cruel llamada vida.

Observó su móvil, temblando, y abrió a toda prisa la agenda de contactos para buscar el de su jefe. Luego observó la cartelería de la inmobiliaria. Estuvo un buen rato sopesando sus opciones, con el dedo rozando el icono de «LLAMAR» y el rostro desencajado de los nervios, hasta que al final se decidió.



**Lorraine
Banks**



Henry, tras un largo viaje de vuelta a Bloomfield, aparcó en el interior de su propiedad cuando ya había anochecido. Descendió del coche y le crujó la espalda por la tremenda paliza que se había dado. Luego cerró la verja y le echó un vistazo a las cajas que traía consigo. Estaba tan exhausto que decidió meterlas en casa al día siguiente, no fuera a terminar de partirse el lomo.

—La edad se empieza a notar... —se quejó con un suspiro al sujetarse las lumbares.

En cuanto entrara se daría una ducha reparadora y a dormir como un bebé. Lo sentía mucho por Nick, que le propuso ir a su apartamento, pero estaba un poco estresado por las circunstancias y decisiones tomadas, así que lo mejor era evitar que esa noche se vieran. Todo lo que le tenía que decir lo haría al día siguiente, consecuencias incluidas.

Al traspasar el umbral se dio cuenta de que una tenue luz iluminaba parte de la escalera. Eso le puso en alerta, por más que todo permaneciera en silencio, en su sitio y al entrar las cerraduras estuvieran echadas. ¿Se la habrían dejado encendida tras terminar el trabajo? Le pareció lo más lógico, pero...

Aun así, Henry tomó un paraguas y lo enarboló como si fuera un garrote por si las moscas. Subió poco a poco los peldaños con todos los sentidos alerta, siguiendo el haz de luz. Este provenía de su alcoba, por lo que se pegó a la pared. Le pareció escuchar un sonido metálico, así que se preparó para atizar a cualquiera que hubiese podido entrar en su casa a través de la puerta trasera, como el vecino loco, o un ladrón peligroso.

Entró en la estancia con el paraguas en alto y cara de cabreo... Cara que mutó a una de asombro al encontrarse con Nick en la cama completamente desnudo, salvo por el cinturón de herramientas que llevaba atado a la cadera, y que lo miró a su vez un tanto sorprendido.

El paraguas cayó al suelo y Henry se deshizo en carcajadas. Rio tanto y tan fuerte que se agachó en cuclillas para poder agarrarse de la tripa, con lágrimas en los ojos. Ver a Nick en aquella postura sexi, con la herramienta propia a la vista, le produjo un ataque de risa tal que fue incapaz de parar.

—¡No te rías de mí! —exclamó Nick, aturdido. Cambió de postura, aunque no se bajó del lecho. Al final se le contagió la risa e imitó a Henry que, con cierto esfuerzo, se puso en pie y fue hasta él para sentarse a su lado y abrazarlo, ahogando las risotadas en su cuello.

—Es que... ¡Es que creía que había un intruso!

—Ya he visto que querías clavarme tu paraguas...

Rieron de nuevo a todo volumen, cayendo de lado sobre el colchón. Pronto los carcajeos se convirtieron en gemidos y besos. Ya no pudieron parar. A Henry se le olvidó la molestia lumbar, lo que le dolieron fueron los testículos y la evidente erección bajo el pantalón vaquero.

Nick le bajó la bragueta para aliviar aquel pene duro, caliente y fuerte, masturbándolo con cadencia a la par que subyugaba a Henry bajo él, con besos cada vez más feroces y hambrientos.

Se despojó del cinturón de herramientas, que había sido parte de una broma sexi para sorprender a su hombre, y después desnudó con urgencia a este, que estaba muy excitado.

Henry tuvo que reconocer que la sorpresa de que Nick lo estuviera esperando desnudo, era mucho mejor que darse una ducha e irse a dormir. Lo había echado de menos, a él y a su portentoso cuerpo. Así que se dejó hacer todo lo que el susodicho quiso: lamerle los sensibles

pezones, pellizcarle los testículos con los dientes, así como el interior de los velludos muslos, chupar con fuerza su glande, masturbarlo a conciencia, que le metiera hasta tres dedos...

El contratista también lo echó en falta. Estaba tan enamorado que los días sin él fueron un tormento lleno de suspiros y sentimientos de soledad. Pero allí estaba Henry, entre sus brazos, permitiéndole degustarlo como un caramelo dulce y sabroso.

Lo asió del rostro, el cual notó cansado y con ojeras. Pero también percibió en su mirada un deseo sexual voraz mezclado con cariño.

—Te amo... —susurró Nick sobre los calientes labios de Henry, que temblaron hasta curvarse en una sonrisa dulce. El moreno no le dijo nada, permitió que se adentrara en su boca de nuevo y le quemara el paladar con la ardiente lengua—. Henry... No sabes lo mucho que te deseo, las ganas que tengo de penetrarte...

Henry se puso un poco tenso y Nick lo notó de inmediato, así que cambió de rumbo: lo asió con fuerza por la cintura e hizo que las tornas se cambiaran. Fue el pianista quien acabó encima.

Se deslizó a un lado, colocándose contra la espalda de Nick, acunando su cuerpo, sintiendo esas nalgas prietas contra el sensible pene.

—¿Quieres? —le susurró sobre la oreja, apartando esos cabellos castaños y largos.

—Joder, sí. Claro que quiero —gimoteó haciendo fricción contra la entrepierna dura de Henry.

Este sacó el lubricante de la mesilla y vertió un buen chorro sobre sus dedos. Los deslizó con suavidad entre la carne caliente de Nick, metiéndolos y sacándolos, preparando la zona para ser embestida con todas las ganas del mundo.

Nick gimió, temblando de placer. Henry lo tenía entre sus brazos, contra su pecho. Podía sentir en la curva de la espalda esa dureza húmeda que iba a penetrarlo hasta correrse dentro de su culo. Ya no lo hacían con condón, estaban seguros de que no se contagiarían nada. Y follar a pelo los ponía muy cachondos a ambos, mucho más calientes.

Henry consideró que Nick estaba preparado, así que lo asió de las caderas para que se pusiera a cuatro patas y se posicionó. Poco a poco, guiándose con la mano, introdujo el glande y empujó hasta meter medio miembro, grueso y caliente.

El contratista se derritió de puro deleite y hundió la cabeza entre los brazos cruzados, mordiendo la almohada, gimiendo sin control.

Aquello puso tan bruto a Henry que terminó por meterle la polla del todo, hasta el fondo, arrancando un gemido de puro placer a Nick.

Los testículos de ambos chocaron, Henry apenas fue capaz de aguantar mucho tiempo, por lo cachondo que estaba. El culo de Nick y su polla encajaban tan bien —como dos piezas de un puzle— que la fricción le produjo un ramalazo de placer intenso. Recorrió su cuerpo y un chorro de semen inundó el interior de Nick. Jadeó de placer, lo hizo con potencia, agarrado con las manos a las caderas del hombre que tenía subyugado bajo él y parecía temblar de gozo.

Nick recibió el espeso, caliente y húmedo semen de Henry y lo lubricó más. Para colmo, su hombre no paró de empujarlo pese a que ya se había corrido, empeñado en que él también eyaculara. Lo embistió con tal intensidad, que Nick jadeó al sentir cómo la polla de su amante pulsaba, una y otra vez, su punto más sensible. Los envites fueron tan potentes que le produjeron un orgasmo largo y placentero, seguido de otro peneano que dejó las sábanas bien húmedas.

Se quedaron ambos respirando con fuerza, sin moverse.

—Joder, Henry... Joder... —fue lo único capaz de decir.

—Ha sido... —Henry se quedó sin palabras.

Se retiró de Nick con sumo cuidado y lo limpió con las sábanas. Total, ya estaban sucias. Hizo lo mismo con su propia anatomía.

—Cinco días sin follar contigo son muchos. —Jugueteó el contratista.

Henry lo abrazó contra sí, aspirando el aroma de Nick. El contacto con su cuerpo lo relajó.

—Seguro que te has matado a pajas pensando en mí a todas horas.

—Cómo me conoces... —Su sonrisa se ensanchó—. Y aun así mira qué corrida. —Señaló la cama.

—Ve a ducharte, pedazo de guarro. Mientras cambiaré las sábanas y después iré yo —dijo Henry.

No tardaron mucho en refrescarse, así que volvieron a descansar sobre el colchón limpio, abrazados.

—Quería darte una sorpresa —musitó el castaño.

—Me la has dado, y tanto que me la has dado... Yo que pensaba que a estas horas estaría roncando como un bendito... Me he bajado del coche, dolorido, pero ha sido verte disfrazado de tonto y se me han pasado todos los males.

—¡Un respeto a mi cinturón de herramientas!

—Sabes que me pone verte trabajar y te has aprovechado de mi inocencia.

—¿Inocente tú? —bufó Nick—. Pues para ser tan inocente, bien que me has follado el culo.

—¡No seas ordinario! —lo reprendió.

Nick le tapó la boca con un beso divertido, cómplice. Se rieron de la conversación como un par de tontos.

—Necesitaba verte, tocarte, constatar que eras real, que volvías conmigo, que... —A Nick se le quebró la voz—. He pensado mucho estos días. En lo nuestro, en esta relación tan maravillosa que tenemos. No sé muy bien qué es para ti, creo que lo mismo que para mí porque tú no eres de los que se enamoran a la primera de cambio.

—No, no soy de esos, ya lo sabes. Ni tú tampoco, así que es algo que me hace sentir seguro.

—Bien, yo... Sé que la reforma está llegando a su fin, que cuando volvamos de vacaciones la terminaremos y... —carraspeó con nervios—, solo sé que quiero estar contigo. Así que, tras sopesarlo con calma, he decidido que cuando vuelvas a Columbus, te seguiré.

Henry se quedó perplejo, mirándolo a los ojos. Nick lo decía muy en serio, no le cupo la menor duda.

—¿Qué?

—Venderé mi apartamento, cerraré la empresa y buscaré trabajo allí. Pero no quiero separarme de ti. Si ya seguí a Michael a Rochester, imagina contigo, que... que eres lo mejor que me ha pasado. ¿Te parece bien?

Henry se sentó y miró a Nick con el ceño bien fruncido.

—No.

El contratista sintió un sudor frío recorrerle todo el cuerpo y un malestar muy desagradable.

—¿No quieres que vaya?

—No, no quiero.

—Entiendo...

—No, no lo entiendes. Lo que pasa es que he sido yo el que ha puesto en venta su piso y mandado a la mierda el trabajo.

Nick se quedó congelado y con los ojos abiertos como platos, observando a Henry. A este le entró una risilla nerviosa.

—¿Que has hecho qué?

—Lo que has oído: no pienso volver más que para firmar la venta del piso. En cuanto a mi antiguo trabajo, lo aborrecía con toda la rabia del mundo.

—¿Y tus padres? —Nick se sentó a su lado y lo tomó de las manos, acariciándolas con los dedos, nervioso.

—Estarán bien. —Aunque pensar en su madre hizo que Henry sintiera un poco de desazón—. Los iré a ver, no pasa nada.

—Entonces... ¿no te vas de aquí?

—No.

—¿Te quedas conmigo?

—Así es... Si me aceptas.

Nick no cupo en sí de gozo, así que abrazó a Henry contra él y se puso a sollozar de alivio y alegría. Henry se contagió de aquellos sentimientos tan auténticos. Se besaron largo rato.

—¿Quieres vivir conmigo en el apartamento? No tienes que pagarme nada, no te preocupes. Solo los gastos que generes —propuso Nick.

—Qué lanzado te veo.

—Ya, perdona. Es la emoción. Entenderé que sea muy precipitado y prefieras alquilar algo.

Henry le limpió las lágrimas. Aquel ser humano era precioso, un hombre con una bondad infinita.

—Estoy preparado para volver a compartir mi vida con otra persona. Me siento libre. Contigo. Aquí. —Nunca había sido tan sincero consigo mismo.

—¿Eso es que sí?

Henry asintió. De pronto se vio comido a besos por Nick.

Se tumbaron el uno al lado del otro, se miraron con ternura, sonrientes.

—Te amo, Nicholas Miller. Te amo con todo mi ser... —Pellizcó su barba y luego la rozó. Cerró los ojos y permitió que su pareja le acariciase el rostro y el pelo. Pudo sentir sus callosas manos sobre la piel, sus labios suaves sobre la boca, las cosquillas de su bigote sobre la oreja.

—Yo también te amo, Henry Banks. Más que a nada en este mundo.

oOo

La señora Harrison estaba entretenida regando sus petunias. Era uno de sus momentos preferidos de la mañana, pues podía desconectar lo suficiente como para encarar el resto del día. No es que fuera infeliz, ni mucho menos, pero su hijo le traía de cabeza. Si su marido ya se había encargado de sembrar ese hediondo germen de odio que influía en el carácter de su hijo, la era de Internet solo había ayudado a que se acrecentara esa actitud beligerante que la tenía ahora tan intranquila.

Linda creía que era el amor, por Dios, por los demás, lo que todo el mundo deseaba, y que dárselo a su hijo sería suficiente, pero Jerome necesitaba el que no tenía: el de su padre.

Con ese pensamiento envenenándola, tanto que a veces podía sentir punzadas recorriéndole el pecho, dejó la regadera con sumo cuidado junto a sus flores y esbozó una sonrisa al ver llegar a su querido vecino.

—Buenos días, Linda.

—Buenos días, Henry —lo saludó. Este llevaba consigo un paquete delgado pero voluminoso, forrado con papel delicado y cruzado por un par de cuerdas de rafia—. ¿Viene con un obsequio? Dígame que es para mí, hace mucho que nadie me trae regalos.

Él sonrió con una felicidad genuina que no había visto antes. La que conocía solía nutrirse de

nostalgia y parecía haber mutado a algo mucho más puro y hermoso.

—Por supuesto.

—En ese caso, entremos. Este acontecimiento merece una taza de té o café.

—Un café sería estupendo.

Linda se alegró de que su hijo no estuviera en casa. No solo porque el mobiliario parecía recuperar el color de antaño, como si su presencia oprimiera cualquier atisbo de felicidad, sino porque él no habría permitido que Henry pisara el lugar por nada del mundo. No solo por su estúpida animadversión hacia él en particular, sino por lo inapropiado que le parecería que una mujer estuviera a solas con un hombre. En ocasiones, la señora Harrison se sentía como si hubiera vuelto a los sesenta y su marido le hubiese robado el cuerpo a Jerome.

Después de que Henry acomodara por ella unas sillas frente a la mesa del salón, Linda sacó una cajita de pastas de té y se dirigió a la cocina para preparar sendos cafés.

Él, con buen ojo, no se limitó a esperarla como un pasmarote en la otra sala, sino que la acompañó para darle conversación.

—Es una lástima que no me visite a menudo, me vendría bien algo de tertulia inteligente para variar. Mi hijo solo habla de Dios, y bien sabe nuestro señor que lo adoro, pero mi vida es más que devoción. También disfruto de un buen chisme. —Encendió la máquina de café y afiló la mirada dirigiéndola hacia Henry—. ¿Trae algún chisme? ¿Tal vez alguno sobre cierto contratista de cuerpo escultural?

Él abrió mucho los ojos y se le descolgó la mandíbula.

—Pero, ¡Linda!

Ella se echó a reír con esa voz rasposa que tenía a causa de la edad. Se tuvo que agarrar a la encimera y afianzar el bastón para no perder el equilibrio.

—No me mire así, querido. Es evidente lo que pasa. Tengo ojos y me aburro mucho.

—Lo lamento, no pretendía incomodarla.

—¿Incomodarme?! Ver a dos personas amarse y darse tanto cariño como el que yo le doy a mis plantas es lo más revitalizador que he experimentado en mucho tiempo. Y en esta época falta me hace.

—Creí que usted podría sentirse incómoda...

—¿Por qué? ¿Por ser una cristiana devota? No sea simple, Henry. Déjele eso a mi Jerome.

Ella cogió una de las tazas de café, ya listas, y se la tendió a su vecino. Luego le pidió que la acompañara de regreso al salón.

—Aunque en realidad lo que a mí me parezca no importa. Ni al resto. —Se sentó con un quejido a causa de la fatiga, cada día los pasos eran más pesados y difíciles—. Habrá gente que hablará mal y al resto le importará un pimiento. Así será en todas partes. Quienes no estén de acuerdo van a hacer mucho ruido, pero serán minoría. Es algo que he aprendido con el tiempo, así que recuérdelo bien. —Removió la cuchara dentro de su café y sorbió con gracia.

Él no supo qué decir, así que la imitó. Luego optó por tomar la iniciativa.

—Tenga. —Le tendió el regalo y ella, como una niña chica, lo desenvolvió con entusiasmo.

—¡Oh! Qué maravilla. —Lo observó con los ojos centelleantes. Tenía entre sus temblorosas manos un cuadro con unas flores pintadas al óleo. Pero estas emulaban el efecto del cristal y, a través de ellas, se asomaba el sol, dotándolas de un brillo flamígero que refulgía por el resto de la pintura allá donde alcanzaban sus reflejos—. ¿Es de...?

—Sí. De Kat.

—¿Y está seguro de que puedo quedármelo?

—Sería un honor. Además, regresé de Columbus anoche. He traído toda su colección

conmigo. Reconozco que este regalo no es solo por su amabilidad. Quería que lo viera para pedirle un favor.

—¿Un favor? ¿Qué podría hacer una vieja como yo?

—Me gustaría organizar una exposición de arte en honor a mi esposa. Quiero que la gente de Bloomfield disfrute de sus obras y tenga un recuerdo hermoso de ella. No deseo que al oír su nombre piensen en «la hija malograda de los Sanderson», sino en «la excelente artista de Bloomfield». Sería estupendo que pudieran admirar sus cuadros y comprarlos si lo desean. Que haya una parte de ella en los hogares de toda la ciudad y que lo recaudado vaya íntegramente en favor de la lucha contra el cáncer.

—¡Es una idea hermosa, muchacho! —La mujer se emocionó.

—Eso pienso, sí. Pero no conozco a nadie para organizar algo así. Y dado que usted forma parte de la iglesia local...

—No diga más, delo por hecho. Hablaré con el párroco esta misma tarde y le expondré su propuesta.

—¿De verdad?

—Claro, Henry.

Y justo después se escuchó el chasquido del bombín de la puerta girando y la voz de Jerome recorriendo la casa, oscureciéndola.

—Ya he vuelto, madre.

El rostro de Linda mutó a una expresión descompuesta, que transmitió a Henry la sensación de que estaban haciendo algo terrible que no debía ser descubierto.

El hijo de la anciana se asomó por el marco de la puerta que daba al salón y también cambió su gesto, tornándose en puro odio.

—¿Qué haces tú aquí?! ¡Fuera de mi casa!

Si no se abalanzó sobre Henry fue porque su madre, con esfuerzo, se interpuso entre ambos estirando el bastón y caminando apoyada en el borde de la mesa.

—¡No hables así a mi invitado!

—¿Invitado?! ¡Es un...!

—Es un vecino excelente que ha venido a charlar y traerme un obsequio.

—¿Excelente?! —Soltó una carcajada envenenada—. ¡Es un maldito degenerado sexual! Lo sabe todo el mundo.

—Jerome Harrison, si vuelves a decir algo así de este hombre... —Le dio un golpecito con la puntera de su bastón—, te arrepentirás. No he criado a un ignorante, así que no te comportes como tal. Dios ama a todo el mundo, así que aplícate el cuento.

—¡Es un pecador, madre! —Vio la pintura sobre la mesa—. ¿Y esto...? —Sorteó a su madre y enarboló el cuadro en el aire con intención de destruirlo contra el canto del mueble—. ¡Es maligno!

—¡Es de mi difunta esposa! —Henry gritó de repente, en un tono tan terrible que hizo que los Harrison se detuvieran en seco—. Puedes pensar y decir de mí lo que quieras, incluso prohibirme volver, pero no te atrevas a destruir ese cuadro. En tus manos tienes parte de lo que queda de una mujer maravillosa que no merece tu odio. Si lo estropeas... —No dijo nada más, pero pensó: «Te partiré la cara».

El hijo de Linda dudó al ver aquella expresión desconocida en el rostro de Henry, pero sin mediar palabra depositó la pintura sobre la mesa, lo que alivió a su madre, que estaba a un paso de que le diera un vahído.

—Jerome, mi vida, ¿por qué eres así? No te ha hecho nada malo —gimió con cansancio.

—Su existencia es una perversión en contra de la naturaleza y de Dios...

—Tu padre ya no está. No tienes por qué recitar sus estupideces.

Él la miró, sorprendido.

—Padre era un gran hombre, y me siento orgulloso de lo que aprendí de él y de la Biblia. —
Levantó el mentón con suficiencia.

—Tu padre nunca entendió lo que la Biblia quería enseñarle. Odiar solo le trajo soledad, lo que le hizo infeliz y por eso mismo siempre le deseó sufrimiento a todo el que le rodeó.

—¡No voy a permitir que mancille su nombre, madre!

—¡Y yo no dejaré que sigas amargándole la vida a los demás! ¡¿Quieres ser un buen cristiano?! ¡Pues compórtate como tal!

Henry, impresionado por la fiereza de la mujer, comprendió que era el momento de marcharse. Ambos tenían mucho de qué hablar. Echó un último vistazo a la pintura de su mujer y luego se alejó en silencio.

Los gritos de los Harrison se elevaron cuando abrió la puerta del recibidor y salió al aire libre. Cuando alcanzó la cerca, Linda estaba llorando, aunque seguía soltando todo lo que no se había atrevido a decirle a su hijo hasta ese día; cosas que Jerome desconocía de su padre.

La cuestión era si él seguiría los pasos de su progenitor, perpetuando aquella malsana actitud o, por fin, entraría en razón y haría feliz a su madre.

oOo

Henry, tras aquel mal trago en casa de sus vecinos, pero más tranquilo, llegó a El Pato Desplumado ya vestido para trabajar, con su pantalón gris que le quedaba como un guante, la camisa negra arremangada hasta medio antebrazo y el pelo ondulado con un poco de gomina. De fondo se escuchaba *Dream A Little Dream Of Me*, de Ella Fitzgerald y Louis Armstrong.

Stars fading but I linger on, dear

Still craving your kiss

I'm longing to linger 'til dawn, dear

Just saying this

Atendió a un silbido y se giró.

—Pero, Henry, menudo bombón —lo aduló Scarlett—. Se nota que tienes el guapo subido. ¿Por qué será?

—Para que esta noche tu hermano no me quite los ojos de encima —respondió con picardía.

—¡Madre mía, Henry! —Ella se acercó con una bandeja llena de servilletas—. No sabes lo que me alegro por ello. Voy a terminar de preparar la mesa grande, tenemos un grupo numeroso esta noche.

Henry sonrió para sus adentros. Ya sabía que Nick tenía pensado llevar a toda la tropa.

—Qué te sea leve, cuñada... —Henry le dio un beso en la mejilla y ella se sonrojó, sorprendida—. Hoy estás muy linda—. Luego se fue al escenario para sentarse frente al piano.

—¡Eso de cuñada me lo has de explicar mejor! —exclamó la mujer.

La respuesta de Henry fue tocar el precioso instrumento acompañando a aquellos dos grandes del jazz.

Poco a poco se fue llenando el local, llegó Kamilah, que saludó a Henry cuando le llevó algo

suave para beber, y los camareros no pararon ni un segundo, en especial Scarlett.

Nick llegó junto con sus padres y se sentaron a la mesa que tenían reservada. Saludó a Henry desde lo lejos y este alzó la mano un momento, sonriente, pletórico. No podía sentirse mejor.

Después se personó Gaagii, aunque no con Skana, la cual apareció un rato más tarde y se sentó lo más lejos posible de su hermano.

Tom y Patrick llegaron juntos y, finalmente, Samuel lo hizo acompañado de su esposa.

Scarlett se encargó personalmente de atenderlos a todos, ponerlos firmes para que no armaran barullo mientras Henry tocaba y se afanó en que Gaagii se sintiera cómodo. Estaba un poco nerviosa por la «cita» que iban a tener el martes. De hecho, era la primera vez que se veían desde que él le contestó con un escueto «vale».

—¿Todo bien? —preguntó al hombre, con una sonrisa amable en la boca. Ese día se había maquillado un poco.

El indio la miró de forma breve, pues no era capaz de mantener los ojos sobre ella sin ponerse nervioso.

—Sí, muchas gracias. —Se bebió su cerveza sin alcohol de un trago. Se le había quedado la boca seca al ver a Scarlett.

Llevaba días dándole vueltas al martes en el que se verían a solas y no sabía qué hacer, ni con quién hablar. ¿Tal vez con Henry? Aunque estuviera con Nick, era el único hombre que conocía al que le gustaban también las mujeres y era una persona muy afable que no se reiría de él. Le pediría consejo, sí.

Henry hizo un descanso para acompañarlos y se sentó al lado de Nick, que no pudo dejar de mirarlo como un estúpido enamorado hasta las trancas y más allá.

—¿Qué? —indagó Henry, sonriente.

—Eres mágico.

El pianista casi se atragantó con el agua, riéndose con nerviosismo. Nick lo ponía nervioso con su romanticismo, tanto que le era imposible tomárselo en serio. A pesar de ello, se recompuso.

—Tú me haces mágico —le susurró en la oreja. Luego lo asió por el rostro y le dio un beso suave en los labios.

La reacción de Nick fue derretirse en la silla, pasando del sólido al líquido hasta llegar al gaseoso por efecto del calor.

El resto de los presentes se pusieron a silbar y a aplaudir como posesos, menos Gaagii, al que le dio vergüenza ajena y Tom, que se cruzó de brazos obcecado en poner cara de asco. Patrick le dio un golpe en las costillas para que se comportara.

—¡*Auh!* No seas bestia.

—Alégrate de que Nick haya encontrado a la pareja ideal, pedazo de calvorota.

A pesar de eso, Tom continuó con su cara de matón de tres al cuarto, aunque terminó por relajar el gesto al ver que Henry estaba siendo cariñoso con su amigo.

Por su parte, la madre de Nick se puso en pie para acercarse al pianista y le dio un abrazo, emocionada por aquella muestra de cariño en público.

—Gracias por elegir a mi hijo. Estoy tan contenta por los dos... —Miró a Nick con amor maternal.

—Él me ha salvado... Me ha hecho volver a la vida. —Henry giró el rostro hacia su compañero—. Así que, bueno... Hoy queríamos hacerlo público.

—*Umm*, ya era hora, que parecíais dos adolescentes escondidos por los rincones —intervino

el padre de Nick—. Ven cuando quieras a casa, Henry, estás invitado. Mi mujer te engordará hasta que parezcas un pavo. —Se tocó su incipiente barriga.

—¡Pero, cariño! Dios mío, lo que he de soportar a estas alturas —gruñó poniendo los brazos en jarras, ofendida.

—Estaré encantado de ir, sobre todo ahora que... —Henry miró a su pareja y esta asintió con la cabeza—, ahora que me trasladaré al apartamento de Nick a vivir.

—¡¿Ya no te vas?! —indagó Skana con los ojos brillantes, se puso en pie y fue hasta ellos.

—No, no me voy, me quedo para siempre.

Espachurró a Henry con tanta fuerza que Nick tuvo que obligarla a que lo soltara. Sin embargo, fue peor el remedio que la enfermedad, pues ella se colgó del cuello de su jefe y le plantó un beso en los morros que dejó a Nick como una estatua de granito.

—¡Dais grima de lo romanticones que sois! ¡Pero os quiero, síii! —Dio saltitos de alegría para mayor vergüenza de Gaagii, que se puso en pie y se fue al baño a intentar relajarse un poco.

De camino se encontró con una Scarlett de lo más atareada, que se detuvo al verlo con aquella cara de agobio.

—¿Pasa algo?

—Mi hermana... Que es una escandalosa.

—Tenéis que hablar... —musitó mientras le tocaba el musculoso brazo—. Ella te necesita.

—Tiene que aprender que no puede hacer lo que quiera o decir lo que se le pase por la cabeza sin más.

—¿Es por lo que me contó? —Se atrevió a abordar el tema.

El indio se quedó bloqueado. Hizo un esfuerzo para comunicarse bien con la mujer.

—En parte...

—A mí no me importa, quiero que lo sepas. De hecho, ahora entiendo muchas cosas sobre ti. Te he juzgado mal desde el instituto y ojalá me perdones... Puedes hablar conmigo de lo que quieras. Y no voy a hacerte un examen o algo así, te lo prometo —bromeó. Consiguió arrancar una sonrisa a Gaagii.

—Lo sé.

—Me tengo que ir a trabajar —se excusó cuando escuchó que la reclamaban desde la barra—. ¡Hasta luego!

Gaagii observó su menuda figura corretear de aquí para allá y suspiró. Los nervios por la «cita» se lo iban a comer vivo. Lo único que quería era abrazarla una vez, con una sola ocasión era suficiente. No pedía más.

oOo

La noche siguió su curso, todos se fueron menos Nick. La situación le recordó aquella otra noche, semanas atrás, donde él y Henry estuvieron hablando, achispados, antes de subir a la buhardilla del local y comerse a besos. No resultó tener un buen final, pero sí fue el comienzo de algo muy valioso.

Al igual que entonces, Henry se sentó junto a su novio, pero pegado a él para poder rodearlo por la cintura y besarle repetidas veces. En ocasiones se sorprendía de la naturalidad con la que había terminado por aceptar que era bisexual. Supuso que al no sentirse en un entorno hostil, sino en uno donde era bien recibido, lo ayudó con la transición, aunque esta hubiese sido tan rápida.

—Te quiero, te quiero, te quiero... —le susurró Nick, una y otra vez—. Estoy pletórico y no me creo la suerte que tengo de que estés a mi lado, chico mágico.

—¿Quieres bailar? —propuso el moreno.

Nick asintió y ambos se pusieron en pie.

De fondo, Scarlett les había puesto *Fire*, de Black Pumas, una sexi composición de soul moderno. Solo quedaban ella y Kamilah, que se miraron al ver a la parejita danzar bien pegados entre las mesas y riéndose.

—Creo que ya tengo a mi pianista fijo —aseveró la mujer con una amplia sonrisa en el moreno rostro.

—Yo también lo creo...

*Oh, I long for your lovin', I can't get enough
When you tell me I can be there when you love again*

*When there's a fire, call the fireman
If there is a pain, baby, call the doctor
Don't be afraid to say "I need you"
I will understand*

*Help me understand
Alright, help me understand you*

*Smooth, smooth sailing, when I understand
Smooth, smooth sailing on the other side*

*If there's a fire, call the fireman
If you're in pain, baby, call a doctor
Don't be afraid to say "I need you"
I will understand*



Aquel sábado por la tarde antes de trabajar, Henry le pidió a Scarlett si le era posible hablar con ella el domingo. Sin embargo, se iba a ir con unas amigas a pasar el día en un velero alquilado, ya que había pedido unos días a Kamilah para poder descansar.

—Podemos comentar lo que quieras cuando volváis de vuestro pequeño y romántico viaje. — Le dio un puñetazo en el pecho.

—No... Es que necesito que sea antes... —musitó él y se miró la punta de los zapatos.

—Oh, creo entender de qué va la cosa. ¡No te preocupes! Después de la jornada de hoy lo hablamos —añadió tras guiñarle un ojo e irse con una sonrisilla burlesca en la boca.

—Está disfrutando demasiado de esto... —susurró el hombre, suspirando.

Justo en ese instante, Kamilah llegó acompañada de un caballero de una edad similar. Era muy diferente a la mujer. Él tenía la tez blanca, llevaba el pelo corto, canoso, y parecía extranjero.

—Henry, querido. Te quiero presentar a mi pareja: Carlos Romano.

—Es un placer —dijo este tras tenderle una mano que Henry estrechó con fuerza. Su voz tenía cierto deje de un idioma latinoamericano.

—Igualmente.

Kamilah comentó que acababa de volver de un viaje.

—Carlos ha estado fuera este mes por motivos de trabajo. Es profesor en la Escuela de música Eastman.

—Debe ser un lugar maravilloso, he tenido el placer de verla por fuera cuando visité Rochester. Tengo entendido que es una de las más prestigiosas del mundo.

La mujer rio divertida al tiempo que tocaba el hombro de Carlos.

—Como ves, Henry es un enamorado de la música. Estudió en su momento, pero lo tuvo que dejar.

—Una verdadera lástima. —El hombre sonrió con afabilidad—. Tal vez lo puedas retomar en un futuro. Cada año entran en nuestra escuela estudiantes de todas las edades.

Henry se quedó perplejo.

—No creo que tenga tanto nivel...

—¡Oh, Henry! Siempre tan negativo. No infravalores tus capacidades. Deberías cultivarlas y no conformarte solo con tocar aquí —Kamilah lo riñó un poco.

—Déjame escucharte tocar esta noche. Tal vez pueda ofrecerte algunas impresiones al respecto —le ofreció Carlos.

Ella asintió de acuerdo con la idea. Henry no lo estuvo tanto sabiéndose observado por un profesor de la prestigiosa Eastman.

A pesar de ello, la noche fue como la seda. Kamilah cantó para los comensales acompañada de Henry. Interpretaron juntos *This Bitter Earth*, escrita por Clyde Otis, tal y como habían quedado. Luego ella se acercó al pianista y le preguntó si podría tocar *Nature Boy*, de Nat King Cole, porque sabía que el piano tenía que ser muy suave y Henry podría lucirse en un pequeño solo.

Con el musical de *Mouline Rouge*, esa composición se había popularizado mucho, y más con

la maravillosa voz de David Bowie.

*There was a boy
A very strange enchanted boy
They say he wandered very far
Very far
Over land and sea
A little shy
And sad of eye
But very wise was he
And then one day
One magic day he passed my way
And while we spoken of many things
Fools and kings
This he said to me
The greatest thing
You'll ever learn
Is just to love
And be loved in return
And then one day
One magic day he passed my way
And while we spoken of many things
Fools and kings
This he said to me
The greatest thing you'll ever learn
Is just to love
And be loved
In return*

«La cosa más grande que aprenderás, es simplemente amar y ser amado a cambio».

oOo

Carlos se acercó a Henry al finalizar la jornada y le dio un fuerte apretón de manos en clara

señal de que aprobaba sus interpretaciones.

—¡Muy bien! ¿De veras lo retomaste hace un mes? Es increíble, tienes talento.

—B-bueno... —balbuceó Henry—, sí...

—También tienes mucho que mejorar —añadió Carlos como un puñetazo en plena cara. Kamilah y su pareja eran igual de exigentes.

—¡Lo sé! —De algún modo eso lo animó más que el cumplido. Si Carlos consideraba que había margen de mejora, era porque podía ser bueno de veras.

—Te animo desde ya a que retomes la práctica académica. Cualquier cosa que necesites saber aquí estoy. En unos meses se abrirán de nuevo las plazas. Si te interesa, has de enviar antes del uno de diciembre una grabación con tres piezas variadas de *jazz*. En la web están todos los detalles. Pero si se te atraganta tú pregunta sin miedo. Te auguro un buen futuro siempre y cuando te lo tomes en serio. Y créeme que estas cosas no las suelto a la ligera.

—¡Por supuesto! No querría dejar en mal lugar a la persona que me ha dado una oportunidad. Además, me gustaría poder enseñar a otras personas en cuanto consiga un piano propio —expuso con ilusión.

Aquello era más complicado, teniendo en cuenta que era una pieza carísima por todo lo que implicaba. Era algo que llevaba rondándole la cabeza desde que había dejado su trabajo. Tampoco sabía si a Nick le parecería bien que diera clases en su apartamento. Pero tenía que trabajar para ganarse la vida, y no deseaba que fuera en algo que no le hiciera feliz. Salir de un trabajo insoportable para caer en otro no estaba dentro de sus planes.

—Pues ya sabes. Hazme caso y aprovecha el tiempo que te queda hasta diciembre. Espero escuchar tus piezas en la preselección. —Lo palmeó en el hombro—. Nunca es tarde para retomar el camino correcto.

Tras ello, Carlos y Kamilah abandonaron el restaurante y Scarlett se ocupó de todo hasta la hora del cierre total.

Llegó entonces el temido momento de charlar con ella. La mujer se había cambiado de ropa, preparada para salir. El hombre la acompañó mientras ponía en marcha las alarmas y cerraba todas las puertas.

—¿No te da miedo que venga alguien a por la recaudación?

—Lo reviento de una patada, no sería la primera vez. Sé kárate.

—¿En serio?

—Pregúntale a Nicholas si no me crees. —La pelirroja hizo un gesto seco con ambas manos que echó para atrás a Henry—. Aprendí en la universidad.

Caminaron cerca de la vera de la concurrida bahía. Desde allí se podía ver el barco casino de los padres de Gaagii y Skana, con sus luces y colores, además de otras tantas embarcaciones y locales veraniegos.

—En invierno no hay mucha gente, Bloomfield es un enclave tranquilo y húmedo.

—Me parece bien... —suspiró él, feliz.

—Bueno, bueno... ¿Qué problemilla sexual tienes?

Henry la miró con cara de horror. ¿Tan transparente era? Carraspeó antes de comenzar.

—Pues... Y-yo... Desde que comenzamos la relación... N-no... no soy capaz de... Ya sabes: dejarme...

—¿Dejarte qué, Henry? Hablas con una sexóloga. Así que dilo claro, que no me voy a espantar ni a reír de ti.

Se sentaron en un banco alejado del gentío, escuchando los botes flotar sobre el agua a sus

espaldas.

—Pues que no soy capaz de ser el pasivo.

Ya estaba, ya lo había dicho.

—Activo y pasivo no existen en una relación sexual sana, de la índole que sea. Es como decir que las mujeres somos pasivas porque nos penetra el hombre. Eso sin entrar en las relaciones sáficas. ¿Son pasivas ambas mujeres?

—No lo había pensado así...

—¿Tu mujer era pasiva acaso?

—¡No! Qué va... —Henry sonrió—. Para nada.

—A ver, lo que pasa es que el convencionalismo social nos hace creer que entre hombres tiene que haber uno que recibe y otro que da. O uno femenino y otro masculino. Y no es así. Otra cosa son las preferencias sexuales de cada cual. En tu caso lo que tienes es miedo a que te duela, a que te guste demasiado o a que pierdas tu hombría. ¿Cuál es?

—A que me duela... —confesó—. No me considero menos hombre, mi identidad de género está clarísima y... Me encanta tener relaciones con Nick. Pero creo que no es justo que siempre sea yo el que... ya sabes, eso... Y más a sabiendas de que su ex no cedía nunca.

Scarlett se quedó pensativa unos instantes, rumiando una respuesta acertada.

—Michael siempre fue un egoísta. Nicholas se sentía infravalorado, incluso pensaba que no era capaz de satisfacer a su pareja cuando el que sufría las carencias era él.

—Lo sé, y por eso quiero esforzarme y dejar que me haga lo que quiera. —Se puso a reír, nervioso—. Es muy extraño hablar de esto contigo.

—Lo que has de hacer es relajarte, tomar las precauciones de siempre y pedirle que vaya poco a poco. Si a la primera no sale como esperas, no será culpa de ninguno de los dos. No me cabe duda de que Nicholas hará todo lo posible para que estés cómodo. No sería capaz de hacerte daño, en ningún sentido.

Henry asintió un poco más tranquilo.

—Te acompaño a casa. Hay mucho borracho por ahí y necesitaré tu protección —bromeó el pianista.

Ella deslizó el brazo por debajo del de Henry y anduvieron a buen paso, alejándose de la bahía.

—Te daré unos consejos prácticos para que todo vaya como la seda —continuó ella, para bochorno del hombre—. Coges un buen lubricante y te exploras para dilatarte el an...

—¡Vale! ¡Lo he entendido! —la cortó, alterado.

—¡Uy! Pero no seas tímido. ¿Te crees que mi hermano no me ha dicho lo contento que está contigo? —Rio a carcajadas para vergüenza de Henry.

—No debería hablar de eso con nadie. Me va a oír... —farfulló con el rostro purpúreo.

—Vete a casa con él. Conociéndolo te estará esperando, ansioso por dormir contigo y lo que surja. Estaré bien yendo sola, ya sabes... —Realizó otra postura de kárate y puso cara de cabreo.

—Ok, pásalo bien con tus amigas... —Henry levantó la mano y se fue alejando.

—¡Y vosotros! ¡Ya sabes, ábrete! —Ella hizo un gesto obsceno con las manos.

—¡Scarlett! —la increpó desde la distancia, pero con una sonrisa en la boca—. ¡Qué vaya bien el martes! ¡Me han dicho que tienes una cita con un indio alto y cachas! —Henry se la devolvió y ella le hizo una peineta con el dedo.

Después de eso, el hombre se dirigió hacia donde tenía aparcado el coche y volvió a Rochester con su Nick.

oOo

Gaagii, aquella mañana de domingo, la dedicó a expulsar de su mente todos los aturullados pensamientos que la poblaban. La forma más efectiva era practicar el *sashimono*. Además, estaba montando una caja secreta para Scarlett, de esas que aparentemente no se podían abrir y se debía averiguar cómo. Había encajado las piezas, introducido un regalito en la cavidad y solo le quedaba terminar de pintar las lisas superficies con motivos ornamentales de estilo japonés. Asió regla y lápiz para dibujar la base y, justo en ese momento, escuchó un buen golpetazo en la puerta que le puso de los nervios; Skana se había ido sin decir ni adiós aunque, para el caso, dio lo mismo porque no le hubiese respondido.

El móvil sonó, por lo que descolgó de inmediato ya que esperaba aquella llamada. Le había pedido a Nick que hablase con Henry.

—¡Hola, Gaagii! —escuchó al otro lado.

—Buenos días, Henry. Te pido disculpas por molestarte en tu día libre.

—No te preocupes, para eso están los amigos.

Gaagii sonrió al escucharle decir que eran cercanos. Hasta ese momento, solo Nick lo había tratado con tanta naturalidad.

—Gracias, eres muy amable. Me cuesta un poco expresar lo que quiero preguntarte...

—Tómate el tiempo que necesites. Ya tengo hecha mi maleta para el viaje a las cataratas. Nick es el que lleva retraso —bromeó.

El hombrerón suspiró un momento, cogió la caja y sintió la madera bajo sus dedos. El suave tacto lo tranquilizó.

—Te parecerá una tontería, pero no conozco a ningún otro hombre con el que pueda hablar de esto...

—Nick me ha dicho que es sobre tu cita con Scarlett.

—B-bueno, no es una cita... —musitó—. Hemos quedado un rato para charlar... —Intentó pensar así para no ponerse más nervioso—. Pero es cierto que nunca he tenido muchas amistades y la única chica con la que hablo es mi hermana. Como tú has estado casado, pensé que me podrías dar algún consejo para comportarme bien. Scarlett tiene mucho carácter.

—No hace falta que me lo digas, ya lo sé... —Henry recordó el bofetón. Suerte había tenido de que no fuera un puñetazo de kárate—. Simplemente has de ser tú mismo, Gaagii. Eres un buen tipo, no hay nada de malo en ti.

—El autismo —se atrevió a abrir su corazón.

—Eres un hombre callado, tienes una forma de ser reservada, te concentras en el trabajo... Uno que te encanta y que haces muy bien, por cierto. ¡Y no estás nada mal! No me malinterpretes... —Henry se puso a reír y sacó otra sonrisa a Gaagii.

Se escuchó a Nick de fondo hacer una broma sobre que no le quitara el novio.

—Hay estudios que dicen que la mayor parte de las personas autistas no encuentran pareja, porque los que no están dentro del espectro no lo entienden, no lo quieren tener que soportar... —explicó el indio.

—¿Y te parece Scarlett una de esas personas?

—No.

—Ella quiere conocerte mejor. No sé a qué nivel, pero al menos desea ser tu amiga.

—Eso creo.

—Trátala como un caballero, sé respetuoso, permite que lleve la iniciativa si ves que tú no puedes. No es nada malo que una mujer te invite, aunque también podéis compartir los gastos.

Hazle un regalo sencillo, algo que le pueda gustar. Y habla, Gaagii, aunque te cueste. Habla con ella, que parece que muerde, pero no.

El hombre miró la cajita, emocionado. Tuvo unas ganas horribles de darle color y barnizarla.

—Eso haré. Muchas gracias, has sido muy paciente conmigo.

—Para nada. Gracias a ti por confiar en mis consejos.

—Pasadlo bien en las cataratas, son muy bonitas. Nick te quiere mucho, te quiere desde que te conoció.

—Y yo a él, también a vosotros: ahora sois mi familia.

Gaagii se emocionó de nuevo, aunque su cara no lo expresase.

—Nos vemos a la vuelta.

—Suerte con Scarlett y haz las paces con tu hermana, o vais a volver loco a Nick.

—Lo intentaré... Adiós, Henry.

—¡Adiós!

Después de eso colgaron y Gaagii retomó con ánimo su tarea. Ojalá Scarlett no tirara la cajita a la basura.

oOo

En casa de Nick, Henry dejó el móvil sobre la mesa y se dirigió al cuarto para ayudarlo con la maleta. Sin embargo, el tono de su teléfono lo reclamó y tuvo que dar la vuelta. El pianista frunció el ceño y miró la pantalla. Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

«Mamá», leyó.

Entre las opciones que se le pasaron por la cabeza estuvo la de tirar el móvil lo más lejos posible para hacer como si no lo hubiera visto, pero supo que cuanto más lo atrasara más difícil sería ignorarla. Respondió en un tono alegre mal fingido.

—¡Hola, mamá! ¿Qué tal est...?

—¡No me vengas con monsergas, Henry!

Lorraine, cuando estaba enfadada, se volvía muy escandalosa y odiaba que le hablaran. Lo cual era un verdadero problema cuando ella misma exigía una explicación.

Rezó para que aquel mal humor fuera cosa de cómo se había ido del restaurante días antes.

—Perdona por marcharme así. Me agobiasteis y...

—¿Has puesto tu casa a la venta?! —Casi le reventó el tímpano.

Henry no supo cómo capear la pregunta. ¿Cómo demonios se había enterado?

—Yo...

—¡Acabo de verla anunciada en el escaparate de una inmobiliaria! ¿Cómo se te ocurre?!

—Mamá, relájate, por favor.

Eso la enervó más.

—¡Dime que solo quieres trasladarte a otro barrio!

—Pues... —Sin darse cuenta, empezó a caminar en círculos junto a la mesa del comedor.

—Henry, responde.

—Mira, iba a contároslo, pero... Dejé el trabajo y opté por vender poner a la venta el piso.

—Santo Dios. ¡Has dejado el trabajo! —Se escuchó como si estuviera hiperventilando. Henry no pudo evitar imaginársela dramáticamente mareada—. ¡Sabía que esto pasaría! ¡Mira que te dije que no te marcharas a perder el tiempo con esa casa!

—Mamá... —suspiró.

—Yo sabía que era pronto, que te ibas a confundir y creer que lo mejor era tirar tu vida por la borda. —La retahíla continuó, golpeándolo reproche tras reproche.

Nick se acercó al escuchar la conversación y Henry hizo un gesto de cansancio.

—Mamá...

—Mira que te conozco. Desde que te fuiste has estado raro. Ya casi no me llamas, y eso que me lo prometiste cuando...

—¡Mamá! —estalló con fuerza.

La mujer se calló de repente. El silencio ocupó la llamada y entonces, por fin, Henry pudo explicarse:

—Aquí soy feliz. Después de tanto sufrimiento en el hospital, tras la muerte de Kat, del insomnio, de su pérdida... Ahora, por fin, soy feliz. —Lo repitió más alto como si su madre fuera dura de oído—. Feliz.

—¿Cómo vas a ser feliz en ese sitio?

—Porque he encontrado un nuevo propósito en la vida y he conocido a gente maravillosa que me ha estado apoyando desde que llegué.

—¿Gente? ¡Ay! ¿No estarás en una secta? ¡He leído sobre eso! ¡Mira que voy para allá y te traigo a rastras!

—¡No estoy en una secta! —Miró a Nick, que estaba al fondo. El contratista levantó una ceja con aire confuso.

—¿Entonces? ¿Has conocido a otra mujer? ¿Es eso? Más te vale que no sea una fresca de esas. Por ahí hay mucha lista buscando viudos a los que quitarles sus ahorros.

Él sonrió con malicia apartando la vista de su enamorado.

—Mamá, te prometo que no estoy con ninguna mujer.

Técnicamente era cierto.

—¿Entonces por qué ese cambio tan radical? ¿Tan maravilloso es Lon... Lonchol...?

—Bloomfield, mamá.

—¿Tan maravilloso ese sitio como para poner tu piso a la venta y abandonar un trabajo estable de semejante envergadura?

Henry arrastró la mirada hacia Nick. Lo analizó, perdiéndose en esos ojos que lo miraron con amor. Viajó por su barba, por su piel... por su boca. Él le dedicó una sonrisa preciosa y el pianista lo tuvo claro.

—Sí. No te puedes imaginar cuánto.

—No sé, Henry... Me da miedo que destroces tu vida.

—Mi vida estaba destrozada ya, es lo que no entiendes. Ahora es cuando la estoy arreglando. —Y suplicó con un tono dulce—. Déjame vivirla.



Tal y como había explicado Nick, las cataratas del Niágara no estaban lejos de Bloomfield. Solo tuvieron que salir temprano aquel lunes por la mañana, viajando en el coche de Henry, y coger la I-90. Lo primero que hicieron al llegar fue estacionar en el hotel Place Niagara Falls y hacer el *check-in* con tranquilidad. La habitación resultó ser amplia, con una gran cama de matrimonio que invitaba al feliz descanso. Las vistas daban a las cataratas, aunque de estas no se veían más que las brumas que se levantaban a lo lejos. El día estaba claro y era caluroso.

Henry se sintió ansioso por verlas, aunque no fuese un destino en el que hubiera pensado mucho antes de que Nick le propusiera ir. Viajar con Kat siempre fue casi un imposible por culpa de los trabajos de ambos. Así que aquella pequeña escapada de dos días resultó ser toda una aventura para el hombre.

Nick no se sentía menos feliz. De hecho, no cabía en sí de gozo. Durante años estuvo insistiéndole a Michael el ir. En una ocasión este le plantó con el hotel ya pagado, por «cuestiones laborales más importantes que un simple viaje ahí al lado». ¿Cómo podía haberle aguantado tantas tonterías? En cambio, cuando veía sonreír a Henry, emocionado por aquel viajecito, la borrosa sombra de Michael se desdibujaba más y más. Pronto no recordaría ni su cara.

Abrazó con fuerza al pianista, que le devolvió el gesto conmovido por el sorpresivo acto de cariño.

—¿Qué pasa? —Henry acarició su cabello castaño.

—Que me hace mucha ilusión que estemos aquí.

—Yo me dejo llevar por ti, aunque estoy muy contento. No recuerdo mis últimas vacaciones... —Posó la cabeza sobre el hombro de Nick y las manos en su trasero.

—Si me metes mano esto va a ser una luna de miel, cariño... —ronroneó—, y no salimos de la habitación; todo el rato dale que te pego.

El aludido se apartó divertido y le lanzó a Nick su chaquetilla.

—No seas tan romántico, anda. ¡Vámonos! —Lo tomó de la mano y corrieron hacia el ascensor como dos niños, sin importarles en absoluto que algunos de los otros huéspedes del hotel los mirasen con cara de pasmo.

Apenas tuvieron que caminar hasta las taquillas para ver las cataratas que, estruendosas, se escuchaban ya muy cercanas. La humedad en el ambiente fue en aumento. Sin embargo, el calor del verano estaba siendo tan pegajoso aquel julio, que la bruma del agua refrescó a los visitantes.

Sin soltarse de la mano ni un segundo, pasearon hasta llegar al mirado principal, ya atestado de gente haciendo fotos y vídeos o disfrutando del apoteósico caudal. Este rugía con fuerza, cayendo esplendoroso bajo la matutina luz de sol y el cielo azul.

Aquella bruma humedeció con delicadeza los rostros de ambos hombres. Estos se acercaron a la barandilla, Henry con mucho respeto pues padecía algo de vértigo, se miraron y rieron llenos de gozo.

Nick, pasado un buen rato, arrastró a Henry hacia otra zona menos concurrida donde pudieron hablar sin alzar demasiado la voz.

—¿Te importa mojarte? —indagó el contratista.

—¿Qué? ¡No! ¿Vamos a acercarnos al agua?

—He planeado algunas cosas, espero que no te incomode.

—¡Para nada! —La idea lo entusiasmó.

—¿Cogiste el pasaporte como te pedí?

—Sí, por si pasábamos a Canadá. Algo me olía —afirmó ante la mirada pícaro de su hombre.

Anduvieron hacia la zona donde se situaba el puente Rainbow, ya que desde ese enclave partía el Maid of the Mist, el barco en el que Nick había reservado dos pasajes en el que harían una ruta de varias horas por el Niágara, entre Canadá y Estados Unidos, deteniéndose en diversos lugares.

Allí les dieron un chubasquero muy básico de color azul, que de poco les serviría en cuanto se acercaran a las imponentes cascadas. Guardaron bien el móvil y la cartera en las mochilas, se enfundaron en aquel trozo de plástico y se dirigieron a la cubierta superior.

Cuando la embarcación partió, ambos unieron sus manos con fuerza, divertidos y expectantes. A lo largo del recorrido, el Maid navegó por lugares estratégicos, que los alejaban y acercaban a los acantilados por los que caían con fuerza caudales de agua.

Los rostros de los dos ya estaban mojados por las salpicaduras y la refrescante bruma, así como sus piernas desnudas. Henry chapoteó pisando fuerte con las deportivas empapadas.

En cierta parte del recorrido, pararon muy cerca de la Isla de la Cabra, frontera natural entre ambos países americanos, para poder acceder a pie por medio de un puente. Descendieron hasta la Cueva de los Vientos, donde terminaron calados hasta los huesos. El chubasquero era meramente decorativo.

—¡Tengo los calzoncillos empapados! —exclamó Nick, muerto de la risa.

—¡Yo también!

Henry se acercó todo lo posible al agua y una ráfaga de viento lo salpicó como si se tratara de una lluvia intensa. La gente gritó, saltó y aplaudió mientras grababan. Nick tomó fotos y vídeos de Henry con los brazos en alto, la capucha caída y su brillante pelo negro chorreando. En cuanto lo vio girarse y tirarse en sus brazos para darle un beso en la boca, Nick se sintió el hombre más dichoso del universo. Se lo devolvió con idéntico ímpetu, emocionado de una forma difícil de describir.

Después de eso pasearon por la isla, los jardines, zonas boscosas y vieron la estatua de Nikola Tesla. A la hora pactada volvieron al navío con el resto de turistas, dispuestos a empaparse una vez más, y observaron con entusiasmo la cascada de espuma blanca que tenía forma de velo, llamada por ello Bridal Veil.

El momento más emocionante del viaje en barco fue cuando este se acercó todo lo posible a la imponente cascada Horseshoe, que rugió ante ellos. Las ráfagas de viento los azotaron, así que se abrazaron el uno al otro entre risas, bien remojados.

En un momento dado, gracias al buen día, se pudo apreciar un arcoíris producido por el efecto de la luz atravesando aquella bruma que emulaba nubes blancas. Henry se quedó callado y se le llenaron las pupilas de lágrimas. Estas se mezclaron con el agua dulce.

Nick se dio cuenta al ver la rojez en sus ojos y lo asió del rostro con preocupación. Se quedó más tranquilo al verlo sonreír, aunque no fue con mucha alegría.

—¿Qué pasa? ¿Te has emocionado? —preguntó con curiosidad, intentando que se le escuchase a pesar del estruendo.

—¡Sí! ¡He pensado en Kat! ¡En que está en el arcoíris! ¡Y me ve feliz! ¡Y no pasa nada!

No hubo tristeza en sus palabras, sino aceptación. Nick lo abrazó contra sí de nuevo y sollozó

junto a él. Miró el arcoíris, como milagro de la naturaleza que era, y asintió como si le dijera a Kat que cuidaría del hombre que ella tanto amó.

—Exacto, mi vida, no pasa nada. —Ignoró si Henry escuchó aquello, pero no tuvo importancia. Lo de verdad significativo fue que allí estaban; disfrutando de la vida.

oOo

Nick insistió en volver al hotel antes de buscar un restaurante donde reponer fuerzas tras el *tour*. Se ducharon de forma rápida y se enfundaron en un atuendo más elegante por petición del contratista. Henry estuvo tan meloso y acaramelado que Nick tuvo que hacer de tripas corazón y obligarlo a quitarle las manos de encima.

—¡Henry! No vamos a llegar a tiempo —dijo en tono agitado.

—¿A dónde? ¿No íbamos a comer por aquí cerca?

—No. —Y puso una expresión de suficiencia que divirtió mucho a Henry.

Bien, si quería hacerse el interesante, se lo permitiría.

—Pues estoy en tus manos, en todos los sentidos —susurró sobre aquella oreja que tanto le gustaba morder, apartando su melena mojada.

—¡Henry! No sé qué te pasa, pero estás salido.

Este se apartó, juguetón.

—Yo no tengo la culpa de que vayas tan guapo. No sé si me gustas más sin camiseta y todo sudado, o con ese pantalón que te queda tan bien y esa camisa azul que se te pega al torso por todas partes. Van a salir volando los botones... —Alargó una mano y acarició su pecho en un acto sensual.

Nick suspiró con vehemencia.

—Tenemos mucha prisa. —La voz de la razón tomó el control, así que el hombre asió de la muñeca a Henry y tiró de él hacia la puerta de la habitación.

—¿Pero a dónde vamos?

—Es un secreto.

Al final bajaron, pidieron un taxi y Nick se acomodó en el asiento trasero, junto a Henry.

—¿Dónde los llevo? —indagó el taxista.

—A la Torre Skylon, por favor —demandó Nick.

Henry lo miró con sorpresa. Aquella torre estaba en el lado canadiense y la había visto de lejos dada su destacable envergadura.

—Tu sorpresa ha durado poco —se mofó en el momento en el que el automóvil comenzó su recorrido.

—Eres malo conmigo.

Henry lo tomó por el rostro y acarició su barba arreglada y sus sensuales labios. Luego sonrió.

—Y tú muy bueno.

Nick se inclinó para besarlo, aferrando sus manos con fuerza. No las soltó durante el breve tiempo que duró el trayecto, ni tampoco al bajar.

Henry, por su lado, ya había perdido la vergüenza y poco le importaba que los vieran en pareja. Tal vez fuera el lugar, la experiencia, o la persona, pero solo sabía que estaba orgulloso de estar unido a Nick de una manera única y especial, como lo estuvo con Kat en el pasado.

Puede que a la vuelta del viaje titubeara más, pero ya no pensaba esconderse porque no estaba haciendo nada malo, sino todo lo contrario: amar a una persona maravillosa que le correspondía de igual forma y había confiado en él tras una amarga decepción con su ex.

Llegaron a la base de la Skylon, Nick pagó las entradas y ascendieron una gran cantidad de pisos en un ascensor de color amarillo pegado al exterior de la torre. Subieron tanto que el vértigo hizo estragos en Henry. Este se tuvo que apoyar en el pecho de Nick, agobiado.

—¿Tanto miedo te da?

—No me sueltes —respondió un Henry tembloroso.

—Jamás te soltaría, ni loco —bromeó mientras lo estrechaba contra sí, feliz.

Terminaron llegando al famoso restaurante que giraba silenciosamente 360° en el espacio de un hora, y desde el que se podía apreciar una impresionante panorámica de las cataratas, el río, la isla y la zona estadounidense.

Henry no pudo quedarse más encandilado. Nick, al final, sí le había dado una deliciosa sorpresa. Lo tenía todo bien pensado, el muy ladino.

Los acompañaron a una mesa para dos, justo al lado de uno de los ventanales, así que se quedaron prendados de las vistas. Cuando la camarera acudió a tomarles nota para las bebidas, solicitaron el típico vino de hielo canadiense, de sabor concentrado y dulce. La mujer les explicó que se elaboraba con uvas semi congeladas de forma natural, por lo que lo hacía muy característico.

—Para cenar quiero Sinfonía de mariscos y Salmón ahumado canadiense, por favor —pidió Henry.

—Yo deseo una Ensalada César y un *Filet Mignon* —Nick intentó pronunciarlo en francés sin mucho éxito, para risa de Henry y de la camarera.

—No se preocupe, el francés es difícil —lo animó la mujer—. No tardaremos en traerles su cena. Qué disfruten de las vistas. —Acto seguido se fue para entregar las comandas a la cocina.

—*Je t'aime, je t'aime beaucoup, Nicholas.*¹¹

Este sonrió, pues aquello fue muy sencillo de entender.

—Yo también...

Nick deslizó por el mantel su callosa palma abierta. Henry depositó su mano encima y se amarraron con delicadeza, acariciándose con las yemas de los dedos.

—En ocasiones pienso que estás muy por encima de mí, Henry.

—¿Por qué dices eso? —preguntó sorprendido ante tal revelación.

—Mira mis manos, endurecidas por mi trabajo. Mira las tuyas, elegantes y bien cuidadas.

—Esa no es una buena razón —argumentó—. Tus manos son las de un hombre que ha trabajado duro para hacerse a sí mismo, y que es muy bueno en lo que hace. Esta piel es la de alguien cariñoso, bueno, dulce... Que me toca con fuerza y también con suavidad.

—Pero también fuiste a la universidad, sabes tocar el piano... Eres elegante y atractivo... —Nick entró de pronto en una tonta espiral. Se sintió un poco estúpido.

—¿Te gusta lo que haces? ¿Te agrada crear y construir? ¿Te entusiasma hacer que un lugar decadente se convierta en un hogar?

Nick se quedó callado. Sin embargo, sonrió a Henry y asintió.

—Me encanta.

—Pues a mí me encantas tú y todo eso que te hace ser tú. Además, no he visto hombre más guapo en toda mi vida. Con camiseta y sin ella —dijo de broma—. ¿Contento?

—Mucho... Con Michael seguro que este viaje habría sido un desastre.

—Tengo curiosidad por ver cómo es... —confesó Henry.

—Nada del otro mundo, créeme... En ningún sentido. Kat, en cambio, era muy bonita... —

Nick se dio cuenta de que sus palabras podían haber sido inadecuadas. Una sonrisa en los labios de Henry aliviaron esa desazón.

—Siempre he tenido buen gusto.

Justo en ese instante les llevaron el vino frío y sirvieron los primeros platos, así que se soltaron y disfrutaron no solo de una cena estupenda, sino de unos postres deliciosos, mientras el comedor giratorio hacía su recorrido de forma discreta.

oOo

Henry pensó que lo había visto todo aquel día, pero se equivocó por completo. Tras una cena de diez volvieron a su país, pero no al hotel. Nick aún contaba con otra sorpresa para él. El contratista tenía otros planes y parecía haberlos medido al milímetro.

Estaba a punto de anochecer del todo. Una gran cantidad de turistas esperaban apostados en los miradores, expectantes.

Nick sorteó a la gente con Henry asido de su mano. Le hizo un hueco para que se apoyase en la barandilla, aunque al pianista le diera un poco de mareo. Para que se sintiera seguro le rodeó la cintura con sus fuertes brazos e hizo que se apoyara en su amplio pecho.

La bruma blanca no cesó de ascender hasta ellos, humedeciendo el ambiente, refrescándolos. De pronto se encendieron las luces láser y la gente ovacionó el espectáculo. Colores azules, violetas, rojos, rosas, verdes danzaron entre las cascadas, mezclados con el atronador sonido del rugiente Niágara al descender. Fuegos artificiales se sumaron a la fiesta, ante los maravillados Nick y Henry.

Este último sintió que sus ojos volvían a llenarse de lágrimas tras muchos meses de sufrimiento. Se dio la vuelta y abrazó a Nick contra sí, que lo estrechó entre sus brazos.

Henry estaba viviendo un sueño junto a él, una nueva forma de sentir el amor, madura y especial... Y fue consciente, con total seguridad, de que podía volver a disfrutar de la vida. Que se lo merecía.

oOo

Cuando volvieron a una habitación de hotel en penumbra, solo alumbrada por las luces del exterior, Nick ya no tuvo excusa para resistirse a la pasión desbordante de Henry. Nunca lo había visto tan excitado, ni tan cariñoso —algo difícil de superar— así que le dejó hacer lo que quiso con su cuerpo. Cuando vio volar dos botones de la camisa se echó a reír de buena gana.

—¡La camisa me la pagas! ¡Ven aquí! —Nick lo alzó en brazos, sujetándolo por las nalgas con fuerza. Henry había ganado peso y músculo en las últimas semanas. Lo tumbó sobre la cama y se acabó por arrancar él mismo la prenda.

—Nick, me encantan tus pectorales. —Henry alargó las manos y deslizó los dedos entre el vello del pecho, arañando las tetillas y bajando por sus marcados abdominales hasta llegar el pantalón y apretar con fuerza la abultada erección.

—Bendito fetiche el tuyo —gimió entre suspiros de placer. Después se dedicó a desnudar a Henry poco a poco, beso a beso, caricia a caricia, hasta tenerlo ante él, abierto de piernas. Contempló el espectáculo: los muslos torneados y velludos, las nalgas, los testículos, el pene hinchado por la excitación.

—Fóllame —demandó Henry, atrapando la cintura de su amante con las piernas. Este cayó a medio desnvestir sobre ese cuerpo ardiente.

El pianista se lo comió a besos, le mordió la barba, lamió su nuez rasposa, hincó las uñas en su espalda y en su trasero, le rodeó el cuello con los brazos y se negó a soltarlo.

Nick se despojó de la ropa como pudo, muerto de risa.

—¿Se puede saber qué te pasa? Estás que ardes.

—Quiero que me empotres contra el cabecero, que me la metas hasta el fondo y te corras dentro —confesó Henry.

Nick se quedó quieto, conteniendo la respiración. Miró a su amante con los ojos muy abiertos. Pestañeó por la sorpresa.

—¿Estás seguro? Mira que estoy muy bien dotado y...

—Se acabó el romanticismo por hoy —dijo Henry—. Quiero que te dejes llevar, que me empujes, que me foll...

No acabó la frase porque a Nick le quedó más que claro. Henry había dado permiso, así que no hubo nada más que hablar.

El castaño buscó el lubricante con rapidez y volvió a la cama, depositando el bote a un lado. Después se dedicó a darle placer a Henry, más del que este pudo soportar sin ponerse a gemir de forma escandalosa. Tenía la libido por las nubes y Nick lo pudo comprobar al meterse aquel enorme y duro pene en la boca. Se afanó en conseguir que se corriera. Sin embargo, Henry lo detuvo.

—Para o yo... Para... Q-quiero correrme mientras me penetras... —demandó.

—Sus deseos son órdenes, señor Banks.

La lengua húmeda y juguetona de Nick se deslizó poco a poco en la zona del perineo, subió y bajó por una ingle, y lamió la carnosa entrada al ano. Con los nudillos volvió a presionar el perineo y los jadeos de Henry le dieron pistas de que lo estaba haciendo bien. Llegó el delicado momento de usar los dedos, así que vertió en ellos un buen chorro de lubricante, y otro en la pulsante zona erógena de su pareja.

—Dios mío... —gimoteó Henry, tembloroso, al notar dos dedos adentrarse en su recto con una facilidad pasmosa.

—¿Paro?

—¡Ni se te ocurra! —No solo se lo exigió, sino que también realizó un movimiento para que se los metiera más.

«En cada ocasión en la que me lo hace, casi me puede la lujuria», pensó Henry. «¿Por qué he tenido tanto miedo a algo tan placentero?».

Nick estaba disfrutando solo de ver a su hombre con el rostro húmedo y enrojecido por calor que él mismo emanaba. Este lo miró con los ojos semicerrados. Cuando le metió más los dedos le arrancó un gemido placentero. Henry había dilatado con pasmosa facilidad.

—Ayer no me duché tres veces porque hubiese sudado... —susurró Henry—. Fue para prepararme —confesó.

Nick se quedó pasmado de nuevo. ¡Aquel hombre lo iba a volver loco!

—Por Dios, no lo soporto más.

Sacó los dedos, se embadurnó bien el pene con un buen reguero de lubricante y atrajo hacia sí a Henry hasta que sus dos miembros se tocaron, húmedos por el líquido pre-seminal. Con la mano, Nick condujo el suyo hacia la anhelada entrada de placer, el cuarto oscuro donde correrse hasta quedar exhausto. A pesar de las ganas que tenía de embestir, fue con mucho cuidado. Apoyó los codos a sendos lados de la cabeza de Henry, atrapó su boca con auténtico deseo y empujó poco a poco. La penetración le hizo sentir mucho placer, y más cuando comprobó que Henry no sintió un dolor lacerante e insoportable.

—¿Estás bien, mi amor? —jadeó entre besos.

—Sí... —Henry sonrió, aspirando con la boca el aliento de Nick.

En realidad le dolió, aunque no como creyó en un principio. Fue una sensación entre intrusiva y placentera. El ardiente pene de Nick fue ganando terreno hasta entrar casi entero, lacerándolo. Y, sin embargo, también tocó un punto de placer que casi lo volvió loco de excitación. De pronto sufrió un arrebató que le hizo clamar sin poder detener lo que salía de su garganta. Fue el culmen del placer, de tal modo que este fue ganando terreno a la incomodidad inicial. Se dejó llevar por las embestidas de Nick, cada vez más fuertes. Buscó de nuevo su boca para lamerlo, morderle los labios, mezclar los jadeos de ambos, sintiendo un orgasmo llegar de forma brutal.

Nick ya no se contuvo más en cuanto constató que Henry estaba gozando como un loco lascivo, agarrado a él con piernas y brazos, oprimiendo su polla con el culo a sabiendas de lo qué hacía. El contratista jamás había estado tan ceñido y la fricción hizo que no pudiese aguantar todo lo que hubiese deseado. Pero cuando, para colmo, sintió la corrida de Henry entre ambos cuerpos, caliente y espesa, se dejó llevar y lo embistió hasta eyacular largamente.

Ambos acabaron derrengados en aquella postura. Nick intentó recobrar el aliento y lo mismo le sucedió a Henry. Durante un par de minutos no dijeron nada. La sesión de sexo fue tan brutal que no fueron capaces de abrir la boca, solo de recuperarse.

—Estoy bien... —avisó Henry—. Pero quédate dentro de mí un poco más. Me gusta sentirte.

Nick regó su rostro con pequeños besos, adorando cada rasgo, acariciándole el cabello ensortijado, observando esos ojos entreabiertos que lo miraban con amor.

—Gracias por esto, por todo. Por quererme. —Nick tragó saliva, tembloroso.

—De nada —respondió Henry a modo de chanza.

—Me quedaría así para siempre.

—Y yo... Pero... —Henry acercó la boca húmeda al oído de Nick y le susurró algo que hizo sonreír a este.

—Sus deseos son órdenes, Henry Banks.

—Eso espero, Nicholas Miller.

Después de eso, la noche fue larga y ardiente.





Gaagii se pasó el día anterior a la cita con Scarlett encerrado en su cuarto y luchando contra los nervios a base de retocar aquella hermosa caja de madera y perfilar detalles, incluso aunque no hiciera ninguna falta.

Sabía que se pasaba de perfeccionista, pero era una consecuencia de su carácter obsesivo. O de su condición. A veces deseaba no ser así; como si algo dentro de él estuviera mal y debiera sentirse culpable por ello. Aunque ponerle nombre a aquello que había estado condicionando su vida tal vez podría hacerlo todo más fácil.

Cuando Gaagii tenía episodios como el de aquella mañana, Skana solía estar ahí para aplacarlos y distraerlo, pero desde que se habían peleado apenas pasaba por casa. De hecho, solo sabía que ella había vuelto por los portazos y zapatazos que la acompañaban.

Sin embargo, incluso Gaagii, famoso por su paciencia, tenía un límite. No quería seguir así con su hermana. Tal vez todos tuvieran razón y solo necesitaban aclarar las cosas.

«Suenan más fácil de lo que es», se dijo.

Al ponerse el sol, Skana entró en el piso y Gaagii fue a su encuentro dispuesto a enterrar el hacha de guerra, pero sintiéndose muy pequeño y vulnerable.

Al verlo aparecer, ella se irguió como un animal salvaje listo para atacar.

—¿Has cenado? —preguntó él con tono conciliador. Por lo general su voz sonaba neutra, aséptica, pero si se esforzaba mucho podía llegar a dotarla de algunos matices.

—¿Y a ti qué te importa?

—No es bueno saltarse así las horas de las comidas. —Buscó con la mirada el reloj de pared del salón—. Varios estudios aseguran que...

—He estado bebiendo.

—Eso no es comer.

—También he picado. —Rodó los ojos—. Cacahuètes...

—Eso no es comer —apuntilló, más alto.

—¿Quién eres?! ¿Mi madre?! ¿Has pasado de ignorarme a sermonearme? Con una pesada criticándome ya tengo suficiente.

Skana parecía cada vez más roja, tal vez por el alcohol. Gaagii nunca sabía leer muy bien a la gente, por lo que no estaba seguro.

Él hizo acopio de todo su valor. A pesar de su altura, de su fuerza y su porte, ante ella no era más que un hombre asustado que la echaba de menos. Pensó que tal vez con decir eso fuera suficiente. Rebuscó en su cabeza el mejor modo de hacerlo, enredándose con un montón de pensamientos.

—Skana, yo te...

—¿Qué es ese trasto? —Su voz sonó desagradable.

Gaagii bajó la mirada y se percató de que había salido a su encuentro con la caja afianzada entre los dedos, como si la tuviera pegada a ellos.

—Un regalo.

El rostro de su hermana cambió y a él no le gustó nada.

—¿Para Scarlett? —Su mirada lo acuchilló, burlona—. ¿De verdad crees que una mujer como ella va a querer algo así? —Y con una sonrisa maligna añadió—: ¿Qué te va a querer a ti?

Pero su hermano no reaccionó, porque la conocía y sabía que no creía eso de verdad. Solo estaba siendo infantil, como de costumbre.

—Tú siempre dices que pienso demasiado, así que he pensado que es mejor no pensar. —Le gustó el juego de palabras, incluso sonrió.

A su hermana no le gustó.

—La tirará, como tiró tu colibrí en el instituto. ¿Y sabes qué? No estaré ahí para limpiarte las lágrimas. Porque, como por lo visto soy tan mala hermana, no me necesitas.

Gaagii, de pronto, sintió algo que no esperaba sentir: rabia. Podía leer detrás de sus crueles palabras lo que quería decir de verdad, pero le molestó igualmente. En ese momento quería gritar y le costó mucho no hacerlo.

—Ella ha cambiado.

—¿Y tú, Gaagii? ¿Has cambiado o sigues siendo el mismo tío raro que no entiende a la gente? —Se cruzó de brazos, roja como hierro a punto de fundirse—. ¿Le regalarás un trozo de madera y ella se enamorará de ti? Supongo que os casaréis, tendréis una casa y así no me necesitarás más. ¡Porque soy tan molesta que hasta cuando abro la boca solo es para meter la pata! —Se rio falsamente—. A lo mejor solo debería desaparecer. ¿Sabes por qué no lo hago? Porque si no estarías solo, porque nadie más te soportaría.

—A lo mejor es al revés. —El indio se sorprendió al oírse decir eso. Había salido de su boca sin pensar, pero continuó—: Lo que te pasa es que tienes miedo de que nadie más aguante tus tonterías e impertinencias. Has sido cruel conmigo, has hablado mal de mí a quienes me importan y eres incapaz de disculparte. Eres... mala.

Skana abrió los ojos como nunca y el color caramelo de su piel pasó a ser pálido, casi mortecino.

—Yo... —balbuceó, con la mirada húmeda—. ¡Yo dije lo de tu autismo porque no pensé que fuera algo malo! ¡No hay por qué avergonzarse de como uno es! ¡Yo no me avergüenzo de como soy! —Corrió a la entrada, abrió la puerta y huyó.

Su hermano debería haber ido tras ella. Sin embargo, lo que había dicho de él le mantuvo pegado al suelo del piso. Al fin y al cabo, también tenía su orgullo.

oOo

Aunque seguía algo achispada por su tarde de copas, Skana decidió que sería buena idea regresar a la taberna. Cualquier cosa antes que enfrentarse a su hermano.

En el fondo sabía que se lo había buscado y que merecía todos los reproches que él le dedicara, pero no podía enfrentarse a ellos.

Así que, nada más entrar de nuevo en el local, decidió que bebería hasta que su cuerpo resistiera. Con suerte el alcohol la haría olvidar aquella pelea y sería capaz de volver a mirar a su hermano a la cara.

—Hola, Josh —le dijo al camarero con una sonrisa exagerada—. Ponme un chupito de ron caramelo.

—¿Qué haces otra vez aquí? —El barman se acercó con el ceño fruncido—. ¿No te habías ido a casa hace un rato?

—Me aburría. Venga, ponme algo, que hoy estoy generosa y cuanto más rápido seas, más voy a gastar.

El hombre se alejó hacia el juego de botellas, negando con la cabeza. Aun así, ¿qué era la salud de un cliente en comparación a los números de la caja registradora? Ella ya era mayorcita para tomar sus propias decisiones.

Y así estuvo un buen rato la joven: bebiéndose sus decisiones. Lo hizo con fuerza en cada ocasión, elevando bien alto cada chupito y tragando con furia, casi como si al hacerlo se llevara consigo también algo de la culpabilidad que se iba acumulando en su estómago.

Mientras iba echando por tierra su salud, el bar fue vaciándose de los pocos clientes que aún tenían suficiente cabeza como para saber que era hora de volver a casa. El problema fue que, al mismo tiempo que estos se iban, llegaba otro tipo de visitantes. Algunos viajeros con suficiente insomnio como para no dejar pasar las horas en un motel, camioneros con muchos kilómetros por delante y poca vida que cuidar y, por supuesto, los peores: los borrachos que se iban de fin de semana lejos de sus mujeres e hijos. Estos últimos, concretamente tres, fueron los que aparecieron. Habían entrado entre risotadas, con empujones y creyendo que seguían en su época universitaria.

—¡*Whisky* cargadito por aquí! Y deja la botella —avisó el más alto.

Tenía el cabello rapado y rubio, con una tez tan roja que uno no podía saber si se debía a las cervezas que se había bebido ya, o a las quemaduras causadas en el lago Ontario mientras hacía el imbécil en una barca alquilada.

Los otros dos, como llevaban haciendo desde el inicio de su viaje, lo vitorearon como orangutanes; lo cual los definía bastante mejor de lo que cabría esperar.

—Marchando. —El barman sacó con agilidad una botella y se la plantó en la barra al tiempo que aparecían tres vasos de vidrio.

Los hombres se sentaron en los taburetes alineados frente a la tabla y empezaron a servirse con intención de vaciarla lo antes posible.

Skana había tenido una idea similar, pero ella prefería los chupitos.

—Josh... —indicó ella mostrando su vasito vacío.

—¿No crees que te estás pasando? No quiero que venga luego tu hermano a pedirme explicaciones.

—A ese ni me lo menciones.

Los amantes del *whisky* la observaron entre cuchicheos y risas.

—Parece que sabes beber, guapa. ¿No te gustaría unirme a nosotros? Tenemos alcohol para compartir, y otras cosas... —La observaron como babosos.

Ella los miró de arriba abajo con cara de asco y luego se rio.

—Ni con un palo. Con solo miraros ya me dan arcadas.

Aunque el del cabello rapado se quedó mudo de la sorpresa, sus compañeros se echaron a reír a carcajadas, lo que debió herir mucho su orgullo.

—¿Qué le ha pasado a tu pelo, payasa? Parece como si te hubieras caído dentro de un cubo de pintura.

La india estaba borracha, pero eso no le impedía conservar toda su inventiva lingüística.

—Mi pelo es de tres colores. En todo caso me habré caído en tres cubos distintos, retrasado.

El hombre alto se levantó de su taburete y se cruzó de brazos, socarrón. Los otros dos siguieron bebiendo en sus asientos, pendientes. Al parecer les hacía gracia ver a una chica hablar con esos aires.

—¿Quién te crees que eres para insultarme, india de mierda?

—Al final va a ser verdad que eres retrasado: has empezado tú llamándome payasa. Además,

no es ningún insulto si te comportas como uno, así que solo te he llamado lo que eres. Retrasado.

El taburete cayó hacia atrás de una patada. Los compañeros ya no se reían. Se levantaron y se prepararon para detener el arrebato de su amigo en cualquier momento.

—Estás muy equivocada si piensas que no te voy a inflar a hostias por ser mujer.

Skana se bebió de un trago el chupito que le había traído Josh para que se callara y lo dejó sobre la barra con un golpe seco. Luego miró al borracho con suficiencia y le dijo:

—Me parece bien, yo tampoco voy a dejar de darte una patada en los huevos solo porque seas imbécil.

Él se abalanzó sobre ella, pero sus amigos fueron más rápidos. Lo agarraron de los brazos, mientras el barman les gritaba que no quería problemas.

—¡Relajaos u os vais a la puta calle ahora mismo y llamo al *sheriff*!

La risa de Skana, los gritos del borracho, las súplicas de los amigos y las voces del resto de la clientela, crearon una tormenta de jaleo que fue tensando más la situación. Al final, tras varios minutos de reproches, el barman decidió que la escenita había sido demasiado y que Skana tenía que irse.

—¡Se acabó! ¡Ya has bebido suficiente! Voy a llamar a tu hermano.

Ella le mostró las llaves del coche:

—Pues va a tardar un rato.

—Entonces llama a un taxi, pero vete de una puta vez a casa. ¡Y vosotros fuera también! — espetó a los tres hombres.

Ella sacó la cartera, lo cual no fue fácil, pagó lo que debía, dejando una propina bastante más generosa de lo que había pretendido, y se alejó dedicándole un elegante corte de mangas al «retrasado» que rugía en la distancia.

Siempre que Skana tenía problemas con alguien, todo acababa con Gaagii yendo a por ella. Pero él no estaba y aquellos tipos eran de los que se reían de los demás, no al revés. Así que decidieron irse, pero con la idea de darle a esa mujer una buena lección.

oOo

Scarlett acudió a la cita un poco antes de las cuatro de la tarde, sin poder evitar ser más que puntual. Tenía los nervios bien agarrados al estómago y la boca seca, así que pidió un cóctel sin alcohol cuando se sentó a esperar en la terraza del local *chill out* de confianza. La brisa sopló fresca, por fortuna, porque bastante acalorada estaba de por sí.

Sus amigas estuvieron aconsejándole de todo durante los paseos en el velero, incluyendo una posible noche de pasión con un indio cachas que estaba de muy buen ver. Les tuvo que explicar que Gaagii no era ese tipo de hombre. Sin embargo, ellas se lo tomaron a guasa y continuaron insistiendo hasta la saciedad y haciendo bromitas a costa de su salud mental y sexual. Llevaba dos años sin relaciones, estaba que se subía por las paredes y no podía evitar pensar en Gaagii y ponerse tontorrón.

Al ver al indio acercarse hacia ella le dio un vuelco el corazón, se bebió el cóctel de un trago y se puso en pie. Él llegó a su altura y la saludó con su habitual gesto serio. En la mano llevaba una bolsita de papel para guardar regalos. Scarlett agradeció que no le ofreciera la típica flor ya que odiaba ese gesto romántico. Sus últimas citas habían sido todas idénticas al arquetipo. Estaba cansada de los tontos superficiales.

—¿Qué te apetece tomar? —Ella se sentó de nuevo e hizo un gesto al camarero.

—Una cerveza sin alcohol... Soy abstemio.

—S-sí, claro, siempre te sirvo lo mismo en el trabajo. No lo recordaba, qué tonta soy. —Una

risilla delató lo nerviosa que se había puesto.

Para colmo, Gaagii iba guapo. No distaba mucho de lo habitual, pero llevaba una camisa azul oscuro, lisa, de manga corta y un pantalón vaquero bastante ajustado. El pelo largo y lacio se lo había recogido en una coleta baja. Iba bien afeitado, como de costumbre.

Pronto les acercaron las dos cervezas y ambos se quedaron en silencio, como un par de imbéciles. Lo que no sabía Scarlett era que Gaagii estaba muy preocupado por su hermana, ya que esta no había vuelto a casa, ni le cogía el teléfono.

No obstante, él no quiso preocupar a la *maître*, así que se lo guardó para sí. Posiblemente era otra de sus infantiles rabietas.

—Nick me dijo que fuiste a navegar con tus amigas... —inició la conversación, aferrado a la bolsita y sin tocar el botellín de cerveza.

—¡Sí! Unas pequeñas vacaciones. Kamilah me debía días y pensé, ¿por qué no? Solo chicas, ya sabes. —Se puso a reír.

Gaagii no sabía, pero admiró esa sonrisa tan bonita. Ojalá él hubiera podido corresponder a su alegría, pero por dentro le carcomían los nervios, tanto por la cita como por la desaparición de Skana.

—Qué bien.

—¿Y qué has hecho tú estos días en los que no has trabajado? —Quiso saber la mujer.

—P-pues... Esto. —Le tendió la bolsa con un cuidado casi reverencial.

—¿Es para mí? —Él asintió con la cabeza, intentando sonreír sin mucho éxito—. Lo siento, yo no te he comprado nada... No he reparado en ello.

—No te preocupes. —Le restó importancia.

Quiso decirle: «estar aquí contigo ya es un regalo», pero las palabras no brotaron en absoluto, quedándose en meros pensamientos.

Scarlett, un poco avergonzada por el desliz mental de haberse olvidado de llevar algo, sacó la preciosa caja del interior de la bolsa. Le dio vueltas, intentando averiguar cómo se abría, sonriendo.

—¿Cómo se hace? ¡No puedo! —Volvió a reír.

—Es como un acertijo. Las piezas se van desbloqueando y la caja se despliega. —Gaagii sonrió por primera vez aquella tarde.

—¡Me encanta! ¿Y la has pintado tú?

—La tallé, monté y pinté, sí.

—¡Es increíble! Muchísimas gracias. ¡Madre mía, me va a costar abrirla! —La movió al escuchar que en su interior guardaba algo—. ¿Y esto?

—Mis labios están sellados, no puedo decirte qué es.

—¡Oh! Eso no es justo. —Estuvo intentando averiguar cómo se desbloqueaba—. Podría tirarme días —gruñó con el ceño fruncido.

—No tengo prisa... —susurró Gaagii. En realidad sí la tenía. Pese a ello no podía dejar plantada a la mujer de la que estaba enamorado.

Se sonrojó solo de pensar en los sentimientos que le embargaban cuando tenía cerca a Scarlett. Desde que ella cambió de actitud hacia él, la cosa había escalado rápido.

Intentó distraerse revisando el teléfono y empezó a mover una pierna, nervioso de veras al comprobar que a Skana ya ni siquiera le llegaban los mensajes. Tomó el botellín y casi se bebió la cerveza de un trago, agobiado sin saber qué hacer.

—Gaagii... Yo... —comenzó a decir su acompañante—. Te quería pedir disculpas por haber sido tan bruta en la adolescencia. No me porté bien contigo ...

—Eso ya forma parte del pasado. —El hombretón se atrevió a tomarla de la mano y ella sintió un cosquilleo por todo el brazo—. Ahora somos adultos responsables.

—¿Sabes? —Ella decidió ir al grano—: Me costó mucho dejarte la nota.

Gaagii rompió el cálido contacto. Recordar aquella misiva que encontró en su estuche le puso tenso.

—Me lo tomé al pie de la letra y te creí. En esos momentos no me daba cuenta de que era una broma. —Por aquel entonces Gaagii no discernía bien entre realidad y ficción.

Scarlett abrió la boca y luego la cerró.

—Gaagii, no fue una broma —aclaró al fin—. ¡No lo fue! Tú me gustabas, porque eras distinto al resto de idiotas del instituto. Fui yo la que no entendió tu respuesta... Y sigo sin comprenderla.

—Respondí del único modo en el que podía expresarme... Pero sí que acepté —se sinceró.

—Y-yo... No, no lo comprendí. ¡Qué vergüenza! Llevo años enfadada contigo por un malentendido estúpido.

—No pasa nada, Scarlett. Éramos solo unos críos que se creían adultos. Si me dices que no fue una broma, me quedo más tranquilo. Me alegra saber que podemos ser amigos.

Ella se quedó aturdida. ¿Amigos?

Gaagii volvió a mirar el móvil y Scarlett notó que estaba intranquilo. Por lo general era un hombre apacible que no prestaba atención a aquellos aparatos.

—Perdona, es una descortesía. —Él se percató y guardó el teléfono en un bolsillo.

—¿Te sientes incómodo por la situación?

—No es nada de eso. Incluso... —carraspeó— le pedí consejo a Henry porque nunca había quedado con una mujer.

—¿De verdad? —Scarlett pensó en todo lo que le podía enseñar, como si de un lienzo en blanco se tratara. Se acaloró tanto que se bebió el resto de su cerveza.

—Te he sido fiel. —Gaagii también podía hacer bromas si se lo proponía.

Ella casi se atragantó de la risa.

—Así que has esperado quince años para bailar conmigo —bromeó—. Eso sí que es romántico.

Scarlett consiguió hacer sonreír a Gaagii.

—Más o menos.

—¡Y yo no te traigo ni un mísero regalo! Deja al menos que pague las cervezas y la cena, si es que quieres ir a cenar... —Lo tanteó.

—Henry me dijo que si querías pagar tú te dijera que sí, aunque puedo ofrecerte hacerlo a medias.

Scarlett no reprimió una carcajada.

—Vaya, entonces hoy pago yo y la próxima vez lo haces tú. ¿Trato hecho?

—De acuerdo.

—¿Eso es que saldrás conmigo de nuevo?

Gaagii pilló rápido la directa y se puso colorado hasta la raíz del pelo, aun así asintió con la cabeza, bajando la mirada.

A la mujer le pareció un encanto. De haber podido, le habría dado un abrazo a ese osito de peluche gigante, pero era consciente de que él necesitaba cierto tiempo para asimilar las cosas.

—Entonces voy a pagar y nos vamos a algún restaurante que nos guste a los dos.

Mientras Scarlett se dispuso a abonar la cuenta en la barra, Gaagii volvió a llamar a su

hermana. Ya no dio tono y eso le hizo palidecer. Se quedó mirando la pantalla con ademán preocupado. Después observó a la mujer. Quería ir a cenar con ella, coger su mano de nuevo y tal vez darle un beso. Tuvo que tomar una complicada decisión.

Cuando la pelirroja volvió, Gaagii ya estaba de pie y tenía una expresión taciturna en su rostro.

—N-no puedo ir a cenar contigo. Lo siento, he de irme.

—P-pero ¿por qué? ¿He dicho algo que te haya molestado? No quiero más malentendidos.

—No es culpa tuya, soy yo. N-no soy bueno para ti, ni para nadie. —Se dio la vuelta y echó a andar saliendo de la zona *chill out* ante la mirada anonadada de Scarlett.

¿Qué coño había pasado?

Ella sintió rabia por dentro, dado su temperamento. Pero luego recordó lo intranquilo que parecía desde el principio. ¿Estaría metido en un problema? No era probable siendo Gaagii. No obstante, con él no se podía dar nada por sentado, así que cogió la cajita y echó a correr hasta alcanzarlo para asirlo por el musculoso brazo izquierdo.

—¡Detente, por favor! ¿Por qué has dicho eso? —Se quedó pálida al ver los ojos castaños del hombre inundados por las lágrimas—. ¡Gaagii! —Pese a lo bajita que era, se puso de puntillas y lo asió por el rostro, preocupadísima—. No te lo calles, dímelo. Si te sientes incómodo, si no quieres ir a cenar conmigo... ¡No pasa nada!

—Sí que quiero, me muero de ganas. ¡Pero es que no sé dónde está mi hermana! —admitió abriendo y cerrando los puños, temblando.

—¿Cómo? —Scarlett pestañeó.

«Así que por eso no dejaba de mirar su teléfono», se dijo.

—Ayer por la noche tuvimos una bronca de mil demonios y... No volvió a casa, se llevó las llaves de la furgoneta, su móvil está apagado y yo... No sé qué más hacer, pero he de ir a buscarla.

—Tranquilo... —Lo condujo hasta un banco cercano a la bahía—. Voy a llamarla, porque es capaz de haberte bloqueado solo por cabezonería.

Sacó el móvil de su bolsito y probó suerte, pero obtuvo la misma respuesta de la compañía: el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura.

—Presiento que le ha pasado algo... —Gaagii no pudo evitar tirarse de la coleta en un acto de ansiedad.

—¿No estará con tus padres en el casino? ¿Los has llamado?

—No. —Gaagii se sintió estúpido.

—¡Vamos! —Scarlett se puso en pie, decidida, le tendió la mano y tiró de él—. ¡Lo tenemos ahí, a cinco minutos!

Y era cierto; el casino se hallaba a una distancia tan corta que se veía desde su posición.

Al indio le dio vueltas la cabeza y se dejó llevar por la decidida mujer. No se soltaron de la mano en ningún momento, trotando entre el gentío que se iba incrementando según se acercaban al barco.

Las luces de colores y la música afectaron al hombre, que se detuvo casi en seco, intranquilo.

—¿Qué te sucede?

—No quiero entrar, no puedo... ¡No puedo! Me agobia la gente y me entra una mezcla de agorafobia y claustrofobia por culpa de esos ruidos espantosos que hacen las tragaperras...

Scarlett comprendió que Gaagii también era una persona altamente sensible, así que otra certeza más de que estaba asociado a su supuesto autismo.

—Vale, vale... Lo haré yo sola. Quédate aquí. ¿Cómo se llaman tus padres? No me acuerdo bien.

—Tala y Adohi Underwood —jadeó intentando recobrar, con mucho esfuerzo, la compostura —. Espera... Iré, mi hermana es más importante que todas estas fobias. Pero cógeme de la mano, por favor —jadeó.

Ella asintió y le aferró con una fuerza sorprendente. Scarlett podía ser pequeña, pero también parecer muy grande.

Se adentraron juntos con mucha entereza. El de seguridad, al ver a Gaagii, los dejó pasar sin más.

—Por favor, John, avisa a mis padres de que estoy aquí —le pidió al hombre.

Este habló a través del pinganillo que llevaba colgado de la oreja y luego hizo un gesto al indio para que tuviese constancia de que había contactado con ellos.

Efectivamente, nada más pasar al *hall* del casino, una amalgama de sonidos, colores chillones y luces parpadeantes, dejaron casi *KO* al indio, que se puso muy rígido y cerró los ojos intentando concentrarse.

Scarlett ya había estado allí varias veces con sus amigas y era cierto que el lugar no dejaba de ser agobiante si uno no iba con ánimos de pasarlo bien. Suelos enmoquetados de colores y formas eclécticas, enormes lámparas de araña de las que pendían lágrimas brillantes, sonidos repetitivos mezclados con las risas, algún que otro imbécil despotricando por perder el sueldo y muchísima afluencia en la época estival, que era cuando se hacía caja de verdad.

El padre de Gaagii no tardó en aparecer, vestido con una serie de prendas que evidenciaban su cultura, con el cabello recogido en una coleta baja y salpicada de mechones canosos. No era tan alto como su hijo, pero compartían muchos rasgos faciales. Por su expresión pareció sorprendido al verlo allí.

—Gaagii, ¿sucede algo? —El hombre miró primero al hombretón y luego a su acompañante, a la que saludó con educación—. Eres hija de David y hermana de Nick, ¿cierto?

—Sí, señor Underwood —respondió un poco azorada, sobre todo porque Gaagii la tenía agarrada de la mano como si le fuera la vida en ello.

—Papá, ¿Skana está aquí?

—La última vez que la vi fue hace tres días y se peleó con tu madre. ¿Por qué?

Gaagii se llevó la otra mano a la frente, apretando ambas sienes con sus dedos.

—¿Podríamos hablar en un lugar más tranquilo? —indagó Scarlett.

Adohi hizo un gesto para que le siguieran y subieron a la planta más alta por unas amplias escaleras enmoquetadas. Atravesaron la sala de *blackjack*, luego un pasillo estrecho y llegaron al despacho de la gerencia, donde Tala estaba con un portátil, poniendo en orden las cuentas del día anterior. En cuanto vio a su hijo se puso en pie, sorprendida.

Ella también tenía unos rasgos nativos marcados y era muy guapa, como Skana.

—¿Sabes algo de la niña? —le preguntó su marido.

—Pues vino hace tres días y nos peleamos porque sigue llevando ese espantoso peinado —respondió con sinceridad y gesto preocupado—. ¿Qué pasa, Gaagii? —Giró el rostro hacia este.

—Ayer tuvimos una pelea fuerte, se llevó la furgoneta y no volvió. No me coge el teléfono y ahora lo tiene apagado... —explicó.

Ella, de inmediato, probó a contactar con su hija, pero tuvo que colgar cuando escuchó el mensaje de la compañía telefónica.

—¿Es que no podéis ser normales? ¿No podéis comportaros como adultos? —le espetó al hombre.

—Cariño, por favor... —intervino su esposo—. No es el momento...

—¡Sí, sí lo es! ¡No quisieron hacerse cargo del negocio y lo aceptamos! ¡Prefirieron estudiar otras cosas y dedicarse a ellas! ¡De acuerdo! ¡Pero parecen dos niños chicos peleándose por tonterías!

—Señora Underwood, disculpe que me meta... —interrumpió Scarlett sin soltar la mano de Gaagii, cosa que tampoco pasó desapercibida para Tala—. Soy amiga de su hija y, por muy cabeza loca que esta sea, no desaparecería sin más. Realmente estamos muy preocupados.

—¿Eres la hermana de Nick? —inquirió echándole una mirada de arriba abajo, juzgándola.

—Sí.

Los ojos oscuros de Tala la atravesaron como puñales.

—Yo he parido a mi hija, la conozco muy bien. Seguro que le ha dado una neura y se ha ido por ahí a dar una vuelta. ¡Está de vacaciones!

—Tala, no seas cabezona. Si Gaagii y esta señorita dicen que no es normal...

—No la conoces, mamá. No nos conoces a ninguno de los dos... —Gaagii se atrevió a decir lo que de verdad pensaba—. Soy autista y siempre te has negado a aceptarlo. Skana tiene algún problema de hiperactividad y lo único que te preocupa es que lleve el pelo de colores.

—¡No digas eso! —gritó Tala—. ¡Solo eres retraído! ¡Y Skana muy atrevida!

—No, mamá. Soy autista. Y no pasa nada.

Gaagii miró a Scarlett, que le sonrió con emoción, orgullosa de él.

—Bueno, bueno... Ahora lo importante es saber dónde está la niña —intervino su padre—. Voy a llamar al *sheriff*.

Salió de la estancia por patas. Su mujer tenía muy mal carácter y se avecinaba una buena tormenta.

—Señorita, le ruego que salga. Tengo que hablar seriamente con mi hijo —demandó Tala.

Cuando Scarlett hizo amago de respetar la petición, Gaagii no soltó su mano e impidió que se fuera.

—Se queda —manifestó él.

—¿Es tu novia? —Tala lo preguntó en tono altivo y cruzada de brazos.

Scarlett se quedó de piedra y enrojeció de pies a cabeza. El corazón se le disparó en el pecho. Gaagii no respondió a esa pregunta.

—Cuando por fin tienes pareja, no es iroquesa.

—Y eso qué más dará —arguyó Gaagii—. A ti todo te parece mal.

Tala suspiró con fuerza y observó a la pelirroja, que le sostuvo la mirada sin flaquear.

—Lo que quiero decirte es que me preocupo por ti y por Skana. ¡No me gusta pensar que os sucede algo raro!

—Ya te he dicho que no pasa nada —rebatió.

—Hay muchas personas neurodivergentes, señora Underwood. Estudié psicología y le aseguro que existe una gran diversidad. Con terapia se puede llevar una vida bastante normal. Pero creo que ahora, lo más urgente, es saber dónde está su hija. Ella es amiga mía y estoy muy preocupada. Todos lo estamos...

Antes de que Tala pudiera rebatir aquel razonamiento, su marido entró en la oficina con el rostro desencajado.

—Ha venido el *sheriff*. ¡Ha sido pura casualidad! ¡Vamos!

Lo miraron expectantes y preocupados.

Tala siguió a su esposo al constatar que su hija sí estaba en problemas.

—Pero ¿qué ha pasado, papá? —quiso saber Gaagii, temblando por los nervios.

—Está en las urgencias del Strong Memorial —dijo en un hilo de voz, lívido.

A Tala le dio un vahído y su hijo corrió para sujetarla antes de que cayera redonda al piso.

—¡Vamos, no hay tiempo que perder!

El hombre se ocupó de su esposa y los cuatro bajaron al *hall*, donde estaban el *sheriff* y su ayudante, esperándolos. Tala se adelantó hasta él, angustiada.

—¿Qué le ha pasado a mi hija, *sheriff* Peterson?

—Tranquilos, por favor. No lo sabemos todavía, pero he recibido un aviso de que una joven india con el pelo de colores estaba siendo atendida en el Strong Memorial. No podía ser otra que Skana. Los acompañaremos hasta allí, así que es hora de irse.

Los Underwood salieron corriendo en busca de su automóvil y Gaagii se quedó confuso y parado en medio de la sala ante las miradas curiosas de los visitantes.

—Vamos, venga... —Scarlett llamó su atención, pero él no movió un músculo—. ¡Gaagii! —No tuvo más remedio que zarandearlo hasta conseguir que dejara de disociar.

Este la miró con expresión de echarse a llorar, así que ella lo abrazó sin mediar palabra. Gaagii la rodeó con sus brazos buscando consuelo. La mujer lo estrechó contra sí, aterrada por lo que fuera que le había pasado a su amiga. Sintió las lágrimas del hombre sobre ella, en silencio. Le acarició el pelo para tranquilizarlo y suspiró.

No había sido la cita que imaginó, pero sí le quedaron unas cuantas cosas claras con respecto a Gaagii y a ella misma.



El ambiente que rezumaba el hospital era la antítesis del casino, con colores y olores asépticos o gente pasando de un lado a otro manteniendo la paciencia y el silencio. Si no fuera por Tala, que estaba de los nervios, Gaagii tal vez podría haber recobrado la compostura. Sin embargo, a cada paso que daba, su mente le hacía recordar la discusión con Skana, de enumerar las veces que esta le había dicho algo y él se había hecho el sordo deliberadamente. Y, por encima de todo, le hizo rememorar, una y otra vez, a su hermana llorando y huyendo del piso para no volver.

«¿Y sí es tarde?», se preguntó, agarrado a la mano de Scarlett, que seguía con él, en completo silencio.

—Ay, mi niña... —sollozó Tala, aferrándose a su marido según subían en el ascensor, acompañados por el *sheriff*.

Este les aseguró que Skana estaba estable. Al parecer había tenido un accidente de tráfico de camino a casa. Se había salido de una carretera secundaria entre Bloomfield y Rochester, empotrándose contra un árbol. Hasta poco antes de amanecer no pasó nadie por allí. En cuanto vieron las marcas en el hormigón y algunos restos, encontraron la furgoneta y a Skana sin sentido dentro de ella.

—Si la han subido a una habitación es que lo peor ya ha pasado... —explicó el *sheriff* Peterson. Aunque algo en el tono de su voz transmitió que no estaba seguro.

Una vez llegaron a la planta correspondiente, salieron al trote y se acercaron a la mesa de enfermería que dirigía la sección. Una de las amables señoritas les pidió que los siguieran.

Gaagii se quedó atrás, junto con Scarlett. En ese momento, aunque tuviera ganas de correr e irrumpir en la habitación como un tornado, debía ser especialmente cuidadoso y dejar que sus padres llevaran la voz cantante. Ellos, a pesar de sus discusiones y quejas, querían mucho a su hija y se preocupaban.

—¿Estás mejor? —La pelirroja le sonrió. Presionó los dedos alrededor de su mano para insuflarle ánimos.

—S-sí... —No se había dado cuenta que seguían agarrados, por lo que aflojó el contacto para que ella pudiera liberarse. Fue extraño, porque ella no lo hizo. Todo lo contrario: cerró sus dedos con más fuerza.

Siguieron caminando tras los padres de Skana y se quedaron plantados en frente de una de las habitaciones cerradas. Tala y su marido estaban que se subían por las paredes.

Gaagii no lo parecía, con ese carácter impasible, pero tenía unas ganas terribles de gritar.

Justo entonces, cuando parecía que no podrían esperar más, el doctor salió al pasillo.

A Gaagii le hubiera gustado saber interpretar las expresiones de las personas, porque así tal vez hubiese podido adivinar si lo que ese hombre iba a darles eran buenas o malas noticias.

—Buenos días, soy el doctor...

—¿Cómo está mi niña?! —Tala lo interrumpió abalanzándose sobre él. Su esposo la tuvo que frenar.

El médico se vio obligado a dar un paso hacia atrás e ir al grano para no ser arrollado.

—La paciente está fuera de peligro. Ha tenido un accidente de tráfico que le ha roto una costilla, desenchajado el hombro derecho y partido una pierna. También ha sufrido una

conmoción, por lo que llegó al hospital inconsciente. Se despertó hace una hora, así que hemos visto necesario realizar un TAC para comprobar su estado interno. —Al ver como la familia se relajaba, él también lo hizo—. Me alegra decirles que no parece haber sufrido ninguna complicación a nivel sensorial. Puede mover el resto de extremidades, a pesar de las circunstancias, y parece ser capaz de mantener una conversación fluida con... —Sonrió—. Con sorprendente efusividad.

—¿Entonces se recuperará?! —La madre estaba a un paso del llanto.

—Necesitará estar un par de días en observación, por si acaso, pero sí.

—¿Y podemos verla? —Adohi, más calmado, tenía la mirada vidriosa.

—Por supuesto. —El médico titubeo y se hizo a un lado—. Pero pasen de dos en dos, que necesita tranquilidad y está muy excitada.

Cuando los Underwood entraron, escuchándose a la madre pegar gritos dramáticos antes de cerrar la puerta, el *sheriff* se acercó a Gaagii y le pidió que cuando su hermana estuviera mejor, se pusiera en contacto con él.

—Necesito saber qué ha pasado, porque el informe que me han facilitado indica que había otro vehículo involucrado; por las marcas de derrape en el pavimento de la carretera. Cuando terminéis, avisad para que pueda charlar con ella.

—Por supuesto.

El hombre le dedicó una sonrisa sincera y le dio una palmadita en el hombro. Luego se marchó a paso ligero para darles algo de espacio.

—Menos mal... —Scarlett pareció relajarse de golpe, como si hasta ese instante hubiese soportando un peso inmenso y por fin se lo hubiera quitado de encima.

—Sí... —La miró, tímido—. Puedes soltar mi mano si quieres, ya estoy mejor.

—Oh, bueno... —Se dispuso a hacerlo, pero entonces frunció el ceño y le preguntó: ¿Es lo que quieres?

—No.

La respuesta llegó tan rápido, de forma tan natural, que ambos se quedaron igual de sorprendidos.

Estuvieron así un buen rato, en silencio. No se dijeron nada, pero siguieron bien aferrados el uno al otro. Era curioso como la falta de conversación, algo que solía incomodar a la mayoría, podía ser tan agradable cuando uno estaba con la persona adecuada. Porque sí, eso era lo que sentía Gaagii: que Scarlett era su persona adecuada.

Sin embargo, aquel precioso momento terminó en cuanto los padres salieron del cuarto mucho más tranquilos.

—¡Ay, menos mal! —dijo Tala dirigiéndose a su hijo—. Tu hermana sigue tan loca como de costumbre, así que no ha perdido el juicio.

Scarlett tuvo que reprimir una sonrisa ante una afirmación tan dispareja.

No cerraron la puerta, por lo que el indio pudo ver desde el exterior a su hermana tumbada en una cama, con una pierna en alto, un collarín en el cuello y algunos rasguños recorriéndole parte de la cara, por no hablar de los pelos de bruja.

Al verla, Gaagii soltó a Scarlett y corrió para abrazar a su hermana. Skana pegó un respingo y temió que fuera a aplastarla.

—¡Ay, por favor! —gritó la pobre mujer—. ¡No he sobrevivido a un accidente para que un oso me espachurre ahora!

Skana, enterrada bajo un montón de músculos, logró sacar un brazo magullado e hizo un

gesto con el pulgar hacia arriba, confirmando a su amiga que estaba bien.

La pelirroja observó la tierna escena con los ojos llenos de lágrimas. Cerró la puerta para darles intimidad y se sentó en una pequeña sala de espera mientras los Underwood se encargaban del seguro en el mostrador y el *sheriff* hacía unas llamadas. Ella no quería meterse en la conversación entre Skana y Gaagii. Pensó en avisar a Nicholas. Sin embargo, dado que Skana estaba sana y salva, no quería poner en alerta a este y a Henry, así que los dejó disfrutar tranquilos de su viaje. Al fin y al cabo, iban a volver al día siguiente.

Para matar el tiempo decidió sacar la hermosa caja de la bolsa e intentar abrirla. Primero la admiró: cada canto perfecto, cada meticuloso dibujo, el barnizado sin imperfecciones... Si Gaagii acariciaba así a la madera, no quería ni pensar en cómo la podría tocar a ella. Le recorrió un escalofrío de pies a cabeza y se sonrojó con una sonrisilla tonta en los labios.

Ni siquiera supo cómo, pero una de las piezas cedió y, a partir de ahí, fue desentramando el puzle de madera. Con emoción consiguió abrir la delicada pieza. En su interior encontró una bolsita de rafia junto a una nota doblada en dos. Primero sacó lo que había en el pequeño saquito y se quedó impactada. Una amalgama de sentimientos la inundaron. Contempló el regalo con admiración: no era otra cosa que la talla de un colibrí en pleno vuelo, mucho más fina y delicada que la que Gaagii dejó en su taquilla hacía ya tantos años. La encandiló de veras, con todos sus pequeños detalles en las alitas, el pico fino y alargado, las patitas y la cola. Además estaba pintada con colores verdes, violetas, marrones y azules. Con gesto reverencial la depositó de nuevo en la caja para que no se rompiera sin querer. Se dispuso a leer la nota, la cual rezaba:

Espero que este sí te guste. No lo tires, por favor.

Scarlett se quedó lívida y se llevó las manos al rostro para aguantar las lágrimas. No pudo sentirse peor. Gaagii siempre supo que había tirado el colibrí. A pesar del tiempo y aquel feo, él había querido ir de su mano y dejarse consolar. Era un hombre demasiado bueno.

Se puso muy nerviosa y no supo muy bien qué hacer. Al final se limpió las lágrimas, guardó todo dentro de la bolsa y optó por esperar y pedirle perdón como era debido.

oOo

Al mismo tiempo, los dos hermanos hablaron como personas civilizadas, aunque Skana tuvo que entregarle medio paquete de pañuelos al hombretón ya que este fue incapaz de parar la intensa llorera, aferrado a su mano y temblando como un oseño asustado.

—Vamos, vamos, ya sé que no puedes vivir sin mí y mis macarrones con tomate, pero ahora vas a tener que hacerme tú la comida.

—No sabes cocinar sin que se queme todo —alegó él entre berrinche y berrinche.

—Estoy bien, aunque me veas así de jodida. Me muero por fumarme un cigarro, esto es un suplicio...

—Si no nos hubiéramos enfadado, ni dicho cosas tan feas... No te habría pasado nada. Lo siento muchísimo. —Procedió a sonarse los mocos.

—Gaagii, lo que pasó no fue culpa tuya, sino de unos borrachos muy estúpidos que se metieron conmigo en la taberna de Josh. Comenzaron a insultarme y yo me cabree un montón. Josh nos dijo que nos fuéramos, así que llamé a un taxi, pero los vi venir detrás de mí, por lo que me fui directa a la furgoneta para encerrarme y salir de allí. ¡Y no se les ocurrió otra cosa que perseguirme haciéndome luces, pitarme con insistencia y hacer el gilipollas hasta que me salí de la carretera! ¡Bendito airbag!

Gaagii frunció el ceño y apretó los labios en un rictus amargo, las aletas de la nariz se expandieron y pareció un guerrero indio.

—Si los encuentro te juro que...

—¡No vas a hacer nada! —Lo detuvo su hermana—. Promételo.

—No puedo —dijo entre dientes, apretando los puños una y otra vez.

—Pro-mé-te-lo —enfaticó cada sílaba—. Deja a las autoridades hacer su trabajo, joder. Además, tengo testigos de la trifulca y seguro que Josh lo verifica con las cámaras de seguridad. De verdad, necesito que no te cabrees, me duele todo... —gimoteó, molesta.

—Vale... Te lo pro-me-to —siseó él sin mudar su expresión adusta—. A cambio has de prometerme tú algo a mí.

—¿Qué?

—A partir de ahora vas a ser una adulta responsable. Tienes veintiséis años y haces cosas de adolescente.

—Umm... —murmuró frunciendo el ceño.

—Necesito que te centres. Iremos ambos al psicólogo. En mi caso para determinar mi grado de autismo y que me dé herramientas. Y en el tuyo para que gestionas esos impulsos que te dan.

—Vale, lo haremos juntos.

Se quedaron callados unos minutos.

—¿Me perdonas por haber revelado lo de tu autismo y todas las barbaridades de anoche? —se disculpó ella.

El rostro implacable de su hermano se ablandó en cuestión de microsegundos. La volvió a abrazar contra sí, aquella ocasión con mucho más cuidado.

—Perdóname tú a mí por haber sido tan intransigente. Eres mi hermanita pequeña y te quiero mucho.

—Idiota... —Soltó una lagrimilla—. ¡Y quita que me vas a romper más costillas! Eres un oso enorme. Por cierto... Lamento también haber dicho eso de Scarlett... En realidad la aprecio un montón y me puse un poco celosa... —admitió.

—No entiendo qué quieres decir con lo de que te pusiste un poco celosa —dijo con sinceridad.

—Porque estás enamorado de ella e iba a tener que compartirte. Siempre me has cuidado y temía perder eso.

Gaagii fue capaz de entender esos sentimientos porque leer a su hermana volvía a ser fácil al recobrar la relación que tenían.

—No vas a perderme, pase lo que pase.

—Lo sé... Solo fui tonta. Además, yo admiro mucho a Scarlett y quiero que acabéis juntos.

Él se sonrojó. A pesar de la cita y del apoyo mostrado por la pelirroja, y constatar que estaban bien juntos, ignoraba si los sentimientos de la mujer se asemejaban a los suyos.

—¿Te apetece que entre? —fue lo único que pudo decir.

La dolorida mujer asintió con una sonrisa en los labios y los ojos centelleantes.

Cuando Gaagii salió a buscar a Scarlett, la halló en la salita de espera. Tenía el rostro algo demudado y los ojos enrojecidos por el llanto. A él se le partió el corazón al comprobar que estaba pasando un mal rato. Eso sí era capaz de verlo ya que era muy obvio.

—¿Te sientes mal? —Se sentó a su lado sin atreverse a tocarla aunque estuviese deseando atraerla hacia su pecho y oler su dulce perfume.

—Solo es que... Yo... —A Scarlett no le salieron las palabras adecuadas, ni siquiera se atrevió a mirarlo a los ojos, abochornada. Por primera vez en muchos años tuvo miedo de perder a alguien por ser estúpida.

—Skana quiere verte.

La *maître* se puso en pie y anduvo hacia la habitación, acompañada de Gaagii. Al adentrarse fue directa a tomar a su amiga por la mano y mirarla con expresión lastimera.

—Siempre dando problemas. No tienes remedio... —Acarició el rostro de la joven y besó su frente en un acto de cariño sincero.

—Es mi especialidad. Preocupar a mis padres, a mi hermano, a ti... ¿Lo sabe el jefe?

—No he querido contárselo.

—Mejor, porque me iba a abroncar de mala manera y no estoy para más trotes. —Se quejó del dolor en el costado—. Ni respirar puedo.

Skana se fijó en la bolsita que llevaba Scarlett y en lo guapa que iba, aunque se le hubiese corrido todo el rímel y pareciera un panda. Luego miró a su hermano sin poder mover la cabeza por causa del collarín.

—Siento mucho haberos estropeado la cita —se sinceró.

Gaagii no abrió la boca, solo se sonrojó al recordar el contacto con Scarlett. No sabía si podría volver a coger su mano.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —La pelirroja se dirigió a Skana. Ella afirmó—: ¿Qué significado tiene este pequeño tótem?

Sacó el colibrí de la bolsa y se lo enseñó, para pasmo del indio.

«Ha abierto la caja», pensó Gaagii, azorado.

—Pues que, a pesar de ser tan pequeños, se consideran mensajeros espirituales y simbolizan la alegría, la belleza, el amor, la energía... Tú eres como un colibrí a ojos de Gaagii y por eso presupongo que te lo ha regalado él, ¿verdad? —Miró a su hermano con expresión astuta—. Se esfuerza mucho en lo que talla cuando es para alguien que le importa. Y tú le importas mucho, amiga.

El hombre quiso ser tragado por la tierra allí mismo, hacerse pequeñito y desaparecer para siempre.

Scarlett, en cambio, se puso en pie y se detuvo frente a él. Lo tomó de las manos y apretó estas con intensidad, mirándolo muy emocionada.

—Perdóname por haber tirado aquel colibrí cuando íbamos al instituto. Ahora comprendo que era tu manera de decirme que sí querías ir conmigo al baile. Me dejé manipular por mis amigas, me convencieron de que era algo raro, y no entendí el mensaje...

—No pasa nada. —La disculpó sin ser capaz de mirar su rostro enrojecido por el llanto.

—Gaagii, ¿la vas a besar o qué? No tengo todo el día —le espetó su hermana, disfrutando del espectáculo con una gran sonrisa en la boca.

El pobre hombre se hundió más en su propia timidez. ¿Por qué pensaba su hermana que Scarlett quería un beso?

La pelirroja, al ver que él no podía mover ni un músculo, se puso de puntillas para poder tomarlo por la camisa y auparse un poco. Le dio un beso casto, consciente de que era el primero para él. Le gustó muchísimo sentir el tacto de aquella boca, tanto que le temblaron las piernas y perdió el equilibrio. Sin embargo, él la sujetó contra sí sin permitir que se cayera.

Gaagii, un poco azorado y sin saber muy bien cómo proceder, apretó la boca contra la de ella y besó esta varias veces, emocionado. Luego sonrió y volvió a besarla, pero con más ímpetu. Ya no era un adolescente, sino un hombre adulto. Uno con muchas ganas de perder la virginidad con la mujer de sus sueños.

Ambos se fundieron en un abrazo muy intenso y emotivo. Sintieron una dicha única. Sabían que era el momento idóneo para ellos. Gaagii tenía por fin a su pequeño colibrí y ella al hombre

que siempre le había gustado de verdad.

—Esta noche no voy a ir a casa, tenéis total intimidad —comentó la convaleciente.

—Skana, por favor... —gimió Gaagii, avergonzado.

—La que he tenido que montar para que os lieis.

Scarlett no pudo evitar echarse a reír. Luego miró a Gaagii mordiéndose el labio y guiñándole un ojo. Acto seguido, lo besó de nuevo con más énfasis. Aquel tiarrón no se le iba a escabullir más.

Skana se aguantó una risotada. Aunque, a cambio, les dejó una de sus perlas:

—Joder, ¡dais grima!



oOo

El viernes por la mañana, Skana ya había salido del hospital y estaba sentada en su silla de ruedas, con la pierna acomodada y sin collarín, bajo un enorme parasol que habían montado para ella en la parte delantera de la propiedad de Henry. A mano tenía bebidas refrescantes y se estaba

fumando un cigarro mientras veía trabajar a su jefe sin camiseta, a Henry sudando la gota gorda mientras plantaba flores en el lateral del camino, y a su hermano bajo el aplastante sol de julio esperando a que su «flamante novia» les llevase la comida a todos.

Como fue lógico, Nick le metió la bronca del siglo por conducir ebria y meterse en líos. La amenazó con despedirla en cuanto estuviera bien. Antes no, porque eso hubiese sido muy injusto estando desvalida.

Ella sabía que todo se trataba de pura palabrería, por lo que se sintió muy tranquila al respecto.

—¡Eh, Henry! ¡Así no se aplana la tierra! ¡Te vas a cargar las suculentas! —voceó tras darle una calada a su cigarro. Luego lo apagó en el cenicero.

—¡No haberte roto una pierna, guapa! —le contestó este, divertido, apuñalando el suelo con una pequeña pala—. ¿Te he dicho ya que se me mueren todas las plantas? ¡Cactus incluidos!

—¡Nick! Búscate otro novio, este no me cae bien.

—Te recuerdo que es el que paga todas las facturas —contestó el contratista acercándose a ella—. Y yo te pago a ti para que tengas seguro médico y puedas estar de baja, listilla.

—Mi familia tiene dinero de sobra, así que me da igual —respondió con soberbia.

—Pórtate bien o te mando al barco con tu madre.

—¡Ay, no! Te lo suplico, no me tortures... ¡Me tiñó el pelo ella misma y no pude escapar!

—Entonces es mi ídolo.

—Nick, no seas malo. La pobre está fatal —intervino Henry—. Da asco verla.

Ella achinó los ojos y le lanzó una mirada viperina. Henry había espabilado muy rápido por culpa de las malas compañías.

En ese momento Scarlett aparcó en el interior de la propiedad y se bajó de un salto. Gaagii, callado como siempre, dejó unas tablas de madera para acudir a su encuentro. Se fundieron en un apasionado beso que dejó a los otros tres con cara de pasmo, porque se metieron mano sin pudor.

—N-no sé si alegrarme, si partirle la cara por tocar así a mi hermana, o qué hacer... —gimoteó Nick.

Henry le apartó el cabello pegado al rostro y sonrió. Luego le dio un beso en la mejilla húmeda y con sabor a sal.

—¿Prefieres de cuñado a Gaagii, o a cualquier otro tipo?

—Gaagii. Pero le está tocando el culo a mi hermana —gruñó—. ¿Qué confianzas son esas?

—Las mismas que tenemos nosotros. Amor con derecho a roce.

Se miraron como un par de bobos y Skana decidió encenderse otro pitillo. Aquel iba a ser un verano muy largo, rodeada de tórtolos insoportables.





Aquel sábado por la mañana, Henry y Nick fueron los únicos que acudieron a la casa para adelantar trabajo de limpieza previa a la finalización de la obra. A pesar de la insistencia del segundo para que el primero contratase a una empresa de limpieza, este se negó en rotundo. No estaba para tirar el dinero tras haberse despedido del trabajo. Dadas las circunstancias, sus ahorros habían mermado. Así que allí estaban, fregando el suelo de la planta baja, que ya estaba terminada del todo, y quitando el polvo entre toses y risas. Nick iba sin camiseta para desesperación de Henry.

—Lo haces adrede, reconócelo.

—¿El qué? —Nick se dio la vuelta, escoba en mano.

—No llevar ropa de cintura para arriba.

—Si quieres me quito lo demás.

Henry se lo pensó un momento, pero luego continuó fregando y mirando de reojo aquella espalda. Una en la que podía apoyarse sin miedo a caerse. Eso le hizo sonreír.

—El lunes te haré la última transferencia —comentó Henry mientras escurría la fregona en el cubo.

—No la quiero, no hace falta —contestó con aire distraído.

—¡Pero qué dices! Son veinte mil dólares, por Dios.

—Henry —dijo en tono serio—, ahora mismo los necesitas más que yo. Somos una pareja, así que estamos para apoyarnos y ayudar al otro. Ya sea limpiando el suelo o no cobrando honorarios.

El pianista dejó de lado la limpieza y abrazó con efusivo cariño a Nick, besando su boca repetidas veces.

—Te prometo que cuando venda la casa, te pagaré todo lo que te debo. Sé muy bien que me has hecho descuentos, no soy tonto.

Henry observó melancolía en los ojos verdes de Nick, que se humedecieron un poco.

—Vale, ya lo hablaremos e-entonces... ¿De acuerdo? S-seguro que te la quitan de las manos, es preciosa... ¡Y hemos hecho un gran trabajo con ella! Brilla por sí misma.

Su voz se quebró de forma ligera y Henry lo advirtió de inmediato, quedándose preocupado. A pesar de eso, lo acarició con afecto y asintió admitiendo aquel trato.

—Voy a tirar el agua sucia fuera, ahora vuelvo, ¿vale? —indicó Henry tras darle un beso cariñoso.

Mientras salía, se dio cuenta de que, para Nick, era la casa de sus sueños hecha realidad y encima por sus propias manos. Nick había sacrificado ese sueño para tener una vida con Michael, en un piso...

Se giró para ver la hermosa construcción y empezó a percibirla de una forma muy distinta.

Era de los Sanderson, de su Kat... O no. Ya no. Se había convertido en lo esperado: ese nuevo hogar en el que una nueva familia sería feliz. ¿Y qué eran él y Nick? Una familia.

—Soy idiota... —se dijo. Luego sonrió y sintió las lágrimas acudir a sus ojos. Tragó saliva,

se recompuso y tomó una valiente decisión que le ilusionó mucho. Pero la mantendría en secreto por el momento.

Cuando Henry vertió el contenido del cubo sobre la tierra, cerca de la entrada a su propiedad, un hombre con alzacuellos y camisa gris de manga corta se acercó a él. Rondaría ya los sesenta años y tenía todo el cabello blanco.

—¡Buenos días! —lo saludó el desconocido—. Soy el padre Charles, párroco de la Iglesia Comunitaria de Gracia.

—Buenos días, soy Henry Banks, el dueño de esta propiedad. ¿Lo puedo ayudar? —Henry cayó en la cuenta de que esa era la congregación a la que pertenecían los Harrison. Tal vez estuviera allí por el tema que habló con Linda.

—Verá, ¿ha visto usted a su vecino Jerome Harrison? No parece estar en casa, y... Después de lo sucedido...

—No, no lo he visto en días. ¿Qué ha pasado?

—¡Ah! ¿No lo sabe usted? La señora Harrison falleció el lunes.

A Henry se le cayó el alma a los pies, junto con el cubo vacío, y se quedó lívido, con mal cuerpo.

—V-vaya... N-no tenía ni idea, lo siento muchísimo... Ella fue siempre muy amable conmigo. Pero ¿qué le pasó?

—Su corazón falló. Estaba muy delicada ya. Era una gran persona, lo cierto es que lo hemos lamentado de veras. El martes fue el sepelio y desde ese momento Jerome comenzó a comportarse de forma muy extraña, como uno de esos zombis... He venido a ver cómo estaba, pero me temo que la casa está cerrada a cal y canto.

—¿Qué quiere decir con lo de comportarse de forma muy extraña?

En ese momento, Nick salió para ver qué sucedía y se enfundó en su camiseta de nuevo, acercándose.

—Buenos días, padre Charles.

—¡Oh! Buenos días, Nicholas. ¿Qué tal tus padres?

—Bien... —sonrió hasta ver la expresión adusta de Henry—. ¿Qué pasa?

—La señora Harrison ha fallecido... —el moreno respondió con un suspiro.

—Vaya, lo siento. Era muy agradable y querida en Bloomfield.

—No habrás visto a su hijo... —le comentó Henry.

—No, la verdad. No es alguien con quien tenga contacto por ya sabemos qué... Pero es una pena lo de la buena mujer. De pequeño me daba chucherías... Era muy golosa.

—Lo era... —susurró Henry masticando la expresión y quedándose fuera de sí.

—En cuanto a Jerome... —comentó el padre Charles—. Tuve que echarlo de la congregación el miércoles porque entró en plena misa gritando como un loco y, por lo visto, ayer por la mañana montó una trifulca en su puesto de trabajo diciendo que todos íbamos a arder en el infierno de los pecadores. Por eso he venido.

—Ese señor no está bien —admitió Nick negando con la cabeza—. Y solo tenía a su madre. Supongo que era el pilar que lo mantenía en el buen camino. Es una lástima.

—Jerome siempre ha sido muy intenso. No es un mal hombre, pero ha tenido una infancia difícil. Supongo que su actitud estos últimos días y el hecho de que haya abandonado la casa solo puede significar que ha preferido poner tierra de por medio. —En su rostro se percibió una pena sincera—. Me gustaría hacer algo más por ese hombre, pero si su manera de superar esta situación es marcharse y empezar una nueva vida en otra parte... En fin, es adulto para tomar sus

propias decisiones. Con algo de suerte le hará bien. Qué Dios lo proteja. —El párroco iba a marcharse, pero de repente recordó algo importante—. Oh, antes de que se me olvide. Señor Banks, la señora Harrison me dijo que usted quería donar pertenencias de su difunta esposa y hacer una exposición para recaudar fondos contra el cáncer.

—Así es... —Henry espabiló poco a poco.

—Estaba entusiasmada. Me enseñó el cuadro que le regaló... Creo que podemos hacer algo hermoso con todo esto y honrarlas a ambas. Venga a verme cuando quiera.

—¡Lo haré! ¡Gracias!

—Ha sido un placer conocerlo.

—Igualmente. Y, perdone... ¿Dónde está enterrada la señora Harrison? Me gustaría llevarle unas flores para honrar su memoria.

—Fue incinerada, como pidió en su día. Está en el columbario dieciséis del Cementerio de Bloomfield.

—Gracias.

El hombre se dirigió hacia su coche y se fue, dejando a la pareja en la entrada. Henry estaba mustio y Nick lo abrazó contra sí.

—Lo siento, sé que te llevabas muy bien con ella.

—¿Por qué la vida es tan injusta? —El moreno lo miró a los ojos—. Kat, sus padres, la señora Harrison... Y un día mis padres, y los tuyos... —Prorrumpió en sollozos y apoyó la cabeza en el hombro de Nick.

—Me temo que estamos llegando a esa edad en la que somos conscientes de que las personas que amamos se irán más pronto que tarde... No me gusta mucho pensar en ello, la verdad...

Nick permitió que Henry se desahogara todo lo necesario. Se quedó callado, a su lado, simplemente envolviéndolo con los brazos y besando su pelo ensortijado.

Por vez primera, Nick sintió un miedo atroz a perder a quien adoraba. Si a Henry le sucediera algo no sabía si podría seguir adelante. Tal vez no era tan fuerte como él que, a pesar de ser viudo, había caminado con una pesada mochila a cuestas hasta conseguir liberarse de ella y abrazar una nueva vida. También temió que pudiera pasarle algo a sí mismo y Henry volviera a sufrir lo indecible.

oOo

Henry condujo, acompañado por Nick, hasta el cementerio, un sencillo recinto rodeado de árboles y césped. Tras aparcar fuera se adentraron portando tres pequeños ramos de flores secas y colores violáceos. Skana había tenido la sorprendente amabilidad de hacerlos ella misma. No solo era jardinera, sino también una florista muy acertada. Por mucho que pudiese chocar, le habían quedado muy bonitos.

Buscaron el columbario donde estaban depositadas las cenizas de la señora Harrison y anduvieron hasta él cogidos de la mano. Henry continuó triston por las circunstancias, así que Nick le propuso algo que tal vez le animase.

—Como la semana que viene es tu cumpleaños, ¿qué te parece si lo celebramos en la casa en vez de en mi piso? ¡Podríamos hacer una barbacoa! Y además, de ese modo estaremos todos más cómodos.

—Me parece muy bien, cariño —respondió un poco más contento—. Pero que Tom no me acose, por favor —bromeó.

—Aquí el único que tiene derecho a acosarte soy yo. Y como alguna o alguno intente algo... —Frunció el ceño con intensidad.

—Cuando me enamoro solo tengo ojos para esa persona, ya lo sabes... Y mi intención es estar enamorado de ti por el resto de mis días.

Se detuvieron un instante y se miraron. Henry sonrió e hizo a Nick muy feliz.

—Si te pasara algo malo... No sé si podría soportarlo —confesó el contratista apretando más su mano—. Quiero que estemos siempre juntos. Por primera vez he pensado en la muerte, ¿sabes? En lo que eso significa de verdad.

Henry no dijo nada, solo le dio un beso y lo abrazó con fuerza durante largo rato. Después se apartó y le instó a ir hacia el columbario atravesando un camino que dio a una especie de plazuela rodeada de un cuidado jardín. Detrás de esta se alzaba un frondoso bosquecillo.

Buscaron entre los conjuntos de nichos hasta dar con la placa de la señora Harrison.

Linda Harrison, esposa y madre.

Que la tierra te sea leve.

1940-2024

Estuvieron en silencio un rato como muestra de respeto y, acto seguido, depositaron uno de los ramilletes a los pies de su columna.

—Nick... Si me pasara algo, aunque sé que no quieres ni pensar en ello, deseo que tengas constancia de mis últimas voluntades...

Al contratista le costó tragar saliva pero asintió en silencio moviendo la cabeza.

—No quiero ceremonia religiosa y deseo que esparzas mis cenizas en el lago Ontario. También soy donante de órganos, para que lo sepas.

—D-de acuerdo. Yo quiero lo mismo —se atrevió a decir—. Elegiremos un lugar donde nuestras cenizas fluyan juntas, tarde o temprano.

—Me parece bien, mi amor. —Henry sonrió con más fuerza—. Pero que sea más tarde que temprano. Muy, muy tarde.

—Viviremos hasta los cien años, ¡por lo menos!

Regresaron por el caminito y, aprovechando que estaban allí, buscaron las lápidas de los Sanderson en otra zona del cementerio, una más antigua aunque igual de cuidada. Pisaron el césped y admiraron el paisaje. Se estaba poniendo el sol, por lo que la luz incidió sobre las distintas losas dotando estas de colores cálidos.

Por desgracia la lápida que compartían los Sanderson estaba muy desgastada por el paso de los años y la falta total de mantenimiento. A Henry le dio mucha pena aunque sus cuerpos no estuvieran allí.

Brandon y Margaret Sanderson

1955-2008

Papá, mamá: vuestra partida fue inesperada y dolorosa, pero permaneceréis siempre en mi memoria.

—Nunca tuvimos tiempo para venir, nunca... —Suspiró al agacharse para quitar las malas hierbas y los helechos—. Pediré que les pongan una nueva losa y añadiré a Kat. Quiero que, de alguna manera, estén juntos para los ojos de los vivos.

Colocó los dos ramilletes en la base de piedra.

—Eso es muy bonito por tu parte... Eres un buen hombre, Henry Banks. El mejor.

—Si vengo a ver a Kat aquí de vez en cuando, ¿no te molestaría, verdad? En su

cumpleaños...

Nick arqueó las cejas, sorprendido.

—¡No! Por Dios, Henry... No. Es un acto precioso.

—Gracias. Por ser también un buen hombre y haberme devuelto a la vida, Nicholas Miller. Tú sí que eres el mejor.

Nick le tendió la mano y lo ayudó a erguirse.

Después el sol se puso y ellos se marcharon con el corazón un poco más tranquilo.

oOo

En el treinta y siete cumpleaños de Henry, llovió a mares. Fue tal la tormenta de verano que hasta el pararrayos del ayuntamiento tuvo trabajo extra. La meteorología les jugó una mala pasada a Nick y a su barbacoa, pues estaba claro que iba a ser imposible.

El contratista maldijo mientras conducía hacia la casa. No perdía de vista al cielo, como si con ello fuera a conseguir que las nubes se apartaran. Pero, en su lugar, los limpiaparabrisas tuvieron que dar el doscientos por ciento en cuanto la lluvia arreció aún más.

—¡Qué gran idea la tuya! —Scarlett, sentada en el asiento del copiloto, se desternilló a mandíbula batiente.

—¡No soy adivino! —alegó con el ceño fruncido—. Ayer no había una sola nube.

—Han venido al cumpleaños todas de golpe —añadió ella entre carcajadas.

Habían tenido que ir a por comida preparada hasta Bloomfield para poder nutrir los estómagos de todos los invitados. Y algunos comían mucho, como Gaagii, Skana, David y Samuel.

—Eres insufrible. Yo que quería que todo saliera perfecto... —lloriqueó—. Al menos hacer una fiesta bonita antes de que venda la casa...

Scarlett notó de inmediato la lástima en el timbre de su voz.

—Efectivamente, Nicholas. Te contrató para arreglarla y luego venderla. No es tu casa.

—¡Ya lo sé! —contestó de malas formas.

—Tienes un problema, ¿lo sabes?

—Esa casa es lo que siempre soñé tener, junto a un hombre como él. Deja que al menos pase por este estado de negación hasta que pueda recobrar del disgusto por no poder quedármela.

—¿Se lo has dicho?

—No. Le pondría entre la espada y la pared. Esa casa era de Kat y es un tema muy delicado. Además, necesita el dinero.

—Pues entonces deja el egoísmo a un lado y de poner esa cara de perro. Sonríe y haz que hoy lo pase bien. Es su cumpleaños, el primero que pasa sin su mujer. Al menos que se divierta con su novio. ¡Qué eres tú, zoquete!

—Tienes razón, perdona. ¡Solo es lluvia! En el interior estaremos genial de igual forma.

—¡Esa es la actitud!

Según avanzaron por el embarrado camino, se cruzaron con el autobús que llevaba a la urbanización. Nick aminoró la marcha al llegar a una de las paradas, ya que había una mujer resguardada bajo la marquesina. Quiso evitar echarle el agua encima.

—Nicholas, para. Pobrecita...

Este acató sus órdenes y Scarlett bajó el cristal de la ventanilla.

—¿Está usted bien?

—¡Oh! Sí, pero... Con este temporal no me puedo mover de aquí. —Llevaba una pequeña

maleta de mano y estaba aterida de frío.

—¿La podemos acercar a alguna parte?

La mujer dudó, ya que una no podía fiarse de cualquier desconocido. Sin embargo, la camioneta llevaba un logotipo de construcciones, la joven pelirroja parecía una chica normal y el conductor un hombre muy guapo.

—Si me hicieran el favor... ¡Es cerca de aquí! A casa de mi hijo.

—Suba. —Scarlett abrió la puerta y se hizo a un lado, quedándose en medio y ayudando a la señora —porque ya tenía una edad madura— con el equipaje.

—Póngase el cinturón, aunque sea un trayecto corto el camino es muy accidentado —le pidió Nick.

La sonrisa de aquel hombre la encandiló.

—Sí, sí, claro. Muchas gracias.

Nick apretó con suavidad el acelerador y condujo con prudencia. La tormenta se había intensificado.

—¿Dónde está la casa de su hijo?

—A ver, lo miro, un momento... —Sacó su móvil y consultó el dato—. Perdón, llevo más de doce horas de viaje en autobús, luego he cogido otro hasta aquí... Quiero darle una sorpresa, porque hoy es su cumpleaños.

Scarlett miró a su hermano y este a ella.

—¡Ah! Qué bien... ¿Y cómo se llama su hijo? Tal vez lo conozcamos.

—Henry —dijo mientras trasteaba con el teléfono.

La furgoneta frenó de sopetón, cogiendo mal un bache que provocó que todos pegaran un pequeño saltito en sus respectivos asientos. Solo los cinturones impidieron que se dieran unos con otros.

La señora gimió dolorida.

—Ay, Dios Santo.

Scarlett sonrió a la mujer con cara de circunstancia antes de mirar a su hermano, que se había quedado con la mirada perdida en el trayecto y las manos apretadas sobre el volante.

—Eh... ¿Nick?

—Y-ya... Ya voy. Sí —empezó a murmurar—. Estupendo, sí. Vamos allá.

A los pocos segundos, la mujer encontró la dirección de destino.

—Pues miren, está en el número 8 de la calle Rochester. Es una casa grande que se ha reformado.

La hermana de Nick se llevó una mano a la cara para esconderla e, intentando que no se le viera sonreír de los nervios, comentó:

—Pues sí... A lo mejor lo conocemos...

No había duda, aquella mujer era Lorraine Banks.



Henry descorchó otra botella de vino tinto y la dejó sobre la mesa para que se fueran sirviendo en las copas nuevas. Ya estaban todos allí, en el flamante salón amueblado, salvo Nick y Scarlett, que tenían que estar al caer, y Tom, que salía tarde de trabajar.

Mientras sonaba música instrumental de *jazz*, los padres del contratista estaban sentados cómodamente en el *chaise longue* de color gris marengo, Skana en su silla de ruedas ya con la cerveza en la mano, Gaagii ayudando al anfitrión a colocar platos, vasos y cubiertos, y Patrick charlando con Samuel sobre cómo había ido aquella semana de trabajo. Por desgracia, Kamilah no pudo acudir.

Aunque no hubiesen podido hacer la barbacoa porque estaba cayendo el diluvio universal, Henry se sintió muy dichoso. Su último cumpleaños había sido triste, con Kat ya enferma. Al llegar a Bloomfield pensó en que lo pasaría solo. Sin embargo... Allí estaba, rodeado de una nueva familia. Lo que le extrañó fue que su madre no le hubiese llamado. Seguro que aún estaba muy disgustada con él, porque llevaban mucho sin hablar.

El hombre se dirigió a la cocina, cogió un montón de patatas fritas, las vertió en unos boles de plástico grandes y se dirigió hacia el salón para depositarlas sobre la gran mesa de madera que había hecho Gaagii. A medio camino sonó el timbre.

Recondujo sus pasos, colocó uno de los boles en el mueble del recibidor y abrió la puerta con una sonrisa. Esta se le borró de la cara y el bol se le cayó al suelo del susto, esparciéndose su contenido por todas partes.

—M-mamá... —Pestañeó, incrédulo.

Detrás de ella estaban apostados Nick y Scarlett con sendas expresiones de circunstancia.

—¡Henry! —Ella lo abrazó pisoteando las crujientes patatas fritas y el hombre le devolvió el acto de cariño—. ¡Sorpresa! ¡Feliz cumpleaños! —Lorraine lo asió por el rostro para comprobar que estaba todo bien en él y comía en condiciones—. Me han acercado estas amables personas desde la parada del autobús. Dicen que son amigos tuyos...

—Sí, lo son... —Henry miró a Nick de forma breve y se hizo a un lado para que entraran.

—Voy a por más bolsas a la furgoneta —comentó Nick, medio escabulléndose de aquel tremendo percal.

Henry, todavía conmocionado, dejó la puerta abierta y atendió a su madre, tomó su maletita para guardarla y condujo a Lorraine hacia el salón, seguido por una Scarlett que se estaba aguantando las ganas de reírse por todo lo alto.

—Tendrás que recoger eso, si no se estropeará el parqué —indicó Lorraine al echar la vista hacia la puerta.

—No pasa nada, mamá. Ahora entra, que pareces congelada de frío.

—Tengo que reconocer que la casa está muy bien. Parece nueva. Sacarás mucho dinero, qué falta te hace —le reprochó.

—Mi hermano Nicholas, el hombre que está fuera, es quien la ha reconstruido y restaurado —intervino la pelirroja al ver que la vena en la sien de Henry comenzaba a latir con fuerza—. Y mi novio es el responsable de toda la ebanistería —añadió con ahínco, orgullosa de sus dos chicos favoritos.

—¡Ah! Pues está todo muy bien, sí...

—Yo soy Scarlett, trabajo con su hijo en el restaurante.

—¿El restaurante? ¿Qué restaurante, Henry? —inquirió en tono agresivo.

—Luego te lo explico, mamá. Vamos al salón. —El hombre miró a su amiga con cara de circunstancia.

La madre de Henry supuso que aquellos era los amigos que su hijo decía que tenía en Bloomfield, algo que al principio le costó creer que fuera real.

—¡Os presento a mi madre, Lorraine! —gritó nervioso. Le iba a dar un ataque al corazón—. Ha venido para darme una sorpresa de cumpleaños.

Angela se levantó rauda como una flecha y fue hacia ella con ese rostro tan afable y sonrojado de siempre. La tomó por una mano, para pasmo de la mujer.

—¡Es un placer conocerte! Yo soy la madre de Nicholas y Scarlett, y él es mi marido, David.

Este le dio la mano también, aunque con su gesto adusto de siempre. Lorraine se quedó impactada por su corpulencia y esa barba blanca y espesa. El hombre estaba de muy buen ver, no cabía duda.

—*Mmm...* ¿Has venido sola?

—Oh, sí, sí. Mi marido no... —carraspeó—, no ha podido.

Henry supo de inmediato que su padre debía de haberle dicho que ir hasta allí era una locura. Pero su madre siempre hacía lo que le daba la gana y punto.

—Una pena, *mmm*.

—Mamá, estos son Patrick y Samuel, íntimos de mi amigo Nick... —le dolió en el alma decir aquello así—, y aquí tenemos a Gaagii y a su hermana Skana.

Todos se fueron presentando con mucha educación.

—Es un placer conocer a los... amigos de mi hijo —dijo sin estar muy segura—. Pero, querida, ¿qué te ha pasado? —preguntó a la joven india.

—Tres tipos se metieron conmigo en un garito de la bahía, me sacaron fuera de la carretera y ya ve, aquí me tiene, postrada y luchando por mi vida. Casi no lo cuento —exageró.

—¡Pero eso es terrible! —Se escandalizó de veras—. ¡Qué lugar tan peligroso es este! —Miró a Henry con los ojos desorbitados.

—No, no, qué va, señora Banks, este lugar es muy tranquilo en realidad —intervino Skana—. Esos vinieron de Nueva York y ya los han cogido. Los he reconocido y solo falta que se haga un juicio y que todo el peso de la ley caiga sobre sus repugnantes e inútiles cabezas; y que me indemnicen con bastantes fajos de billetes, por supuesto. Cubrir los gastos hospitalarios y el coste de la furgoneta nueva no ha sido barato —explicó complacida.

—Santo cielo...

—Ven, mamá, siéntate y come o bebe algo, habrás tenido un viaje muy largo —le pidió Henry, más nervioso que en su boda.

En cualquier momento entraría Nick y, aunque este sabía muy bien que no tenía que decir nada de su relación, ese temido instante llegaría y él no estaba preparado para ello. No ese día.

Sin embargo, Henry aún tenía un poco de tiempo para pensar en cómo contárselo.

—¡Hola! La puerta estaba abierta. —Tom apareció de pronto con una barril portátil de cerveza y lo depositó sobre la mesa, sonriendo—. Henry, ¿dónde está tu novio?

Y Henry se quedó sin ese tiempo para pensar. De hecho, se sentó en una silla.

Ella miró al extraño con expresión de no entender nada en absoluto. Después dirigió la inquisitiva mirada hacia su hijo, que bajó la cabeza sin poder aguantar su escrutinio.

Los presentes se quedaron callados y hasta la propia Skana, fan de desvelar oscuros secretos ajenos, se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —indagó Tom—. ¿Nick no está?

En ese preciso instante este se unió a la fiesta, pues ya había metido toda la compra.

—Necesito ayuda para llevar la cena a la cocina. Oh, hola, Tom. No te he visto entrar.

Las miradas se dirigieron todas hacia él, excepto la de Henry, que siguió observándose los zapatos con una gran angustia oprimiéndole el pecho.

—Tú eres Nick —afirmó Lorraine.

—S-sí.

—Y según este señor calvo, eres el novio de mi hijo. ¿Lo he entendido bien o es una broma de mal gusto?

—¡Mamá! —intervino Henry a modo de reprimenda y se puso en pie—. No vuelvas a ser tan grosera.

Todos se quedaron pasmados por lo mal que Lorraine había reaccionado. De hecho, David estuvo a punto de pronunciarse, pero su mujer lo detuvo con un gesto de cabeza negativo.

—Deja que responda —exigió la madre de Henry.

—Sí, soy su pareja —dijo Nick y le pidió disculpas a su novio con un gesto de cejas.

—Vamos arriba a hablar —pidió Henry a su madre.

Esta se puso en pie y lo siguió hasta el primer piso, bajo las atentas miradas de los presentes.

Nick, que había aguantado el tipo, se tuvo que sentar en el sofá y alguien le pasó una cerveza fría.

—La he cagado, ¿verdad? —susurró Tom, encogido.

—A lo grande —soltó Skana.

oOo

Dentro de la habitación principal, y con la puerta cerrada, Lorraine se paseó cruzada de brazos, mirando a su hijo de forma inquisitiva, como una jueza a punto de dar su veredicto.

—¿Te parece normal que me haya enterado de esta forma de que te gustan los hombres?

—No pensé que fueras a venir, como comprenderás. Era algo pendiente que tenía que...

—¡Algo pendiente! ¿No te da vergüenza? ¿A caso tu padre y yo no merecemos explicaciones claras? —exigió—. ¡Pareces un adolescente! ¡Ni siquiera te comportaste tan mal cuando lo fuiste! No entiendo nada, nada... —murmuró negando con la cabeza y sin dejar de caminar.

—Pensaba contároslo cuando fuera a firmar la venta del piso el mes que viene, si los que están interesados aceptan mi...

—¡Aún sigues con eso! —lo cortó con furia—. ¡Dejas el trabajo! ¡Vendes el piso! ¡Trabajas en un restaurante! ¿De qué? ¿De friegaplatos?

—¡Soy pianista! —le gritó a su vez—. ¡Y fregar platos tampoco sería nada malo! ¡Nada lo es! Ni dejarlo todo atrás para rehacer mi vida, ni estar con Nick, ni trabajar en un restaurante, ni vender el piso.

—¡Es vergonzoso! ¡En la casa de Kat! ¡De mi pobre Kat! —Se echó a llorar con desconsuelo—. ¿Es que no la quisiste nunca? ¿Vuestro matrimonio fue mentira? Dime que no la utilizaste para esconder tu homosexualidad.

Henry se quedó pasmado ante aquello, tanto que tuvo que pestañear varias veces antes de poder responder. Justo en ese instante retumbó un trueno.

—¡Pero cómo se te ocurre dudar de mí, que soy tu hijo! —Explotó de veras poniéndose rojo de rabia—. ¡Cómo puedes prejuizgarme así, creer que yo soy capaz de hacerle eso a Kat! —Por

sus mejillas cayeron gruesas lágrimas de rabia, pena y enfado.

Lorraine, que jamás en su vida lo había visto en ese estado de enajenación, dio dos pasos hacia atrás.

Henry continuó con su enojo:

—¡No te imaginas lo mucho que he sufrido por su muerte! ¡Lo mal que me he sentido por experimentar atracción por otro hombre! Me creía un mal marido, aunque ella ya no estuviera en este mundo, pensaba que era indigno, que no me merecía ser feliz. He tenido que superar no solo la pérdida de mi mujer, sino también el peso de creermela mala persona. ¡El hecho de que me juzgues de esta manera es horrible!

Terminó sollozando largo rato, sin que su madre supiera cómo reaccionar. Aún estaba impactada.

Tras calmarse un poco, Henry salvó las distancias con su madre y la asió de los hombros con delicadeza.

—Mamá, amé a Kat con todo mi corazón... —las palabras temblaron al salir de su boca—. Nuestro amor fue tan real como lo es el que siento ahora por otra persona. Simplemente no me había dado cuenta de que era bisexual porque solo tenía ojos para ella. Kat fue la mujer de mi vida, pero esa vida terminó al morir ella. Y ahora estoy empezando una nueva etapa con Nick, que es el hombre de mi nueva vida. ¿Lo comprendes?

Lorraine miró los ojos de su hijo, estos estaban enrojecidos por el llanto. Dejó de estar tensa y, aunque le costó al principio, dejó a un lado sus opiniones y lo abrazó con fuerza.

—Siento lo que te he dicho. Y lo de abajo... Ha sido muy grosero por mi parte. Y-yo no creo que seas un mal hombre, no te he hemos educado así. Y siempre eras muy cariñoso con Kat, nunca habría imaginado que también te gustaran los hombres.

—Pues sí. Nick en particular. Él es especial, maravilloso, bueno y dulce conmigo. Me cuida... Me quiere de veras, como me quiso Kat.

El hombre suspiró y la estrechó contra sí. Sabía que para su madre aceptar que estaba equivocada era lo más complicado del mundo, así que se dio por satisfecho por el momento.

—Deberías pedirles disculpas...

—Lo sé... —aceptó avergonzada.

Henry se separó un poco de ella.

—Será mejor que hablemos de esto mañana. Hoy es mi cumpleaños y se suponía que esto era una fiesta. Ahora que estamos más calmados, me gustaría que la disfrutáramos todos.

—Está bien, pero... Pero te ruego que... Te ruego que no seas muy explícito con ese hombre.

—Mamá... —Usó un tono de voz reprobatorio—. Si fuera una mujer no dirías algo semejante. ¿Te das cuenta de lo homófobo que es eso?

—¡Ay, hijo! —se quejó—. ¡No me pidas que lo naturalice de la noche a la mañana!

—Pues para que nadie más se chive te lo cuento ya: vivimos juntos en Rochester. Así que han pasado cosas de adultos.

—¡Henry! —Se apartó y volvió a cruzarse de brazos.

Su hijo reprimió una sonrisa.

—Te recuerdo que tengo treinta y siete años. Así que quiero bajar, cenar y soplar las velas de mi tarta, acompañado de mis seres queridos. Y tú eres la persona que más quiero, junto con Nick.

—De acuerdo, mañana lo hablaremos mejor. Ay, Dios mío... ¿Cómo se lo va a tomar tu padre? —Ella se giró hacia la puerta.

—Creo, y no me equivoco, que le dará igual mientras yo sea feliz.

Dicho aquello, dejaron atrás la caja de los truenos.

oOo

Nick se bebió la cerveza y movió la pierna derecha en señal de nerviosismo. Le iba a dar un ataque al corazón en cualquier momento.

Aunque no se escuchó la conversación con claridad, a todos les resultó evidente que había sido una buena bronca. Pasos de aquí para allá, gritos por parte de ella, luego a Henry muy cabreado y después... Casi silencio.

De pronto se escuchó la puerta del dormitorio abrirse y cerrarse, a Henry y a su madre bajar las escaleras y aparecer después en el salón.

Nick se puso en pie de un salto, abrumado por las circunstancias. Se percató de inmediato que su hombre había llorado por el disgusto y tuvo que aguantarse las ganas de acercarse hasta él y consolarlo.

Por su lado, a la señora Banks se le habían bajado los humos y su lenguaje corporal reveló arrepentimiento.

—Primero quiero pedir perdón en general por lo grosera que he sido. Resulta imperdonable por mi parte —susurró llevándose una mano a la sonrojada mejilla—. Después en particular a... Nick. Lo lamento, fui muy desconsiderada y es injusto. Gracias por cuidar de mi hijo —añadió al final, aunque apenas fue capaz de mirarlo a los ojos.

El contratista soltó el aire que pujaba por salir desde que ella comenzó a hablar. Por fortuna su corazón dejó de latir de forma tan intensa y el nivel de ansiedad descendió.

—No pasa nada, señora Banks —le respondió con una sonrisa encantadora—. Solo quiero que sepa que Henry es muy importante para mí, que voy completamente en serio con él y que... Que he tenido mucha suerte de conocerlo —concluyó mirando a su hombre.

Henry, a pesar del disgusto, se derretió al escucharlo. Tuvo la esperanza de que su madre viera en Nick lo mismo que él: a alguien puro de corazón, leal, bueno y auténtico. Que pudiera comprender las razones por las cuales se había enamorado de él.

—¡Vamos a traer la cena! —intervino Angela con su cantarina voz y sus ademanes festivos—. ¡Estamos hambrientos! ¿Me ayudarías, Lorraine? ¿O estás muy cansada?

—Me irá bien distraerme —admitió.

—Vamos, David. —Arrastró a su esposo tomándolo del brazo y este tuvo que claudicar.

Los tres desaparecieron y fue entonces cuando Henry abrazó a Nick, derrumbándose un poco en su regazo.

—Una buena bronca, imagino.

—Ya te lo contaré, pero sí...

—¡Será mejor que nos emborrachemos ya! —exclamó Skana alzando su vaso—. ¡Un poco de cerveza!

Tom corrió, solícito, a llenar su vaso de toda la cerveza que ella quisiera. La hermana del grandullón le resultaba una soltera muy interesante.

Gaagii le echó una mirada asesina a aquel tipo enjuto y calvo con gafas, que se pegó a su hermana como una lapa.

—Gaagii —lo mentó Patrick—, vigila a Tom, es un mujeriego de cuidado —bromeó.

—Lo voy a matar —contestó el indio tras dejar los platos sobre la mesa con intención de defender el honor de Skana.

—No, no, ¡Gaagii! —Lo detuvo Scarlett—. Patrick estaba bromeando. No te lo puedes tomar de forma literal, ¿recuerdas?

—Entiendo, pero... Tengo ojos y veo cómo se le acerca.

—Es cierto. A pesar de eso, tu hermana sabrá muy bien hasta dónde puede llegar Tom. Tú no mates a nadie, ¿de acuerdo?

—Vale. Solo porque tú me lo pides, colibrí.

—¡Eso en privado, osito! —exclamó Scarlett, partiéndose de risa.

Samuel y Patrick se desternillaron a base de bien, no solo de aquello, sino también de Tom intentando ligar con Skana.

—¿Te juegas diez dólares a que le da calabazas al final de la fiesta? —propuso Samuel.

—Veinte dólares a que eso pasa antes —contestó Patrick.

Con un gesto de cejas cerraron la apuesta y se dedicaron a observar a Tom hacer el tonto durante el resto del cumpleaños.

oOo

La hora del postre llegó, tras una velada mucho menos tensa de lo esperado. La propia Angela se había encargado de hornear una tarta de tres chocolates y decorarla con motivos musicales y nata, además de añadir las velas encendidas.

—¡Tiene una pinta increíble! Gracias, Angela —la aduló Henry, deslizándose el brazo por encima de sus pequeños hombros para poder besarle la coronilla.

—Con todo el respeto a Lorraine —Angela la miró antes de continuar con su discurso— David y yo estamos muy contentos de que te hayas incorporado a nuestra familia y que hagas feliz a Nicholas. Te has convertido en nuestro hijo.

Henry sintió mucha emoción y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Pues no puedo estar más contento...

—¡Cantemos el cumpleaños feliz! —exclamó Skana a todo volumen, levantando su copa de champán.

—¡Ni se os ocurra! —Henry se quiso esconder bajo la mesa, hacerse pequeñito y desaparecer mientras todos los presentes entonaban la famosa canción, una y otra vez hasta conseguir que se partiera de risa—. ¡Basta, cabrones! —acabó soltando.

Luego sopló las velas pidiendo un único deseo, tras lo cual miró a Nick a los labios y este le dio un beso casto, no fuera a molestar demasiado a Lorraine, que se convirtió en uno más profundo cuando Henry le rodeó el cuello con los brazos.

—¿He cumplido tu deseo? —bromeó Nick.

—Ese y muchos más.

Los invitados aplaudieron y Angela cortó la tarta en porciones. Lorraine se acercó a ella y le tocó el brazo.

—Gracias por acoger a mi hijo —tuvo que reconocer. El ratito con aquel matrimonio no fue tan horrible. Eran personas decentes, trabajadoras y con valores.

—Henry es un encanto y quiere mucho a mi hijo. Se nota que lo habéis educado muy bien. Ahora mismo estoy contentísima con mis dos nuevos yernos. No querría a nadie más para mis hijos.

Lorraine asintió con la cabeza, sin pronunciar palabra, y se comió su porción de tarta, dándole vueltas a la cabeza. Luego miró a su hijo y lo contento que se le veía. Hacía mucho tiempo que no estaba así. Desde el momento en el que supieron todos que Kat tenía cáncer, Henry se fue apagando casi tanto como la pobre enferma, hasta ser solo una sombra de sí mismo, una vela apagada.

A pesar de ello, aún no podía aceptar que hubiera dejado el trabajo sin más, que tocara el

piano en un restaurante y, lo más insólito, que se hubiese enamorado de otro hombre.

—Mamá... —Henry le dio un beso en la mejilla—. Te quedarás aquí, en la habitación de invitados.

—¿Y tú? ¿Te irás con él? —Lo miró de forma inquisitiva.

—No, ¿cómo voy a dejarte sola? Mañana he de trabajar a medio día también, así que acudiremos juntos y podrás comer en El Pato Desplumado.

—¡A qué clase de restaurante pretendes llevarme! ¡Tiene un nombre ridículo! —exageró.

—Es parte de la gracia. Te esperas una cosa y te encuentras con otra.

—El menú es estupendo, *umm* —añadió David—. Estaría bien que comiéramos juntos. ¿Qué te parece, Lorraine?

Esta, abrumada por la guapura de aquel madurito interesante, asintió absorta. Desde luego Nick había salido a él.

—De acuerdo, iré. ¡Ah! —Recordó a botepronto—. Te he traído un regalo, hijo. —Se puso en pie para ir a buscar su maleta ante la vergonzosa mirada del pianista, que la siguió.

—¡Eso! ¡Vamos a darle los regalos a Henry! —gritó Skana desde el *chaise longue*, donde su hermano la había acomodado—. ¡Que alguien traiga el mío! Está en esa bolsa. —La señaló.

—Tú sí que eres un regalo —dijo Tom, sentándose a su lado con aire solícito, entregándole un objeto plano y cuadrado recubierto con un papel de regalo floreado—. Tal vez podríamos ir a tomar algo, cuando te sientas mejor...

Skana lo miró con una amplia sonrisa en los labios.

—Saldré contigo, sí —le dijo esta.

—¿Qué? —Tom no dio crédito, mucho menos Nick, Samuel y Patrick, que se quedaron expectantes ante aquel extraño suceso paranormal.

—Cuando las ranas críen pelo, o tú te lo dejes largo —apostilló ella.

—P-pero... —balbució él.

—¿No dices que te rapas? Pues eso; deja de raparte y saldré contigo.

Las carcajadas de su tres amigos sonaron tan fuertes que Tom se puso rojo de vergüenza.

—¡Callaos, cabrones! ¡Insensibles de mierda!

—¿Te crees que soy tonta? No has parado de adularme en *toooooo* la tarde. Y los tíos solo queréis una cosa de las pobres mujeres impedidas como yo. —Hizo un puchero.

—T-te juro que no, que no va por ahí la cosa —se excusó Tom.

—Ah, ¿entonces no quieres salir conmigo?

—¡Sí quiero! —Y luego se dirigió de nuevo hacia aquellos tres—. ¡¡Queréis dejar de reiros, cabrones!!

—Me lo volveré a pensar —añadió Skana—. Por el momento, acércame otra porción de tarta.

—Sí, enseguida, de inmediato. —Tom corrió hacia la mesa.

—Eres mala, Skana.

—Jefe, tú es que no supiste hacerte el duro con Henry. Pero yo me hago valer.

—La madre que... —siseó Nick.

—Por cierto, Patrick —dijo ella—. Quiero esos veinte dólares de Samuel. Has perdido la apuesta.

Este se quedó sorprendido.

—Pero cómo coño...

—¿Os he contado que tengo un excelente oído?

Samuel le pasó el billete a Patrick, que, sintiendo un bochorno terrible por haber apostado a

costa de una muchacha impedida, se disculpó dándoselo a ella.

Skana se lo guardó en el escote con rapidez.

Nick se alejó riéndose entre dientes de aquellos pardillos y buscó a Henry porque también tenía un regalo para él, uno que sabía que le iba a hacer una ilusión especial.

Henry fue abriendo los presentes que le dejaron sobre la mesa. De su madre obtuvo ropa, dos camisas y dos pantalones. Porque, como decía ella, «la ropa siempre hace falta». De sus suegros recibió dinero, algo que le dejó descolocado e insistió en devolver.

—¡Para que os vayáis a hacer un viaje más largo! —exclamó Angela con su alegría habitual.

Henry tuvo que claudicar.

Gaagii le tendió un paquete algo pesado. Al abrirlo se maravilló con la figura de un Fénix, tallada en nogal oscuro.

—Cada veta cuenta alguna historia ancestral del árbol de donde salió la madera —explicó el indio— y el Fénix es porque renace de sus cenizas, como lo has hecho tú tras todo lo que has pasado...

Scarlett, aferrada a su brazo, movió la cabeza afirmativamente y le sonrió dándole a entender que lo había hecho muy bien.

—Es precioso, Gaagii, de verdad. ¡Me encanta! Lo pondré en un lugar privilegiado, no te quepa duda.

—Este es mío. Sé que es un poco tonto, pero... —Scarlett le tendió un paquetito envuelto con primor.

—¡Bombones rellenos de licor! Siempre son bienvenidos. —Henry le dio un beso en la mejilla y le susurró algo al oído: —El regalo es tu amistad y que hayas sido tan comprensiva conmigo. Gracias por ese bofetón que me quitó tanta tontería de encima.

—Un placer darte clases de kárate —bromeó.

Los tres amigos de Nick se rieron a costa de Henry cuando este abrió la caja con su regalo. Los miró con cara de genuina vergüenza.

—¡No pienso sacar lo que habéis metido aquí! —voceó.

—¡Pero es todo muy práctico, Henry! —dijo Tom—. Aunque no quiero imaginarlo, la verdad. —Puso cara de asco.

Nick le echó un vistazo al interior de la caja y se desternilló de risa. Introdujo la mano y deslizó fuera unas esposas con pompones rosas, que Henry intentó arrebatarle de las manos, y un lubricante efecto calor.

—A mí me parece un gran regalo, Henry. También hay una caja de preservativos sabor fresa, un fa...

—¡No lo digas! —Henry le tapó la boca a Nick, que adoró verlo tan abochornado. Le chupó la palma de la mano con la lengua y este le pegó en cachete en el pecho—. ¡Los cuatro sois igual de cerdos!

Después fue Skana la que le tendió su presente.

—Mueve el culo hasta aquí, que yo no puedo ir.

El cumpleaños ya supuso qué era aquello, pero lo abrió con fingida lentitud para poner nerviosa a la joven, que se impacientó.

—¡Ábrelo de una vez! ¡Eres insufrible!

—¡Oh! *Las mejores canciones de Nat King Cole*. —Leyó al sacar el vinilo con el rostro sonriente del cantante en la cubierta—. ¡Gracias, me encanta! —Luego miró a Nick, que le sonrió apoyado en el gran paquete que tenía preparado para él—. ¿Y nadie me regala un aparato

de esos donde se pone la cosa esta?

—Tendrás que averiguarlo —respondió su pareja.

Henry arrancó el papel de aquella voluminosa caja. Efectivamente, allí estaba el anhelado tocadiscos. Abrazó a su hombre contra sí, muy emocionado.

—Creo que te dejaré usar las cosas de la otra caja —le susurró a Nick en la oreja—. Todas las veces que quieras...

—Calla, anda, no te pongas tan romántico que no estamos solos...

Henry extrajo el moderno tocadiscos, con aspecto *vintage*, y lo enchufó. Para probarlo desenfundó el vinilo que le había regalado la india, lo depositó en la plato y tomó el brazo fonocaptor¹² para llevarlo al principio del disco, haciendo que la aguja tocara este con mucho cuidado.

Tardó un poco en sonar y, cuando lo hizo, todos se desternillaron de risa hasta llorar. Incluso la propia Lorraine no pudo evitar contagiarse al ver la cara de su hijo mirando sorprendido a Skana.

Lo que sonaba no era algo de Nat King Cole, sino *YMCA* de los Village People. De hecho, todo el disco era suyo, así que Henry se unió a la fiesta final y bailó con Nick, porque aún era joven, estaba en una nueva ciudad, se había levantado del suelo y no había necesidad de contenerse.

Young man, there's no need to feel down

I said, young man, pick yourself off the ground

I said, young man, 'cause you're in a new town

There's no need to be unhappy

Young man, there's a place you can go

I said, young man, when you're short on your dough

You can stay there and I'm sure you will find

Many ways to have a good time

It's fun to stay at the Y.M.C.A.

It's fun to stay at the Y.M.C.A.

They have everything

For young men to enjoy

You can hang out with all the boys



Lorraine llamó a su marido para avisarlo de que había llegado bien y estaba en casa de Henry. Omitió todo detalle de la discusión y de la fiesta posterior. Ya trataría el tema con él al volver, porque aún tenía una conversación pendiente con su hijo.

A pesar del disgusto durmió con placidez debido al cansancio. Al despertarse se levantó para ir al aseo contiguo, que tuvo que reconocer que había quedado precioso con ese aire *vintage* y la famosa bañera de patas de la que le habló su nuera. Ella siempre hacía planes para que, cuando ella y Henry se fueran allí, sus suegros estuvieran encantados de visitarlos. Las circunstancias siempre lo posponían una y otra vez.

Fue entonces cuando se dio cuenta de algo: Henry se habría alejado de ellos, tarde o temprano, si la pobrecilla de Kat no hubiese fallecido.

Su único hijo hubiera vivido en otro estado sí o sí. Aquella certeza la dejó descolocada. ¿Sería Bloomfield el destino de Henry? ¿Por qué los hijos tenían que crecer e irse?

Un olorcillo a café recién hecho la sacó de sus profundas divagaciones y volvió a la habitación para vestirse. Antes de bajar a la cocina, donde trasteaba su hijo, se fijó en la vieja colección de libros de Jane Austen que descansaban en una estantería blanca. También reconoció el cuadro colgado de la pared porque era de Kat: flores, las gardenias que a las dos les encantaban, tanto como a la pobre madre de Kat.

Lorraine no tenía duda alguna, aquel había sido el cuarto de su nuera. No podía ser más acogedor y primoroso con el papel pintado de la pared, las cortinas de seda color champán y aquella cama tan suave.

Descendió al piso principal con el corazón en un puño y un nudo en la garganta. Ese instante en la estancia de Kat le había dejado sin aliento.

—Buenos días... —le dijo a su hijo.

Este la miró con una sonrisa iluminándole el rostro.

—¿Has dormido bien, mamá?

—Sí, la cama era muy cómoda.

—Me alegro. Siéntate a la mesa y te llevo café con unas tostadas. La mermelada de arándano es de Angela. Esa mujer me va a engordar. —Emitió una risilla.

Ella permitió que Henry la mimara un poco. Lo echaba mucho de menos y en eso se basaba su resistencia a admitir la verdad: que él era más feliz viviendo allí, emparejado con otro hombre, que en Columbus con su familia.

Henry se sentó frente a ella tras colocar todo lo necesario en la mesa.

—Aunque vivo en Rochester dejo comida aquí también. Así es más cómodo cuando trabajamos en la reforma.

—¿Y falta mucho para terminarla?

—Fregar y quitar el polvo de la obra... Que no es poco. —Suspiró de cansancio—. Nick ya arregló la parte del tejado que tenía goteras y cambió las tejas estropeadas. Casi me da algo al verlo subido ahí...

—Parece un hombre hecho y derecho... —fue el único piropo capaz de expresar.

—Lo es, tiene todo muy claro en la vida. He aprendido mucho de él...

Lorraine dio un sorbo a su café y mordió la deliciosa tostada.

—Verás, Henry, yo... A mí...

—Te cuesta entenderlo, ¿no? —Ella asintió con la cabeza—. Soy bisexual, eso es todo. Sigo siendo vuestro hijo de siempre, solo que me he enamorado de otro hombre. Yo también estaba muy confuso al principio, no te creas... Me costó mucho aceptarlo, más de lo que te puedas imaginar.

Pensó en el médico. Algo que no le contaría a su madre jamás. Solo traería dolor innecesario.

—Me pregunto si hice algo mal durante el embarazo y por eso...

—¡Mamá! Pero ¿qué dices? Esto no va así, ni de lejos. ¿Por qué lo ves como algo catastrófico?

—Es que me choca todo esto. Nunca habías dado indicios de que te gustaran los chicos.

—Ni las chicas. Mamá, hasta que no conocí a Kat y se forjó ese lazo entre ambos, apenas sentí atracción hacia otras mujeres. Lo de los tíos ni me lo planteé, como comprenderás. La persona me tiene que atraer físicamente, eso está claro, tengo ojos en la cara. Sin embargo, la conexión es lo que a mí me importa. Y con Nick la tengo. También ayuda que sea guapo y esté...

—Vale, lo he entendido. No necesito más detalles —respondió rauda—. Yo también lo he visto, sé que es un hombre atractivo.

—Y bueno, paciente, dulce... Mira lo que ha hecho con esta casa. ¿Recuerdas las fotos que te pasé?

—Sí, estaba muy dejada, lo reconozco.

—A medida que la casa volvía a su ser lo que debía, yo lo hice con ella. ¿Entiendes la alegoría?

—Sí, hijo... Necesito tiempo para pensar, comprender y aceptar —reconoció—. No es fácil hacerse a la idea de un cambio tan radical en todos los sentidos. En realidad no conozco a esta gente.

—Hoy comerás con los Miller, ¿de acuerdo? Con Nick incluido. Así podrás sacar tus propias conclusiones.

Ella pareció un poco molesta y torció el morro.

—Bueno, si es lo que quieres... —claudicó.

—Es lo que quiero.

Y Henry se llevó su tostada a la boca.

oOo

Lorraine se había imaginado El Pato Desplumado como un garito de bahía venido a menos y repleto de gente rara. Pero en su lugar se encontró con un elegante restaurante de bonita decoración, mesas de madera de calidad, un escenario con un piano blanco e impoluto y música *jazz* amenizando la velada.

Henry la llevó hasta una mesa para cuatro. En el centro había un bonito jarrón con flores frescas y la silla le resultó muy cómoda.

Scarlett se acercó, con su pelo recogido en un moño apretado, un maquillaje discreto y el uniforme bien planchado. Esta le entregó la carta de vinos por si quería tomar algo mientras esperaba a sus padres y a Nick.

—¿Eres camarera?

—Soy la *maître*, señora Banks. Me preocupo de que todo marche en la cocina, en la barra y en la sala.

—En realidad está ahorrando para abrir una consulta de sexología en Rochester. Esto es un

trabajo temporal.

—¡Oh! —Lorraine se sorprendió—. Es genial.

—Sobre todo me especializo en ayudar a mujeres a entender su sexualidad y sus necesidades.

—¡Estoy muy de acuerdo! —respondió la mujer con sorprendente interés.

Henry alucinó ante el comentario. Igual su madre se estaba volviendo un poco más abierta de mente.

Tras eso, Scarlett se fue a por el vino e hizo las veces de *sommelier*. A Lorraine le cayó bien desde el momento en el que se preocupó de que estuviera pasando frío bajo la marquesina de un autobús, sola y perdida. Nick también fue muy amable entonces, tuvo que reconocer. Y se pasó el cumpleaños de Henry atendiendo las necesidades de este. Parecía muy enamorado de su hijo.

—Mamá, he de ir a tocar el piano. ¿De acuerdo? Pórtate bien cuando lleguen los Miller.

—¿Por quién me tomas?

—Por Lorraine Banks, que se enfada si no consigue que los demás hagan lo que quiere.

—¡Ay qué ver! Lo qué tengo que soportar —bufó ella.

Henry se fue con una sonrisa en la boca. A pesar de la tremenda bronca de la tarde anterior, veía a su madre mucho más relajada.

De hecho, el pianista había llamado a su padre por la noche, tras comprobar que su madre ya había hablado con él por teléfono. Le contó todo, de arriba abajo y de abajo arriba. Él lo escuchó en silencio, lo dejó hablar y explayarse, le permitió sacar fuera toda la frustración acumulada con Lorraine, entendió el alivio de haber dejado el trabajo por las razones correctas y, cuando le habló de Nick, su padre asintió y entendió las circunstancias. No hubo ni un solo reproche, ninguna rabieta, tampoco apareció el rechazo por tener un hijo bisexual con pareja masculina.

«—¿Es lo que quieres?

—Sí, papá. Es lo que quiero.

—Lamento haberte empujado a estudiar algo que no te gustaba.

—Las circunstancias de Kat fueron las que realmente me empujaron, no tú. Fue decisión mía y de nadie más. Vosotros solo deseabais lo mejor para mi futuro y yo decidí hacerlos caso. Eso es todo.

—¿Y eres feliz con ese hombre?

—Tanto como lo fui con Kat, solo que desde otra perspectiva.

—Entonces ya me encargo yo de tu madre si se pone tonta.»

Aquella conversación le había permitido a Henry respirar tranquilo y tomarse aquel nuevo día con más ánimo y humor. Su carácter reservado y con tendencia al dramatismo había mejorado mucho gracias a la influencia positiva de Nick. Si eso no era bueno, ¿qué lo era entonces?

Lorraine tendría que llegar a la misma conclusión por sí misma. Tal vez la comida con los Miller le abriera los ojos.

Estos no tardaron en llegar. Fueron puntuales como un reloj. Y eso a Lorraine le pareció maravilloso, odiaba la impuntualidad que tanto practicaba su marido.

—¡Querida! —la llamó Angela—. Estás estupenda. Se nota que has descansado bien.

—G-gracias. —Le agradó el cumplido.

—Buenos días, Lorraine —la saludó David con un gesto de cabeza mientras se sentaba en uno de los cuatro lados de la mesa.

Angela fue más lista y se puso enfrente, para que Nicholas pudiera hacerlo a la vera de su suegra.

—Buenos días, señora Banks —él la saludó con educación y una sonrisa en sus bonitos

labios. Iba muy guapo, con pantalones de tela, camisa arremangada y el pelo recogido en una pequeña coleta.

Definitivamente Henry tenía buen gusto.

—Buenos días —respondió muy correcta. No quería parecer una loca como el día anterior.

Scarlett se acercó para tomarles nota y Lorraine se dejó asesorar sobre lo que podía gustarle más. Todos decidieron tomar carne de ternera con guarnición de verduras, patatas de la huerta y vino tinto español para acompañar.

Una mujer afroamericana, esbelta y elegante a más no poder se acercó a la mesa.

—¡Qué aproveche!

—Kamilah, querida, esta es la madre de Henry: Lorraine. —Angela las presentó.

—¡Sí! Me ha dicho esta mañana que vendría con usted. Yo soy Kamilah, la dueña del restaurante. ¿Le agrada el plato?

Le tendió la fina mano y Lorraine la tomó un instante, obnubilada ante aquella señora tan estilosa.

—Es un placer. Lo encuentro todo delicioso. —No pudo mentir ni ser seca, no le dejaban por más que intentase mantenerse impenetrable.

—Me alegro. Bueno, estará usted encantadísima con su hijo. Nos tiene a todos enamorados con su forma de tocar el piano. Este año hemos triunfado de forma especial. El boca a boca ha hecho que todos quieran escucharlo tocar mientras cenan.

Lorraine se quedó callada y pestañeó, incrédula. Dio un respingo cuando escuchó el piano sonar un momento, tan solo unas notas apenas audibles.

Giró el rostro hacia el escenario y observó a Henry probar el instrumento. Este la miró con una sonrisa en los labios y se puso a tocar en serio.

Ella no pudo hacer otra cosa que quedarse asombrada. ¿Desde cuándo tocaba así? Sabía muy bien que se le daba de maravilla, que las clases particulares de niño habían dado sus frutos y que sus breves estudios lo mejoraron, pero llevaba sin tocar por lo menos quince años. ¿Cómo era aquello posible?

—¿Lo ve? Es una delicia. Aunque tiene que mejorar para ser espléndido, no nos engañemos... Además, entrar en el conservatorio de Rochester es muy complicado y necesita práctica si quiere llegar al nivel que allí exigen.

—¿En el conservatorio? ¿Cómo? —Lorraine la miró, interrogante.

—¿No te lo ha dicho? Este Henry... —Angela empezó a reírse—. En diciembre ha de mandar muestras y un repertorio para poder optar a una plaza y retomar sus estudios.

—No, no me lo había dicho...

«Lo único que he hecho es reprenderlo por sus decisiones, normal que se lo callara», pensó con pena.

—Le hace una ilusión tremenda —le contó Nick—. Cuando no está en la obra, o trabajando aquí, también practica. Un piano es muy caro, no lo puede comprar, así que Kamilah ha tenido la amabilidad de permitirle tocar en sus ratos libres.

Lorraine no sabía qué estaba tocando su hijo, pero sí que sonaba muy, muy bien; como un profesional de alto nivel. Entonces, ¿aún podía ser mejor? No dio crédito.

—En esta zona se da mucha importancia a la música, *mmm*. Así que seguro que Henry llegará a ser un gran pianista. La edad no importa, nunca es tarde —añadió David mientras movía el pie al son de la pegadiza composición musical.

—¿Encontraría más trabajo, entonces? —indagó ella.

—Sin duda, señora Banks. Aunque lo mantendré a mi lado todo lo que pueda, pero lo dejaré

volar en cuanto le surjan oportunidades mejores. Seguro que me entiende muy bien. Mi hija se fue hace años a Europa a estudiar en la Sorbona, conoció a un hombre talentoso y ahora viven en Francia —explicó Kamilah—. Mi pareja y yo siempre tenemos la excusa perfecta para ir a París. —Se puso a reír y terminó por despedirse de ellos—. Espero verla pronto de vuelta en Bloomfield. Qué aproveche.

—G-gracias...

—Esto no es París, pero siempre pueden venir usted y su esposo. —La invitó Nick—. Podemos dar un paseo por el lago en los catamaranes comerciales. ¿Han visitado las cataratas del Niágara?

—No, la verdad es que no.

—¡Pues os venís en septiembre que hay menos gente! ¡Y hacemos una excursión allí! —propuso Angela.

La alegría de aquella mujer era contagiosa.

—Se lo diré, aunque no le gusta mucho viajar.

—Tendrá que venir a conocer a sus nuevos consuegros, *mmm*.

—Supongo... —musitó Lorraine con una tímida sonrisa.

Nick seguía sin ver convencimiento absoluto en ella, pero no sabía muy bien qué hacer y Henry le había pedido que se mantuviera un poco al margen.

David observó a su hijo, al cual vio un poco apagado. Tenía aquella misma mirada miedosa que el día en el cual les confesó que era gay, a sus tiernos veinte años. Nada que ellos no supieran ya.

Por mucho que se peleara con Nicholas, lo quería muchísimo. Algo tendría que hacer, así que decidió que, cuando terminaran la comida, darían un paseo por la bahía. Pero no con Nick. Este que se quedase con Henry. Era hora de que hablaran los padres.

oOo

Tras esa buena comilona y un postre aún mejor, Henry fue a verlos antes de que se marcharan a dar el paseo que David había propuesto.

—¿Has comido bien, mamá?

—Sí, sí. Tenías razón, este lugar me ha sorprendido del todo. Y... —Ella le tocó el pecho—, lo cierto es que tú también. No pensé que se te diera tan bien el piano.

La cara de Henry se iluminó de forma genuina. Besó a su madre en la mejilla, contento.

—¿Nos vamos, Lorraine? —Angela la tomó del brazo con confianza. Cuando su hijo se dispuso a seguirlos, lo cortó—: No, tú te quedas con tu atractivo novio.

—P-pero...

—Nos vemos en casa a la hora de cenar —añadió ella.

Desaparecieron y Henry se quedó igual de sorprendido que Nick.

—No lo he sabido hacer mejor, lo siento. Creo que me ve como una amenaza. Ese dragón que le quiere arrebatar a su tesoro.

—Cariño, yo te pedí que fueras discreto, que le dieras espacio y que la dejaras respirar. Has hecho lo correcto. Permite a tus padres que se relacionen con ella. A través de ellos te verá a ti. Eres el príncipe, no el dragón.

—¿Y tú el tesoro? —bromeó antes de inclinarse para darle un beso detrás de la oreja.

—No hagas eso, que me enciendo, idiota.

—Ayer no pude darte tu otro regalo, y ya que ahora tenemos un gel extra caliente y abrasador... —musitó Nick en aquella oreja tan apetecible.

—Me parece que sí eres el dragón malvado —lo acusó.

—Mi tesoro...

—Retiro lo dicho... Eres Gollum. ¡Quita!

Henry se echó a reír de buena gana y le guiñó un ojo dándole a entender que sí, que podían irse a probar aquel gel de placer.

oOo

Lorraine, Angela y David se sentaron en un banco de cara a la bahía. Los pájaros sobrevolaban la zona, la gente caminaba contenta bajo el sol y se podía apreciar el barco casino a lo lejos.

—Los padres de Gaagii y Skana son los dueños —le explicó Angela—, aunque los chicos se han desvinculado del negocio.

—¿Es un negocio turbio?

—Es todo legal, *mmm* —murmuró David—. De no ser así, Gaagii no pisaría nuestra casa. No queríamos que nuestros hijos se relacionaran con mala gente.

—Entiendo, yo tampoco querría eso para Henry... Quiero decir que Nick me parece muy buen hombre. —Temió haber metido la pata dado que aún le incomodaba la situación.

—Seguro que has visto una película llamada *Adivina quién viene a cenar esta noche* —dijo David de pronto.

—Sí, la de Katharine Hepburn y Spencer Tracy.

—Hay muchos paralelismos con esta situación nuestra. ¿Te importa que fume?

—N-no, no. Adelante.

Angela le tendió a su marido la pipa y lo que la acompañaba. Este continuó hablando mientras preparaba el tabaco en la oquedad de la pieza, poco a poco y sin ninguna prisa.

—En la historia, la hija blanca quiere casarse con un hombre negro. Algo tan impensable que hasta la criada, también afroamericana, se escandaliza pensando que él, un buen hombre, es un arribista. A pesar de que los padres de ella le han inculcado valores de igualdad racial, no están muy conformes.

Lorraine tragó saliva al entender por dónde iban los tiros.

—Yo no tengo nada en contra de los gays... —musitó.

—El asunto es que los padres de él tampoco es que tiren cohetes con lo de que su hijo tenga una pareja blanca. —David cambió un momento de tema—: Por supuesto, nosotros sí queremos a Henry, *mmm*. No es el mismo caso. Aceptamos la elección de pareja de nuestros hijos porque lo que importa es que son buenas personas y que les hacen muy felices. Pero imagina que nos pareciera mal que Nicholas estuviera con Henry. ¿Cómo te sentirías? ¿*Mmm*?

David se llevó la pipa a los labios y la encendió.

—Me sentiría mal... —admitió Lorraine— porque mi hijo es muy importante para mí.

Sus propias palabras calaron en ella.

El hombre la miró de forma significativa y aspiró el tabaco a través de la pipa. Luego soltó un poco de humo.

—En la película los padres de cada uno charlan. Ellas hablan de la pasión perdida, ellos son más pragmáticos al respecto. Pero al final... lo único que importa es que sus hijos se amen. La felicidad de estos es lo que importa de verdad, porque es su vida y son sus elecciones. *Mmm* —concluyó.

Lorraine rompió a llorar y Angela le tendió un pañuelito de papel.

—David, te has pasado —lo reprendió.

—Lloro porque me siento tonta, porque es todo cierto. Lamento mucho haber hecho creer que Nick no me parecía adecuado para Henry. Solo quería entender... Solo quería tener a mi hijo

cerca de nuevo, protegerlo del dolor. Tengo miedo de que le pase algo malo.

—Henry ya no sufre, Lorraine... —Angela se sentó a su lado y le pasó el brazo por los temblorosos hombros.

—Lo sé... Y eso me tranquiliza. Ay, Dios mío, qué egoísta soy siempre.

—No pasa nada. Esta noche cenaremos juntos los cinco. ¿De acuerdo? Seguro que te puedes quedar unos días, conocer mejor a Nicholas y ver lo mucho que quiere a Henry.

Ella asintió, pañuelo en mano, y sonrió.

oOo

Tres días después, Henry acercó a su madre a la central de autobuses de Rochester. Nick los acompañó para poder despedirse de su suegra en condiciones, haciéndole la pelota una y otra vez, adulándola y prometiendo que protegería a Henry de lo que fuera, incluidos los dragones.

Además, Lorraine era como Henry, una persona reservada al principio, pero que podía soltarse cuando por fin se sentía cómoda. Su actitud hacia Nick había mejorado bastante, así que este se quedó más tranquilo. El peloteo había dado sus frutos.

—Avísame de que estás bien durante todo el trayecto —le pidió Henry a su madre.

—Ay, hijo, no seas pesado. Te avisaré cuando tu padre me recoja... ¡Y espero que esté ahí y no llegue tarde!

—Estupendo... Ahora soy yo el pesado...

Antes de subirse al autobús, Lorraine se compró una bonita postal de Rochester.

—Que tenga buen viaje, señora Banks. —Nick le tomó la mano y le dio un beso en el anverso.

—Deja ya de hacer eso, das grima —pidió su enamorado imitando a Skana.

—¡No pasa nada! Es estupendo que tengas un novio tan educado.

La pareja se quedó pasmada. Lorraine había dicho «novio» por primera vez.

Ella abrazó con mucha fuerza a su hijo y aguantó las lágrimas. Le dio un beso en la rasurada mejilla. Después se encaminó hacia el autobús y se subió para volver a casa con su marido.

Nick y Henry la despidieron con la mano.

—Verás a tus padres cuando vayas a firmar la venta del piso. Y luego en septiembre seguro que se animan a venir.

—Si mi madre consigue arrancar a mi padre de la poltrona...

—Lo hará. ¿Vamos a casa?

A Henry le vino a la cabeza la imagen de un hogar, y no fue el piso de Nick, sino la casa de Bloomfield...



Los días pasaron sorprendentemente lentos a pesar de que fueron felices. Por regla general, eran los malos y aburridos los que aletargan el tiempo. Sin embargo, parecía que los besos, las risas y el amor también podía hacer que el paso del tiempo se ralentizara.

—Ha quedado preciosa —indicó Nick, arrastrando su mirada por toda la sala principal.

Ya no se veían telarañas, ni humedades, ni tampoco un enorme agujero en medio de la estancia. Pero no solo aquellos retazos de más de una década de abandono habían desaparecido, también el mismo vacío que había envenenado a Henry. Era como si aquel hueco por el que estuvo a punto de caer y morir, hubiera personificado ese dolor.

La casualidad quiso que fuera Nick quien acabara con ambos abismos.

—Todo ha sido gracias a ti —respondió Henry.

Nick creyó que estaba hablando en exclusiva de la reforma, pero en secreto le estaba agradeciendo mucho más. Henry no tenía la menor idea de cómo podría seguir su vida si él no estuviera en ella.

Aquel sentimiento, que podría haberle transmitido un profundo malestar, le provocó una felicidad inesperada. Porque ya la había sentido antes con Kat, y eso significaba que el amor que tenía por Nick era sincero e intenso.

—He sudado la gota gorda con esta casa —reconoció henchido de orgullo—. ¡Más te vale venderla a un buen precio! Como la regales abro un agujero en el suelo y te tiro de un puntapié en él.

—¡Cuánta agresividad! —Rio su enamorado mientras se le acercaba para abrazarlo.

Se mimaron un momento, apretándose muy fuerte, y luego no dijeron nada durante un rato. Disfrutaron de su unión, del silencio que los acompañaba.

Dejaron que la luz, que entró por los ventanales de la casa dotando al ambiente de paz, los acariciara.

—Tu mujer estaría muy orgullosa, en serio.

—Y yo lo estoy de ti, cariño.

Sus labios se juntaron con un toque casto, pero este cambió en seguida a uno ansioso, cargado de fuerza y de deseo. La mano de Henry viajó a través de la camiseta de su hombre, navegando por el azul marino de su tela, y descendió de manera peligrosa hasta la cinturilla de su pantalón. Fue allí, en la frontera que separaba la calma de la tempestad, donde se topó con los dedos de Nick.

—Eh, quieto parado. —Le alejó la mano con delicadeza—. No pensarás tener sexo aquí en medio. ¿Y si llega un cartero y nos ve a través del cristal de la puerta?

—Supongo que tendría envidia.

—O lo mismo un infarto.

Henry se rio a carcajadas, perdiendo toda la entereza. En un momento pasó de querer bajarle los pantalones, a no poder mantenerse recto.

—Estás como una cabra, Henry Banks.

—¿Y de quién es la culpa?

—A mí no me mires. Fuiste tú el que empezó tirándose de cabeza a un agujero para que lo salvara. Yo solo iba a reformar una casa.

—Pues has terminado reformando otra cosa. —Nick hizo un gesto interrogante con la mirada —. Mi corazón, Nick. Has reformado mi corazón. Por completo.

El contratista sintió algo muy intenso en su alma. Un calor cargado de felicidad que pujó por salir. En ese momento quería besarle, besarle como jamás había hecho. Y a punto estuvo de hacerlo, pero en su lugar, respiró hondo, le cogió de la mano y dijo:

—Subamos.

Su voz sonó decidida, intensa.

—¿A qué?

—A destrozar la cama, por supuesto.

Ascendieron corriendo las escaleras, entre risas y mucha felicidad. Ambos cayeron sobre el lecho, entre besos y caricias.

Desde aquella noche tan salvaje con las cataratas del Niágara como música de fondo, tanto el uno como el otro se habían dejado llevar en todos los sentidos, ya sin miedo. Sus cuerpos encajaban a la perfección, como un puzle de dos piezas. Siempre, en todos los sentidos, de todas las formas. Tanto si se daban un beso como si entrelazaban los dedos al darse la mano. Y haciendo el amor disfrutaban el uno del otro por igual. Cuanto más lo hacían, más conocían lo que el otro deseaba en el momento preciso. En ocasiones se susurraban obscenidades entre risas, otras solo jadeaban de placer.

Y aquella calurosa tarde de agosto, Henry tuvo claro que quería seguir en aquella cama con Nick. En aquella habitación y en aquella casa.

oOo

La preciosa propiedad, a efectos prácticos, ya estaba terminada. Seguían limpiando aquí y allá, pero lo que era la obra, había acabado. Cuando Skana y Gaagii se despidieron de ella, pareció como si de verdad les doliera que sus días allí fueran a finalizar.

A Henry le resultó curioso darse cuenta de ello, pues no esperaba que un lugar así pudiera significar tanto para tanta gente. Supuso que se debía a todo lo que habían cambiado sus vidas durante ese tiempo y no tanto por la casa en sí.

Gaagii seguía siendo el mismo, pero Scarlett había hecho mucho para dotar a su novio de herramientas que le ayudaran a sobrellevar sus «manías». No podía hacer que fuera socialmente más estable, ni que los sonidos y el gentío le agobiaran menos, pero sí que podía conseguir que comprendiera mejor las palabras, las frases hechas, las bromas e, incluso, las reacciones de los demás. Aún le costaba, pero Henry había notado una mejora significativa.

Skana, por su parte, seguía siendo nitroglicerina en estado puro. Aunque una más estable, en parte por estar aún impedida, y por otra porque había empezado a ir a un psicólogo. No parecía que fuera a tomárselo muy en serio, pero sorprendió a todo el mundo: no se saltaba ni una sola sesión y ponía en práctica los consejos del profesional siempre que podía. Aunque en ocasiones sufría arrebatos explosivos, igual que un volcán dormido que de repente entraba en erupción. Pero era Skana, ¿qué otra cosa podía pasar?

Henry y Nick tomaron la decisión de quedarse en la casa hasta que no hubieran terminado de limpiar todo. Era una excusa, por supuesto. Nick deseaba con toda su alma estar allí el mayor tiempo posible, como si con su presencia pudiera atrasar el momento en el que tuvieran que colocar el cartel de «SE VENDE».

Henry prefirió hacer como si no se diera cuenta y disfrutar de sus momentos a solas: riendo,

comiendo, queriéndose...

El precioso tocadiscos que Nick le había regalado a Henry sonaba a todas horas, vistiendo el aire de ritmo y positivismo.

Aquella tarde no fue distinta. Quedaba poco para la hora de comer y el cielo auguraba una primera semana de agosto soleada y agradable.

Nada podía estropearlo.

Los dos estaban arriba, fregando y barriendo los pasillos, donde se había amontonado la mayor parte de polvo y restos de serrín. Aquella casa era preciosa, pero tenía una habilidad especial para acumular suciedad en las esquinas.

—A este paso nunca estará limpia. Llegará el día en el que el de la inmobiliaria venga a hacer fotos y estará como si no hubiéramos hecho nada —comentó Nick.

—No te preocupes por eso ahora, es lo que tienen las casas grandes.

El tocadiscos sonó lejano, pero podía identificarse una versión de *This bitter earth* interpretada por Dinah Washington, mezclada con *On the nature of daylight*, de Max Richter.

La parte buena de la arquitectura era que se asemejaba a una caja sonora. La melodía viajaba a toda velocidad hasta ellos, melancólica, preciosa y, en cierto modo, triste. Era una canción esplendida, nacida de la unión de dos partes distintas... Como ellos. Por eso les gustaba tanto.

—Nick, ¿podrías traerme una cajita azul que me he dejado en la encimera de la cocina? La necesito.

—Voy —Agarró un martillo que ya no necesitaba. Aprovecharía el viaje para guardarlo después con el resto de herramientas.

Bajó al trote, disfrutando de aquella música a la que empezaba a aficionarse por culpa del obseso de su novio.

Llegó a la primera planta, cruzó la sala principal y terminó en el pequeño pasillo que daba a la cocina. Encontró la caja justo donde le había dicho. Era pequeña, sencilla y alargada, así que no podía ser un anillo de compromiso. Eso le hizo reír de forma nerviosa. Luego alargó su mano para cogerla y...

El timbre de la entrada sonó fuerte e insistente. La música se mezcló con el sonido seco de manera extraña y desagradable.

This bitter earth
Well, what fruit it bears

Nick alejó la mano de la caja y se acercó a la puerta con aire distraído. Giró la manilla, abrió la puerta y recibió al visitante en tono cantarín.

—¿Quién...?

La voz de Nick desapareció como la llama de una vela recién apagada.

Jerome Harrison lo miró, con los ojos desencajados y rojos. Unas ojeras profundas, negras como el alquitrán, colgaban bajo esa mirada trastornada.

Fue entonces cuando Nick bajó la vista porque sintió algo extraño, algo frío, y al mismo tiempo caliente, recorriéndole la barriga.

Parpadeó cuando vio el cuchillo incrustado en sus entrañas, aún agarrado a una mano pálida y huesuda. Solo cuando el arma salió de él, pudo escapar de ese extraño embrujo que había parecido parar el tiempo.

Nick trastrabilló hacia atrás mientras el martillo caía al suelo y la canción seguía sonando. Luego dio otro paso atrás, confundido.

Jerome dio uno hacia adelante, quedando bajo el umbral de la puerta, igual que un visitante no deseado, igual que la muerte.

—Puto perverso —masculló Jerome a través de una boca apenas abierta, reseca.

Nick se llevó las manos a la tripa, sintiendo como la sangre empezaba a manar, a gotear entre sus dedos y caer sobre las mismas tablas que él había instalado.

—¿Q-qué...? —alcanzó a decir, pero nada más.

Su voz no surgió, su cuerpo tembló, cansado de pronto.

Otro paso atrás. Su mente le decía que debía alejarse, que debía reaccionar.

La canción siguió sonando, elevando sus notas por encima de cualquier otro sonido e impidiendo que Henry pudiera oír nada de lo que allí acontecía.

—Todo es por tu culpa —aseguró el horrible hombre enajenado—. Mi madre murió por tus pecados, por el disgusto que le disteis ese otro desviado y tú. —Avanzó otro paso más—. Dios nos castigó por permitir vuestras horribles prácticas. —El cuchillo continuó elevado en su mano temblorosa, llena de sangre—. Si hubiera sido más fuerte, si te hubiera echado de estas tierras, él no me habría castigado. —Las palabras sonaron duras—. ¡Pero ahora sé cómo ganarme su perdón!

«¿Está pasando de verdad? ¿Jerome Harrison está intentando matarme?».

El hombre enjuto se abalanzó sobre Nick. El cuchillo rozó de nuevo su piel, pero esa vez Nick estuvo preparado. Atrapó la muñeca de su atacante con fuerza, aunque sintiendo un dolor terrible.

«¿Por qué?».

Cada vez que se esforzaba por alejar el metal de él, sentía como algo dentro de sí se abría más. Las botas de trabajo brillaron empapadas de un color carmesí.

—Para... —pidió, lloroso—. Por fav...

La fuerza que tenía se estaba agotando. En una situación normal hubiera podido con ese loco sin problemas, pero herido... herido no duraría mucho.

*And if my life is like the dust
Ooh, that hides the glow of a rose*

En cuestión de unos segundos más de forcejeo, Nick cayó al suelo.

«No, por Dios. Así no», suplicó para sus adentros.

Jerome, sin ni siquiera apuntar, clavó el cuchillo de nuevo en él. La herida no fue tan profunda, pero le alcanzó entre un par de costillas. Luego sacó el arma de nuevo y volvió a intentarlo.

Nick pudo detenerlo otra vez. Con una mano atrapó su muñeca y con la otra el propio filo, que empezó a rasgarle los dedos.

«¡No!».

La distancia entre su corazón y la punta del cuchillo se fue acortando poco a poco.

«No puedo morir ahora. ¿Qué será de mi familia si muero aquí?, ¿qué será de Henry?, ¿y si va a por él? ¡Le prometí a su madre que lo protegería!».

*What good am I?
Heaven only knows*

La sangre cayó sobre él desde sus propios dedos, que le ardieron como si hubiera metido la

mano entera en una olla hirviendo.

*Today you're young
Too soon, you're old*

Lágrimas de pena, de miedo, de dolor. Sus ojos comenzaron a suplicar también, a buscar un resquicio de piedad en el hombre que, encima de él, reía totalmente perdido en la más intensa de las locuras.

—¡Henry! —gritó al fin, desgarrándose el alma en ello.

*But while a voice within me cries
I'm sure someone may answer my call*

Pero nada sucedió. La música opacó sus ruegos. Estaba solo.

«¡No puedo dejarlo solo! ¡No soportaré esto otra vez!», se repitió.

Y ya no hubo nada más que pudiera hacer. Sus fuerzas se extinguieron por completo al haber perdido tanta sangre.

Iba a morir.

Henry surgió por sorpresa tras Jerome, con el martillo de Nick en la mano, y golpeó al agresor en plena sien. El sonido fue sordo, igual que cuando el cuerpo del asaltante cayó al suelo, derrotado como un muñeco desmadejado.

—¡Cariño! —gritó Henry en cuanto se agachó.

En cuando presionó con sus manos la herida, Nick salió de aquel extraño estado y empezó a sentirlo todo con una intensidad insoportable. Por fin fue capaz de chillar y la música desapareció de sus oídos.

Gritó, lloró y temió que le llegara su hora.

—¡Duele, joder!

—¡Tranquilo! Estoy aquí, estoy aquí...

—Lo siento, lo siento —alcanzó a decir Nick, entrando en estado de *shock*—. Yo no...

Vio a Henry sollozar temiéndose lo peor y empapado de su sangre.

Nick pensó en que al menos él estaría bien. Ese hombre horrible no le haría daño. Henry estaba a salvo.

—¡Quédate conmigo! ¡¿Me oyes?! —Ambos empezaron a llorar. Nick elevó una de sus manos, temblando. Tenía cortes en la parte interior de sus dedos, pero no le importó. Henry la agarró con fuerza—. Q-Quédate... —su voz se partió—. Por favor...

Y Nick, consciente de lo que iba a pasar, entendió lo que debía hacer. No por sí mismo, sino por la persona a la que amaba con todo su ser.

Sonrió. Lo hizo como nunca. Recordó sus besos, sus abrazos, sus risas. Recordó cómo tocó ese precioso piano brillante, su primer beso en la buhardilla. Rememoró la primera vez en la que hicieron el amor, su viaje a las cataratas, el cumpleaños... Revivió cada caricia, cada susurro. Lo unió todo, lo vivió todo y le dio forma en una sola frase:

—Ha sido precioso...

Puede que fuera a morir, puede que su historia de amor no terminara como querían, pero Henry estaba sano y salvo. No podía pedir más. Porque con Henry había vivido. Muchísimo.

Y su mente entonces comprendió algo: que no pasaba nada y todo estaba bien. Que su breve vida juntos había sido maravillosa.





Aquella mañana amaneció encapotada, aunque había dejado de lloviznar por fin. Sin embargo, donde sí diluviaba con fuerza era dentro del corazón de Henry.

Nick Miller había muerto hacía dos días, al menos durante unos minutos. Los suficientes como para que su reanimación, gracias a emergencias, fuera *in extremis*. También los suficientes como para que siguiera postrado en una cama y en coma, con encefalitis como secuela de su parada cardiorrespiratoria.

Su cuerpo se estaba recuperado de las puñaladas tras la cirugía abdominal, pero existía la posibilidad de que su mente hubiera partido para no volver. Era una incógnita que pesaba demasiado. Sin embargo, Henry seguiría allí hasta que supiera la respuesta. No estaba dispuesto a marcharse sin él, ni a soltar su mano inmóvil.

Verlo postrado en la aséptica cama le hizo recordar cada uno de los días en los que estuvo con Kat. El dolor resurgió y Henry se hizo una sola pregunta:

«¿Qué hemos hecho para merecernos esto?».

Fue recordando lo acontecido desde que, sentado en la sala de espera con la ropa empapada en sangre, fueron llegando todos.

Primero los Miller, destrozados. Estaba claro que lo sucedido les había partido el alma. Podía reflejarse en sus caras, en su voz, pero seguían caminando, seguían adelante, por sí mismos y también por Nick.

Scarlett se limitó a agarrar la mano de su hermano durante una hora entera cuando le asignaron una habitación tras la intervención. Ella se limitó a mirarlo como si no hubiera nada más en la estancia.

Skana entró en silla de ruedas, ayudada por su hermano. Él se acercó a Scarlett, le dio un beso en la frente y la abrazó con delicadeza sin dejar de mirar a su jefe, incrédulo. Skana no dijo ni una sola palabra. En su lugar lloró con angustia.

Sin embargo, Henry no pudo sollozar. Llevaba dos días sin dormir y sin comer. Tom se había pasado varias veces a ver cómo estaba. Incluso le había llevado comida de El Pavo Desplumado en un táper. Tenía que reconocerlo; ese hombre era un idiota bueno. También Patrick y Samuel fueron todas las veces que sus trabajos se lo permitieron, respetando su espacio y el de la familia Miller. Nick no podía tener mejores amistades que esas.

En cuanto a sus propios padres, quisieron viajar hasta allí. Sin embargo, Henry les rogó que no lo hicieran, que no podía con todo. Le hizo prometer a su madre que respetaría esa decisión.

Por otra parte, en ocasiones le costaba darse cuenta de que había entrado alguien al cuarto, o incluso se perdía en sus propios pensamientos mientras observaba al amor de su vida hundido en aquel letargo.

—Henry, querido... —una voz familiar, acompañada de una caricia en la nuca, lo sacó del sopor en el cual estaba sumido—, tienes que ducharte y comer.

Miró a Angela, que estaba también muy agotada por pasar horas allí, junto a ellos.

—No puedo... —respondió con voz ronca.

—Vamos, dúchate aquí. Te he traído ropa limpia. Es lo que Nick querría.

Fue lo único que le animó a ello, así que hizo caso a su suegra y usó la ducha de la habitación. Allí, bajo el agua caliente que se derramó por unos músculos en tensión, fue cuando pudo llorar, apoyado en la esquina del cubículo. Sollozó sin importarle que le escuchasen.

Cuando pudo recobrar el control sobre su inmenso dolor, salió para secarse, ponerse la muda nueva y salir. Al otro lado lo estaba esperando Angela, que le abrió los brazos para poder estrecharlo contra sí.

—Nuestro chico saldrá de esta. Tengo fe —susurró ella.

—¿Y si no es así? ¿Y si ya se ha ido de nuestro lado?

—Tiene actividad cerebral, cariño... ¿A caso no es eso bueno? Y ese hombre horrible no supo apuñalarlo, así que se recuperará de las heridas. Fue esencial que pudieras donarle tu sangre en la ambulancia. Es un milagro que ambos tengáis el mismo grupo sanguíneo. Estáis hechos el uno para el otro...

Henry volvió a su puesto de siempre y asió la mano sana de Nick, de donde salían muchos tubos del catéter, por los cuales recibía los fármacos y el suero. La otra mano la tenía vendada por los cortes de arma blanca.

Jerome Harrison. Ese hombre despreciable que había perdido el juicio hasta el punto de querer asesinarlos a ambos. Que Nick le abriera la puerta fue cosa de un destino caprichoso.

Supo por el *sheriff* que se había recuperado del golpe en la sien, y que permanecía en otro hospital bajo custodia policial. Un juez ya había dictaminado su entrada en un psiquiátrico de alta seguridad, a la espera del juicio por intento de asesinato. También le dijo que no se preocupara, que él había actuado en defensa propia y de Nick, que nadie lo acusaría. Por eso le tomó él declaración, para asegurarse de que no se cometía una injusticia. Lo cierto era que todo Bloomfield estaba conmocionado por lo sucedido.

Como el odio y la homofobia de Jerome, una doctrina religiosa mal interpretada, el abuso de un padre controlador y el no ser capaz de aceptar la muerte de su madre, habían desembocado en algo tan espantoso e injusto.

Henry sintió rabia. No le perdonaría jamás. Ojalá que Jerome Harrison se pudiera en la cárcel, encerrado de por vida en un psiquiátrico o en la profundidades del infierno. Nunca había sido inofensivo, nunca.

Y luego pensó en que ojalá hubiera bajado él mismo a por la cajita y no Nick... Ojalá. Pero eso ya no podía cambiarse.

oOo

Scarlett y Gaagii acudieron al hospital aquella tarde con la intención de que Henry se fuese a dormir. Sabían que les iba a costar lo suyo convencer al pianista.

—No quiero separarme de él, no puedo... —alegó, aferrado a las sábanas.

—Henry, esta noche nos quedaremos mi padre y yo. Tanto mi madre, como tú, tenéis que parar un poco. Dormir y descansar en la medida de lo posible. Nada de lo que hagáis puede variar el estado actual de Nicholas. Eso es cosa de los médicos y del tiempo que su cuerpo necesite para recuperarse.

Aquello fue un hecho irrefutable.

—Haz caso a Scarlett —intervino Gaagii—. Yo te acercaré a casa y me ocuparé de ti. Te haré la cena y me quedará contigo.

Henry suspiró y asintió con la cabeza, estaba demasiado agotado como para seguir resistiéndose y no quería causar más problemas.

Antes de irse con el indio, besó la barba de Nick y restregó la mejilla por ella. Lo amaba profundamente, jamás le abandonaría, pasara lo que pasara.

—Volveré por la mañana, cariño. Te quiero mucho, muchísimo...

A Scarlett se le llenaron los ojos de lágrimas y abrazó a Henry, que le devolvió el gesto con fuerza.

—Sé que lo cuidarás bien.

—Claro que sí, es mi hermano.

Ella le dio un beso a Henry, luego otro a Gaagii y se quedó sentada junto a Nick mientras ellos partían. Lo miró largo rato, tomando de nuevo su mano y pensando lo injusta que era la vida con las buenas personas.

oOo

Gaagii se ocupó de todo: hacerle una cena sencilla a Henry —un poco de sopa caliente— y de limpiar los restos de sangre seca sobre el parqué. Suspiró ya que no iban a irse con tanta facilidad. Arrancaría esas tablas machadas y las cambiaría por unas nuevas en cuanto le fuese posible.

Se fijó en que su Fénix estaba situado en la consola del recibidor. Nick también resurgiría de sus cenizas, estaba seguro. Era un tipo fuerte.

Al terminar con ello, volvió a la cocina y se encontró con Henry mirando una cajita sobre la encimera.

—Será mejor que te vayas a la cama, estás muy demacrado.

Henry cogió la cajita y acompañó a Gaagii al piso de arriba. En medio del pasillo se quedó parado mirando a la habitación que compartía con Nick. Un dolor le atravesó el pecho.

—Duerme tú en la cama grande, estarás más cómodo —propuso a Gaagii, que aceptó sin problema—. Estaré en la de invitados...

—Deja la puerta abierta, ¿vale? Así podré oírte si necesitas algo.

—Gracias... —Posó una mano en el brazo de su amigo y este se la apretó en señal de consuelo, como Scarlett le había sugerido que hiciera al recibir esa clase de gestos.

Después, Henry se fue al cuarto de Kat, se quitó los pantalones y los zapatos y se introdujo en la mullida cama, bajo una suave sábana. Creyó que sería incapaz de dormir. Sin embargo, cuando comenzó a imaginar a Kat en aquel cuarto: jugando, aplicándose en sus estudios, leyendo sus libros favoritos, preparándose para el baile de graduación... algo lo envolvió. Algo cálido, como un abrazo, como si ella estuviera presente de algún modo y lo acunara.

Henry se aferró a la cajita, la oprimió contra su pecho y permitió que la placidez de la estancia, el silencio casi absoluto y el agotamiento lo rodearan hasta quedarse dormido.

oOo

Gaagii despertó a Henry a la mañana siguiente, de forma tan sigilosa que este último quedó confundido. Durante un par de segundos no supo ni dónde estaba. Luego miró a su amigo con gesto interrogante.

—Son las siete de la mañana.

—¿Ha... p-pasado algo?

A Gaagii no le costó mucho comprender que su voz denotaba una angustia repentina.

—Nada malo, no te preocupes. Está el desayuno preparado, come tranquilo.

—D-de acuerdo... —Suspiró con alivio.

Bajaron y comieron, cada uno a su ritmo. Henry apenas probó bocado, tan solo se bebió la leche. Escrutó la expresión impertérrita de Gaagii, por si le estaba mintiendo, pero nada le hizo

pensar que fuese así, por lo que se quedó más tranquilo.

—Vamos. —El indio se puso en pie y dejó las cosas en el fregadero, como si tal cosa.

Al acercarse a la puerta, Henry observó que su amigo había tenido la deferencia de colocar una alfombra sobre las manchas de sangre, lo cual agradeció mucho. Verlas le revolvía las entrañas.

El indio condujo hasta Rochester sin apenas abrir la boca. Henry, mustio en el asiento de al lado, miró la bahía cuando cruzaron el puente, e intentó fijarse en cualquier cosa que le ofreciera distracción. Solo quería volver al lado de Nick y tocar su mano, besar su rostro y observarlo dormir sin pensar en que estaba luchando por sobrevivir.

Según los médicos, la encefalitis podría producirle muchos problemas cognitivos si despertaba del coma. Incluso una discapacidad grave, como perder el habla, no poder andar o cualquier cosa peor. A Henry no le desanimó: estaría con él pasara lo que pasara, igual que hizo con Kat. Lo importante era que despertara, que viviera.

Al llegar se encontró con Scarlett, David y Angela fuera de la habitación. En sus caras sí había cambios significativos, así que corrió hacia ellos seguido de Gaagii.

—¿Qué sucede? —inquirió con ansia.

—¡Se ha despertado! —exclamó Scarlett—. ¿No te lo ha dicho Gaagii?

Henry lo miró; seguía con la misma expresión imperturbable.

—Preferí ser discreto —alegó—. Se me da bien fingir.

Henry intentó entrar en la habitación, pero David lo detuvo.

—Le están haciendo un chequeo básico. Luego lo llevarán a hacerle un TAC. No se puede entrar, *mmm*.

—¿Pero está bien? —indagó, hambriento de respuestas.

—Tranquilo, querido, está bien. Habla, con un poco de dificultad, pero lo que le cuesta es mover las piernas —le explicó Angela—. Ha preguntado por ti, es lo primero que ha hecho.

Henry sollozó de alivio. Fue tal el sentimiento de alegría, mezclado con el desahogo, que perdió las fuerzas. Gaagii lo sujetó en volandas y lo llevó a una sala de espera.

Un enfermero tuvo la amabilidad de proporcionarle un calmante a Henry y poco a poco le hizo efecto. Los Miller se quedaron con ellos, porque las pruebas a Nick durarían unas cuantas horas y no podrían verlo hasta entonces. Scarlett tomó de las manos a Henry y sonrió.

—Ha vuelto con nosotros.

—¿De verdad ha preguntado por mí?

—Sí. Ha dicho con su lengua de trapo: «¿Henry está bien?» —Scarlett lo imitó—. Y cuando le he respondido que sí, ha cerrado los ojos y ha sonreído.

—Gracias...

—Gracias a ti por amarlo tanto...

oOo

Después de comer, los avisaron de que Nick ya estaba descansando en la habitación. En cuanto subieron y llegaron al umbral de la puerta, Henry se contuvo y quiso darle espacio a la familia de su pareja, por lo que se quedó fuera. Sin embargo, Scarlett se detuvo y lo cogió de la camisa para que pasase.

—Tú también eres de la familia —alegó.

Nick estaba postrado en la cama, con expresión de cansancio y algo aletargado por la fuerte medicación.

Angela y David lo besaron y abrazaron, Scarlett se puso a llorar sobre su hermano y este la

acunó con la mano herida. Luego él le dijo algo al oído y ella asintió mirando a Henry. La mujer le hizo un gesto para que se acercara y este se inclinó sobre Nick.

—Cariño —musitó con ternura.

Nick pestañeó e intentó hablar, aunque se trabó un poco.

—He-Henry, ¿e-estás bien? —balbuceó.

—Ahora sí, ahora ya estoy bien, aquí contigo.

—Apen... nas p-puedo hablar...

—Me recuerdas al Nick del principio, que se trababa porque se estaba enamorando de mí como un idiota.

Nick sonrió de veras y alzó las manos, buscando su afecto. Henry no lo dudó ni un instante y lo abrazó con cuidado. Estuvieron así largo rato, hasta que el pianista buscó sus labios resecos y los llenó de besos.

—Te quiero muchísimo —susurró Henry—. Voy a estar siempre contigo, nunca te dejaré.

—M-me han dicho que... me costará... volver a caminar... —jadeó.

—Entre todos te sujetaremos. Lo importante es que sigues aquí... —Henry sollozó de alivio.

—Claro que sí, hijo, tus padres te apoyaremos siempre —intervino David, muy afectado. Tanto que se le humedecieron los ojos.

—T-tengo la mejor familia... y... —se detuvo un instante, buscando las palabras—, el mejor compañero de... vida...

Gaagii, al margen pero apoyado en la pared, sonrió. Él sería las piernas de Nick. Y también suspiró de alivio, pues Skana dejaría de llorar a moco tendido en cuanto se enterase de que el jefe había recobrado la consciencia.

oOo

La semana siguiente fue un no parar para el pobre Nick: visitas constantes de sus tres amigos, Skana apostada a su lado como una especie de guardiana y mangoneando al personal del hospital a su antojo; también acudieron antiguos clientes, proveedores, vecinos, excompañeros del instituto y, en definitiva, todo Bloomfield.

A eso hubo que sumarle las pruebas médicas, las curas en el abdomen —que iban cicatrizando bien— la dificultad para mantenerse en pie por sí solo y la frustración que eso conllevaba.

Sin embargo, Henry siempre estaba a su lado para todo. Desde lo más básico a lo más complicado.

En tres semanas consiguió caminar de nuevo gracias a la ayuda del fisioterapeuta y una asombrosa capacidad de recuperación. Tuvo que llevar un bastón provisional, pero al menos ya podía moverse.

Y aquello dio pie a que, esa mañana de finales de agosto, le dieran el alta por fin. Henry y él se quedaron esperando en la estancia, sentados en el sofá y a solas. Después irían a comer a El Pato Desplumado con todos y celebrar que Nick estaba de vuelta.

—La factura médica va a ser épica —bromeó el contratista.

—Tendrás que vender tu piso de Rochester —propuso Henry como si tal cosa—. Finiquitas lo que te quede de la hipoteca, y ya está. Entre eso y lo que voy a sacar de la venta de mi casa, viviremos bien.

—¿Dónde? Cuando vendas la casa, a alguna parte tendremos que ir. Y solo nos queda mi apartamento. No puedo venderlo.

—Sí, lo vas a vender —se reafirmó Henry. Para colmo lo dijo con una sonrisa en los labios.

Nick no comprendió nada.

—¿Recuerdas que te pedí que me trajeras una cajita que estaba en la cocina? Aquel día... — Su rostro se ensombreció durante unos segundos.

—Sí. La vi, pero no la toqué.

El moreno se la sacó del pantalón y la puso sobre la palma abierta de Nick. Aún se podía apreciar cómo cicatrizaban los cortes.

—Ábrela.

El contratista lo hizo y se encontró en su interior un par de llaves. Las reconoció como las de la casa que tanto le había costado reformar. El corazón le latió muy fuerte, tanto que casi se le salió por la boca. No quiso aventurarse, por lo que permaneció en silencio y miró a los iris grises de Henry. Ese día estaban claros y le resultaron preciosos.

—Nos vamos a casa, Nick. A nuestra casa. Tuya y mía. Yo la heredé, destrozada, y tú la convertiste en un hogar feliz.

—¿De verdad? —Nick pestañeó con lágrimas en los ojos—. ¿De verdad vamos a quedarnos allí? ¿Es cierto? —preguntó con incredulidad.

—Sí, claro que es cierto. Ese día te quería dar la sorpresa. Te hemos estado esperando todo este tiempo, la casa y yo. Podrás hacer las barbacoas que quieras y montar el taller en la cochera, si te apetece. Nos quedaremos en el jardín trasero observando el sol ponerse. Bailaremos al son de la música *jazz*. Haremos el amor en nuestro cuarto, en nuestra cama. Y nos daremos un chapuzón relajante en esa bañera de patas tan maravillosa.

Nick tomó el aro del que pendían las tintineantes llaves y se lo colocó en el dedo anular de la mano izquierda.

—Sí quiero, Henry Banks. Acepto de todo corazón.

Ambos se echaron a reír y se besaron con fuerza. Fue entonces, en ese preciso instante en el que se quedaron abrazados, cuando Nick recuperó un recuerdo del día en el que murió durante unos segundos. Era una sensación que no podía guardarse, que necesitaba compartir con Henry.

—Aquella día, mientras iba perdiendo la consciencia entre tus brazos, tuve una certeza y pude comprender la razón por la que Kat te dijo aquello antes de partir...

—¿A qué te refieres?

—Te dijo: «No pasa nada.» Y yo dije; «Ha sido precioso.» Al final el significado es el mismo. Recordé cada segundo contigo y que nuestra vida juntos había sido maravillosa. Que no pasaba nada... porque había sido precioso. Y estoy seguro de que a Kat le pasó lo mismo. Tú estabas con ella, no pudo hacer más que mirarte, recordar esa vida a tu lado e irse con el recuerdo de que fue lo mejor de su existencia.

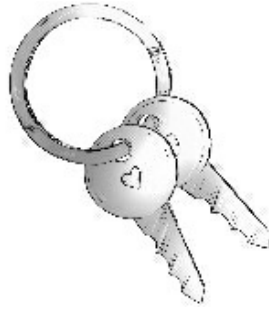
Henry sollozó entre sus brazos, emocionado.

No

Pasaba

Nada...

Porque la vida continuaba su curso y había que vivirla por los que ya no estaban.



-Epílogo-

La galería de arte en honor a Katherine Sanderson y Linda Harrison estaba llena. Gran parte de la población local se encontraba allí, rindiendo tributo a la última buena obra de la señora Harrison y, al mismo tiempo, redescubriendo a Kat. Mucha gente solo la recordaba vagamente, como una curiosidad oculta en la vieja historia de la pequeña ciudad. Desde ese día, nadie la recordaría solo por la trágica historia familiar, sino también por como inundó de color la imaginación de millones de niños.

Henry y Nick caminaron sin prisa por la enorme sala, porque el contratista aún necesitaba tiempo para recuperarse del todo. Tenían que reconocer que la congregación había hecho un gran trabajo, y no solo porque hubieran conseguido que el ayuntamiento diera permiso para levantar la galería en terreno de la iglesia, sino porque su construcción fue en tiempo récord gracias a la cantidad de feligreses que quisieron ayudar a hacerlo posible.

Eso sí, Nick no cedió y se empeñó en supervisar la construcción; aunque Gaagii se las terminó arreglando para participar y proponer toda clase de detalles estilísticos en su estructura interior.

—Esto es mejor de lo que esperaba —reconoció Henry, emocionado.

Ver a tanta gente desconocida parándose a contemplar los cuadros, y también optar a su compra en favor de una buena causa, le resultó revitalizador de una manera indescriptible.

—Desde luego. Linda y Kat estarían encantadas y muy orgullosas.

—Es una lástima que no puedan... —comenzó a decir Henry.

—¡Eh! Nada de melodramas hoy. Es tiempo de disfrutar, no de lamentarse. —Nick lo tomó por la barbilla y amenazó con morderle la nariz—. Ya hemos sufrido suficiente. Sé que eres adicto al martirio, pero hoy no quiero ni pizca de eso.

—¡No soy adicto a nada!

—¿Ni siquiera a mí?

—Bueno... Eso sí. —Y se echaron a reír mientras daban otra vuelta.

Skana apareció con un vestido muy femenino, floreado y elegante, porque alegó que un evento como ese exigía ir de etiqueta; por más que le hubieran insistido en que era un acontecimiento informal. La gracia fue que, debajo del vestido, seguía llevando la escayola. Tom se había empeñado en servirle de apoyo para asegurarse de que no se hiciera daño. Tuvieron que reconocer que ese hombre era persistente; y probablemente masoquista.

La pareja de tortolitos que rondaba a lo lejos, formada por Gaagii y Scarlett, estaba más pendiente de darse arrumacos que de prestar atención a lo que se cocía por allí. Ya se escuchaban campanas de boda a su alrededor. Nick se alegraba por su hermana, aunque verlos en ese plan solía ponerle de muy mal humor. Menos mal que estaba Henry para distraerlo.

Los padres de Henry y Nick también acudieron a la celebración. Por primera vez en la

historia, el progenitor de Henry había viajado fuera de su estado. Aquel increíble acontecimiento se debía al ineludible deber de presentar respetos a su nuera fallecida y a conocer a sus consuegros. Fue toda una sorpresa que se llevara tan bien con los Miller. Él y David compartían el tomarse las cosas con tranquilidad.

Nick también charló con todo el mundo y consiguió que Samuel y Patrick compraran dos cuadros cada uno, aunque estos lo hicieron de todo corazón.

—Resulta que tengo cuentos de la mujer de Henry y no me había dado percatado. A mi hija le encantan. Así que creo que estas ilustraciones originales le harán mucha ilusión —comentó Samuel.

—Adjudicadas. —Nick les puso al lado unas pegatinas verdes para indicar que estaban reservadas—. Pasa por caja al finalizar.

Patrick prefirió comprar un par de óleos de flores. Uno para casa de su madre y otro para colgarlo en la entrada de su apartamento.

—Espero que no quede demasiado femenino —dijo con preocupación.

—¿Y qué tiene de malo? —Nick frunció el ceño—. Yo soy gay perdido y mírame, llevo barba —bromeó—. También me gustan las flores. Las salvo de una muerte asegurada a manos de Henry.

—¡Te estoy oyendo! —exclamó este al aparecer por detrás y abrazarlo por la cintura, así que Nick pegó un respingo.

Patrick y Samuel se miraron y sonrieron. Verlos felices era lo mejor del mundo.

oOo

La ceremonia avanzó estupendamente. El párroco dijo algunas palabras en agradecimiento a tan buena acogida por parte de su congregación, de los vecinos de Bloomfield y de muchas personas que acudieron desde las poblaciones aledañas.

Para finalizar el evento, Henry hizo acopio de todo su valor y subió a la pequeña tribuna para hablar. La gente lo escuchó con atención.

—Antes de nada, quiero agradecer a todas las personas que han hecho este proyecto posible, a las que han venido a la inauguración, a mi familia y a mis amigos. —La gente le aplaudió con alegría—. Mi mujer fue una bellísima persona, una artista talentosa, una persona excepcional y fuerte hasta su último aliento. Al igual que la señora Harrison, que siempre me alentó con sus palabras.

Henry sintió congoja y un nudo en la garganta. Miró a Nick, que le guiñó un ojo. Verlo allí, sano, salvo y recuperado casi del todo, le dio fuerzas para continuar:

—Kat murió de cáncer, así que todas vuestras aportaciones, así como la adquisición de sus obras, serán para luchar contra esa terrible enfermedad. Además, el hecho de que tengáis un pedacito de Kat en vuestros hogares ya es de por sí algo maravilloso. Mientras eso sea así, mientras perduren sus cuentos, sus dibujos y su recuerdo, ella seguirá viva...

Al final se le quebró la voz y se le saltaron las lágrimas. Todos los presentes lo aplaudieron durante varios minutos y eso lo reconfortó.

Bajó del estrado y dejó que la gente hablara con él, le ofreciera sus condolencias y le agradeciera su labor.

Henry había honrado a su mujer. No como se propuso cuando cogió la interestatal en dirección a Bloomfield hacía ya tantos meses, pero sí en lo que importaba: en demostrar al mundo lo mágica que ella había sido.

Nick suspiró, muy orgulloso de su hombre. Tuvo que salvarlo de la marabunta y llevárselo a

una zona un poco más apartada, donde ambos pudieron descansar y tomar un poco de agua.

—Lo has hecho genial, cariño —lo aduló—. Y estás muy guapo. Cuando hablas de Kat te brillan los ojos y se nota lo mucho que la querías... Y que la sigues queriendo.

Henry lo miró durante unos segundos, sin decir nada. Después se pronunció:

—La amé, la amé muchísimo. Fue el amor de mi vida... Y ahora tú eres el amor de mi nueva vida. Quiero que entiendas eso, que te amo con todas mis fuerzas.

Llevó una mano a su rostro. Nick asió aquella palma y besó el reverso.

—Tú también eres el amor de mi vida... —gimió con emoción.

oOo

La pareja se quedó delante de la entrada de su hogar con un palmo de narices. Nick palmeó sus ceñidos pantalones y puso cara de circunstancia.

—No encuentro las llaves. —Tenía la cara encendida—. Abre tú.

—¿Cómo que has perdido las llaves? ¿Las que te regalé?

—Sí.

—¿Las que utilizamos para simbolizar nuestro compromiso? —Sus ojos grises parecieron expulsar llamas—. ¿Esas?

—Eh... Sí.

—Nick... —El tono de su voz sonó reprobatorio.

El contratista sonrió quitándole importancia.

—No seas así, cariño. Seguro que me las dejé dentro de casa. Abre, necesito sentarme. Noto las piernas entumecidas.

Henry Banks le dedicó a su novio una expresión huraña. Luego sacó su juego de llaves y abrió la puerta. Entró enfurruñado y caminó hasta el salón. Se detuvo de golpe y abrió mucho los ojos.

Con la garganta seca y la voz temblorosa, preguntó:

—¿Q-qué hace esto aquí?

Señaló un precioso piano blanco, uno que descansaba en un lateral de la estancia.

—¡Sorpresa! —Una marabunta de voces atropelló a Henry.

Todos sus seres queridos aparecieron de pronto, saliendo de sus escondites: sus padres, los Miller, Scarlett, Gaagii, Skana, Samuel, Patrick, Tom y Kamilah.

El pianista, con la mano en el pecho a un segundo de darle un infarto del susto, miró a todas partes sin entender nada.

Nick apareció por detrás, carcajeándose.

Solo cuando se calmó, Henry fue capaz de hacer una importante y esencial pregunta:

—¿Qué demonios está pasando y por qué hay un piano profesional ahí?

—Mira que eres bobo, hijo. —Lorraine se acercó con una sonrisa y lo explicó—: Nick me contó lo mucho que estás practicando con el piano del restaurante para el examen de ingreso en el conservatorio. Y dado que estos trastos son tan caros y te vendría bien tener uno en casa... Tu padre y yo lo compramos. ¡Y aquí está!

Su hijo pestañeó. No podía creer lo que estaba oyendo. Miró a su padre y este asintió con la cabeza.

—¡Pero si vale una fortuna! —Se escandalizó.

—Tenemos dinero. Por eso no padezcas —dijo Edward, con ese tono despreocupado que le caracterizaba.

—No sé qué decir... Yo... —Empezó a emocionarse. El gen dramático actuó de nuevo.

—Solo acéptalo —pidió su padre—. Permítele ese capricho a tu madre.

Ella jamás reconocería que la razón de aquel regalo era mucho más profunda. Con él quería pedirle disculpas a su hijo, devolverle de algún modo el tiempo que le había quitado al desanimarlo en lo que respectaba a la música.

—Llega con él todo lo lejos que puedas —añadió Kamilah, emocionada. Aquel era un buen piano.

—Pero no muy lejos. —Nick se acercó a Henry y lo abrazó dándole un beso en la mejilla—. No quiero que te me escapes.

Henry lo miró con desconfianza.

—¿Y lo de las llaves...?

—De alguna forma tenían que entrar y meter el piano dentro. Las tiene Gaagii.

El aludido se las enseñó con una sonrisa cómplice en la cara.

—Eres un idiota encantador —le dijo Henry a su pareja.

—Eso siempre, desde el día en el que te salvé de caer por un abismo...

Tras eso, Kamilah propuso a su pianista que probaran el instrumento nuevo. Ella cantó *Don't Go to Strangers*, como en el debut de Henry, aquella noche en la que Nick y este comenzaron su historia de amor.

Y ese amor duró mucho tiempo. Todo aquel invierno. El siguiente año completo. Una década de sueños compartidos. Lo suficiente como para envejecer juntos.

En definitiva, para siempre.

Don't go, go to strangers, my darling

Come to me

Come to me, ye-eah

Fin



¡Gracias por llegar hasta aquí!
Laura y Sergio



Conoce más libros de los autores:

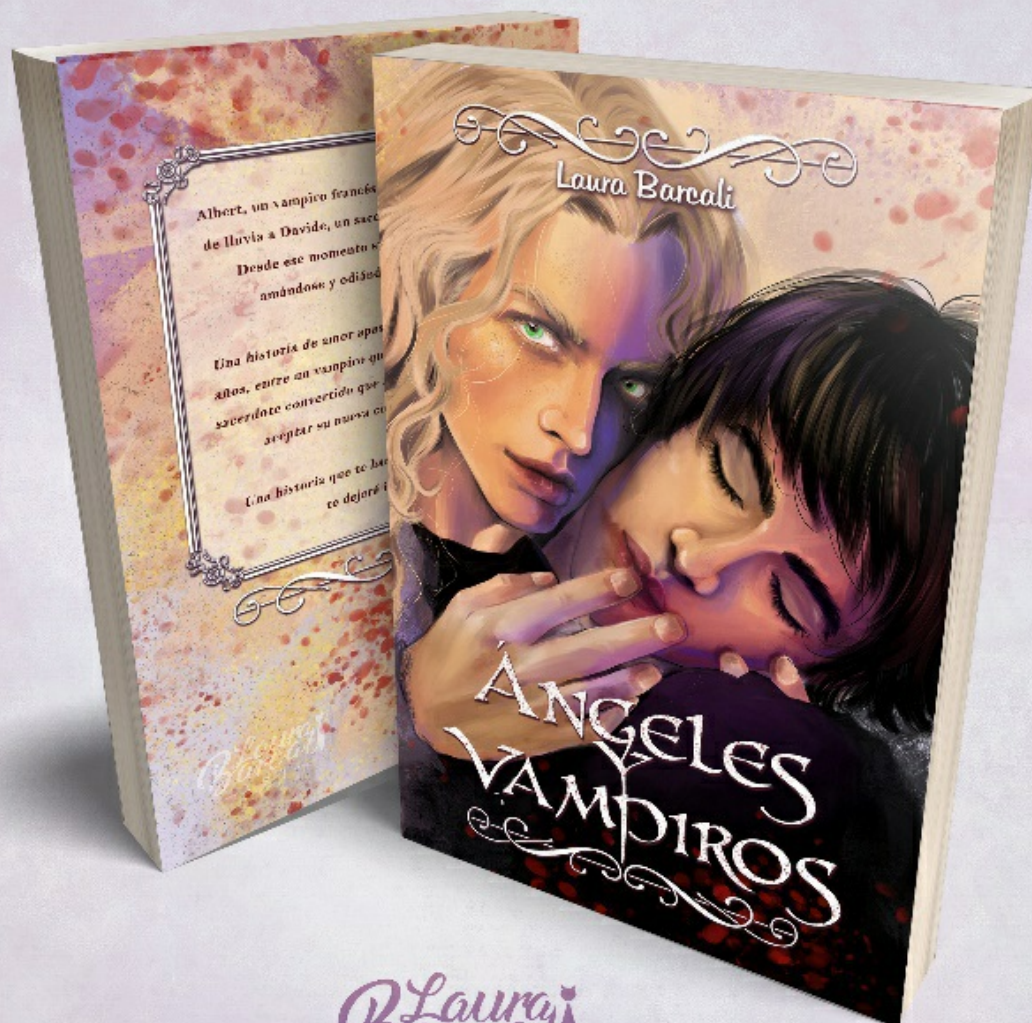
Laura Barcali:

Libros Boys Love disponibles en papel, eBook y Kindle Unlimited



Marc y Samuel son compañeros de habitación en una residencia de la universidad. Samuel ha de lidiar con su baja autoestima. Es tímido, reservado y melancólico. Marc, por otro lado, es alegre y bromista, y se desvive por hacer sonreír a su amigo. Pero los dos guardan un secreto; son homosexuales y están enamorados el uno del otro sin que ninguno lo sepa.

www.laurabarcaliart.es



Albert, un vampiro francés, conocerá en una noche de lluvia a Davide, un sacerdote italiano enfermo. Desde ese momento sus vidas cambiarán, amándose y odiándose a un tiempo. Una historia de amor apasionante a lo largo de los años, entre un vampiro que se odia a sí mismo y un sacerdote convertido que no tiene más remedio que aceptar su nueva condición vampírica. Una historia que te hará reír y llorar y que no te dejará indiferente.



Libro que recopila dos historias con los mismos personajes en distintas épocas y situaciones.

Sinopsis de *Amor desesperado*: Albert, un francés que vive en un pueblo italiano, da clases en un centro católico. Allí conocerá a Davide, un joven sacerdote con problemas de fe. ¿Albert conseguirá aceptarse tal y cómo es y lo que siente? ¿Y Davide dejará el sacerdocio por estar con él?

Sinopsis de *Impossible amor*: Amor prohibido e imposible entre dos hombres en el S.XVIII. Davide es un fraile Franciscano que lucha contra la fuerte atracción que siente por Albert, un joven lugareño de Ville Marie. Teniéndolo todo en contra, intentarán por todos los medios poder vivir su

intenso amor, pero no será fácil...

www.laurabarcaliart.es



El destino cruza los caminos de Xen, un rudo bárbaro de las estepas, y de Angeliel, un tímido semielfo que ha vivido siempre engañado.

Ambos tendrán que viajar juntos en contra de su voluntad. Sin embargo, tras las aventuras compartidas, sus sentimientos irán cambiando hacia algo prohibido.

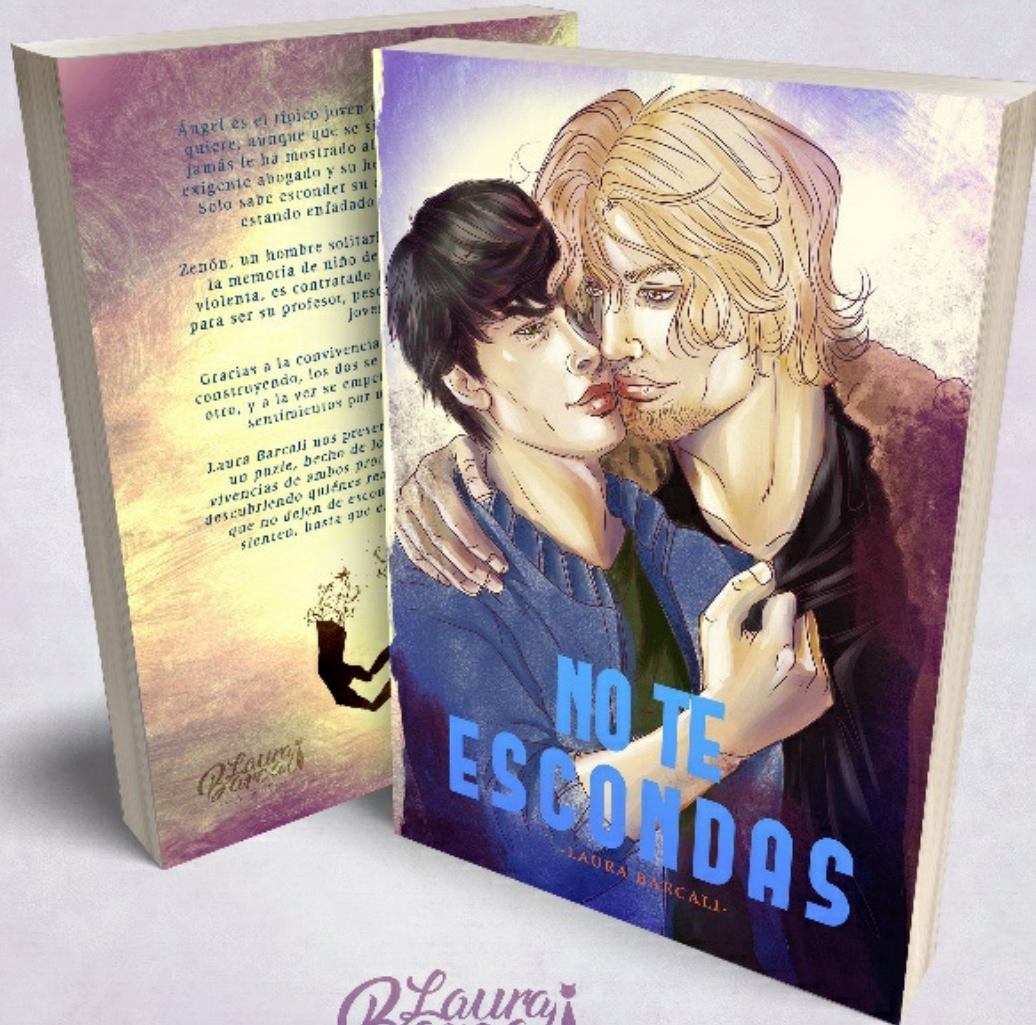
Durante su periplo descubrirán que son más de lo que aparentan, siendo testigos del terrible peligro que acecha a su mundo.

Razas es una aventura de fantasía épica en la que sus protagonistas

conocerán la amistad, la superación y el amor verdadero.

No obstante, también pasarán por guerras y terribles peligros, obligándolos a tomar decisiones que afectarán a sus vidas teniendo que luchar contra los temidos Hijos de los Dioses, razas superiores que se creían extintas muchos periplos atrás.

www.laurabarcaliart.es



Laura Barcali
— A R T —

Ángel es el típico joven que tiene todo lo que quiere, aunque que se siente solo. Su madre jamás le ha mostrado afecto, su padre es un exigente abogado y su hermana está enferma. Solo sabe esconder su dolor de una forma: estando enfadado con el mundo.

Zenón, un hombre solitario, tímido y que perdió la memoria de niño de forma misteriosa y violenta, es contratado por el padre de Ángel para ser su profesor, pese al rechazo inicial del joven.

Gracias a la convivencia y a los lazos que irán construyendo, los dos se enamorarán el uno del otro, y a la vez se empeñarán en esconder sus sentimientos por miedo al rechazo. Laura Barcali nos presenta con *No te escondas* un puzzle, hecho de los sentimientos y las vivencias de ambos protagonistas.

El lector irá descubriendo quiénes realmente son y qué causa que no dejen de esconder lo que realmente sienten, hasta que el puzzle se complete.

Saga Hetero⁷curiosos

www.laurabarcaliart.es



Laura
Barcali
— A R T —

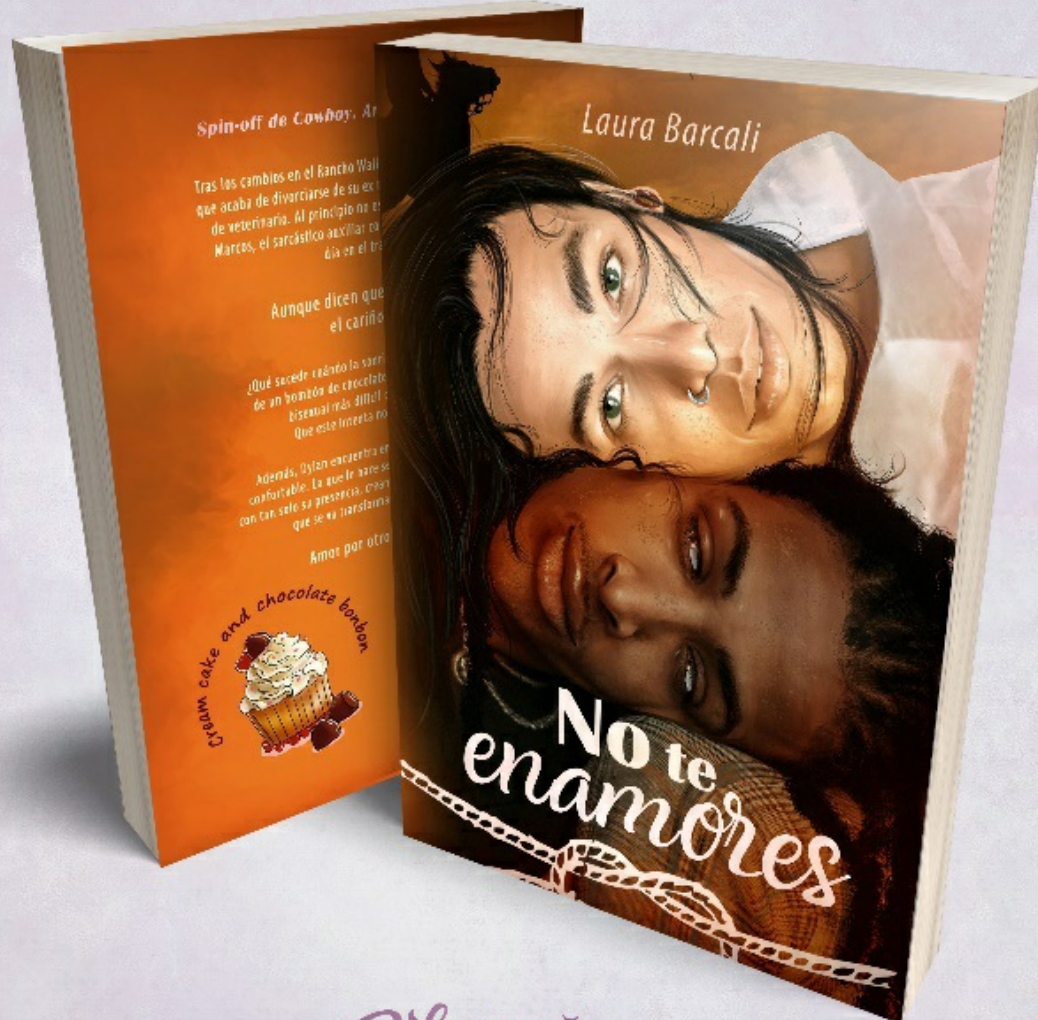
El rico y atractivo empresario de Chicago, Robert Walmart, tendrá que viajar a un rancho en Texas para celebrar la boda de su hermana pequeña.

Allí conocerá al guapo pero rudo vaquero Jackson Walkers, hermano mayor del novio. Y lo que empezará con muchos prejuicios, se irá volviendo pura atracción sexual. ¡Pero es que Rob no es gay! ¿Podrá resistirse a un vaquero que no es lo que parece, sino que además está para mojar pan? ¿Se empotrarán? ¿Se darán como cajón que no cierra? Y todo

esto aderezado con muchos más personajes que contarán sus propias historias.

Saga Hetero⁷curiosos

www.laurabarcaliart.es



Laura
Barcali
— A R T —

IMPORTANTE: Este libro es un spin-off de Cowboy, amante al anochecer. Para no hacerse spoilers, lo mejor es leer el otro libro antes.

Tras los cambios en el Rancho Walkers de Texas, Dylan Jonhson, que acaba de divorciarse de su ex mujer, ocupa el nuevo puesto de veterinario.

Al principio no es sencillo llevarse bien con Marcos, el sarcástico auxiliar con el que comparte su día a día en el trabajo.

Aunque dicen que el roce hace el cariño y...

¿Qué sucede cuándo la sonrisa sexy y encantadora de un bombón de chocolate seduce sin querer al bisexual más difícil de conquistar? Que este intenta no enamorarse.

Además, Dylan encuentra en Marcos a su persona comfortable. La que le hace sentirse feliz y tranquilo con tan solo su presencia, creando un vínculo inesperado que se va transformando en amor...

¡Amor por otro hombre!



El doctor Anderson, reputado psicólogo y ex profesor de Harvard, decide volver a la pequeña localidad que le vio crecer tras 25 años de ausencia, dejando atrás la que, hasta entonces, había creído que era una vida perfecta en Cambridge.

Será entonces cuando un nuevo y enigmático paciente llegará a su consulta: el joven Toby Tylor, un ranchero texano que huye de un pasado del que se avergüenza.

Así será como estos dos hombres, completamente distintos, pero con problemas igual de profundos, irán conociéndose durante la terapia y sintiendo el uno por el otro algo especial, algo capaz de superar la diferencia de edad e incluso los traumas que ambos arrastran.

Descubre en esta novela corta cómo el amor no tiene edad, siempre está
naciendo.

www.laurabarcaliart.es



David lleva años soñando con viajar a Japón a pesar de sus miedos. Por fin se acerca el día de visitarlo junto a su pareja. Sin embargo, ella decide dejarlo unos días antes.

Sin saber qué hacer termina hablando con Javier, su mejor amigo de toda la vida que, preocupado por su inestabilidad mental, le propone acompañarlo sin dudar ni un instante.

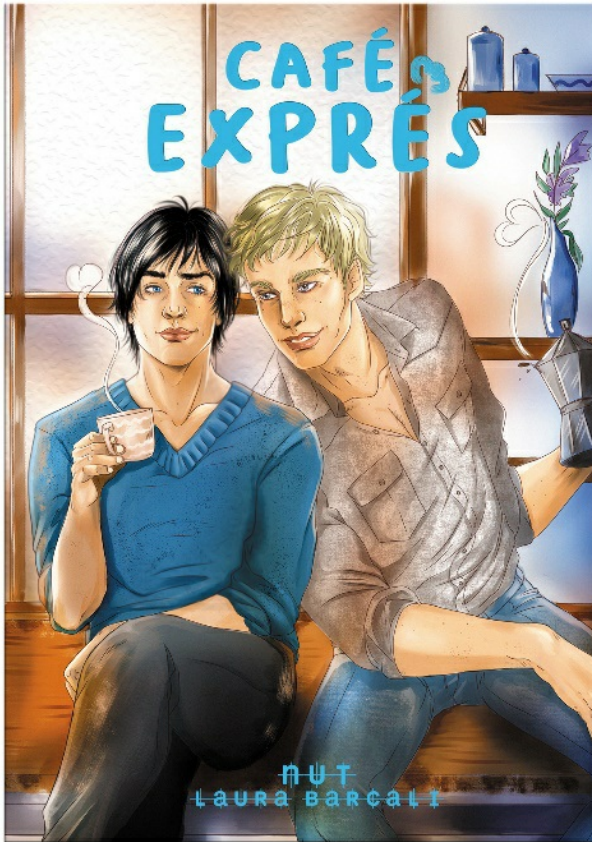
Con cada paso por aquel país tan diferente como bello, aflorarán secretos del pasado y sentimientos entre ellos que ninguno de los dos se había atrevido a reconocer en voz alta hasta ese momento.

Una historia friki y sencilla, pero a rebosar de ternura, humor, momentos picantes, una pizca de drama y, por supuesto, mucho amor.

REEDICIÓN DEL CÓMIC GAY "CAFÉ EXPRÉS"

GUION: NUT / DIBUJO: LAURA BARCALI

NOTA: EL CÓMIC ES EL MISMO QUE EL DEL AÑO 2017,
CAMBIA EL DISEÑO INTERIOR Y LAS CUBIERTAS



Jon, un tímido neoyorkino, está totalmente colado de su vecino Renly, un paramédico muy atractivo. Entre café y café se sucederán una serie de malentendidos, con vecinos metiches de por medio, que harán que la vida de Jon sea un caos, en especial en su particular relación con Renly.



PEDIDOS A NUT: NUT.CHAN@GMAIL.COM

PEDIDOS A LAURA: LAURABARCALIART@GMAIL.COM

Disponible en papel en:
www.laurabarcaliart.es

Sergio Plaza Vallejo:

Disponibles en papel, eBook y Kindle Unlimited

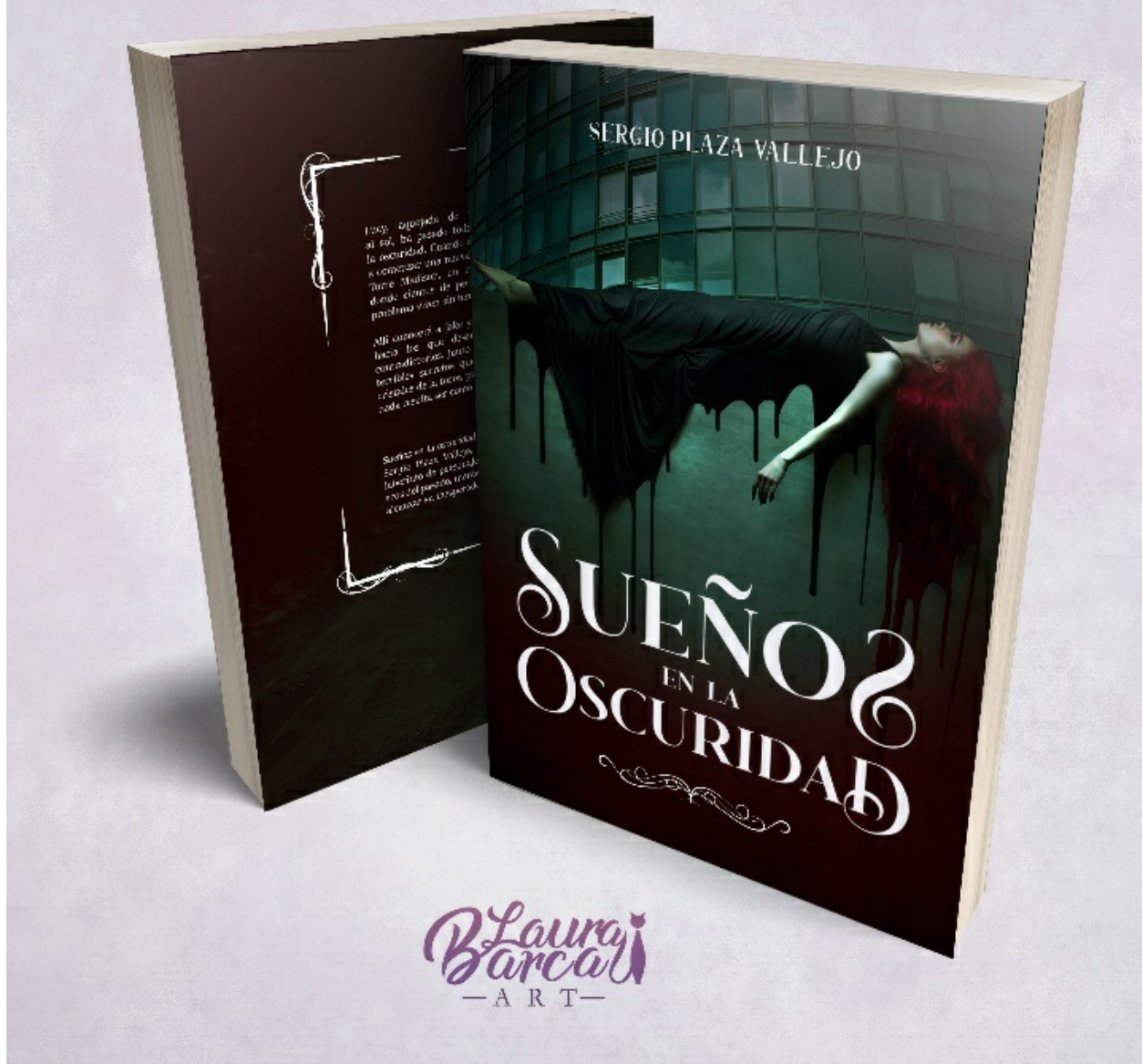
www.laurabarcaliart.es



Existe un lugar distante, uno en donde las estrellas son solo el brillo de enormes faros coronando islas. Las ciudades terrenos flotantes como barcos a la deriva. Y el cielo, un mar multicolor e infinito. Allí, en medio de ese sin fin, viven nuestras dos protagonistas: Isbel y Arlette. Isbel siempre ha soñado con dejar atrás su vida en los suburbios de La Ciudadela y comenzar una nueva en el nivel superior, donde la

contaminación jamás podría alcanzarla. Cuando un misterioso noble se cruce en su camino y le ofrezca su fortuna a cambio de participar en un peligroso plan, se embarcará en un viaje lleno de peligros y traiciones que podría cambiarlo todo para siempre. Arlette, sin embargo, es la peligrosa Dama Sanguinaria, una temida Pirata del Firmamento, que está segura de que la leyenda de la Vendedora de Deseos es real. Empujada por sus demonios internos y rota por el recuerdo de un amor perdido, surcará el Cielo Infinito y se enfrentará al propio destino con tal de ver cumplido su único deseo: revivir al amor de su vida.

www.laurabarcaliart.es



Lucy, aquejada de una alergia mortal al sol, ha pasado toda su vida sumida en la oscuridad. Cuando sus padres la animen a comenzar una nueva vida, ingresará en la Torre Madison, un imponente rascacielos donde cientos de personas con su mismo problema viven sin temor a la luz. Allí conocerá a Jake y Lean, dos residentes hacia los que desarrollará sentimientos contradictorios. Junto a ellos descubrirá los terribles secretos que se ocultan tras los cristales de la torre, puesto que, en realidad, nada resulta

ser como parece.

Notas

[←1]

Servicio Postal de los Estados Unidos

[←2]

Salsa para acompañar a la pasta.

[←3]

La *focaccia* se usa como una deliciosa alternativa al pan y se puede comer a cualquier hora del día o de la noche.

[←4]

Queso fresco.

[←5]

Plato que se prepara con pollo campero troceado y una salsa de tomate variada.

[←6]

Misty, de Ella Fitzgerald

[←7]

Canción de Peggy Lee

[←8]

Canción de Nat King Cole.

[←9]

Love Me, de Norah Jones & The Little Willies

[←10]

Trastorno obsesivo compulsivo.

[←11]

Te amo, te amo mucho, Nicholas.

[←12]

Es una parte esencial de todo tocadiscos ya que debe tener una gran movilidad para poder recorrer bien el disco. La finalidad fundamental del brazo es la de servir de soporte a la cápsula, haciendo que esta siga los surcos del disco lo más tangencialmente posible al radio del mismo.